CAMILLE PAGÁN

PARA SIEMPRE ES DEMASIADO TIEMPO



PRINCIPAL

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada
Página de créditos
Sobre este libro
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora

PARA SIEMPRE

ES

DEMASIADO

TIEMPO

Camille Pagán

Traducción de Cristina Riera para



PARA SIEMPRE ES DEMASIADO TIEMPO

V.1: Septiembre, 2018

Título original: *Forever is the Worst Long Time*
© Camille Pagán, 2017
© de la traducción, Cristina Riera, 2018
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018
Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha hecho posible gracias a un acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Cubierta inspirada en el diseño original de David Drummond

Publicado por Principal de los Libros
C/ Aragó, 287, 2º 1ª
08009 Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-30-0
IBIC: FA
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

PARA SIEMPRE ES DEMASIADO TIEMPO

James se enamoró de Lou en un instante y su vida cambió para siempre

Cuando James Hernández, un escritor de ficción frustrado, conoce a la poetisa Louisa Bell, está seguro de que ha encontrado a la mujer de su vida. Pero hay un pequeño problema: Lou es la prometida de su mejor amigo, Rob.

Decidido a quitarse a la joven de la cabeza, James se centra en su faceta de escritor. Sin embargo, con el paso de los años, sus sueños parecen más inalcanzables que nunca: no puede ni terminar su novela ni olvidar a la mujer de su amigo.

Pero una noche, el azar y la pasión cambiarán las vidas de James y Lou para siempre.

«Camille Pagán explora un complicado triángulo amoroso donde el dolor y el amor se mezclan y crea una historia emocionante y conmovedora.»
The Washington Post

«Una historia de amor nada convencional que demuestra a la perfección que el amor llega de maneras muy diferentes y por caminos distintos. Sorprendente y fresca.»
The Huffington Post

Para Xavi, a quien le gustaría que esta novela tratara sobre dragones

Capítulo uno

—Esta historia termina con muerte —observó tu madre—. Todavía no he acabado de leer el primer capítulo, pero lo veo venir.

Era la primavera de 1998, y yo justo acababa de entrar en el piso de Rob. Tu madre estaba tumbada en el sofá, despatarrada y con la cabeza metida en un libro; un moño despeinado de cabello castaño dorado asomaba por encima del borde de las páginas. El sol vespertino bañaba su cuerpo con una luz fragmentada y le otorgaba un aire celestial; recuerdo que pensé que era una especie de ángel en miniatura. Por supuesto, por aquel entonces yo no sabía que ella sería tu madre. Era la primera vez que la veía.

—¿Y no es así como terminan todas? —bromeé, tratando de ocultar mi nerviosismo. Rob me había dicho que la encontraría allí, pero me esperaba a alguien de belleza estándar, con un mínimo de inteligencia y con la destreza social suficiente como para incorporarse y recibir a un desconocido que acababa de entrar en la sala de estar. Es decir, el tipo de mujer con el que Rob siempre había salido.

Se colocó el libro sobre el vientre. De pronto, me miró de hito en hito, pero no parecía que me estuviera examinando. Al contrario, me contemplaba como… Bueno, como si ya me conociera.

—Sí —me contestó, todavía tumbada—, en realidad, sí.

—Entonces, ¿por qué te molestas en leerlo? —le pregunté, y le señalé el libro en rústica; era *En lugar seguro,* de Wallace Stegner. (Léetelo algún día). En aquella época, hacía el posgrado en Escritura Creativa y tenía el mal hábito de hacer preguntas retóricas, en especial sobre novelas.

—Porque la vida sin sufrimiento no existe —respondió. Balanceó las piernas hacia un lado y se irguió de golpe, haciendo que el libro le cayera sobre el regazo. Qué hábil—. Y es mejor así. Si no, nada tendría importancia.

Me quedé mirándola, con la boca entreabierta, mientras me esforzaba en dar con una respuesta medianamente inteligente. Fue un alivio que Rob entrara en el salón con grandes zancadas.

—Vaya, ya has conocido a Louisa —dijo este con una sonrisa de oreja a oreja—. James, te presento a Lou. Lou, James. —Se dirigió hacia el sofá y se colgó a Lou del hombro—. Tengo que darte un notición, colega —añadió, con Lou aún suspendida en el aire—. Literalmente, estoy cargando con la futura señora Logan. Nos prometimos hace dos días.

Lou soltó un chillido y Rob la dejó de nuevo en el suelo con cuidado.

—¿Que te casas? ¿Tú? ¡No me lo puedo creer! —espeté, con la voz entrecortada.

Nunca he sido un tío muy legal, y esa vez no fue una excepción. Conocer a tu madre fue como si un meteorito hubiera impactado de lleno en mi mundo. Las probabilidades de que ocurriera algo así eran tan exiguas que parecía imposible; sin embargo, había sucedido: un encuentro increíble que acababa de dejar un agujero en medio de todo.

—Pues créetelo —replicó él.

Rob, con lo grande que es, se veía obligado a agacharse para besar a Lou, quien es más bien de tamaño bolsillo. Cuando sus labios entraron en contacto, se me pusieron los pelos de punta, como si fuese testigo de un crimen contra natura en lugar de una exhibición en público del amor de dos veinteañeros.

—Mmm… —dije, y eché un vistazo alrededor. Ojalá hubiera allí otra persona que se compadeciera de mí, alguien que se encogiera de hombros y dijese: «Qué locura, ¿no?».

Entonces, me encontré con la mirada de Lou. ¿Y qué hizo ella? Se encogió de hombros y comentó:

—Qué locura, ¿no?

Creí que moría allí mismo.

Sin embargo, respiré hondo mientras me decía: «Venga, James, compórtate como una persona con un cerebro en plenas facultades», y forcé una sonrisa.

—¿Y cuánto hace?

Lo que en realidad quería saber era por qué demonios estaba enterándome justo en aquel momento. Rob había sido mi mejor amigo desde que íbamos a cuarto de primaria. Si de algo estaba seguro era de que, aunque Rob quería casarse, tener hijos y vivir en una casa en las afueras, no planeaba hacerlo hasta que no hubiera amasado una fortuna y superado los cuarenta y cinco.

Cuando me llamó el mes anterior para decirme que había empezado una relación seria y que tenía que coger un puto avión (perdón por ser soez, pero eso es exactamente lo que me dijo, y para cuando leas esto ya habrás aprendido docenas de improperios que yo nunca he oído) e ir a Nueva York para conocerla, me di cuenta de que se había enamorado.

Su invitación fue una buena oportunidad para abandonar temporalmente todas las historias que, en realidad, no estaba escribiendo, así como los treinta y dos trabajos de estudiantes universitarios que debía corregir (entre los cuales habría al menos cinco que contenían partes plagiadas). Sin embargo, me había imaginado que pasaríamos un fin de semana relajado en el que me recibirían y se harían las presentaciones pertinentes. No que me invitarían a su boda.

Rob rodeó con un brazo los estrechos hombros de Lou y ella le regaló una sonrisa radiante.

—Es algo inesperado, eso seguro —me concedió él—. Pero es que cuando lo tienes claro, lo tienes claro. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Por supuesto —repliqué.

Pero mientras Lou se volvía hacia mí, me di cuenta de algo que no se correspondía con lo que Rob decía: Lou no era la mujer adecuada (de ninguna manera) para mi amigo de toda la vida.

—Y ahora que, por fin, ya se conocen las dos personas que más quiero en el mundo —continuó—, ¿por qué no vamos a un buen restaurante a celebrarlo? Invita la empresa.

Rob recibió una beca completa para ir a la Universidad de Virginia, se graduó en tres años y,

luego, fue directamente a la Columbia Business School. Al terminar los estudios, consiguió un chollo de trabajo en una gran entidad bancaria internacional que hoy en día ya no existe. Por aquel entonces, incluso él sospechaba que la empresa era un pelín fraudulenta, pero todavía desconocíamos que Rob trabajaba para una institución cuya solvencia financiera giraba en torno a la destrucción de los sueños de sus clientes.

Lou atrajo a Rob hacia sí.

—No, no, vayamos a un lugar divertido y sencillo. Es mejor que sea divertido y sencillo, ¿a que sí, Jim? ¿Te gusta la comida italiana?

Sí, me gustaba bastante, pero aún seguía dándole vueltas al hecho de que me había llamado «Jim». Nadie me llamaba «Jim»; no era mi nombre. Pero por lo visto, ahora sí, al menos para Lou.

—Sí, cualquier cosa me va bien —respondí.

Con eso, de hecho, quería decirle: «podrías llamarme Larry o Chucho, ya que estás, que te responderé con entusiasmo». Algo en mi interior se había despertado y me embargaba a toda velocidad, algo maravilloso o atroz, según cómo lo miraras. O quizá fuese ambas cosas. Sabía que no tenía motivos para envidiar a Rob, ni tampoco debía hacer caso de la atracción indómita que empezaba a sentir por su prometida, por muy extraño que me pareciera el hecho de que Rob estuviese prometido de verdad. Yo era su mejor amigo, y debía comportarme como tal, tanto con él como con ella.

Tras dejar la maleta en una esquina del salón y apresurarme hacia el cuarto de baño para asegurarme de que no olía como el urinario de un aeropuerto, cogimos las chaquetas y salimos a la calle.

Rob y yo tuvimos que esforzarnos para seguir el ritmo que marcaba Lou, quien avanzaba a una velocidad impensable para alguien con unas piernas tan cortas. Nos detuvimos en una tienda de vinos y licores (en aquella época, no había tantas enotecas como ahora, ni siquiera en Nueva York) y compramos una botella de champán a temperatura ambiente y otra de vino tinto. Luego, paseamos hasta llegar a un restaurante situado en la avenida A, a la altura de la calle 11. Era el típico antro que daba la impresión de que lo único que faltaba para que lo cerraran era la visita de un inspector de sanidad, pero Lou afirmó que preparaban la pasta de forma artesanal y que nos encantaría.

Nos guiaron hasta una mesa para cuatro personas que había en un rincón.

—Bueno, ¿y dónde os conocisteis? —pregunté una vez nos hubimos sentado.

—Pues la verdad es que fue gracioso —comentó Rob, y se volvió hacia Lou.

Ella se echó a reír (con una risa gutural y profunda, todo lo contrario a la risita que me esperaba teniendo en cuenta el chillido que había soltado cuando Rob la había cargado sobre los hombros) y empezó a decir:

—Yo estaba en el Starbucks que hay en Astor Place.

(Sí, en la época del hombre de Cromañón ya teníamos Starbucks, aunque quizá estos también se habrán extinguido cuando leas esta historia).

—Y me topé con ella… —intervino Rob.

—Sería más apropiado decir que me vio desde el otro lado de la cafetería y vino derechito a mí…

—Está bien, la vi sentada en la barra y fui directo a ella.

—Vamos, el típico «chico conoce a chica» —tercié.

—No, no —me corrigió Lou, con benevolencia—, fue mucho más romántico. Fue casi una serendipia, de verdad.

Me ruboricé; lo cierto es que no había querido restarle romanticismo, no *per se,* aunque a una pequeña parte de mí no le hacía demasiada gracia esa historia.

—De acuerdo, pues no fue el típico «chico conoce a chica», sino el «serendípico chico conoce a chica». Sigue.

Se sosegó al instante y retomó el relato:

—Por casualidades de la vida, yo estaba leyendo un libro de Neruda. —«El poeta del amor. ¿Por qué no me extraña?», pensé—. Y Rob me miró y dijo: «Antes de amarte, amor, nada era mío». Así que acepté que me invitara a una segunda taza de café.

Reprimí el impulso de reírme de Rob en su cara. Parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Con que Neruda, ¿eh? Creía que eras más de leer informes y estudios.

—Soy un hombre culto y he recibido una buena educación —protestó.

—Sí, señor Máster en Empresariales, de eso no me cabe la menor duda. Solo me refería a que…

—¿A que no tengo ni idea de poesía?

—A que, como mucho, te habrás aprendido un par de versos para conquistar a las mujeres con más facilidad.

Rob colocó una mano sobre el hombro de Lou.

—Eso no te lo discuto. Pero para mí, no existen esas mujeres, solo Lou.

—Al día siguiente, tuvimos la primera cita —explicó Lou.

—Y al cabo de una semana, ya vivía conmigo —dijo Rob, sin molestarse en esconder lo orgulloso que se sentía por su recién alcanzado estatus como parte de una pareja que cohabita.

Lou, sentada con las piernas cruzadas como un *bretzel* y la cabeza erguida, derrochaba una elegancia extrema que no recordaba haber observado en ninguna otra mujer; y, si lo había hecho, sin duda no me había detenido a admirarla. Para mi desgracia, era incapaz de apartar los ojos de Lou. Y eso implicaba que tenía que darle conversación so pena de parecer el amigo raro y mirón de su prometido al que tenía que aguantar, aunque solo fuera durante un fin de semana.

—¿Eres bailarina? —pregunté. Qué patético.

Ella sonrió.

—¡Ojalá! Bailar es una afición cara, Jim. Mi madre no tenía dinero para ese tipo de cosas.

Bajé la vista para contemplar su jersey de color caramelo. Había puntos en los que estaba deshilachado y otros en los que estaba tan desgastado que el tejido era más fino. Se las había arreglado para que diera la impresión de que ese era su estilo, pero al examinarlo minuciosamente, uno se daba cuenta de que no era el tipo de prenda que ella elegiría si fuera a comprarse ropa nueva.

—Perdona —dije.

—No tienes de qué disculparte. Me halaga que hayas pensado eso de mí. Pero no. Soy poetisa.

«¡Tranquilo, corazón embravecido!». Lo había anunciado como si fuera la reina de Inglaterra. Como ya he mencionado, en aquella época yo estaba cursando un posgrado en Escritura Creativa, de modo que cualquier otra mujer que conocía era escritora, y de estas, un

buen porcentaje se dedicaba al arte de la poesía. Pero ninguna de ellas lo anunciaba de ese modo.

—¿Has hecho un posgrado? —me interesé.

Soltó una risita.

—Ay, Jim. No, no, no. Trabajo en la sala de correos de una agencia literaria y me paso siete horas al día clasificando las ambiciones de otros.

—¿Y la hora que falta? —apunté. Para ser sincero, quería saber qué hacía las veinticuatro horas del día, pero me pareció desacertado preguntárselo tan pronto.

Lou me dedicó una sonrisa irónica:

—Me la paso llorando, encerrada en el lavabo.

La orgullosa poetisa, sollozando en el cuarto de baño. Qué manojo de contradicciones era Lou; qué oleada de emociones se había apoderado de mí. Traté de imaginarme algo desagradable (como, por ejemplo, una endodoncia sin anestesia), pero al abstraerme del resto, Lou seguía ahí, ocupando el centro de mis pensamientos.

—Pero ya te queda poco —afirmó Rob, y por un instante, casi creí que me estaba diciendo que continuaría sintiéndome así solo durante un ratito más, algo que hubiese sido lo mejor que podría haberme pasado. Sin embargo, cuando Rob prosiguió, advertí que se refería al trabajo de Lou—: Pronto podrá quedarse en casa y escribir durante todo el día y hacer lo que le apetezca.

El camarero había descorchado el vino tinto que habíamos comprado y nos había llenado las copas. Di un buen trago, luego otro, y un tercero de regalo.

—¿Tienes veinticinco años? —pregunté a Lou. Rob y yo teníamos esa edad, y supongo que esperaba que tuviera la misma que nosotros.

—No, veintidós. —respondió, alargando también el brazo para agarrar la copa. Me observó por encima del borde mientras tomaba un sorbo de vino—. Me gradué la pasada primavera.

Veintidós años me parecía una edad tremendamente temprana para dedicarse a escribir a tiempo completo, pero en aquella etapa de mi vida, yo tenía unos principios muy particulares sobre cómo debía desarrollarse el oficio de escritor.

—¿Así que vas a escribir poemas durante una parte del día y a dedicar la otra a hornear pasteles, a lo Sylvia Plath? —comenté.

Lou y yo nos reímos, pero Rob frunció el ceño.

—Mmm… Perdona, pero ¿no se suicidó? —añadió con brusquedad.

Lou le posó la mano sobre el brazo.

—Cariño, es una bromita de escritores.

—¿No te acuerdas de que padezco el síndrome de la Metedura de Pata? —repliqué a Rob.

—¿Crees que eso ha sido pifiarla? —saltó Lou—. Hace dos semanas, el supervisor de mi jefe llamó a la sala de correos y yo, sin querer, le dije «¡Te quiero!» antes de colgar el teléfono.

—Qué buena esa. Pero tú no fuiste la estúpida que le dijo a un hombre ciego que mirara por dónde iba mientras caminaba por la calle, como hizo un servidor la semana pasada.

Rob, que al final también se había echado a reír, intervino:

—O peor: iba caminando por la Sexta Avenida el otro día y vi a dos amigos, Jess y Aidan, que se acercaban. Así que les grité: «¿Cómo va todo, cabroncetes?». Hasta que no vi la cara que ponían, no me di cuenta de que me había confundido y de que ¡no eran ellos!

—¡No! ¿En serio? —chilló Lou.

—¡Te lo juro! —afirmó él, y los tres nos miramos y nos echamos a reír a mandíbula batiente,

hasta que las carcajadas se tornaron aullidos y las lágrimas empezaron a caer por el rabillo del ojo.

Fue uno de esos momentos en los que te maravillas de lo afortunado que eres por haber llegado al mundo al mismo tiempo que la gente que forma parte de tu vida. Mientras me enjugaba las lágrimas, dirigí la mirada hacia el otro lado de la mesa, donde estaba Lou y, en silencio, le agradecí que hubiera suavizado la situación tan rápidamente.

—¿Y tú qué, Jim? —me interpeló Lou, más tarde. En ese momento, nos habíamos trasladado a un bar diminuto donde una banda tocaba *jazz* clásico, y ella y yo estábamos de pie, esperando a que Rob regresara con nuestras bebidas (pagaba él; Rob siempre trataba de invitar a la primera ronda)—. Rob me ha contado que tú también eres escritor.

—Sí, así es —dije, de manera mucho menos resuelta a como lo había dicho ella.

—De ficción, ¿no?

Asentí.

—Me gustaría escribir novelas. Pero también espero conseguir un puesto de profesor para ganarme la vida de momento.

Lou me escrutaba con tal intensidad que llegué a pensar que quizá tenía restos de pesto entre los premolares.

—Rob dice que eres superlisto, pero al parecer, también eres práctico. Me gusta.

Me encogí de hombros. Me sentía avergonzado y halagado a partes iguales.

—¿Puedes comentárselo a mi padre? Todavía alberga la esperanza de que seré ingeniero mecánico.

Lou se echó a reír y aceptó la copa llena hasta el borde de vino tinto que Rob le ofrecía; mi amigo justo acababa de volver.

—Convertirse en algo porque otra persona así lo quiere es la manera perfecta de echar a perder tu vida, ¿no te parece? En todo caso, me da la sensación de que eres fantástico como eres, Jim.

«No te desmayes, no sonrías, y ni se te ocurra imaginarte besándola» me dije, y hundí la nariz en la copa que Rob me acababa de dar.

Sin ser consciente de la angustia que me consumía, Lou me obligó a estrujarme el cerebro al hablar de libros durante un rato y, luego, nos interrogó a Rob y a mí sobre nuestra infancia y sobre cómo nos habíamos hecho amigos. (En resumen: él me pegó una paliza una tarde en el patio cuando íbamos a primaria y, aunque puede o no que yo me echara a llorar en lugar de devolvérsela, nos castigaron a ambos. Tuvimos que limpiar el suelo de toda la escuela durante varias tardes, juntos, [sí, cuando éramos pequeños, el trabajo infantil no solo estaba permitido sino que, de hecho, se fomentaba] y nos dimos cuenta de que ambos éramos capaces de citar de memoria el noventa y siete por ciento de los diálogos de las películas de *La guerra de las galaxias. Episodios IV* y *V,* y que solo vivíamos a siete manzanas de distancia el uno del otro. El resto, como se suele decir, ya es historia).

Ir al bar había sido una buena elección. Mientras que algunas personas se vuelven escandalosas al beber demasiado, yo sufro de una especie de narcolepsia inducida por el alcohol, de modo que cuando volvimos al piso, caí redondo al instante en el sofá. Así, me ahorré la imagen mental de Rob y Lou encerrándose en el dormitorio que compartían.

A la mañana siguiente, me desperté y oí que Rob trasteaba en la cocina; Lou estaba

desaparecida.

—Se levanta temprano los fines de semana y se va por ahí a escribir —explicó Rob, respondiendo a la pregunta que yo no había formulado mientras entraba en el salón. Se aferraba a la taza de café que llevaba entre las manos casi con desesperación y tenía los ojos tan hinchados como debían de estar los míos. Sin embargo, se espabiló en un momento—: Bueno, ¿qué? —me preguntó al tiempo que se sentaba en la punta del sofá—. ¿Qué te parece?

Lo que me parecía era que había una mujer absolutamente encantadora en Ann Arbor con la que había estado quedando (Kathryn Pierce, así se llamaba) y ahora tendría que volver a casa y terminar la relación con ella. Y todo porque acababa de descubrir que había un vacío en mí que «una mujer absolutamente encantadora» nunca podría llenar.

—Creo que es fantástica, Rob.

Mi amigo se pasó la mano por el pelo.

—¿A que sí? Ha tenido una vida muy dura y, aun así, es tan divertida y espontánea… Y madre mía, no me dirás que no es guapa, ¿eh?

Evoqué los ojos almendrados de Lou, de un tono avellana verdoso bajo ciertas luces y de otro más marrón bajo otras. Recordé esa melena dorada, esas caderas de una estrechez casi imposible y esa boca sonrosada.

—Ya lo creo —coincidí.

—Me siento como si me hubiese tocado el gordo.

—Es que te ha tocado. Ya ves si te ha tocado.

—Serás mi padrino, ¿verdad?

La boda. Claro, tendría que ir de boda. Miré a Rob con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo es?

Rob frunció el ceño.

—¿Acaso importa?

Gracias a Dios que mi consciencia tomó las riendas y me obligó a hilvanar las pocas frases que debería haber soltado de inmediato tras la primera pregunta:

—¡Claro que no! Qué pregunta más tonta. Por mí como si os casáis en Nochevieja o en mi cumpleaños, si es lo que queréis. Desde luego que iré, y será un honor ser tu padrino.

—Perfecto, James. —Rob tomó un sorbo de café y clavó los ojos en mí—. Eres como un hermano para mí, pero todavía mejor. Nadie me conoce tanto como tú, y que vengas a mi boda significa que estoy tomando la decisión correcta.

—Claro. —Asentí. Deseé que hubiera en el sofá un portal que se abriera, me tragara y me transportara hacia atrás en el tiempo, o hacia delante, o hacia cualquier punto en el que no me hundiera bajo el abrumador peso de la mentira que estaba a punto de pronunciar y que, sin duda, conllevaría toda una serie de mentiras—: Tengo muchas ganas de que llegue la boda.

***

Internet era algo bastante nuevo en aquella época y yo no tenía un ordenador personal, y menos aún un teléfono móvil con el que llevar a cabo búsquedas impulsivas de tonterías. De modo que, cuando el domingo por la noche mi avión despegaba del aeropuerto de LaGuardia, exploré los recovecos polvorientos de mi mente para encontrar unos versos que había leído unos años antes,

cuando aún no había terminado la carrera.

El avión estaba aterrizando en el aeropuerto metropolitano de Detroit cuando por fin los recordé. También eran de Neruda, pero de un poema muy diferente. No podía recordarlos con exactitud, pero decían algo así como que ciertas cosas oscuras se aman en secreto, entre la sombra y el alma.

«Venga ya, hombre, no seas idiota» me reprendí cuando el rostro radiante de Lou afloró entre mis pensamientos por enésima vez. Era cierto que yo sabía (con la misma seguridad con la que uno sabe que está vivo cuando se despierta por la mañana) que ella jugaría un papel importante en mi vida, y no solo porque iba a casarse con Rob.

¿Pero se trataba realmente de amor ? ¿O simplemente había colocado a Lou en un pedestal y me había concedido permiso para idealizarla, sin importar lo que fuera correcto y racional, y esta decisión había sido la que había despertado ese sentimiento de amor?

Todavía hoy me lo pregunto. Si entonces hubiese tomado otras decisiones, como, por ejemplo, decirle a Rob lo que realmente me parecían sus inminentes nupcias, Rob se habría casado con ella de todas formas. Y, luego, yo me habría distanciado de él (de ellos dos) y todo lo que sucedió después habría sido muy distinto. Y esa es una versión de la historia que no quiero ni imaginar, lo confieso, por difíciles que se pusieran las cosas en los años siguientes.

Pero, como ya sabes, aquí no termina la historia.

Capítulo dos

Noviembre de 1998

—Bueno, soplapollas, ¿estás seguro de que estás listo para el gran día? ¿Seguro, seguro? —le grité a Rob, que estaba de pie a mi lado, en medio del abarrotado bar de mala muerte donde nos habíamos reunido para su despedida de soltero—. ¿Estás preparado de verdad?

Faltaba solo una semana para Acción de Gracias, y Rob y Lou acababan de llegar a Míchigan para casarse. La familia de Lou estaba esparcida a lo largo y ancho del país, y tu abuela (una mujer difícil, aunque lamento que no hayas tenido la oportunidad de conocerla) alegó que ya no creía en la institución del matrimonio y se negó a asistir al enlace. Por esta razón, la ceremonia y el banquete iban a celebrarse en nuestro pueblo natal, donde Rob y yo habíamos crecido, y casi todo corría por cuenta de Rob, ya que, en aquella época, ya ganaba tres veces más que su padre.

Yo era el padrino de Rob, por lo que uno de mis cometidos era organizar una buena noche de juerga para él y el grupo que conformaban los caballeros de honor. La camarilla estaba integrada por un puñado de sus amigos de la escuela de negocios, su primo Justin y nuestro íntimo amigo de la infancia, Jason, a quien todo el mundo llamaba por el apellido: Wisnewski.

Acabábamos de llegar al tercer establecimiento de la noche y yo me dedicaba a hacer lo que muchos padrinos habían hecho antes que yo: asegurarme de que el novio estaba realmente preparado para someterse al yugo del matrimonio junto a su amada por siempre jamás.

Mucha gente se casa a los veintitantos y les va bien, pero, de algún modo, el hecho de que Lou tuviera veintitrés y Rob, veintiséis los hacía parecer terriblemente jóvenes. Y no se trataba solo de que mi juicio estuviera enturbiado por un deseo desacertado. El problema era que Lou parecía más la crisis del cuarto de siglo de Rob que la pareja perfecta con quien este iba a compartir el resto de su vida adulta. En todos los años que hacía que lo conocía, siempre se había inclinado por mujeres altas y sofisticadas que jugaban a tenis y a *lacrosse* y pasaban el verano en cualquier lugar que no fuera su residencia principal. Todas tenían unos enormes dientes blancos, alineados a la perfección, y ya atesoraban o estaban en proceso de acumular varios títulos universitarios que solo pretendían usar hasta que empezaran a engendrar una prole perfecta. En cambio, Lou era menuda, no tenía dinero y… Bueno, que no se parecía en nada a esas mujeres. ¿Cómo podía estar seguro Rob de que no se trataba solo de un capricho?

—Nunca he estado más preparado para algo en mi vida, chochón —respondió Rob, arrastrando las palabras. Los lumbreras cachas que habían venido desde Manhattan y Boston para asistir a la boda ya lo habían agasajado demasiado.

—¡Estupendo! —salté.

Digamos que yo casi que tampoco había bebido ni gota; le hice un gesto al camarero que había detrás de la barra, pero él me echó un vistazo y decidió atender a la mujer que estaba detrás de mí. Al volverme hacia Rob, me di cuenta de que tenía los ojos vidriosos. Hasta ese momento, nunca lo había visto llorar. No estaba seguro de cómo reaccionar, así que me quedé ahí, de pie, asintiendo como un imbécil.

—Solo espero que encuentres a alguien que te haga sentir como Lou me hace sentir a mí —añadió él, y dio un trago a su bebida.

Por muy tentado que estuviera de responder con un comentario malicioso, era consciente de que estábamos hablando de su futura esposa, que debía aguantar esas estupideces ñoñas y que, pasara lo que pasara, no debía confesar que estaba a punto de vomitar la cena. (¿Verdad que es irónico cómo somos incapaces de soportar el comportamiento de personas enamoradas y, aun así, nosotros actuamos del mismo modo cuando nos enamoramos de alguien?). En cualquier caso, ya me había acostumbrado. Cada vez que Rob me llamaba, me contaba una anécdota reciente sobre cuán curiosa y avispada era Lou, y todos sus correos electrónicos incluían una retahíla de sus últimas aventuras.

—Por el amor —le dije a Rob, alzando el vaso vacío.

—¡Por el amor! —gritó Wisnewski.

Rob le dedicó una sonrisa ebria a Wisnewski. Me sentí aliviado al ver que, aunque todavía tenía los ojos vidriosos, ya no amenazaban con derramar toda esa sensiblería en su cerveza.

—Y pensar que vosotros ya me conocíais… Por el amor —añadió él, aunque le salió algo más parecido a «Po'l amor». Se volvió hacia mí—: ¿Cómo está Karen?

—¿Te refieres a Kathryn?

—¡Eso! —gritó Rob.

Había intentado romper con Kathryn Pierce, pero ella no se lo había tomado demasiado bien. Y con eso me refiero a que, directamente, no lo había aceptado: «No te creo, James», me había respondido, con los brazos cruzados. «Pero si pasamos horas y horas juntos y nunca nos aburrimos. Nos gustan las mismas películas y los mismos restaurantes. Si hasta nos gustan más o menos el mismo tipo de libros». (Esto último en realidad no era cierto. A ella le encantaban los Williams [tanto Shakespeare como Faulkner] y a mí no me hacían demasiada gracia ni el uno ni el otro). Ella era catedrática de Inglés y escritora de novelas aclamadas por la crítica; yo era su alumno cuando habíamos empezado a salir, aunque me da un poco de vergüenza admitirlo. Tenía los pómulos marcados y una prosa excelente, y cuando siguió presentándose en mi piso, continué invitándola a entrar, porque no era consciente de lo doloroso que podía llegar a ser acceder a algo solo porque no estás seguro de cómo rechazarlo.

Me reí.

—Ella está bien, pero tú no. Tendremos que irnos a casa pronto.

—Qué va —terció Aidan, uno de los caballeros de honor de Rob—. Da mala suerte si se va antes de echar la pota.

Eché un vistazo a la mano izquierda de Aidan. No llevaba ninguna alianza.

—¿Pero tú te has casado?

—Qué va —repitió—. Yo no estoy hecho para esas cosas. Pero sí que he ido a un montón de despedidas de soltero.

—«Yo no estoy hecho para esas cosas». Yo también decía eso —recordó Rob, tambaleándose un poco—. Y mírame ahora.

Precisamente, eso era lo que yo estaba haciendo, y, bajo la iluminación fluorescente del bar, daba la impresión de que pronto iba a echárselo encima.

—¿Por qué no comes algo? —le propuse—. ¿Te apetece una hamburguesa? ¿O unas patatas?

—Me encantaría tomar ahora unas patatas fritas. —Me puso un brazo alrededor del cuello—. James, eres muy buen amigo. El mejor, diría yo. Mucho mejor que un hermano, te lo digo en serio.

—Gracias, tío. Tú también. —Y era cierto, aunque era una pena que hubiésemos necesitado alcohol para confesarnos tales verdades.

Rob se animó de nuevo tras comer algo, de modo que seguimos de fiesta y no volvimos a casa de sus padres hasta al cabo de dos horas. La puerta trasera estaba abierta, como siempre. Me las arreglé para bajar a Rob por las escaleras hasta el sótano y lo coloqué en el sofá de cuero desgastado donde había dormido más veces que en su propia cama cuando íbamos al instituto. Se quedó dormido en cuanto su cabeza tocó el cojín. Le dejé los zapatos puestos y coloqué un cubo que había encontrado en el lavadero en el suelo, al lado del sofá.

Subí las escaleras de puntillas con la esperanza de no haber despertado a los padres de Rob ni a Lou, quien supuse que estaría durmiendo en la habitación de invitados. Justo acababa de acercar la mano al pomo de la puerta cuando oí:

—Hola, Jim.

—¡Ay, Jesusito! —grité, y pegué un bote como un gato asustado. Escudriñé la habitación y distinguí a Lou más allá de la isla de la cocina.

—Y Marieta y Joselito —bromeó ella, tratando de mantener una expresión impasible. Estaba sentada en el sillón reclinable que había en un rincón de la sala de estar.

Solté una carcajada, aunque lo único que pensaba era «tierra, trágame». A pesar de que sabía que era un error, tenía ganas de verla. No obstante, en aquel momento estaba muerto de cansancio y seguramente cubierto de vómito de Rob (incluso después de comerse las patatas fritas [o quizá precisamente por eso], de camino a casa se había inclinado hacia delante y lo había vomitado todo en la acera, a mi lado). Mis ganas de volver a verla implicaban unas condiciones más higiénicas y estar más alerta.

En los nueve meses que habían pasado desde que había ido a ver a Rob y a Lou a Nueva York, había terminado el posgrado y me habían contratado como profesor adjunto de Escritura en la universidad en la que había estudiado. El puesto no estaba muy bien remunerado, pero me mantenía ocupado a nivel mental y logístico, algo que, a su vez, evitaba que pasara demasiado tiempo maldiciendo las alabanzas poéticas de Rob sobre Lou. Por las noches, escribía una novela distópica que tenía la esperanza de que me situara en el panorama literario (o, como mínimo, que me granjeara un agente y la venta del libro a una editorial importante).

Pensar en Lou oscilaba entre ser algo frecuente y algo esporádico. Cuando pensaba que empezaba a superarlo, Rob me llamaba para contarme algo ingenioso que ella había hecho; o yo solito atisbaba una copia barata de Lou caminando por el campus; o leía un poema y me sorprendía al preguntarme qué estaría leyendo Lou, y si los que ella componía serían buenos (y en ese punto volvía a comportarme como alguien que había sufrido una lobotomía).

Durante esos períodos de tiempo, había tenido que desterrar cantidades ingentes de preguntas

y pensamientos contradictorios en los abarrotados cajones de mi mente. ¿Cómo era capaz de ocupar miles de horas pensando en alguien con quien, de hecho, solo había estado dos días en total y, encima, en compañía de su prometido, quien daba la casualidad de que era mi mejor amigo?

Y ahora, ahí estaba ella, con una camiseta holgada y unas mallas, agotada y tan guapa como la recordaba. Al encontrarme con su mirada, y sin que ninguno de los dos esbozara una sonrisa, la cabeza se me llenó de tonterías. ¿Qué pinta tendría mientras dormía? ¿Tendría los párpados de un tono lavanda claro o de un rosa pálido, como el de una concha de mar? ¿Se dejaría el pelo amontonado en la parte superior de la cabeza para dormir o flotaría este alrededor de ella, como hacen las algas en un estanque poco profundo?

—Lo siento —dije, avergonzado—. Hola. ¿Llevas mucho tiempo ahí?

Se levantó del sillón y se acercó a la isla de la cocina.

—Hola. Acabo de bajar ahora mismo. ¿Está muy mal?

—Está bastante bien —contesté, mientras entraba en la cocina—. Bueno, en realidad no, pero por suerte, no os casáis mañana.

Apoyó los codos en la encimera y sonrió.

—Vaya, qué consuelo.

Cambié el peso de un pie al otro.

—¿Y tú, como estás, Lou?

—Muy bien —respondió, pero en sus ojos refulgió algo. ¿Duda? ¿Incertidumbre?

Eché un vistazo a mi alrededor. Me fijé en el papel de pared con motivos florales, que se extendía desde la cocina hasta el comedor. En el sofá verde oscuro del salón, con el sillón reclinable a juego. En las fotos enmarcadas de Rob esparcidas por las estanterías y colgadas en la pared, que mostraban distintas etapas de su infancia. Toda esa parafernalia doméstica me resultaba más familiar que la que tenía en el piso en el que vivía desde hacía tres años. Pero todo era nuevo para Lou.

—¿Se te hace raro estar aquí? —me interesé, aunque ya sabía que así era. Quizá preguntárselo era mi modo de hacerle saber que no pasaba nada si lo admitía.

—No. —Suspiró—. Bueno, sí, un poquito. Es que… yo crecí… Digamos que no de este modo, ¿me entiendes? Y los Logan son…

Como el profesor novato que era, tenía la mala costumbre de presionar a mi interlocutor para sonsacar información sin dejar que terminara de desarrollar las ideas a su debido tiempo.

—¿Sí? ¿Cómo has estado con ellos? ¿Bobby y Nancy se han portado bien contigo? — Bobby era como mi padre: tranquilo pero propenso a tener ataques de ira contra el estado del mundo moderno. Nancy era agradable pero distante, como todos los del Medio Oeste, aunque una vez la llegabas a conocer, era imposible ignorar su frenética ansiedad. Me incliné hacia Lou con aire conspiratorio—: ¿La madre de Rob te ha quitado el vaso y lo ha lavado antes de que dieras un segundo sorbo a la bebida?

Me esperaba sonsacarle una sonrisa, incluso alguna risita, pero se mordió el labio inferior y fijó la vista en las escaleras, como si creyera que los padres de Rob pudieran estar escuchándonos.

—Son encantadores, de verdad.

De pronto, ya no estaba cansado.

—Por cierto, ¿dónde dices que creciste?

Lou se enderezó y colocó un pie en la corva de la rodilla contraria, como si fuera un flamenco.

—Aquí y allá. Sobre todo, en Virginia. Y un poco en Pensilvania, y en Ohio una temporada.

—Has vivido en todas partes.

—Si consideras «todas partes» poblaciones rurales mineras que pueden intercambiarse unas por otras…

Me reí.

—No, supongo que no.

— Y no deberías.

Lou bostezó; la nariz se le arrugó mientras abría la boca. Entonces, que Dios me asista, se restregó los ojos con ambas manos, y la vi tan adorable, medio adormilada como estaba, que me entraron ganas de cogerla en brazos.

No obstante, apreté los puños y me obligué a concentrarme en la sensación de los dedos haciendo presión sobre las palmas de las manos.

—Bueno —dije, con un tono que esperaba que pareciera neutro—, quizá deberíamos irnos a la cama.

Lou arqueó una ceja, y toda la sangre que tenía en el cuerpo se me agolpó en la cara.

—Perdona, no quería decir que…

Me sostuvo la mirada durante unos largos segundos terroríficos, cargados de electricidad. Acto seguido, se echó a reír.

—¡Claro que no!

—Es por culpa del síndrome de la Metedura de Pata que sufro —dije, apático.

—Ay, es verdad. Siento que todavía no te hayas curado. —Sonrió—. Supongo que debería ir a comprobar que Rob esté bien y luego irme a dormir. Tengo que descansar para estar guapa para la boda, o al menos eso dicen. Nos vemos mañana en el ensayo, si no nos vemos antes, ¿verdad?

—Sí, me muero de ganas —contesté, mientras ella rodeaba la isla de la cocina.

Ya había subido el último escalón cuando se volvió y me miró.

—Yo también, Jim.

***

No había sido nada, solo una tontería. Lo que fuera que hubiera percibido cuando Lou me miró era el resultado de mi condición de escritor (alguien que, a efectos prácticos, vivía en su propio mundo y era propenso a imaginarse cosas). Y, aunque no me lo hubiera imaginado, no importaba. Rob y Lou estaban a punto de declarar en público que tenían la intención de pasar el resto de su vida juntos. ¡El resto de su vida!

Y en lo que a mí respectaba, ya era un hombre hecho y derecho, con voluntad propia. Era capaz de controlar mis pensamientos, y eso haría.

Eso era lo que me repetía aquella noche de camino a casa de mi padre, donde me alojaba aquel fin de semana. Me lo recordé de nuevo a la noche siguiente, mientras me vestía para ir al ensayo, y también mientras conducía hacia la iglesia, entraba en la nave principal y contemplaba

cómo Lou y Rob practicaban los votos, embelesados.

«¿Lo ves?», pensé, mientras simulaba que le entregaba el anillo a Rob, y este hacía ver que lo introducía en el dedo de Lou. Para siempre significaba para siempre. Para cuando acabó el ensayo y la subsiguiente cena, ya casi me había autoconvencido de que aquello que me había inventado y no dejaba de repetirme era cierto. Al fin y al cabo, Lou había mirado a Rob con una sonrisa radiante durante toda la ceremonia preliminar. Y en cuanto a Rob, nunca lo había visto tan feliz. Así era como debía ser, y ya era hora de que me adaptara a esa realidad.

***

La ceremonia real fue preciosa, como suelen ser todas las bodas. Dado que el padre de Lou no estaba, el mismo Rob la acompañó al altar. Se recitaron plegarias, se leyeron poemas y se intercambiaron votos muy emotivos. Se dieron un beso largo y apasionado, que arrancó una salva de aplausos. Rob y Lou caminaron de nuevo por el pasillo, ya como marido y mujer, rodeados por una lluvia de felicitaciones y vítores. Contemplé cómo les brillaban los ojos, sus mejillas sonrojadas y la euforia que la pareja compartía, y fui capaz de olvidar los sentimientos contradictorios que me embargaban y desearles un «felices para siempre».

El banquete fue más de lo mismo. La cubertería de plata repiqueteaba. Las copas de champán de llenaron, se alzaron y se vaciaron, una vez tras otra. Y entonces, llegó el momento de que mi discurso. Había trabajado en él durante días, intentando encontrar el equilibrio perfecto entre lo genérico y la franqueza. A decir verdad, no sabía demasiado sobre qué garantizaba la felicidad de un matrimonio (ni de cómo era la pareja que conformaban Lou y Rob). Se los veía felices, pero la mayoría de las parejas dan esa impresión al principio. ¿Lo eran de verdad? Su vida cotidiana era un misterio para mí. Tampoco conocía los sueños que compartían. ¿Cuántos hijos querían tener? ¿Tenían pensado comprarse un caserón en el campo o llevar una vida de lujos, con distintos apartamentos en varias ciudades cosmopolitas?

Hacía menos de un año que estaban juntos, por lo que quizá aún no habían decidido las respuestas de tales preguntas. Lo máximo que había conseguido sonsacarle a Rob era que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para darle a Lou la vida que se merecía. Los detalles de esa vida tan merecida todavía eran indefinidos.

De modo que mi discurso giró en torno a Rob:

—Cuando Rob me pidió que fuera su padrino, no pude negarme. Luego, un día, me dijo que yo era el mejor, pero como muchos de los aquí presentes podemos dar fe, él es el mejor. Él siempre es el más listo, pero nunca alardeará ni actuará como si fuese consciente de ello. Tiene un gran corazón y… —Le eché un vistazo y solté una risita—. Bueno, digamos que él entero es grande, y punto. Y no solo me refiero al hecho de que mide casi dos metros. Todo lo que hace es excepcional. El día en que me habló de Lou, supuse que ella sería como los cientos de mujeres con las que había salido. —Al pronunciar aquellas palabras, arranqué una risa general, e incluso recibí algunos gritos por parte de los compañeros de la escuela de negocios de Rob—. Pero, claro, si ella hubiera sido como las otras, Rob ni me la habría mencionado. —Más risas—. Y entonces, conocí a Lou…

Estaba de pie al final de la larga mesa donde estaban sentados los novios y sus más allegados. Lou me lanzó una mirada escrutadora por encima de los ramos de flores de color violeta pálido, como si me preguntara: «¿ Qué vas a decir ahora?».

«Respira», me dije. «Traga saliva y sigue».

»Este cabroncete afortunado ha encontrado a una mujer que, aunque es mucho más pequeña, es igual de extraordinaria y maravillosa que él. Lou, nunca había visto a Rob tan feliz. —Se alzaron algunas copas y hubo murmullos de aprobación. Devolví mi atención a Rob—. Os deseo toda la dicha y felicidad del mundo en esta nueva vida juntos.

Se oyó el tintineó del cristal contra el cristal. Rob me dedicó un gesto de asentimiento; tenía los ojos vidriosos: lo había hecho llorar por segunda vez. Y eso no era ninguna tontería. No me gustaban las lágrimas, porque solo me traían a la memoria funerales y los peores momentos de mi infancia. Sin embargo, todavía recuerdo la extraña sensación de triunfo que me embargó cuando uno de los cuentos cortos que había escrito mientras estaba en la universidad (una obra novelada sobre la muerte de mi madre) había hecho saltar las lágrimas de la mitad de mis compañeros. No es fácil hacer que la gente sienta algo más allá del estado emocional al que están predispuestos a llegar en un momento determinado, y, sin embargo, yo lo había conseguido con unas pocas palabras sobre Rob, Lou y el amor. (Ahora, en retrospectiva, me parece que tuvo más que ver con ellos dos que con mi discurso). Levanté la copa hacia Rob y le devolví el gesto, satisfecho de haberlo bordado.

En cuanto el resto de los discursos concluyeron y la banda reanudó su actuación, hui al cuarto de baño, desesperado por tener un momento a solas, por breve que fuera. Entré en un cubículo y me senté en el retrete. Notaba que el pulso me retumbaba en los oídos y esperé a que el ritmo del corazón, que me latía a toda velocidad, volviera a la normalidad. Al cabo de unos minutos, salí a regañadientes del servicio y avancé por el pasillo hacia el salón de baile.

Al doblar la esquina, casi me choco con Lou, que acababa de salir del baño de mujeres. Llevaba un sencillo vestido de tubo de seda. Era perfecto para ella. Sonreía, pero, al igual que Rob, las lágrimas le brotaban de las comisuras de los ojos.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Lo que has dicho ha sido muy bonito, Jim. Muchas gracias. Todo es tan maravilloso que resulta un poco abrumador. —Hizo un gesto en dirección al salón de baile—. ¿ Quieres bailar conmigo?

No había una cantidad de alcohol o de valor suficiente que me empujara a tratar de mover el cuerpo al ritmo de la música delante de otras personas.

—De acuerdo —accedí.

Mientras nos dirigíamos a la pista de baile, le dije:

—Estás muy guapa. —Lou posó el brazo sobre el mío y empezamos a balancearnos—. ¿Es raro que te lo diga?

—Es el día de mi boda. Si hoy no estoy guapa, es que soy un caso perdido.

—Es el día de tu boda —repetí. Sí, era consciente de que se acababa de casar. Pero, hasta ese momento, solo había puesto en duda los motivos de Rob, sin cuestionarme la razón por la que una mujer como Lou se casaría a los veintitrés. El amor parecía la respuesta más evidente, pero conocía algunas parejas de más o menos nuestra edad que se querían profundamente y no tenían intenciones de casarse en un futuro próximo. Mis padres se casaron a los veintipocos y, como consecuencia, se pasaron las siguientes tres décadas comportándose como si se arrepintieran. Mi madre apenas logró forzar una sonrisa en la celebración de sus bodas de plata. Cuando murió de un ataque al corazón un año después, yo supuse que, en realidad, había muerto porque tenía el corazón roto—. ¿Y ahora qué planes tenéis? —añadí.

Lou levantó la mano izquierda, donde llevaba el anillo de compromiso, con un diamante engastado casi tan grande como su dedo. Debajo de este descansaba la alianza de oro blanco, que sería el único anillo que llevaría a partir de entonces.

—Bueno, la semana pasada dejé el trabajo en la agencia literaria, así que voy a dedicarme a escribir. Y parece que van a mandar a Rob a Hong Kong, así que, obviamente, me iré con él.

Le hice dar una vuelta, con cuidado de no pisarle el dobladillo del vestido.

—¿En serio? —Era la primera vez que oía los planes que tenían—. ¿Y qué harás allí? ¿No estarás muy sola?

—Sabes lo que dijo Chéjov, ¿verdad?

—¿Que griu, griu, griu? —comenté, tratando de imitar tan bien como pude el graznido de una gaviota.

Ella sonrió.

—No, tonto. Me refiero a lo que dijo sobre el matrimonio.

—Desconozco aún menos lo que dijo sobre el apareamiento humano.

—Pues déjame que te ilustre. Dijo: «Si te asusta la soledad, no te cases».

—Gracias, se lo comentaré a mi futura esposa.

—¿Y dónde está la mujer con la que sales?

—¿Cómo? —salté, y perdí el equilibrio por un milisegundo.

—Sí, hombre —insistió Lou, ayudándome a recuperar el paso—. Rob me dijo que estás saliendo con Kathryn Pierce. Me encantó su última novela. ¿Por qué no la has traído?

—Pensé que estaría feo traerla si iba a quedarse sentada y sola durante toda la ceremonia y buena parte del banquete.

—Entonces, no estás enamorado.

—No estoy muy seguro.

—Rob quiere, más que nada en el mundo, que seas tan feliz como él, lo sabes, ¿no?

—¿Y tú? ¿Eres feliz?

—¡Claro! Quiero a Rob, y es muy bueno conmigo. Me…

De pronto, una dama de honor apareció a nuestro lado e interrumpió a Lou, con una expresión expectante:

—¡Louisa! —chilló—. ¿Cuándo vas a dejarme bailar con este bombón?

Lou se volvió hacia su amiga.

—Jennifer, cielo, ¿te importa darnos un minuto? Te prometo que te entregaré a Jim en cuanto acabemos.

—¡Más te vale! ¡Tienes una cola de hombres esperando para bailar contigo ! ¡Y tú! —saltó Jennifer—. ¡Ven a buscarme, que menearemos el esqueleto!

—Quizá podrías intentarlo con ella —comentó Lou.

Observé a Jennifer, que se movía con torpeza por toda la pista de baile.

—Creo que… mejor no.

—¿Eso significa que vas a intentar que funcione lo tuyo con Kathryn?

—Más o menos.

—¿Sabes qué? Podríais venir a pasar una semana con nosotros. Sería genial.

—Sí, seguro que nos lo pasaríamos muy bien —coincidí.

Mientras contemplaba al resto de las parejas que giraban por la pista de baile al ritmo de una canción que no oía desde que iba al instituto, sentí una punzada de añoranza, pero no de mi hogar, sino de Kathryn. Del cojín de color crema que se ponía en el regazo; del modo en que me acariciaba la cabeza mientras yo leía, sentado junto a ella en el sofá. Si la confianza que ella me inspiraba era una trampa, entonces su deseo era el anzuelo con el que me había pescado. Porque lo que en realidad añoraba en aquel momento era a alguien que me echara de menos. Por mucho que yo me entregara, Kathryn siempre quería más, y aquello, en sí mismo, era adictivo. (No era para nada justo, ya lo sé. Pero a menudo hacemos oídos sordos a la verdad precisamente porque es injusta, o incluso porque es tan horrible que apenas somos capaces de admitirlo ante nosotros mismos, y menos todavía ante otra persona). «Quizá esta chispa de añoranza podría prender un fuego», pensé.

—¡Venga! —Jennifer estaba allí otra vez. Me señaló, hizo un gesto como si me echara un lazo y simuló que me atraía hacia ella con una cuerda invisible.

—¡Yuju! —musité, y solté a Lou—. Creo que eso significa que tengo que irme.

Los ojos le brillaron cuando se echó a reír.

—Me alegro tanto de que seas el mejor amigo de Rob, Jim. No te creerías lo bien que habla de ti.

Apenas conseguí reprimir una mueca.

—Yo también —farfullé.

Jennifer se me colgó del cuello y empezó a contonearse; creo que intentaba bailar una especie de samba achispada. Suspiré y traté de imitar sus movimientos, aunque con desgana. Por encima del hombro de Jennifer, divisé a Rob y a Lou, que habían empezado a bailar. Mientras observaba cómo la pareja se deslizaba por la pista, con la cabeza de Lou recostada sobre el pecho de Rob, me sorprendió darme cuenta de que, entre el cúmulo de sentimientos que me embargaban, no había envidia. Mi amigo de la infancia había pronunciado sus votos ante Dios y los hombres, y ahora, él y Lou iban a embarcarse en una nueva vida en común. Y, sin lugar a duda, yo quería que fueran felices.

Pero yo también quería ser feliz, de modo que hice mis propios votos: me olvidaría de Lou y pondría todo mi empeño, sin reservas, en mi relación con Kathryn, por quien sentía cada vez más cariño a medida que avanzaba la noche. Y, si por alguna razón, comprometerme con Kathryn resultaba algo imposible, decidí que podía (y así lo haría) realizar un esfuerzo coordinado para encontrar una pareja que hiciera que me olvidara del resto del mundo cuando la tuviera cerca.

Capítulo tres

Primavera de 1999

—Joan Didion dijo que es más difícil ver el final de las cosas que el principio —expliqué mientras observaba el par de docenas de estudiantes que había alrededor de la mesa, repantigados en mayor o menor medida en sus sillas.

Era la última clase que daba ese semestre, y menudo alivio suponía haberlo superado. Mi padre decía que, si algo valía la pena, valía la pena hacerlo bien, así que había pasado horas preparándome cada clase. Quizá, solo quizá, comenzaba a ver los resultados. Aunque aún no había averiguado qué era lo que había funcionado, había empezado a establecer ciertos patrones y a distinguir lo que estaba seguro de que no funcionaba.

—¿Quién es Joan Didion? —preguntó un alumno, sentado en el fondo de la clase.

Lo fulminé con la mirada.

—Es la autora del ensayo sobre el que tuviste que hacer el último trabajo. —(Vale, tenía que aprender a distinguir mejor). Hice una pausa y, luego, me dirigí al resto del grupo, usando un tono más calmado—: ¿Creéis que eso se aplica cuando hablamos de escribir? ¿Empezáis vuestras historias con el final en mente?

—Es imposible hacerlo de otro modo, ¿no? —respondió una estudiante, echándose la lustrosa melena por encima del hombro. Era la típica chica de hermandad, con acento de la Costa Este, vestida de negro de pies a cabeza. Seguramente, el coche que conducía para ir de un lado a otro del campus costaba el doble que el mío.

—No, escribir debería ser una aventura —intervino otro alumno. Era gris: tanto su ropa, como su pelo, como su mentalidad. Llegaría muy lejos en la vida.

—Ambos tenéis razón, al menos cuando se trata de vuestro propio trabajo —dije—. No existe un único modo correcto de plantear una historia. —Di unos golpecitos sobre la pila de papeles que había en la mesa que tenía delante—. Antes de devolveros los trabajos corregidos, quiero que discutamos sobre el proceso de escritura. ¿Empezáis teniendo en mente el desenlace?

Tras lo que me pareció un debate aceptable, repartí los trabajos. Había sido benevolente con las notas, quizá demasiado; un error de principiante debido a los nervios que me provocaban las evaluaciones de profesorado que harían los alumnos. Al fin y al cabo, todavía no me habían contratado de forma oficial para el siguiente curso, y necesitaba ese trabajo.

Al menos, la mayor parte de la clase estaría contenta con su nota. Pero el corazón me

aporreaba el pecho cuando llegué a la última alumna, cuyo trabajo había colocado deliberadamente debajo del montón. Era Nora Roderick. Tenía la piel de un tono cobrizo oscuro, llevaba el pelo corto y le gustaba vestir con jerséis holgados de cachemira y botas altas de cuero.

—Nora, por favor, ¿puedes quedarte después de clase? —le dije, con las cejas arqueadas y usando un tono que esperaba que sonara semiautoritario y que, al mismo tiempo, no resultara amenazador.

La chica ladeó la cabeza y me miró. Me respondió con un tono de voz bajito y relajado:

—Lo siento, tengo otra clase.

—Claro. —«Novato», me reprendí. «Échale huevos»—. En tal caso, ven a verme al despacho durante las horas de tutoría. Hoy estaré de tres a cuatro.

Observó el trabajo, que no tenía la nota garabateada en rojo como el de los de los demás. Su expresión cambió cuando se dio cuenta: la había pillado.

—Vale —accedió—. Nos vemos luego.

Unas horas después, llamó a la puerta de la pequeña oficina que compartía con otro profesor adjunto.

—Pasa —dije, y señalé la butaca barata que tenía delante. Me temblaban las manos. Como ya he comentado, no era la primera vez que descubría un plagio. Pero, normalmente, eran descarados: escritos brillantes que era imposible que hubiera escrito un estudiante universitario que se pasaba la mayor parte de las clases durmiendo. Nora, en cambio, había copiado una obra ajena, pero se había molestado en reescribir casi todas las frases. ¿Por qué lo había hecho? Ya había escrito un par de obras, y estaban bien. Incluso podría decirse que eran buenas.

—Bueno, ¿qué? —soltó ella.

—De acuerdo, Nora. Te cuento.

—¿Qué problema tiene, profesor Hernández?

Erguí la espalda.

—¿Perdona? ¿Yo tengo un problema?

—Sí —contestó ella—. Parece que se haya bebido la cafetera entera para almorzar.

—No cambies de tema —dije con severidad. «Venga, suéltalo ya, profesor Hernández»—. Cuando dije «tomar prestado» no pretendía que te lo tomaras al pie de la letra y robaras la historia. Si lo necesitas, puedes tomar prestada una idea, pero tienes que hacerla tuya.

En realidad, yo mismo había «tomado prestada» esa pizca de sabiduría de Pascal, quien había sido mi profesor y se había convertido en mi mentor y amigo. «¡Como no hay nada que sea nuevo en la faz de la tierra, podéis tomar todo prestado!», afirmaba, con ese acento melódico propio de la Guinea francesa. «¡Coged todo lo que os inspira amor! ¡Y hacedlo vuestro!». (Sin duda, Pascal no tenía en mente a la mujer de mi mejor amigo cuando nos dio este consejo).

—Sé que has plagiado la mayor parte de tu historia de la revista *Kenyon Review* —continué —. Así que dime, ¿por qué?

Nora se cruzó de piernas y se recostó en la butaca.

—¿Me va a catear?

La miré con los ojos de par en par, pero aparté la vista cuando me sentí cohibido por hacer algo así.

—¿Debería?

—No.

—¿Por qué?

Nora me observó con recelo.

—Si ahora es cuando se supone que debo contarle una historia triste, se equivoca de persona. Crecí en una mansión en Bloomfield Hills y fui a una de las mejores escuelas privadas del país.

Fruncí el ceño. La conversación no se estaba desarrollando como yo pretendía.

—Esto no tiene nada que ver con dónde has crecido, Nora, o a qué escuela fuiste. Estás aquí porque has copiado. Sé que sabes escribir. Así que ¿por qué no lo has hecho?

Por un instante, me dio la impresión de que iba a llevarme la contraria, pero se limitó a negar con la cabeza.

—No lo sé. Empecé una historia que parecía buena, pero… fui incapaz de terminarla.

Lo entendía perfectamente: no había escrito un solo párrafo de mi novela distópica desde hacía más de dos meses. Por mucho que lo intentara, no era capaz de esclarecer quién era el protagonista, y aunque eso no tiene por qué representar un problema para el desarrollo del argumento, sí que lo era en el caso de mi historia.

—Esas cosas pasan. Pero ¿por qué no me pediste una prórroga?

—Porque creía que diría que no.

—¿Sabes lo que dicen sobre asumir las cosas antes de preguntar?

—¿Que acabas citando algún tópico sobre tontos?

—Nora.

Mientras ella trataba de reprimir una sonrisa, suspiré.

—No pasa nada. Y tienes razón, puede que te hubiera dicho que no. Pero ¿no habrías preferido no entregar un trabajo a tiempo a arriesgarte a suspender o a que te pongan en período de prueba académica?

—Supongo. Pero ¿cómo lo ha descubierto? Escogí una historia desconocida a propósito.

—Quizá fue el destino, o solo has tenido mala suerte. —Me encogí de hombros—. Tuve que leer ese relato cuando hacía el posgrado. A decir verdad, no me gustó, y normalmente recuerdas más lo que no te gusta que lo que disfrutas. De todos modos, si ibas a reescribirlo, tal vez habría sido mejor escoger una historia que se pareciera más a tu propio estilo.

Nora se alisó la falda.

—Lo siento. Ha sido una estupidez. ¿Puede darme otra oportunidad?

Me levanté, haciéndole saber que estábamos a punto de terminar.

—Ya sabes que sí, aunque tu nota final se verá afectada por esto. Entrégame una nueva historia en cuarenta y ocho horas. Me da igual la extensión, pero quiero que sea tuya.

—De acuerdo. Muchas gracias.

—No me des las gracias todavía. Haz el trabajo, y luego ya hablaremos.

Nora asintió y me ofreció una mano delicada. No obstante, me estrechó la mía con firmeza.

—Tendrá la nueva historia en su buzón enseguida. Ah, por cierto, profesor Hernández…

—Dime.

Me soltó la mano e hizo una mueca al tiempo que bajaba la mirada hacia mis pantalones.

—Lleva la bragueta bajada. Supongo que preferirá solucionarlo antes de salir del despacho.

Me sonrojé y le di la espalda para subirme la cremallera.

—Vaya, es verdad. Gracias —contesté.

Cuando me volví, ya se había marchado.

***

Dos días después, me encontraba de camino a California con el nuevo trabajo de Nora metido en la bolsa de mano y Kathryn sentada a mi lado.

—Te va a encantar Napa —me aseguró, y me dio un apretón en el brazo.

Se empezaba a divisar San Francisco a través de la ventanilla combada del avión.

—Seguro que sí. Son nuestras primeras vacaciones juntos.

—Espero que sean las primeras de muchas. —Kathryn recostó la cabeza en mi hombro—. Nos vendrán bien.

Íbamos a encontrarnos con Rob y Lou, con quienes habíamos cenado en Ann Arbor unos meses antes. Lou y Kathryn se parecían en muchos aspectos, pero, dado que Kathryn era una década mayor que Lou, nunca me había imaginado que se harían amigas con tanta rapidez. En efecto, se cayeron bien de inmediato y para cuando terminamos de cenar, eya habían planeado unas vacaciones para los cuatro.

Rob había conseguido prorrogar un año más su traslado a Hong Kong. Así pues, Kathryn y Lou habían propuesto la región vitivinícola de California. Dado mi exiguo salario como profesor adjunto, yo hubiera preferido algo más barato; como, por ejemplo, hacer un viajecito a la costa de Jersey, donde dormiríamos en algún motel cuyas camas no estuvieran infestadas de chinches, o incluso podríamos haber ido a casa de Lou y Rob, en Nueva York. Sin embargo, Kathryn era de la zona de la bahía de San Francisco y conocía muy bien aquella área, y Lou y Rob siempre habían querido visitarla. Así que me había tocado ir a Napa.

Alquilamos un coche, que Kathryn condujo. «No necesitamos ningún mapa», informó con alegría al hombre que nos lo alquiló. Me acomodé en el asiento y contemplé cómo los edificios de colores brillantes cedían el paso a un paisaje de tierra marrón, y este, a su vez, a extensiones de parras que semejaban baldaquines verdes. Salimos de la autopista y nos metimos por un camino de tierra, donde se encontraba el hostal en el que nos alojaríamos. Era un edificio victoriano lleno de rincones y recovecos, y rodeado de viñedos, desde donde se divisaban unas escarpadas montañas a lo lejos.

Nuestra habitación era íntima y acogedora, aunque estaba un poco recargada para mi gusto. La cama emitió un fuerte chirrido cuando Kathryn y yo nos sentamos en el borde. Nos miramos mutuamente y nos echamos a reír.

—¿Deberíamos ir a buscarlos? —pregunté.

—No, deja que los recién casados pasen un rato juntos. ¿Por qué no inspeccionamos un poco el terreno? —propuso Kathryn.

Llevaba un vestido holgado y azul, y los labios teñidos del color de las frambuesas. Era preciosa, y así se lo hice saber. Por aquel entonces, ya llevábamos alrededor de un año y medio juntos y, aunque aún no creía que estuviera enamorado de ella, había llegado a quererla, algo que me confundía mucho: a veces creía que ambas cosas eran lo mismo.

—¿De verdad lo piensas?

—¿Quieres que te lo repita? —bromeé.

—Sí —contestó, muy seria—. No me haces cumplidos muy a menudo, y a veces me

pregunto qué piensas.

—Pues eres preciosa, y lo siento. Voy a esforzarme más —le dije, y me hice esa misma promesa a mí mismo.

Dimos un paseo alrededor del hostal, que era encantador debido a su aspecto anticuado, y luego avanzamos por un camino que había entre dos viñedos. A pesar de que Kathryn trató de explicarme las diferencias que había entre las distintas variedades de uvas, pronto decidí que una vez has visto un emparrado, ya los has visto todos.

Cuando volvimos al hostal, oímos el sonido de una risa familiar que provenía del vestíbulo. Encontramos a Rob y a Lou acurrucados en uno de los sofás tapizados.

—¡Aquí estáis! —dijo Lou, que saltó del sofá para abrazarnos.

Me estrechó con tanta fuerza que sentí una punzada de dolor en el estómago; luego, Lou se ensañó con Kathryn. Acto seguido, ambas se enfrascaron en el innecesario ritual de fortalecer una amistad entre féminas:

—Pero mírate —dijo Kathryn. Había agarrado a Lou, pero se había separado de ella y tenía el brazo completamente estirado—. Tan guapa que das rabia, como siempre.

—Y lo dice la mujer cuya estructura ósea hace que el resto queramos ir al cirujano plástico.

—La estructura ósea no importa cuando una escribe como tú. Me encantó *Escenas de una boda.*

Lou se llevó la mano al corazón.

—No sabes lo que significa para mí que tú me digas eso. De hecho, creo que es mi crítica favorita de entre todas las que he recibido. Pero si yo fuera capaz de escribir novelas como las tuyas, nunca volvería a intentar componer un poema.

—Hola, tío —saludé a Rob, que me estrechó la mano.

—Me alegro de verte —me contestó. Se acababa de duchar y afeitar, pero tenía los ojos inyectados en sangre—. Llevo un par de meses de locos.

—¿Tan mal están las cosas?

—No, pero te aseguro que me estoy ganando un buen ascenso. Aunque la semana pasada tuve que quedarme a dormir dos noches en la oficina.

Lou lo rodeó con el brazo.

—¡El pobrecito está tan agobiado que ni siquiera ha querido traerse un libro!

—¿Ni siquiera *Las uvas de la ira?* —pregunté con total seriedad para hacer evidente que bromeaba.

Lou soltó una risita, pero Kathryn gruñó.

—No quiero leer ni una sola palabra —dijo Rob—, ni quiero mover un solo dedo, a menos que sea para salir con vosotros tres y beber el dulce néctar de las uvas fermentadas.

—Esa es la idea —terció Kathryn, con tono afable. Tener una relación con alguien implica pasar a formar parte de su ecosistema, y era evidente que Kathryn estaba satisfecha de haberse fusionado con el mío sin ningún esfuerzo.

—Me parece perfecta —añadió Lou.

—Bueno, ¿adónde vamos primero? —preguntó Rob.

A pesar de lo exhausto que estaba, yo sabía que estaba repasando su lista mental. Cuando íbamos a la universidad, hicimos una parte del sendero de los Apalaches durante un viaje de mochileros; yo apenas fui capaz de seguirle el ritmo, y no solo porque Rob estuviese en forma,

sino también porque se moría de ganas por llegar a cada objetivo marcado en el mapa de la ruta. A mí, en cambio, no me habría importado pasarme una hora entera examinando un cúmulo de setas moteadas.

—Propongo que tomemos la ruta 29 y luego veamos qué nos apetece más —sugirió Kathryn.

Rob había alquilado un reluciente descapotable plateado, que condujo él; Kathryn iba de copiloto a su lado. Lou y yo íbamos sentados detrás. El viento nos tensaba la sonrisa y ahogaba cualquier sonido que no fuera el del aire que nos azotaba la cara.

—¿Lo estás pasando bien? —le pregunté a Kathryn más tarde. En aquel momento, estábamos visitando el segundo viñedo y me sentía a gusto, aunque ligeramente achispado. A pesar de la preocupación que me había provocado ese viaje (no estaba muy seguro de que la cena que habíamos compartido se tradujera en unas agradables vacaciones en grupo), todo iba como la seda.

—Mejor que nunca —me respondió ella, con una sonrisa radiante—. ¿Tú no?

Antes de que pudiera contestarle, Lou la llamó y le hizo un gesto para que se uniera a ella al frente del camino de guijarros y polvo del jardín por donde paseábamos. Kathryn me dio un beso en la mejilla y se acercó a Lou.

Había supuesto que estar cerca de Kathryn y Lou al mismo tiempo sería muy extraño, pero, en cierto modo, era más fácil de lo que había imaginado. La presencia de Kathryn era estabilizadora, un recordatorio constante y reconfortante de que tanto Lou como yo estábamos comprometidos con otras personas.

Y tampoco es que a Lou le preocupara demasiado si yo estaba comprometido. Si Lou estaba enamorada de alguien, al menos durante ese viaje, era de Kathryn. Las dos caminaban con las cabezas pegadas la una a la otra y los brazos entrelazados como si fueran adolescentes, siempre enfrascadas en una conversación sobre vete tú a saber qué. (En un momento de narcisismo desenfrenado, me sorprendí a mí mismo deseando que Kathryn le dijera a Lou que yo era un genio literario, un amante generoso y un sinfín de elogios más que me dejaran en buen lugar).

—Bueno, ¿cómo va la condena eterna? —pregunté a Rob. Lou y Kathryn estaban lejos y nos oían.

Este dio un puntapié a un guijarro con el mocasín.

—¿Te refieres a Lou? Es maravillosa. Se entrega en cuerpo y alma a la escritura, y aun así, siempre tiene algún que otro proyecto entre manos. El mes pasado hizo alfarería, y ahora observa aves en Central Park. Pero…

Contemplé a Lou en la distancia, bañada por la luz del sol; su cabello despedía destellos dorados.

—¿Pero…?

Rob se encogió de hombros.

—Discutimos cada dos por tres.

—¿En serio? Si se os ve muy unidos —observé.

Y de verdad lo parecía. Además de los arrumacos que estaban dándose cuando Kathryn y yo nos los habíamos encontrado antes, Lou se había pasado el camino de ida al viñedo acariciándole la nuca, como si Rob fuera su mascota; «un labrador», había pensado en aquel momento. Él la acariciaba cada vez que la tenía cerca, como si hubiera un campo magnético que los uniese. Aunque era cierto que, últimamente, Rob no me mandaba tantos correos electrónicos para

hablarme de Lou, había asumido que era por culpa del estrés del trabajo y no por el estado de su relación.

—Y lo estamos… Creo.

Dado que se trataba de Rob y me picaba la curiosidad, intenté sonsacarle más información.

—¿Cómo que «crees»?

—A ver, ya sabes que trabajo mucho, más de lo que nunca creí que tendría que trabajar. Y a Lou no le hace gracia, como me hace saber en más de una ocasión. Dice que también tengo que esforzarme en nuestro matrimonio.

Levanté la mirada y observé a Lou, que se reía de algo que Kathryn acababa de decirle.

—Le gusta la estabilidad que nos brinda mi trabajo, pero no la realidad que comporta. Me da la impresión de que preferiría que me pareciera más al último tipo con el que salió, que era un «artista» —añadió, gesticulando las comillas con los dedos—. Lou dice que se siente abandonada porque me paso el día trabajando.

Aquello me hizo pensar en la cita de Chéjov que Lou mencionó el día de su boda. Seguramente, no había previsto lo rápido que se haría realidad.

—¿Crees que tiene algo que ver con su infancia?

A esas alturas, ya había empezado a reunir algunos retazos de información sobre la infancia de Lou; sobre cómo su madre nunca se había ocupado de ella y se había visto obligada a mudarse a casa de una amiga mientras todavía iba al instituto.

—Puede. —Rob se frotó la frente—. Aun así, pensaba que lo entendería, teniendo en cuenta lo importante que es para ella su trabajo. Justo antes de venir aquí, se ha puesto como loca porque no ha sido capaz de terminar el poema que lleva componiendo desde hace tres semanas. Como si creyera que iba a acabarlo mientras estamos en medio del valle de Napa.

Metí la nariz en la copa. Kathryn había tratado de enseñarme a detectar los aromas del vino, pero lo único que olía era orín de gato infusionado con alcohol. Saqué la nariz de la copa y le dije a Rob:

—Bueno, todos los escritores estamos locos, ya lo sabes.

Adoptó una expresión de escepticismo puro.

—¿En serio? Pues tú pareces bastante cuerdo.

Intenté que mi expresión no delatara lo mucho que me había ofendido que se refiriera a mí como lo que vendría a ser el equivalente literario a una galletita salada. A ver, por supuesto que ser sensato tenía sus ventajas. Pero en aquella época, yo creía que la inspiración iba ligada a la inestabilidad mental. ¿O acaso no tenías que estar un poco loco para sentarte ante el ordenador día tras día y esforzarte en componer unas oraciones que quizá solo una persona acabaría leyendo?

—Lo solucionaremos —dijo Rob con firmeza, sin darse cuenta de que yo aún seguía pensando en mí mismo. Alzó la copa en el aire, y un rayo de sol atravesó el líquido pajizo y me dio de lleno en el ojo—. Es solo que me gustaría que fuera más sencillo. Mis padres hacían parecer que estar casado era muy fácil.

«Tal vez todo se arregle cuando las condiciones del trabajo de Rob mejoren», pensé cuando me dejé caer sobre el edredón de plumas esa misma noche, mientras esperaba a que Kathryn se tumbara a mi lado. A mí tampoco me gustaría estar casado con una adicta al trabajo, por mucho que ese empleo exigiera tal nivel de dedicación.

El recuerdo de Lou, brindándome una sonrisa por encima de la copa de vino mientras yo le contaba qué libros había asignado a los alumnos ese semestre, me pasó fugazmente por la cabeza. Al mismo tiempo, el peso del cuerpo de Kathryn hizo que rodase hacia el centro del colchón. Me obligué a olvidar esa imagen cuando Kathryn me dio un beso rápido, y me dije: «Dale una oportunidad de verdad a esta relación».

***

La noche siguiente, los cuatro cenamos en un restaurante tan lujoso que rozaba lo absurdo. Era el tipo de establecimiento en que se tarda horas en comer porque no te atreves a meterte prisa. Después del postre, Lou anunció que uno de sus poemas iba a publicarse en la *American Poetry Review* y Rob pidió una botella de champán para celebrarlo, aunque ya habíamos terminado e íbamos demasiado achispados. Luego, le pasó disimuladamente la tarjeta de crédito al camarero y nos dijo a Kathryn y a mí que pagaba él.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Por supuesto. Así celebramos el éxito de Lou.

Lou le dedicó una sonrisa radiante. Kathryn, que estaba sentada a mi lado, me estrechó la mano con fuerza y se inclinó hacia mí.

—El próximo serás tú, Jim —susurró—. A ti también te esperan grandes cosas.

Esas palabras alimentaron mi ego voraz. Ser escritor había sido el sueño de mi vida. Mi abuelo vino a Estados Unidos desde Puerto Rico poco después de que naciera mi padre, y, como haría mi padre después, encontró un trabajo fijo y algo parecido a la estabilidad económica al entrar en una planta de producción automovilística. Incluso cuando yo todavía era pequeño, era consciente de que esperaban que yo siguiera el mismo camino.

Sin embargo, cuando tenía unos trece años, encontré un ejemplar de *Guía del autoestopista galáctico* en el sótano de casa (creo que era de mi padre, aunque soy incapaz de recordar un solo momento en que lo haya visto leer algo que no fuera el periódico). Me quedé la mayor parte de la noche despierto, leyéndolo, e hice lo mismo la noche siguiente. Antes de encontrar ese libro, ya era un ávido lector, pero al pasar la última página de la novela, me di cuenta de que no quería enfilar la misma senda que habían recorrido mis predecesores.

—¿De verdad lo crees? —le pregunté a Kathryn. Aún no había leído ni una sola página de la novela en la que estaba trabajando. Su afirmación era, en realidad, un acto de fe; del tipo que hacemos con la gente a la que queremos.

—No lo creo, lo sé —respondió.

Le di un beso lleno de ternura a pesar de que no era muy aficionado a dar muestras de cariño en público, y menos aún en medio de un restaurante de categoría. Kathryn era buena para mí, me enamoraría de ella. Ya lo estaba un poco incluso en ese momento.

***

Aun así, a lo largo de la velada, había centrado la mirada durante demasiado tiempo en el rostro iluminado por las velas de Lou, sentada al otro lado de la mesa. Y cuando decidimos que ya era hora de acostarse, no pude evitar observar cómo Lou se metía en la habitación que compartía con

Rob y desear que fuese yo el que entrara tras ella.

Cuando estaba en el cuarto de baño con Kathryn, mientras nos preparábamos para ir a la cama, me sorprendí recordando a mi madre. «Hay que hacer lo que se pueda con lo que se tenga», nos decía a mi hermana Victoria y a mí, agitando el dedo, cuando nos quejábamos de algo que no teníamos. Después, nos íbamos corriendo a otra habitación y la imitábamos, agitando las manos como locos, hasta que nos doblábamos de la risa, con las manos en la barriga y lágrimas en los ojos.

Mi madre murió de repente durante mi primer año de posgrado. Nunca habíamos estado muy unidos, pero, como un tonto, siempre había creído que nuestra relación se desarrollaría como la trama de una novela: al principio había desavenencias, era cierto, pero tenía esperanza en que reconectaríamos, y aquello llevaría a una conclusión agradable. No obstante, nuestra historia había terminado a medias, y punto final.

Con todo, las palabras de los padres siempre dejan una marca indeleble. «Quizá mi madre tenía razón», pensé. Podía encerrarme en mi piso y suspirar por una mujer que no estaba conmigo, y que nunca lo estaría; o podía seguir adelante con lo que tenía.

—He estado pensando y creo… —le dije a Kathryn, después de que se hubiera sacado las lentillas y puesto las gafas—… creo que deberíamos vivir juntos. ¿Tú qué opinas?

Había adoptado un semblante serio, aunque quizá era el efecto de la montura de las gafas.

—Claro, me encantaría, ya lo sabes —respondió—. Creo que encajamos a la perfección. Pero ¿estás seguro? ¿Te seguirá pareciendo una buena idea de aquí a un año? ¿O de aquí a un mes?

Pensar a un año vista era como pensar en un planeta lejano, que solo se divisaba en contadas ocasiones y con la luz correcta. ¿Pero a un mes vista? Entonces sería junio, y mis planes eran escasos pero claros. Iba a dar clases en un curso de verano y tenía la intención de pasarme el resto de mi tiempo libre trabajando en la novela, la cual había decidido que tenía graves carencias, aunque creía que quizá se podía arreglar.

Y sí, podía imaginarme a Kathryn junto a mí todos los días. La veía levantándose a mi lado, y nos veía desayunando juntos, antes de retirarnos cada uno por nuestro lado: ella a su despacho y yo a la mesa de la cocina, tecleando sin parar en el ordenador portátil de segunda mano que había comprado hacía poco. Nos imaginaba yendo a comprar juntos, y luego cocinaría yo, porque Kathryn se deleitaba cuando le hacía la comida. Su apartamento era amplio; podríamos dar fiestas e invitar a Lou y a Rob cuando vinieran a visitarnos.

—Segurísimo —le dije, y la abracé. Me maravillé al ver nuestro reflejo en el espejo: el modo en que ella encajaba a la perfección contra mi cuerpo y lo buena pareja que hacíamos. «Sí, estoy segurísimo», me repetí.

Pero a las dos de la madrugada, todavía estaba despierto, preguntándome por qué Kathryn nunca había recodificado mis datos mentales para que estar con ella se convirtiera en mi objetivo principal. Por eso, al tiempo que oía su respiración profunda mientras dormía a mi lado, me planteé si realmente estaba tan seguro como había dicho o si solo intentaba convencerme a mí mismo de sentar la cabeza.

Capítulo cuatro

Otoño de 2000

—¿Qué vas a hacer ahora, amigo mío? —Pascal me observó con intensidad y un aire despreocupado, sentado en el sillón de su despacho.

Era la última semana de septiembre, y me habían contratado de nuevo como profesor adjunto, aunque entre las reseñas de los alumnos del semestre anterior había un poco de todo. Algunos habían dicho que era un profesor demasiado duro, otro que se lo ponía demasiado fácil y muchos habían sugerido que era (y aquí voy a parafrasear) un incompetente descomunal.

Aquellos comentarios me redujeron a la nada. Me estaba costando continuar la novela, pero al menos progresaba en el ámbito de la enseñanza; o eso pensaba antes de recibir esas críticas. Pascal me había convocado en su despacho para discutir qué podía hacer para que no me despidieran, aunque él me lo había dicho con mucha más delicadeza.

—Me gustaría saber que trabajas para que te publiquen una novela corta —me dijo, mientras se cruzaba de brazos.

Fruncí el ceño, sentado al otro lado del escritorio.

—No se me da bien escribir obras cortas de ficción.

—Pues acorta alguna de tus historias. Si quieres forjarte una buena trayectoria profesional en la universidad, o en cualquier otro sitio, tienes que publicar algo. Y tal vez te vendría bien hacer un curso de profesorado en la Eastern.

La idea de gastarme todavía más dinero en formación me apetecía tanto como salir a correr desnudo por mi barrio. Podía pedir un préstamo a mi padre, pero entonces él usaría esa petición como una muestra más de que había escogido la carrera equivocada y me sermonearía y diría que aún no era demasiado tarde para empezar un grado en Ingeniería.

Sin embargo, al mismo tiempo, no quería dejar de dar clases (o, al menos, no quería fracasar como profesor). Y como no podía publicar una novela o una historia corta que todavía no había escrito, tendría que poner aún más empeño en mi vocación.

—Asiste como oyente a algunas clases que impartan buenos profesores, como Lefete, o quizá Barker —sugirió Pascal, aludiendo a algunos profesores de nuestro departamento—. Ve y observa con ojos de profesor, no de alumno. Analiza cómo suscitan la admiración y el asombro de los estudiantes.

Me eché a reír.

—Me gusta que seas tan humilde como para no mencionarte a ti mismo. —Pascal era considerado a menudo uno de los mejores profesores de la universidad—. Pero de acuerdo, haré lo que propones.

—Bien. ¿Tienes que ir a algún sitio ahora?

Eché un vistazo al reloj de pulsera: acababan de dar las cinco. Kathryn había quedado con una compañera del departamento al salir del trabajo, de modo que yo disponía por lo menos de una hora antes de tener que empezar a hacer la cena.

—¿Tomamos algo?

—Justo lo que iba a decirte.

Fuimos a un bar que estaba a solo una manzana del edificio de Lengua Inglesa, donde nos apretujamos en un estrecho reservado de respaldos muy altos.

—¿Cómo te va con Kathryn? —se interesó Pascal. Justo encima de su cabeza, alguien había grabado «Kev + Melisa uni2 siempre» en la madera.

—Bastante bien —respondí.

Kathryn tenía razón: encajábamos a la perfección. Estábamos de acuerdo en la mayoría de cosas y pasábamos largos ratos en compañía del otro sin que nos embargara una sensación de claustrofobia. Estaba contento, pero a veces, cuando Kathryn y yo leíamos sentados cada uno en una punta del sofá o comíamos tranquilamente un domingo que no teníamos nada que hacer, me preguntaba: «¿Esto es todo lo que me espera?».

—¿Quiere tener hijos? —me preguntó.

—No estoy seguro. De momento, no.

Pascal asintió.

—Eso es una ventaja. Los críos se meten de por medio, así que tienes que estar muy seguro antes de tener uno. Pero sentar la cabeza y dejar que otra persona te quiera… Esos son los cimientos que propician una trayectoria próspera.

—Y lo dices tú, que estás soltero. —Pascal había pasado por un divorcio un tanto desagradable años antes.

—Y te habrás dado cuenta de que no he publicado nada desde entonces.

—Pero eso es porque tú escribes un libro cada diez años —señalé. A diferencia de Kathryn, que había escrito y publicado dos libros en solo cuatro años, Pascal era lento pero constante.

—Hazme caso, tú déjate querer. No permitas que lo perfecto sea enemigo de lo bueno.

Bebí un trago de cerveza y no dije nada.

—Daría lo que fuera por volver a estar con Winnie —añadió con la mirada perdida—. No hay nada como el *curry* que prepara esa mujer.

—¿Pero tú echas de menos a tu ex mujer o los platos que cocina?

—Tanto monta. —Me inspeccionó un instante—. ¿Tienes un plan B, James?

—Claro —respondí, aunque no estaba seguro de si se refería a mi vida sentimental o a mi trayectoria profesional. ¿Acaso importaba? Se podía decir que toda mi vida era un plan B—. ¿No lo tiene todo el mundo?

Pascal arqueó una ceja sin llegar a contestarme, de modo que me dejó preguntándome si le había dado la respuesta equivocada.

***

Horas más tarde, me puse delante de los fogones a saltear cebolla para preparar pollo al limón. Había aprendido a cocinar gracias a mi madre. En realidad, no había sido tanto un proceso en el que ella me había enseñado, sino más bien uno en el que yo me acercaba a ella todo lo posible sin que me pegara en la mano con la cuchara de madera.

Había muchos platos que no había llegado a aprender a cocinar: los *pierogi* que hacía su abuela, aquel estofado de ternera tan sabroso que preparaba ella, los macarrones a la cazuela que Victoria y yo le implorábamos que hiciera, un deseo que nos concedía cada pocos meses. Con los años, me había puesto al día con recetas adulteradas de Julia Child (demasiados pasos que se reducían fácilmente a un montón de mantequilla, un poco de harina y dejarse hacer a fuego medio).

Justo había cubierto las alitas de pollo con una capa de cebolla y limón cuando oí que la puerta se cerraba de golpe.

—¡Hola! —gritó Kathryn.

—Bienvenida —la saludé cuando entró en la cocina. Llevaba una blusa de seda y unos pantalones de lana entallados que la hacían parecer más alta y esbelta de lo que era—. Me da la impresión de que debería llevar puesto un delantal y ofrecerte un cóctel.

—No, no hace falta. —Inspiró profundamente—. No sabes lo bien que sienta llegar a casa y que huela así. —Me rodeó la cintura con los brazos, posó la cabeza en la curva de mi cuello y volvió a inspirar por la nariz—. Y tú… Tú también hueles de maravilla.

—Es alucinante lo que hace una ducha, ¿eh?

—Me encanta. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Habíamos empezado a decírnoslo al volver de Napa; todavía me maravillaba con qué facilidad era capaz de pronunciar esas palabras. Le di un beso en la punta de la nariz—. ¿Sabes qué? Pascal dice que debería sentar la cabeza y dejarme querer.

Kathryn puso los ojos en blanco.

—Ah, ¿que no lo habías hecho ya? ¡Es exactamente lo que estás haciendo! De todos modos, ya he oído sus teorías. ¿Eres consciente de que cree que Estados Unidos debería dividirse en tres países y que tener hijos significa el final de la trayectoria profesional de un escritor?

—¿Y tú no?

—No, ninguna de las dos cosas —contestó entre risas—. A no ser que el pobre hombre te diga cómo debes crear una historia, no le hagas caso. Y ya que hablamos de eso, ¿cómo va la novela?

—Bueno, como siempre. Va.

Kathryn comenzó a acariciarme el brazo de arriba abajo.

—Si no te gusta cómo está quedando, no pasa nada si empiezas a escribir otra.

—Sí que me gusta.

—Vale, pero recuerda que yo escribí tres novelas antes de que se publicara la primera.

—Vale, pero recuerda que yo no he escrito ningún otro libro antes que este. Me gustaría terminar este borrador antes de ponerme con otro. —Era una pena que finalizarlo implicara tener que escribir la otra mitad de la novela. Tiré de una de las puntas del enorme lazo que le colgaba en un extremo del cuello de la blusa. Las dos tiras de seda se deshicieron y dejaron al descubierto el elegante cuello de Kathryn—. Te queda mucho mejor así.

—¿Estás cambiando de tema?

—¿Yo? Qué va —dije con un tono muy agudo—. Yo nunca haría eso. Pero déjame que te hable del pollo que acabo de prepararte…

Me sentí aliviado al ver que no volvía a sacar el tema. Kathryn tenía tantas ganas de que yo tuviera éxito… Parecía que, a sus ojos, convertirme en un escritor reconocido era algo realmente inevitable, y la mayor parte del tiempo, eso me provocaba una sensación parecida a la de estar de pie bajo la luz del sol. Sin embargo, de vez en cuando me daba la sensación de que sus expectativas ponían en manifiesto las carencias de mi sueño.

***

Al cabo de un mes más o menos, el sonido del teléfono me despertó de un sueño profundo. No necesitaba descolgar para saber que era Rob. A esas horas acababa la jornada laboral en Hong Kong, y era justo entonces cuando me llamaba. Salí de puntillas del dormitorio para no despertar a Kathryn. La clara luz del amanecer entraba a raudales por las ventanas y me vi forzado a entrecerrar los ojos mientras me dirigía al otro extremo del apartamento.

—¿Qué pasa, carapolla? —dije cuando llegué a la cocina.

—¡Hombre, caraculo! ¿Cómo lo llevas?

—¿Estás borracho? —Me froté los ojos con los nudillos para despertarme, y luego llevé el brazo hacia el armario para sacar el bote de café.

—Un poquito… Es el único modo de sobrevivir aquí. —Hacía tres meses que él y Lou se habían mudado a Hong Kong. Sin embargo, parecía que había pasado un año entero—. Oye, James. Tú que eres una persona con inteligencia emocional…

Solté una carcajada y eché café molido en un vaso medidor; luego, lo transferí al filtro. Kathryn siempre se burlaba de mí por mi precisión a la hora de preparar café.

—Ah, ¿sí?

—Si eres escritor, por el amor de Dios.

—Ah, ¿sí? —repetí.

Al principio, había rechazado de plano la sugerencia de Kathryn de abandonar la novela que tenía entre manos y ponerme a escribir otro borrador. Sin embargo, cuando semanas después aún no había sido capaz de retomar esa historia, empecé a dar vueltas a una nueva sobre cómo un hombre normal y corriente que vive en un pueblo normal y corriente comienza a sospechar que su preciosa mujer, de una belleza superior a la media, tiene una identidad secreta. Un cauteloso optimismo empezó a embargarme: tenía la sensación de que esa novela tenía verdadero potencial. Lo único que tenía que hacer ahora era escribirla.

—Para ya —dijo Rob.

—Vale, vale. Bueno, ¿qué te cuentas?

Suponía que lo que se contaba era que Lou estaba deprimida; Rob lo mencionaba siempre que hablábamos. Pero quizá las cosas habían cambiado.

O no.

—Lou detesta estar aquí —me explicó—. Se siente sola y encerrada. Ha perdido cuatro kilos y medio, y no le sobraba ni uno, que digamos. Quiere volver a casa y ponerse a trabajar en cuanto llegue. Dice que trabajar la ayuda a pensar con más claridad.

—Y tú tienes que quedarte en Hong Kong hasta… junio del año que viene, ¿verdad?

Rob suspiró.

—Sí, pero ya hay rumores de que me van a prolongar el contrato un año más.

—Tío, no. No puedes aceptarlo.

—Ya lo sé. Pero para mí sería todo un triunfo. Incluso podría impulsar mi carrera. Estoy haciendo que la compañía se embolse casi el doble de lo que conseguía cuando estaba en Nueva York. —Hizo una pausa—. Quizá podría pedirles que solo me lo prolonguen seis meses en vez de un año.

—¿Eso es lo único que puedes hacer?

—A ver, supongo que podría esperar a ver si Lou se anima antes de comprometerme a nada. Pero es que ella quiere volver a Nueva York. Ya. Ahora mismo. Sin mí.

—Pues deja que vuelva.

—Anda ya, James. No quiero pasar ni una semana sin Lou, imagínate seis meses. No puede ser que te parezca una buena idea.

En realidad, lo había dicho sin pensar; me había salido solo. Pero ahora que lo pensaba con más detenimiento, sí que me parecía una buena idea. Por un lado, era cierto que Rob financiaba la vida de ambos. Pero, por otro lado, Lou no necesitaba a Rob, al menos no a corto plazo.

—Es una adulta muy competente y se ha cuidado ella solita durante casi toda su vida. Tenéis hasta que la muerte os separe para estar juntos —le dije.

—Ay, no sé. No creo que eso le vaya a ir bien a nuestro matrimonio. Quiero que se quede aquí conmigo. Pero también quiero que sea feliz.

El café comenzó a hervir. Saqué una taza del armario y la coloqué en el lugar de la garrafa de cristal. Cuando se llenó hasta tres cuartos de su capacidad, devolví el recipiente de cristal a su sitio. Entonces, eché un poco de leche en la taza y contemplé cómo flotaba sobre el café, justo en el centro, como nubes blancas.

—Bueno, al menos todavía escribe, ¿no? Porque eso la hace feliz, ¿verdad? —Oí una bocina que pitó a lo lejos; sonaba como si Rob estuviera en medio de un túnel de viento—. Por cierto, ¿dónde estás?

—En un bar de un barrio que hace que Manhattan parezca tranquilo. Y no, en realidad ya no escribe. Aunque le publicaron un par de poemas antiguos.

Tomé un sorbo de café y suspiré: aunque Kathryn bromeaba, siempre acababa teniendo razón.

—¡Eso es genial! ¿Sabes dónde?

—Mmm… Creo que en la *Blue Press,* o algo así. Y en la *North American Review*.

Nunca había oído hablar de la primera revista, pero la segunda era importante. Me henchí de orgullo por Lou y me pregunté si debía enviarle un correo electrónico para felicitarla, o hacerle llegar mis felicitaciones a través de Kathryn.

—Entonces, ¿qué hace durante el día, si ya no escribe?

—¡Y yo que sé! No dejo de repetirle que esto le ofrece una oportunidad maravillosa para avanzar en su carrera, pero cuando vuelvo a casa, me la encuentro limpiando las juntas entre azulejos con un cepillo de dientes, y eso que tenemos servicio de limpieza. En serio, tío, te juro que podrías comer pescado crudo directamente del suelo. Pero lo que no soporta en absoluto es que me pase el día fuera.

—Entonces, ¿qué haces en un bar?

—Hacer contactos constituye el cincuenta por ciento de mi trabajo, ya lo sabes. —Bufó—. Y si se siente sola, te aseguro que no me lo demuestra cuando llego a casa por la noche, tú ya me entiendes. Tengo ciertas… necesidades… que no se están satisfaciendo.

Gracias a Dios que estábamos hablando por teléfono, porque de verdad que hice una mueca de asco. Fue como escuchar a alguien hablar en ese sentido sobre tu hermana. O, bueno, ya sabes, sobre la mujer de la que estás enamorado.

—Ten paciencia —le dije a Rob—, todo se arreglará.

—¿Cómo? —Parecía haber perdido toda esperanza, y eso era algo a lo que yo no estaba acostumbrado.

De modo que tuve que mentirle:

—Ya verás como sí.

Oí que tomaba un trago de algo. Y, entonces, me dijo:

—Bueno, es un alivio. Tú tienes un sexto sentido para estas cosas.

—Exacto —contesté, mintiendo de nuevo.

—Oye, tengo que irme, mi compañero acaba de llegar. Pero gracias, tío. Hablamos pronto, ¿eh?

—Claro —respondí—. Saluda a Lou de nuestra parte.

—Lo haré. Y tú a Kathryn de la nuestra.

Vivíamos en un piso situado en la segunda planta de un edificio enorme que daba al parque de la ciudad. Me rellené la taza de café y contemplé desde la ventana las copas de los árboles, que hacía poco que se habían vuelto de color azafrán, ámbar y amarillo cadmio, mientras pensaba en lo que acababa de decirme Rob. Cuando acabé la taza, regresé a la cama.

—¿Era Rob? —murmuró Kathryn cuando me deslicé a su lado. Estaba tumbada a sus anchas, abarcando todo el espacio; le gustaba quedarse despierta hasta las tantas y levantarse tarde, igual que a mí. Cuando nuestros horarios nos lo permitían, nos quedábamos bajo las sábanas hasta casi mediodía.

—Sí. Él y Lou están pasando por un mal momento.

—Ya lo sé. Lou me mandó un correo.

—¿En serio?

—Sí —respondió Kathryn, que rodó para colocarse en su lado de la cama. Se incorporó y se apoyó sobre un codo—. No te preocupes, a todas las parejas les pasa. Además, ella es muy joven.

—Solo tiene tres años menos que yo.

—Es que tú también eres muy joven —replicó Kathryn, quien, por aquel entonces, tenía treinta y tres años: una edad que ahora me parece la flor de la vida, pero que empezaba a pesarme cuando tenía veintitantos.

—¿Crees que están condenados?

—¿Condenados? No, creo que son humanos. El amor es duro.

—Y por eso, tú eres la escritora famosa de la pareja.

No me lo discutió.

—Anda, ven —me dijo.

Todavía no era ni siquiera noviembre, pero las temperaturas ya eran glaciales. Me acurruqué

bajo el edredón y me calenté apretándome contra el cuerpo de ella, pensando en la buena pareja que hacíamos. No teníamos una vida perfecta, si es que hay algún tipo de existencia que se acerque remotamente a esa definición. La novela que estaba escribiendo estaba estancada, y me daba la sensación de que dar clases era cada vez más complicado, en vez de resultar más fácil. El último libro de Kathryn no se había vendido tan bien como ella y su editor esperaban. Aunque ella creía firmemente que la novela que estaba escribiendo en ese momento era la mejor que había escrito nunca, todavía se preocupaba por su trayectoria profesional. Y esa preocupación le suscitaba nuevas ansiedades: «¿Y si solo soy una escritora mediocre?, se preguntaba en voz alta a menudo. «¿Y si soy una mala profesora?».

Sus inquietudes personales, que a veces soltaba tras habernos bebido una botella de vino por la noche, me resultaban más difíciles de contestar: ¿Íbamos en serio? ¿De verdad la quería? ¿Pero de verdad de la buena? Kathryn nunca mencionaba la maternidad, y cuando hablábamos de niños, era para comentar lo agobiados que parecían nuestros amigos que tenían hijos. No obstante, yo sospechaba que su instinto maternal afloraría pronto, del mismo modo en que se proyecta una sombra en la pared a medida que el sol se pone. Al fin y al cabo, mi hermana, Victoria, y su marido habían pasado de no querer tener hijos a tener dos en un intervalo de tres años. Y Victoria era un año menor que Kathryn.

Mientras contemplaba el rostro de Kathryn al tiempo que se dormía de nuevo, pensé: «Sí, esta relación es buena para mí, y es fácil». Era más fácil que cualquier cosa que hubiera hecho siendo adulto y, probablemente, que cualquier otra que llegara a hacer nunca. Por supuesto, entonces no era consciente de ello ni lo apreciaba, porque no tenía ningún otro punto de referencia. Cuando tienes veintitantos, es fácil pensar que todavía te queda por vivir lo mejor de tu vida. Pero en el momento en que te enfrentas a los cuarenta, el tiempo hace algo peculiar y se despliega de pronto, casi como si fuera un mapa, para que, aunque sepas que ya no eres del todo joven pero todavía no eres viejo, tengas claro que pronto lo serás (si tienes suerte).

Así pues, mientras te escribo todo esto desde ese precipicio en que me encuentro, me limitaré a decirte esto: si te encuentras en un momento de tu vida que no te exige ningún esfuerzo, como me ocurrió a mí cuando estaba tumbado en la cama junto a Kathryn aquella mañana de otoño, disfrútalo, pero no te acomodes. Cuando algo te llega con tanta facilidad, puede que se vaya de la misma manera, y te cuestionarás si has llegado a vivirlo siquiera.

Capítulo cinco

2001 – 2002

Lou y Rob volvieron juntos a Nueva York la primavera de 2001. Tuvieron una enorme pelea sobre el hecho de regresar y, al final, ella no estaba dispuesta a quedarse y él era reacio a dejar que ella se marchara a casa sola. «Me encanta mi trabajo, pero quiero mucho más a Lou», me dijo Rob. «¿Qué otra opción me queda?».

Preocupado por las repercusiones que tendría su marcha de Hong Kong antes de que su empresa quisiera, Rob empezó a dedicarle más horas que nunca y lo recompensaron con un nuevo ascenso. Lou consiguió un trabajo como editora a tiempo parcial en una revista de arquitectura y volvió a escribir en cafeterías, ya que afirmaba que el apartamento que habían alquilado en Tribeca era demasiado tranquilo, de un modo extraño e inquietante, y no podía concentrarse.

Gracias a Rob, me enteré de que su vida social como pareja giraba principalmente alrededor del trabajo de mi amigo. Iban a cenas con sus clientes, acudían a eventos con sus compañeros de trabajo e incluso se iban de vacaciones con su supervisor.

—Lou se ha comprado un montón de ropa que ella misma nunca se pondría y siempre termina hablando con las mujeres de mis compañeros, la mitad de las cuales son tan interesantes como una caja de cartón vacía —me confesó Rob—. Me preocupa que piense que tenga que interpretar un papel por mí.

Por mi parte, yo también tenía la sensación de que interpretaba un papel, al menos en lo referente a ser una persona madura y adulta. Escenas cotidianas, como negociar la tarifa de mi tarjeta de crédito o comprar y aplicar masilla para el baño, parecían novedosas; casi como si probara de hacerlas una sola vez cuando, en realidad, eran cosas que haría una vez tras otra a lo largo de mi vida.

***

Entonces, una soleada mañana de septiembre, cuatro aviones se estrellaron contra dos torres, un campo abierto y un edificio del Pentágono, y de golpe, pasamos de interpretar un papel a convertirnos en adultos.

Kathryn y yo estábamos en nuestros respectivos despachos cuando nos enteramos de la

noticia mediante un correo electrónico que mandó la universidad. Nunca había recibido un mensaje igual. A pesar de que no aparecía el término «terrorismo» (una palabra que, aunque no te lo creas, la mayoría de los estadounidenses no usaban antes de esa fecha), la única manera de tomárselo era muy en serio.

Llamé de inmediato a casa de Rob y Lou, ya que vivían muy cerca del World Trade Center. Como nadie contestó, telefoneé a la oficina de Rob, que se encontraba en el centro de la ciudad. Tampoco obtuve respuesta.

Entonces me llamó Wisnewski y, por un instante, pensé que quizá él había recibido noticias de ellos. Sin embargo, solo me llamaba para preguntarme si sabía algo de Rob y Lou.

—Estoy seguro de que están bien —le dije, aunque no estaba seguro de eso, para nada—. Te llamo en cuanto sepa algo.

Las clases se cancelaron poco después de que hubiéramos recibido el correo, y eché a correr por los pasillos del edificio de Inglés hasta llegar al despacho de Kathryn. Esta se precipitó hacia mí en cuanto me vio.

—No me lo puedo creer —musitó mientras nos abrazábamos.

—Yo tampoco.

—Lou… Seguro que estaba en su casa. Madre mía. Parece que todo se vaya a acabar.

—Te entiendo —dije, porque así era. No podía imaginarme cómo íbamos a pasar la próxima hora, menos aún el día siguiente.

Cuando llegamos a casa, teníamos un mensaje de voz de Lou en el contestador automático (para que lo sepas, era una cajita de plástico que grababa los mensajes de voz que nos dejaban en el teléfono fijo, un aparato que normalmente estaba pegado a la pared). «Hola, soy Lou. Estamos bien. Estamos en casa de un compañero de Rob, en el Upper West Side. Dicen que no es seguro que estemos en la ciudad, pero no tenemos coche y tampoco es que haya un modo de salir de aquí. La línea de teléfono falla, pero os llamaremos en cuanto sepamos qué vamos a hacer. Chicos…, os queremos».

—Gracias a Dios —dije, después de haberlo escuchado dos veces.

Kathryn tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Podrían haber muerto —susurró.

—Pero no lo han hecho. —«Aunque todavía podrían hacerlo», añadí para mí. Parecía que solo era cuestión de tiempo antes de que hubiera otro ataque, y ese miedo flotaba en el aire. Estreché a Kathryn entre mis brazos.

—Están bien. Estarán bien. Todos lo estaremos.

***

—James —empezó a decir Kathryn, horas más tarde.

Nos habíamos pasado la mayor parte de la tarde durmiendo y acabábamos de despertarnos. Tras encender la radio y escuchar la última hora, nos quedamos sentados en el sofá, cenando en nombre de todos los que estaban desolados: helado de chocolate, directamente del bote.

—Dime, cariño —respondí.

Acto seguido, me metí una cucharada llena hasta los topes en la boca. Aunque sabía cómo utilizar los diferentes cubiertos y, en general, no masticaba con la boca abierta, tenía el apetito de

un cerdo y parecía incapaz de dejar de engullir como si no hubiera mañana. Era una de las pocas cosas sobre las que Kathryn me daba la lata, y supuse que iba a decirme que podría intentar reducir los bocados a porciones más normales.

Sin embargo, anunció:

—Quiero tener un bebé.

Erguí la cabeza de golpe.

—Es la reacción habitual ante experiencias tan traumáticas, ¿no?

Cruzó las piernas, las descruzó y luego se alisó la falda. Era como contemplar a una pantera acobardarse. ¿Preocupada? A menudo. ¿Inquieta? Mucho. Pero Kathryn casi nunca se ponía nerviosa de verdad.

—No, no es por eso —contestó—. Es algo que quiero desde hace tiempo y… supongo que esperaba para decírtelo. Y me ha parecido el momento adecuado.

—Ah. Vaya.

Me quedé mirándola, pero en mi cabeza me veía a mí mismo, con los brazos metidos hasta los codos en una cuna y una bolsa llena de pañales que se me clavaba en el hombro. Me vi tratando de escribir con los llantos por culpa de los cólicos de fondo. Vi mi cupé plateado con un cartel de «Se vende» en el parabrisas y a mí tras el volante de un monovolumen. Pero había un elemento común: en todos esos escenarios, el bebé era yo. No estaba preparado para tener hijos, de ninguna manera.

—No digo que tengamos que casarnos —añadió Kathryn enseguida—. En realidad, no me importa demasiado.

—Ajá —dije.

Aunque no era reacio a la idea de casarme, el matrimonio estaba un poco más al norte que la paternidad en mi mapa mental. Y debo decir que ambos lugares estaban lejos; muy, muy lejos.

—Sé que todavía vas por la mitad del libro y que estás centrado en acabarlo —prosiguió.

La inseguridad que sentía debido a mi incapacidad previa para escribir un libro entero me impedía avanzar con la novela que estaba escribiendo (la del hombre cuya mujer podía o no ser una espía). De hecho, solo tenía una cuarta parte del primer borrador, pero no corregí a Kathryn.

Continuó:

—Y puede que todavía no te hayas planteado tener hijos. Pero acabas de cumplir los veintinueve, y yo ya tengo casi treinta y cinco, que es cuando se supone que los óvulos dejan de ser… fuertes. Y tampoco ocurrirá de un día para otro, así que…

—Lo entiendo —contesté, aunque, en realidad, no era cierto—. ¿Puedes darme un poco de tiempo para pensármelo?

—Claro. No espero que tomes una decisión ahora mismo. —Parecía aliviada, pero algo en sus ojos me decía que lo único que quería era oír un sí rotundo en ese preciso instante.

Así que reflexioné, pero no sobre el hecho de tener hijos. No quería darle vueltas a eso, porque ya sabía la respuesta: no.

En cambio, pensé en Kathryn y en cómo podríamos seguir siendo felices juntos. Deseaba que no esperara que las cosas cambiaran.

Sin embargo, más allá de eso, había otro problema escondido en las profundidades, en un lugar al que únicamente podía acceder en contadas ocasiones. Y era que ansiaba sentir fuegos artificiales, que alguien me robara el aliento y que un hormigueo me recorriera todo el cuerpo.

Quería estar con una mujer a la que quisiera tanto que me pusiera nervioso cuando la tuviera cerca. Si tenía que formar una familia y pasar el resto de mi vida con alguien, quería que me provocara las mismas sensaciones que sentía cuando estaba cerca de Lou.

***

No supimos nada de Rob y Lou hasta unos días después. Cuando nos llamaron, nos enteramos de que no podían volver a su apartamento porque este estaba cubierto de ceniza y polvo. (De hecho, no pudieron volver durante meses, y cuando lo hicieron, solo fue para recoger algunas cosas). Se quedaron en la segunda residencia que el compañero de Rob tenía en el Upper West Side durante varias semanas y, luego, se mudaron a un piso de alquiler que Lou había encontrado en Brooklyn.

A mediados de octubre, le dije a Kathryn que no estaba preparado para tener hijos y que tampoco estaba seguro de cuándo lo estaría. Se puso a llorar, pero dijo que lo entendía. Sin embargo, mi confesión rompió algo entre nosotros (mientras escribo estas líneas, me doy cuenta de que quizá lo que se rompió era la esperanza). Cuando llegó diciembre, ya me había ido de su casa.

Era imposible tener una ruptura limpia en una ciudad universitaria, y Kathryn y yo nos tropezábamos con más frecuencia de la que cualquiera de los dos hubiera preferido. Al principio, ella apartaba la mirada cuando me veía. No obstante, al cabo de varios meses, me miraba a los ojos e incluso me saludaba con la mano cuando nos cruzábamos en el campus o en la calle.

Las primeras veces en las que esto sucedió, tuve la sensación de que quizá me miraba como si quisiera que volviéramos a estar juntos. Pero un día, mientras avanzaba por el centro del campus, arrastrando los pies, alcé la cabeza y vi a Kathryn saliendo de la biblioteca. Al encontrarme con su mirada, de repente se me ocurrió que su expresión no era de deseo. Al contrario: sentía lástima.

***

En la primavera de 2002, la universidad me informó de que no volvería a contratarme para otoño de ese mismo año. Puede que fuese porque ya no estaba atado a una de las profesoras estelares de la institución. Claro que también tenían un sistema laboral muy serio. Sin embargo, en aquella época, y seguramente también ahora, una sugerencia categórica por parte de aquellos que importaban (como un buen número de nuestros compañeros, que me saludaban con miradas escépticas o con el ceño fruncido descaradamente cada vez que me cruzaba con ellos en los pasillos o en la cafetería) se tenían muy en cuenta.

Lo más probable es que mi ruptura con Kathryn fuera la guinda del pastel de porquería que había sido mi trayectoria profesional como docente. No era ni un profesor destacado ni un autor con libros publicados. El decano del departamento, que había sido el encargado de darme la noticia, dijo algo parecido a «es una profesión con mucha competencia, tienes un futuro prometedor, puedes volver a solicitar trabajo en el futuro, bla, ba, bla». No obstante, en cuanto me senté delante de él, ya había decidido que mi paso por el mundo académico, corto y nada espectacular, había llegado a su fin: no tenía ningún interés en seguir humillándome siendo profesor adjunto.

—Lo siento mucho, James —me dijo Pascal, que se pasó por mi despacho compartido mientras recogía mis pertenencias.

—Ya —respondí. Justo acababa de encontrar una foto enmarcada de Kathryn en un cajón, donde la había metido hacía meses, y la coloqué bocabajo sobre una pila de libros de consulta.

—Oye, conozco a alguien bien situado en el departamento de desarrollo de la escuela de negocios. Quieren contratar a un escritor.

—¿Qué tipo de escritor?

—El tipo de escritor al que pagan para enlazar palabras de un modo coherente —me espetó —. ¿Acaso importa? Probablemente cobrarías el doble que ahora. De hecho, también podrías disfrutar de la vida y escribir novelas cuando quisieras, porque ya sabes que eso de ser un artista que se muere de hambre es una estupidez que está sobrevalorada. Envíales tu carta de presentación y yo te recomendaré. Es eso o intentar encontrar un nuevo trabajo de profesor en el que ganes todavía menos dinero en Dakota del Sur.

—Cuánta fe tienes en mí.

Arqueó una ceja.

—No es que no tenga fe en ti. No la tengo en el sistema.

—Pero no tengo ni pajolera idea de negocios. —Y, además, no quería un trabajo que se me daría, bueno, como el culo.

—Eso es evidente, de lo contrario no estarías cobrando una miseria en una universidad pública. Venga, James. No seas burro. Entiendo que quieras mudarte a Los Ángeles o Nueva York. Pero corrígeme si me equivoco: en realidad, no quieres irte a vivir a otro sitio, ¿a que no?

¿En un futuro? Claro que sí. Pero ¿volver a empaquetar todas las cosas que tenía en el piso al que me acababa de mudar? ¿Encontrar una nueva panadería, una nueva tintorería y un nuevo grupo de amigos?

—No —admití.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—En tal caso, dame las gracias y envíales la carta.

Eso hice, y conseguí el trabajo. No tanto por mi entrevista, por lo que me dijo Craig, el hombre larguirucho y lleno de energía que se convertiría en mi nuevo jefe, sino porque me había lucido en la prueba de escritura y porque el jefe del supervisor de Craig conocía a Pascal desde hacía años, y confiaba en su recomendación. Así pues, empecé a mediados de julio.

***

—Un hombre de negocios —dijo mi padre con un tono de aprobación, cuando cené con él ese agosto.

Habíamos ido a su restaurante cubano favorito, que, según él, no era tan bueno como un tugurio puertorriqueño de verdad, aunque servía una ropa vieja decente y un flan del que mi padre hablaba de un modo en que nunca había hablado de mi madre.

Me recosté contra el respaldo de la silla.

—No es eso exactamente, papá. Y todavía escribo.

En realidad, había abandonado la novela de espías y estaba dando vueltas a una idea sobre una pareja de amantes desventurados (aunque no estaba seguro de ser capaz de empezar a

escribir un nuevo libro). Y los escritos para recaudar fondos que me pasaba la mayor parte del día redactando se parecían menos a lo que yo concebía como escribir y más a tapar los agujeros de una pared con un montón de yeso húmedo que me tiraban, día sí y día también, a lo largo de reuniones de dos horas (que se alargaban, inevitablemente, noventa minutos más de lo necesario). Lo más cerca que había estado de escribir una prosa ingeniosa fue cuando trabajé en un folleto de tres párrafos en el que se detallaban los planes de diseño para construir una nueva ala en el edificio de la escuela.

Mi padre pinchó un trozo fibroso de ternera y me señaló con el tenedor.

—¿Cuándo vas a aprender, James?

«Según tú, nunca», pensé. Estaba a punto de cumplir los treinta, pero, para mi padre, era como si todavía tuviera trece años. Las lecciones que quería enseñarme no eran de las que me interesaban en absoluto.

—¿Aprender qué? —pregunté, y me terminé el refresco.

—Que no importa lo que las cosas son en realidad. Lo que importa es el nombre que les das.

Se metió la ternera en la boca y se reclinó en la silla, satisfecho consigo mismo.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Cuando levantó la barbilla, henchido de orgullo, me embargó una pena tan profunda que me entraron ganas de llorar o de romper algo. En aquel momento, mi padre me pareció muy mayor y me dio la impresión de que moriría viendo el mundo a su manera.

Y en esa versión particular de la realidad, a mí todavía me reconocería no por lo que era, sino por lo que no era.

Capítulo seis

2003

—¡Estás demasiado cerca del hoyo ocho, James! —me gritó Rob.

—¡Por Dios!

Me agaché para esquivar la bola de golf que dibujaba una parábola en el aire y se dirigía directa hacia mí.

—¡Hala! ¡Tampoco tanto! —Me hizo gestos para que me acercara donde estaban él y sus amigos—. ¡Ven aquí, tarado!

Me erguí poco a poco y la bola aterrizó con un ruido sordo a unos ochocientos metros de donde estaba yo.

—Sí, claro —refunfuñé—. ¿Y de quién ha sido la genial idea de jugar al golf?

Había sido de Rob, y la genial idea de aceptar había sido mía. Ese día, Rob cumplía treinta y uno y, al parecer, usar palos de titanio para golpear pelotas de goma recubiertas de resina sobre montículos cubiertos de hierba era lo que hacían los hombres que habían amasado grandes fortunas a una edad temprana para celebrar el paso de un año dorado al siguiente.

Bueno, al menos había podido permitírmelo. Y detestaba que eso fuera lo único que me animaba mientras arrastraba la bolsa que me habían prestado por todo el *green*. Pascal tenía razón: ganar suficiente dinero como para disfrutar de la vida sentaba bien. Por aquel entonces, mi fondo de armario se asemejaba menos al que tendría un escribano desaliñado y más al de un hombre de negocios de estilo informal. Mi cuenta de ahorros había pasado de estar desnutrida a rellenita, para mi regocijo. (Mi ego también había engordado un poco: ser bueno en mi trabajo había eliminado parte de la vergüenza que había sentido al fracasar como profesor). Y cuando Rob me llamó para ver si quería tomar un vuelo a Nueva York para unirme a Aidan, Max y él en una escapada de fin de semana a Hastings-on-Hudson para jugar al golf y hacer noche en la ciudad, pude aceptar sin tener que calcular cuánto me costaría.

No necesitaba años de psicoanálisis para entender por qué recibir un cheque inflado con mi sueldo cada dos semanas me daba tanta tranquilidad. Mis padres no se peleaban a menudo, probablemente porque eso habría requerido que mi padre se dirigiera a mi madre con frases completas. Pero cuando lo hacían, siempre era por dinero. Recuerdo claramente a mi padre, con la cara colorada, sosteniendo en alto el tique de compra de una tienda de ultramarinos: «¡No tenemos tanto dinero como para despilfarrarlo en comida!».

Mi madre lloraba y señalaba hacia donde yo estaba sentado, en la mesa de la cocina. «¿Y cómo esperas que alimente a dos hombretones y a una niña con lo que me das?».

En aquella época iba a la escuela primaria y, en otras circunstancias, me habría encantado que me calificaran con una palabra que no fuera «niño». Sin embargo, lo único en lo que era capaz de pensar era que yo era el culpable de esa discusión. En los días que siguieron, me comía la mitad de lo que mi madre me ponía en el plato para demostrarle que no necesitaba comer tanto, hasta que ella me pellizcaba en la parte posterior del brazo y me decía que dejara de hacer el tonto y me lo comiera todo.

Unos años más tarde, mi padre ascendió a supervisor en la fábrica. Cambiamos el oxidado coche familiar que teníamos por un sedán nuevo y el tamaño de nuestra cocina se multiplicó por dos y cambiamos su color verde anodino por un amarillo pálido. Mi padre moderó sus quejas sobre el modo en que mi madre se gastaba el dinero y continuó ascendiendo en la fábrica hasta que se jubiló. No obstante, al igual que mi madre, nunca dejé de mirar y comprobar precios y tiques, de cuadrar los totales y de preguntarme si el dinero que tenía bastaría y, de ser así, hasta cuándo.

Quizá por eso, cuando era pequeño, siempre había preferido estar en casa de Rob. Era más grande que la mía, y también más bonita. Pero lo que de verdad me encantaba era cómo me sentía al estar en casa de la familia Logan. Eran de clase media (una clase que, por aquel entonces, no necesitaba acumular deudas con la tarjeta de crédito para mantenerse a flote). Siempre había galletas o *brownies* recién hechos en la encimera. Nancy compraba más de lo necesario, de manera que, si nos terminábamos una bolsa de patatas o una caja de cereales, no pasaba nada. Al igual que Rob, sus padres eran generosos y seguros, y estar con ellos me hacía sentir así.

—Por fin estás aquí —dijo Rob cuando volví a unirme al grupo—. ¿Ves que fácil es estar en el lugar correcto?

—Me ofenden tus burlas. Y me ofende que quizá necesite dentadura postiza cuando acabe tu cumpleaños.

—Pues deja de pasear por ahí como si hubieras tomado hongos alucinógenos y no perderás ningún diente.

—¡Tíos! —terció Aidan—. Sigamos, venga.

Rob había jugado al golf durante mucho tiempo y ya era capaz de efectuar un *swing* con destreza y mandar la bola directamente al hoyo en el que pretendía acertar.

Sin embargo, ese no era mi caso. Mi padre me había instado a aprender a jugar para hacer mejores contactos y cerrar tratos en esa carrera imaginaria que tendría en la industria de la automoción. Había jugado unas cuantas veces a lo largo de los años y siempre me había dado la impresión de que acababa de desperdiciar unas preciosas horas de tiempo que podría haber estado leyendo. En cambio, en el cumpleaños de Rob, me arrepentí de no haberme acercado ni siquiera al campo de prácticas de golf que tenía al lado de casa antes de presentarme en Nueva York para hacer el ridículo.

Acerqué el palo de hierro a la bola con poca convicción y observé cómo esta se elevaba con debilidad en el aire y aterrizaba demasiado cerca de donde me encontraba. Me volví hacia Rob.

—¿Qué decías?

Se rascó la frente.

—Estoy preocupado. Creo que Lou no es feliz.

—Mmm… Vale, ¿por qué? —pregunté.

Me miró como si fuera imbécil.

—Por mi culpa. Yo trabajo demasiado, ella llora mucho, etcétera, etcétera.

—Uf, eso no es buena señal. ¿Lo has hablado con ella?

—¿Alguna vez has intentado decirle a alguien que no es feliz que crees que debería estar más animado? —Entrecerró los ojos tras las gafas de sol de aviador—. Hay dos reacciones posibles: o te dice «Sí, claro, y el cielo es azul; venga, déjame en paz», o bien «No soy infeliz, estoy psicótica, así que vete antes de que te apuñale».

—Quizá esté deprimida. Mi madre sufría depresión —dije, pensando en voz alta.

Era cierto, aunque no era en eso en lo que me centraba cuando la recordaba. Cuando era pequeño, ella lloraba mucho (mientras veía la televisión, cuando sus amigas le preguntaban cómo estaba, a veces incluso en medio del supermercado, sin ninguna razón aparente), hasta que mi padre la obligó a ir al médico. Entonces, apareció un botecito naranja con pastillas en la encimera de la cocina que se vaciaba y se cambiaba por otro lleno cada mes y, aunque ella nunca pareció feliz del todo, dejó de romper a llorar aleatoriamente.

—¿En serio? —dijo Rob, incrédulo—. Siempre parecía tan… alegre.

—Ya, supongo.

Mi madre creía que Rob era una buena influencia para mí, así que se mostraba muy simpática siempre que venía. De hecho, se la veía más jovial cuando estaba con gente que no eran sus familiares (como hacemos todos, supongo).

Pero ser ama de casa la frustraba; era consciente de eso incluso cuando era un niño. A veces nos decía a Victoria y a mí lo rápido que escribía a máquina y lo buena secretaria que habría sido. Sin embargo, mi padre y ella tenían un acuerdo: él trabajaba y ella se ocupaba de la casa, y eso se respetó durante el resto de sus días.

—Quizá Lou estaría mejor si trabajara a tiempo completo —me aventuré. La revista en la que había trabajado había cerrado unos meses antes y aún no había encontrado ningún otro trabajo a tiempo parcial—. Quizá por eso tiene la moral por los suelos.

Rob frunció el ceño.

—Pero si no lo necesita, y tampoco es que no tenga nada que hacer. Hace de voluntaria en un centro de la ciudad, enseña a los niños a escribir poesía.

—¿Cada cuánto va?

Rob, Aidan y Max estallaron en carcajadas. Rob se volvió hacia mí, todavía con la sonrisa en los labios porque Max había metido la bola en el hoyo.

—No lo sé. Una vez a la semana o así… Suelo estar en el trabajo cuando va.

Me sorprendió que no supiera con qué frecuencia Lou hacía de voluntaria, aunque no hice ningún comentario al respecto.

—Seguramente se siente sola —contesté— y aburrida.

—¡Pero si es escritora! ¿A los escritores no os gusta estar solos?

—A ver, sí, para escribir se necesita cierto grado de soledad. Pero eso no significa que sea bueno estarlo día tras día.

—Lou queda con sus amigas —insistió él—. Elyse, Renee, Jennifer Uno y Jennifer Dos.

Le lancé una mirada interrogante.

—Hombre, no esperarás que me acuerde de sus apellidos. Jennifer Dos es la borracha. Cuando ella y Lou salen, al día siguiente ninguna de las dos se acuerda de cómo terminó la noche.

—Uf, qué mal.

—No. Y claro, Lou está todavía más triste después. Por cierto, te toca a ti.

Me acerqué hasta donde estaba la bola, y esa vez mi intento desganado consiguió que la bola aterrizara al lado del hoyo.

—¿Y vosotros dos? —me atreví a preguntar cuando Rob se unió de nuevo a mí—. ¿Estáis mejor? No ha dicho que quiere ser madre ni nada por el estilo, ¿no?

Él me dirigió una mirada extraña.

—A ver, ya paso de los treinta. Cumpliremos cinco años de casados en noviembre. Empezaremos a procrear en un futuro próximo.

—Vaya, y yo que creía que no querías tener hijos hasta pasar de los cuarenta…

—También hubo un día en que quise meterme en una lata de sardinas y viajar a la luna si conseguía un billete. Pero ahora, seguir vivo me parece mucho más interesante que viajar al espacio. —Oteó el campo de golf—. Las cosas cambian.

—Tu turno, cumpleañero —le dijo Aidan a Rob.

—Ya lo verás —añadió mi amigo. Dio unos pasos hacia delante, alzó el palo de golf muy levemente e hizo rodar la bola. Se volvió hacia mí antes de que cayera en el hoyo—. Un día estarás en mi lugar, y lo que creías que querías ya no te parecerá tan bueno como antes.

***

Estaba hospedado en un hotel situado en Union Square, no muy lejos del restaurante donde Lou había organizado la cena de cumpleaños de Rob. Tras ducharme y quitarme la capa de sudor y derrota que había acumulado durante la partida de golf, salí del hotel.

El restaurante se encontraba en los bajos de uno de esos bloques de pisos del West Village que pasaban totalmente inadvertidos. Era un establecimiento pijo flanqueado por dos macetas enormes de cerámica con forma de Buda, con un follaje brillante que brotaba de sus cabezas. Había unos paneles de cristal que iban del suelo al techo a cada lado de la puerta del restaurante y, a través de uno de ellos, divisé a Rob y Lou. Ella tenía la barbilla levantada (tenía que alzar la vista para mirarlo a los ojos), pero Rob miraba hacia otro lado, con el ceño fruncido. Lou posó la mano en su brazo en lo que parecía un intento por hacer las paces, pero él sacudió la cabeza y su mujer retiró la mano. Vi que Rob articulaba una sola palabra: «No».

No tenía ni idea de qué discutían, pero me sentía el pulso en el cuello, a ritmo de *staccato*, y ya había sacado todo tipo de conclusiones, que se podían resumir con un «no me extraña que Lou esté deprimida. Rob es un gilipollas».

—¡Hola! —saludé, alzando la voz, aunque aún no había terminado de cruzar el umbral de la puerta. Solo quería que Rob dejara de comportarse como un imbécil.

Misión cumplida.

—¿James? —dijo Rob, sin esconder su sorpresa. Acto seguido, se serenó—: Siempre antes de tiempo, como un buen michiguense. —Me ofreció la mano y yo se la estreché con firmeza; luego, me volví para darle un beso en la mejilla a Lou.

—¡Jim! —exclamó ella, con regocijo—. Me alegro tanto de verte… La próxima vez te saltas el golf y te quedas conmigo, ¿vale?

—Deduzco que Rob te ha contado lo bien que he jugado…

—Puede —añadió Rob.

Ya parecían más relajados; mi decisión de meterme con sutilidad en la riña había sido acertada, o al menos eso me dije.

—¿Ha sido idea tuya que vengamos a este local? —le pregunté a Lou cuando nos adentramos en el restaurante. En el centro del comedor había una cascada que caía en una fuente llena de peces. Las mesas estaban diseñadas para que parecieran cabañas y daba la sensación de que los camareros mataban el tiempo allí entre sesión y sesión de modelaje.

Lou se echó a reír.

—¡Claro que no! A Rob le encanta este sitio.

La examiné durante lo que esperaba que hubiese sido un minuto rápido y llegué a la conclusión de que tenía un aire diferente. No se la veía deprimida, pero sí diferente. Llevaba unos enormes pendientes de diamantes. Aún tenía las uñas demasiado cortas, pero estaban recubiertas de una capa reciente de esmalte rosa pálido y brillante. De hecho, parecía que le hubieran sacado brillo a toda ella, excepto a su melena, más larga y con mucho volumen.

—¿Qué, quieres imitar a Samuel Clemens? —le pregunté, señalando hacia sus rizos.

—¿Qué, quieres imitar a Truman Capote? Menudo traje me llevas, ¿no? —me devolvió.

Pasé los dedos por el dobladillo de la americana gris marengo. Me había comprado ese traje poco después de que me contrataran en la escuela de negocios y, aunque había adquirido muchos otros desde entonces, ese seguía siendo mi favorito.

—¿Te gusta? En realidad, no parece tan elegante sin pajarita.

—Anda, ven —dijo ella con una sonrisa, y abrió los brazos para que la abrazara.

A pesar de las capas de lino en las que iba enfundada, noté sus costillas, que se me clavaron en los antebrazos.

—¿El burro de tu marido todavía te roba la comida del plato? —dije, medio en broma.

Lou se ruborizó.

—Es que me quedo tan absorta en…

No tuve la oportunidad de preguntar qué era exactamente lo que la absorbía tanto porque llegaron el resto de los invitados: Max y su mujer, Lubna; Aidan y su novia (una pelirroja alegre cuyo nombre he olvidado); y la amiga de Lou, Elyse.

—Jim, te acuerdas de Elyse, ¿verdad? También estaba en la boda —dijo Lou.

No me acordaba, pero asentí de todos modos.

—Me alegro de volver a verte —murmuró Elyse, a quien sin duda habían advertido de que iban a emparejarnos. Era como la canción de *La chica de Ipanema:* alta y morena, joven y hermosa. Me incliné hacia adelante para darle un beso en la mejilla, que ella aceptó con frialdad.

En el preciso instante en que Elyse se volvió para saludar a Lubna, le dirigí una mirada a Lou y entrecerré los ojos.

Ella me sonrió con dulzura y musitó:

—Venga, no te enfades. Los números impares traen mala suerte; además, te mereces tener una acompañante simpática durante la cena.

—Pues gracias, supongo —contesté entre susurros.

La fiesta tuvo lugar en una de esas cabañas. Elyse se sentó a mi izquierda y Lou, a mi derecha. Las dos parlotearon mientras hacían todo lo posible por incluirme en la conversación, pero yo terminé hablando con Rob por encima de la cabeza de Lou.

En algún momento después de que nos sirvieran las bebidas, una camarera colocó un pequeño plato blanco delante de cada uno; «cortesía del chef», nos dijo. Lou olisqueó el suyo, en el que había una oblea tan fina como el papel y, encima, diminutas hojas verdes y lo que parecían renacuajos en miniatura.

—¿Crees que todavía están vivos? —dijo, y luego se echó a reír.

—Como si no estuvieras acostumbrada a este tipo de cosas —contesté.

—No creo que llegue a acostumbrarme nunca. A veces me parece excesivo.

Lancé una mirada a los brillantes pendientes de diamantes que llevaba.

—Conque excesivo, ¿eh?

—Venga, ya sabes a lo que me refiero —dijo mientras me daba un manotazo—. Mi madre decía: «Si no recuerdas lo que no es tuyo, la vida te lo recordará de pronto». —Se rio mientras se acercaba la bebida a los labios—. Por otro lado, también me pegaba unas palizas… Así que a la mierda ella y sus refranes de pacotilla.

Estaba achispada. Puede que incluso estuviese a punto de estar borracha como una cuba. Pero como nunca la había oído hablar sobre su infancia, me deleité con sus explicaciones, como un hombre que se ha pasado días sin beber ni una gota de agua.

—Madre mía, Lou. Eso es espantoso.

—Mi psicólogo también lo piensa. Una mala infancia es peor que una madurez desastrosa, aunque a bote pronto no lo parezca. ¡Ja!, «a bote pronto».

Ambos soltamos una risotada.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo has acabado…? Bueno… —Hice un gesto para señalar a nuestro alrededor—. ¿Rodeada de todo esto?

—Supongo que gracias a una pequeña muestra de amabilidad tras otra. —Apuró la copa y me brindó una sonrisa triste—. Cuando era muy pequeña, la familia que vivía al lado de nosotros se encargó de cuidarme. En primaria, tuve una profesora que me ayudó a darme cuenta de que no era tan estúpida como mi madre y su ristra de novios afirmaban. Cuando tenía dieciséis años, me mudé a casa de una amiga cuyos padres habían ido a la universidad. Ellos me animaron a ir a clase y a ser alguien en la vida. Y el resto es historia.

—¿Alguna vez escribes sobre todo esto?

Me costaba mucho estar al tanto de todos los poemas que Lou había publicado. La mayor parte de las revistas literarias de entonces solo se vendían en papel, y los poetas no solían tener páginas web personales.

—No, no me gusta recordar el pasado si puedo evitarlo. Pero quizá tú sí podrías escribir sobre eso. —Volvió a reír—. Añádelo en alguna de tus novelas y que mi personaje se llame Lorraine.

—Que seas un personaje de una de mis novelas implicaría que yo escribiera dicha novela.

—¿Estás estancado?

—Yo no diría estancado, más bien necesitaría una nueva señal.

Lou me acarició el brazo.

—Sé lo que se siente. ¿Por qué no retomas la historia de la mujer espía? Era una buena idea,

y podrías sacarla adelante.

Elyse, que ya había acabado de hablar con Lubna, se inclinó hacia nosotros.

—¿De qué estáis charlando? ¡Suena interesante!

No iba a resumirle a Elyse nuestra verdadera conversación.

—Sí, mucho —dije, mientras meneaba las cejas—. Justo le contaba a Lou que hace poco he empezado a actuar en el Cirque du Soleil.

—¿En serio?

—Joder, no.

Tanto Lou como Elyse se echaron a reír y me contagiaron la risa. Si parecía que a Lou le hubieran sacado brillo, a Elyse la habían cubierto de purpurina: tenía la piel bronceada y un corte de pelo recto, a la altura de la barbilla, y no había ni una sola cosa en ella que no estuviese premeditada. Sin duda, no era mi tipo para nada. Pero ahí estaba ella, y su mirada revelaba que estaba interesada en mí.

—Le gustas —me dijo Lou cuando Elyse fue al cuarto de baño. Ya casi habíamos terminado aquella sucesión de diminutos platos creativos que conformaban la cena, y Lou parecía que se había serenado un poco—. Le sentaría bien un poco de diversión; acaba de pasar por una ruptura horrible.

—Y yo soy la mar de divertido.

Pareció dolida.

—No seas así, Jim.

—¿Cómo?

—Solo intento ayudar.

—Yo también.

Me miró con el ceño fruncido y, aunque sabía que la había disgustado, no añadí nada más.

Tras la cena, bajamos la calle para ir a tomar algo. Aidan y su novia fueron los primeros en marcharse y, luego, Max y Lubna hicieron lo propio. Cerca de la medianoche, Elyse me posó su larga y fina mano sobre el brazo.

—¿Quieres compartir taxi? —preguntó.

Lou estaba acurrucada contra el cuerpo de Rob, la pelea que habían tenido esa misma velada ya era cosa del pasado. En aquel momento, parecía que los habían sacado de un anuncio de perfume: el tío cachas vestido de traje y con canas incipientes, acompañado de una belleza menuda y un poco despeinada que iba de su brazo. Se besaron y, luego, se volvieron hacia mí y sonrieron.

—¿Nos vemos mañana, Jim? —dijo Lou.

—Ajá.

Mi respuesta sonó fría y monótona. Aun así, no me disculpé ni intenté suavizarla añadiendo algo más. En realidad, siento decirte que, de hecho, me sentí un poco satisfecho cuando vi que Lou fruncía el ceño.

—¿Vamos? —le dije a Elyse.

—¡Vamos! —Se rio y me rodeó la cintura con el brazo con suavidad.

Y así nos alejamos en la noche, dos personas que hacíamos todo lo que podíamos y más para seguir adelante con lo que teníamos.

Capítulo siete

Invierno de 2004 – verano de 2005

Wisnewski enfermó a finales del año 2004. Aún vivía en Oakwood, el barrio residencial en el que habíamos crecido, y trabajaba en el departamento de ventas de Chrysler. Había heredado el rancho de sus padres y se había casado con una mujer llamada Jen, que había ido a la misma escuela que nosotros, aunque dos cursos por debajo. Tenían dos hijos y llevaban una vida feliz.

Wisnewski y yo éramos perezosos del modo en que lo son las personas que saben que serán amigas para toda la vida. Aunque solo estábamos a cuarenta minutos de distancia, a él no le gustaba venir a Ann Arbor (había poco sitio para aparcar y demasiados liberales, según él) y yo tampoco cogía el coche para ir a Oakwood muy a menudo. Y cuando lo hacía, me sentía obligado a visitar a mi padre, y en realidad, no me apetecía. Pero cuando no me pasaba a verlo, me sentía culpable, lo cual era igual de malo. Así que Wisnewski y yo nos veíamos, sobre todo, en vacaciones y en otoño, una época en la que él estaba dispuesto a dejar de lado lo que pensaba sobre los socialistas *hippies* entre los que yo vivía para ir a ver a los Glotones de Míchigan jugar a fútbol americano.

Sea como sea, me llamó en diciembre y me dijo:

—Bueno, Hernández, la mala noticia es que tengo cáncer. La buena, que es del tipo que se puede curar.

Era un linfoma, un tumor con un índice alto de supervivencia. Pero para cuando llegó la primavera, era evidente que Wisnewski se contaba entre los que estaban en el otro grupo. Uno de los tratamientos había fallado, y el otro no estaba funcionando mucho mejor. Me enteré de eso cuando Jen me llamó una mañana y me dijo:

—Oye, James, Jason está cada vez peor. Creo que Rob y tú deberíais venir a verlo.

Unos días después, fui a recoger a Rob al aeropuerto y, desde allí, fuimos directos a Oakwood. Esperaba tener la oportunidad de charlar y ponernos al día (y quizá que me ayudara a encontrar el valor suficiente antes de llegar), pero se pasó el viaje mandando mensajes con el móvil.

—Lo siento —dijo cuando me pilló mirándolo con el ceño fruncido—. Ahora mismo, el trabajo es una locura y no tenía previsto hacer esta escapada.

—No te preocupes —respondí, aunque, de hecho, sí que me había molestado. No había recibido noticias suyas durante los últimos meses, y cuando lo llamaba o le enviaba correos, a

menudo pasaba una semana o más antes de que se pusiera en contacto conmigo—. Al menos has venido.

Había estado en casa de Wisnewski varias veces desde que se había mudado con Jen, pero aún se me hacía extraño entrar en la que también había sido su casa cuando éramos pequeños y ver que nada era como yo lo recordaba. Su padre tenía la costumbre de acumular cosas inútiles, y siempre había pilas de cosas (periódicos, tubos de plástico, lo que fuera) por todos lados. Pero tras la muerte del padre de Wisnewski y después de que su madre se mudara a Florida, Jen lo vació todo. Las sucias paredes estaban pintadas de colores otoñales y el olor a humedad se había sustituido por el aroma de tarta de calabaza demasiado horneada. Todo estaba ordenado, todo iba a conjunto y tenía un aire muy provinciano.

—Hola, cabroncetes —nos saludó Wisnewski, que nos esperaba en el umbral de la puerta. Siempre había sido un tío grande: no era especialmente alto, pero pesaba más de noventa kilos. Sin embargo, ahora la piel le colgaba, como si llevara puesto un disfraz unas tallas más grandes que la suya. Renqueó hacia el salón y se dejó caer en el sofá.

—Seguro que estás contento de no estar en el hospital, ¿no? —dije mientras me acomodaba en un sillón reclinable de cuero que se hundía mucho.

—Sí, supongo que me estoy tomando un respiro. —Sonrió—. Lo tengo… lo tengo en el hígado.

—Mierda —contestó Rob, que estaba al lado de Wisnewski.

—Mierda —repetí.

—Sí… —añadió Wisnewski. Alzó las manos—. ¿Pero qué le vamos a hacer?

—Hola a todos —dijo Jen, asomándose por la puerta—. ¿Queréis que os traiga algo? ¿Una cerveza, tal vez?

Había engordado, como si absorbiera todo lo que Wisnewski perdía.

Rob echó una mirada a Wisnewski.

—¿Tú vas a tomar una?

—Por supuesto. Tres birras, cariño —le pidió a Jen.

—Enseguida os las traigo.

—Madre mía, cómo te quiero —le dijo Wisnewski a Jen cuando esta volvió con tres botellines de cerveza abiertos, uno para cada uno. Luego, él se volvió hacia nosotros—: Gracias por venir, tíos.

—Siento que haya pasado tanto tiempo desde la última vez —dijo Rob.

—Olvídalo. Ya sé que estás muy ocupado, eres un hombre de negocios. ¿Cómo está Lou?

—Está bien. Ahora mismo está en Tucson. Por cierto, ¿dónde están los niños?

—Esta tarde están en casa de la madre de Jen. No quería que dieran vueltas a vuestro alrededor.

Rob sonrió.

—No me habría importado. Me encantaría verlos la próxima vez que venga.

—Claro, por supuesto. —Wisnewski tenía la mirada perdida. Pero entonces, sonrió—. Eh, ¿os acordáis de cuando dejamos el coche de Helmer en medio del campo de fútbol americano?

Hacía mucho que no pensaba en Barry Helmer, y más aún que no hablaba con él. Lo último que supe fue que todavía estaba en la Armada y que lo habían destinado a España.

Rob se echó a reír.

—¡La madre, cómo se cabreó! Qué bueno fue.

—¿Y recordáis aquella vez que James perdió aquella apuesta sobre Helmer y tuvo que hacer nuestros trabajos de Inglés?

—¡Y luego te pillaron! —saltó Rob, riéndose a carcajadas.

—Casi me pillaron —lo corregí—. Por poco me meo encima cuando tuve que convencer a la profesora Lafferty de que lo único que hice fue enseñaros a hacerlos. Estaba convencido de que pronto me revocarían la admisión a la universidad y me arruinarían la vida.

—Tío, cómo te usábamos… —dijo Wisnewski, con cariño. Aún no había tomado ni un solo trago de cerveza.

—¿Y te acuerdas de cuando te quitamos la ropa y te echamos de mi casa? —preguntó Rob a Wisnewski—. Creíamos que te pondrías como loco, pero te quedaste ahí, sentado en el porche, tan tranquilo. No hay nada que te afecte.

—Excepto el cáncer —dijo Wisnewski, y nos quedamos en silencio.

Al cabo de un minuto, retomamos la conversación sobre nuestro pasado. Habían pasado quince años desde el instituto (casi una vida, pero, al mismo tiempo, daba la sensación de que hubiese sido ayer). Y así es como funciona: todo desaparece, pero los recuerdos que conservamos a menudo son tan vívidos que parece que justo acaben de ocurrir.

Al final, Wisnewski empezó a debilitarse, de modo que le dimos una palmadita en la espalda, sin demasiada fuerza, y le prometimos que volveríamos pronto.

—Bueno, ha sido espantoso —dijo Rob, una vez nos hubimos metido en el coche—. No tiene buen aspecto.

—No —coincidí—. Pero todavía no está muerto.

Los remordimientos me golpearon como una oleada mientras nos alejábamos de casa de Wisnewski. ¿Por qué no me había esforzado más por verlo? ¿Y al resto de mis amigos: Helmer, Carl White, Joe Phelps? ¿Y a las chicas: Heather Ballard o Carrie Krefbaum, con quien había ido al baile de graduación? ¿O incluso a su mejor amiga, Tiffany, con quien me había enrollado esa noche en vez de con Carrie? ¿Habían desaparecido todos de mi vida por alguna razón?

Me volví hacia Rob, que ya volvía a estar enganchado al teléfono.

—¿Tienes que ir a algún sitio?

Levantó la vista.

—Sí, he quedado con una tía buenorra en el Olive Garden, no te digo.

—Y yo que sé. Quizá querías ir a ver a tus padres.

—No, esta vez no, a no ser que quiera quedarme tres semanas más aquí.

—Entonces, ¿te importa si nos pasamos a ver al mío?

—Claro que no. ¿No tienes que avisarle de que vamos para allá?

—No —dije mientras giraba la esquina de la calle en la que había pasado los primeros dieciocho años de mi vida—. Seguro que está en casa.

Y así era. Lo encontramos en el garaje, donde trabajaba debajo del capó de un Mustang de los años setenta. Pareció irritado al verme, pero entonces distinguió a Rob y se animó. No nos preguntó por qué estábamos allí, como si presentarnos allí un sábado cualquiera por la tarde fuera lo que esperaba.

—¿De quién es ese coche, papá? —pregunté.

—De un vecino. Arreglo coches en mi tiempo libre. —Le lanzó una mirada a mi Toyota, que

estaba en el camino de entrada—. Pero no los de los comunistas.

—Eres consciente de que Japón es una monarquía constitucional, ¿verdad?

Él me ignoró.

—¿Cómo estás, Rob?

—No puedo quejarme. Te veo bien, Javier. ¿Qué tal te va?

—Bueno… —respondió mi padre, sonando exactamente como mi abuelo—. Voy al bar a ver las peleas que ponen en la televisión y arreglo coches. —Hizo una pausa—. Y tengo una nueva amiga.

—Conque una amiga, ¿eh? —dije.

—Cuando haya algo que contar, ya te lo diré. —Se limpió la frente con el antebrazo—. Nos lo estamos tomando con calma.

Cuando mi madre murió, casi di por hecho que mi padre también lo haría. El pobre hombre no sabía cómo pedir hora para ir al médico, ni encontrar sus propios calcetines ni calzoncillos, así que aún menos sabría alimentarse. Pero la vida continuó, y él salió adelante. Y ahora resultaba que incluso tenía novia.

—¿No le puedes encontrar a James una buena mujer para que siente la cabeza? —le dijo mi padre a Rob—. Quiero tener nietos.

—Ya tienes dos —le recordé.

—Quiero algunos que tengan mi apellido. ¿Rob no puede ayudarte a conseguir un buen trabajo en el mundo de las finanzas? Rob, ¿qué te parece si James toma algunas clases y hace un cambio de marcha?

Por supuesto que tenía que usar alguna metáfora automovilística. Y por supuesto que no le recordé que la mayoría de veces, él mismo le decía a la gente que yo ya trabajaba en el mundo de las finanzas.

—Papá, me gusta mi trabajo.

Y eso era verdad, en gran parte. Seguía destacando en mi trabajo; al parecer, ser experto en lengua inglesa te atribuye cierto valor fuera del ámbito de la literatura. Claro que había momentos en los que acariciaba la idea de clavarme un par de tijeras directamente en el cráneo. Pero me gustaba que se me diera bien algo, y tal y como estaba descubriendo por aquel entonces, cuanto mejor era, más quería esforzarme en hacer mi trabajo.

—Javier, incluso un mono podría hacer lo que yo hago —le dijo Rob a mi padre—. Comprobar los números, descubrir qué funciona, apretar el mismo botón una y otra vez e informar a la gente de que has apretado ese botón. James, aquí presente, sí que tiene talento.

Igual que los elogios de Kathryn, la afirmación de Rob se basaba en su fe en mí, no en hechos reales; no había leído nada de lo que yo había escrito desde la época en la que hacía el posgrado.

—Yo no estoy tan seguro —comenté.

—Si no estuvieras tan seguro, ¿por qué seguirías haciéndolo? No digo que deberían darte un Pulitzer por tu novela inacabada. Pero alguna razón habrá para que no hayas renunciado todavía.

—Tú solo habla con él —le dijo mi padre a Rob, como si yo no estuviera justo a su lado.

En el instante en el que volvimos al coche, Rob ya había vuelto a sacar el teléfono y murmuraba al mismo tiempo que tecleaba con los pulgares un correo electrónico tras otro.

—¿Tanto trabajo tienes? Pero si es sábado.

—Sí. —Soltó un suspiro profundo—. Los clientes quieren saber qué voy a hacer con sus millones antes de que llegue el lunes, aunque sepan que la bolsa ya ha cerrado. Mi jefe quiere saber qué voy a hacer con los clientes. Mi equipo quiere saber qué voy a decirle al jefe. —Dejó caer el teléfono sobre su regazo y miró por la ventanilla. Al otro lado, los árboles y el césped que había al borde de la autopista se desdibujaban y formaban una mancha verde—. A veces me pregunto si eso es todo lo que me espera. Ojalá tuviera algo como lo que Lou y tú tenéis.

Por una milésima de segundo, creí que insinuaba que Lou y yo teníamos una relación romántica, y el corazón empezó a aporrearme el pecho. Pero entonces se me ocurrió que quizá se refería a la escritura.

—No, te digo yo que no te gustaría —contesté al final—. Hazme caso. Como sabe cualquier escritor, si hubiera otra cosa que pudiéramos hacer, la haríamos.

De hecho, el primer profesor de Escritura Creativa que tuve nos dijo algo muy parecido: «Si hay algo que podáis hacer que no sea escribir, ahorraos el disgusto y hacedlo». Recuerdo que pensé que era muy arrogante y que incluso pretendía eliminar a la competencia de un modo preventivo. Nunca repetí esa frase cuando fui profesor, así que no estaba seguro de por qué acababa de emplearla con Rob.

—Bueno, y ¿cómo está Lou? —pregunté—. ¿Todavía tenéis problemas?

—Ya no tanto. Parece que está mejor, y no hace otra cosa que escribir. De hecho, ahora mismo está en un retiro para escribir poesía. Y hace un mes encontró un agente literario.

—Eso es fantástico. ¿Y tú qué tal?

—Bien —dijo, y volvió a engancharse al teléfono.

Es curioso cómo un incidente que puede parecernos un traspié de proporciones bíblicas acababa siendo tan solo una nota a pie de página en tu biografía, si es que llegas a recordarlo. Y sin embargo, un «debería haber hecho» aparentemente igual de insignificante puede convertirse en uno de tus mayores remordimientos.

Rob no añadió nada más sobre su carrera ni su matrimonio. Pero supongo que me di cuenta (como solo las personas que han pasado mucho tiempo juntas pueden hacer) de que Rob era infeliz, y de que las cosas entre él y Lou no iban demasiado bien. No obstante, no dije ni hice nada. Y a la mañana siguiente, Rob estaba en un avión rumbo a Nueva York.

Capítulo ocho

Invierno de 2006

Lou publicó su primer libro de poemas, *Estás aquí,* cuando tenía treinta y un años. Me hizo muchísima ilusión por ella, incluso si su éxito era un claro recordatorio de mi propio fracaso. No había terminado la novela del hombre que se había casado con una espía, aunque la crítica de Pascal sobre la primera mitad que tenía escrita había sido alentadora. Como dice Didion, yo también sabía cómo iba a terminar la historia (perdóname por arruinarte la sorpresa, pero al final todos mueren), pero no sabía qué hacer con el nudo del relato. Justo después de que el hombre se enterara de la sobrecogedora verdad, mi motivación desapareció junto con la mujer espía del protagonista. Después de un día sin escribir estuve dos días sin hacerlo, luego veinte, y al cabo de poco tiempo solo le echaba un vistazo al borrador cuando me venía la inspiración, que ocurría con menos frecuencia que las noches de luna llena.

Dejar las cosas a medias mina tu confianza, y cuando llegué a Nueva York la noche de la presentación del libro de Lou, me sentía completamente desnudo, con el alma expuesta.

«¿Quién va a recitales de poesía?», me pregunté mientras me dirigía a la librería. Pues la mitad de los habitantes de la ciudad, a juzgar por el gentío allí reunido. No divisé a Rob, pero localicé a Lou rápidamente: estaba de pie en el centro de la sala. Llevaba un vestido de lana de color marfil y sonreía de oreja a oreja.

El editor de Lou la presentó y, entonces, ella se dirigió al atril. Al principio estaba nerviosa y la voz se le entrecortó unas cuantas veces, pero poema a poema, Lou desplegó sus encantos, hasta que se relajó y empezó a leer todos los versos con sentimiento. Estaba leyendo uno de los últimos poemas cuando me vio. Volvió a acercarse al micrófono.

—Hola, Jim —murmuró, y luego ofreció una sonrisa al público—. Jim es un viejo amigo.

No recuerdo demasiado sobre lo que ocurrió tras aquello. Lou retomó la lectura y le aplaudieron. Después, se abrió un turno de ruegos y preguntas y hubo más aplausos.

«Ha pronunciado mi nombre ante todo el público», pensé, mientras una corriente eléctrica me recorría el cuerpo. «Mi nombre, el mío».

Al terminar, Lou estaba rodeada de gente. De todos modos, estaba demasiado nervioso como para hablar con ella, así que fui en busca de Rob. Lo encontré en un rincón, charlando con una pareja. Cuando los tres se dieron la vuelta para saludarme, me di cuenta de que la pareja la conformaban Kathryn y el hombre con el que la había visto a veces por el campus. Supongo que sabía, de un modo inconsciente, que ella y Lou no habían perdido el contacto. No obstante,

encontrármela allí fue como si alguien me diera un rodillazo en las pelotas.

—Hola, James —dijo, en tono agradable—. ¿Tú también has venido en avión?

—Sí, acabo de llegar —contesté, como si la bolsa andrajosa de mis tiempos de estudiante universitario que arrastraba a todas partes no diera suficientes pistas.

Desde hacía semanas, estaba agobiado por el trabajo, porque la escuela de negocios estaba preparando la campaña para recaudar fondos, y había tenido que tomar un vuelo de última hora y un taxi en el aeropuerto que me había llevado directamente a la librería.

Kathryn hizo un gesto hacia el hombre que tenía al lado.

—James, te presento a Christopher Bucknell.

—James Hernández.

—Christopher es físico —dijo Kathryn, y Christopher asintió con el aire de suficiencia que solo alguien que ha invertido el tiempo necesario para convertirse en físico se ha ganado el derecho de hacer—. Y mi marido —añadió, como si el título anterior no me hubiera dado ya bastante cuerda para ahorcarme.

—Oh, es estupendo —contesté cuando Rob me dio un codazo en el costado—. Yo soy un escritor de tres al cuarto en una escuela de negocios, y el ex de Kathryn.

Kathryn me fulminó con la mirada, y con razón: no tenía ningún motivo para comportarme como un capullo, y menos con una persona con la que había compartido el cepillo de dientes alguna que otra vez.

Entonces, me di cuenta. El vestido que llevaba, que le caía como una cortina desde el pecho, me impedía verlo con claridad. Kathryn estaba radiante, aunque siempre lo había estado. Sin embargo, cuando se volvió hacia Christopher, distinguí la curva inconfundible de una nueva vida.

—Vaya —musité.

Kathryn buscó mi mirada.

—Salgo de cuentas en mayo.

—Qué maravilla —comenté, y en su mayor parte lo decía en serio. Sin embargo, también me entraron ganas de arrastrarme hasta un profundo agujero, o incluso de meterme en una cueva con un oso que se acabara de despertar tras pasarse un largo tiempo hibernando.

—Gracias —respondió ella.

—Bueno —dije con un carraspeo—, Lou lo ha hecho de maravilla, ¿a que sí?

—Sí, sin duda —terció Rob—. Vendrás a casa luego, ¿verdad?

—Claro —afirmé. De pronto, me entraron unas ganas irrefrenables de huir de allí, y decidí no reprimirlas—. Bueno, debería ir tirando si quiero llegar a la fiesta de esta noche. Voy a dejar la bolsa en el hotel y os veo luego en el piso.

—Perfecto. Nos vemos pronto —respondió Rob.

—Por supuesto —dije—. Kathryn, Christopher Bucknell, hasta pronto.

***

Rob y Lou vivían en un apartamento de piedra rojiza en Cobble Hill, en Brooklyn. Era una vivienda digna de película, estrecha pero bien iluminada y decorada con muebles suecos y alfombras marroquíes. Cuando llegué, la fiesta estaba en su apogeo, así que tomé una copa de

champán de una mesa y me abrí paso entre los asistentes, bien vestidos, mientras me sentía un pueblerino rudo hasta la médula. Al fin y al cabo, eso es lo que era. Ya iba por la segunda copa cuando me encontré con Lou en el comedor.

Me dio un abrazo de costado.

—¡Qué bien que hayas venido!

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Felicidades, Lou. Estoy muy contento por ti. Los poemas son buenísimos y… —Agarré un ejemplar de los que había sobre el aparador—. ¡Es que tienes un libro! ¡Y prácticamente todavía eres una adolescente!

Ella arrugó la nariz.

—Gracias a Dios que ya no lo soy; fue la peor época de mi vida. Pero muchas gracias, Jim. De verdad que estoy muy emocionada. Te juro que todavía no me lo creo.

—¡Lou! —la llamó un hombre de piel curtida que llevaba unos tejanos y una camiseta de los Rolling Stones.

—Es mi editor —susurró ella—. Ven a buscarme luego —añadió con la cabeza vuelta hacia atrás, mientras el hombre se la llevaba a toda prisa a hablar con otra gente.

Kathryn y Christopher estaban en la otra punta del piso. Tratar de mantener las distancias hizo que me topara de frente con Elyse, con quien no había hablado desde aquella única noche de 2003. Charlamos de trivialidades por educación, pero yo no podía dejar de mirar al hombre que la acompañaba, quien vestía un *blazer* de botones dorados e iba tan colocado que habría jurado que se pondría a flotar ante mis ojos en cualquier momento.

Al final, Elyse y Míster Coca se alejaron, pero mientras tanto, Kathryn y Christopher, avanzando sin rumbo, se habían acercado al lugar donde yo me encontraba. Corrí hacia la cocina, pero ellos continuaron su camino inconscientemente hacia mí, de modo que me escurrí en silencio hacia el patio.

Hacía frío, y había dos fumadores acurrucados que daban caladas a los cigarrillos con fervor. Aplastaron las colillas con el tacón, me saludaron con la cabeza y, luego, se apresuraron a entrar.

El cielo estaba iluminado por las luces industriales y la sobrepoblación, y era difícil distinguir alguna estrella. Estaba contando los aviones cuando Lou se me acercó por detrás.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Hice una mueca.

—Bueno, ya sabes. Controlo a la multitud desde la perspectiva de un introvertido. Pero ¿y tú qué? ¿Por qué no estás disfrutando de tu fiesta?

—Necesitaba un momento para serenarme.

—Si quieres, te dejo sola —dije.

Ya me iba hacia la puerta cuando ella me reprendió:

—Pobre de ti. —Volví donde estaba, a su lado—. Puedo tranquilizarme perfectamente, aunque estés aquí. Pero ¡uf! Qué frío que hace.

Le ofrecí mi abrigo de estilo deportivo.

—Toma. Espero que no apeste a ansiedad social.

Lou se rio y se colocó la prenda por encima de los hombros.

—Gracias. Bueno, ¿estás bien después de haber visto a Kathryn? No podía no invitarla.

—Y yo no hubiese querido que no lo hicieras. Y sí, estoy bien. —Me lo pensé durante un instante y luego añadí—: Aunque ha sido duro. Seguramente es mucho más feliz y está mucho

mejor ahora. Pero… —«Mmm… ¿Qué sentido tiene no contarle a Lou lo que pienso?», me planteé—. La echo un poco de menos, ¿sabes a lo que me refiero?

—Vaya, Jim —contestó ella, con tono nostálgico—. Pero las cosas entre vosotros dos no funcionaron por algo, ¿no crees?

—Sí, claro —respondí. Pero empezaba a sospechar que ese «algo», de hecho, era «alguien»: yo.

El primer piso del edificio de piedra rojiza que había detrás del de Lou y Rob estaba débilmente iluminado. Por las ventanas, observé cómo un hombre tomaba a un bebé de los brazos de una mujer y empezaba a dar vueltas por la habitación.

—Bueno, ¿te lo ha dicho Rob? —dijo Lou, al cabo de un momento.

—¿Decirme qué?

Como tenía en la cabeza el bebé del otro edificio y probablemente el embarazo de Kathryn, lo primero que supuse fue que Lou iba a contarme que ella y Rob estaban planeando tener hijos. Lo siguiente que se me ocurrió parecía más un arrebato de celos que una idea coherente. Cuando dos personas pasan a ser tres, dejan de ser conciudadanos y fundan su propia nación, una que, en gran parte, no permite la entrada a los extranjeros.

Lou se mordía el labio de tal modo que este amenazaba con empezar a sangrar.

—Que… Que tenemos problemas.

—Pero eso es normal, ¿no? Lleváis ocho años casados —comenté, como si supiera algo sobre el matrimonio.

—Es que creo que hay alguien más.

Un torrente de emociones me embargó. Sí, había repulsión e ira. Pero también curiosidad y, si soy completamente sincero, también una pizca de entusiasmo.

—Es imposible —añadí al final—. Rob trabaja demasiado.

—Sí, es verdad. Y su supervisora, Andrea, también —dijo ella, escupiendo el nombre como si fuera una palabrota—. Antes, le decía en broma que era su mujer del trabajo, pero ahora ya no me hace tanta gracia.

En todas las relaciones y rollos de una noche que había tenido Rob, nunca supe de ningún caso en que él hubiera sido infiel. Quizá estaba sufriendo la crisis de los cuarenta antes de tiempo, aunque tampoco me parecía que ese fuera el caso.

—¿Estás segura? No es algo propio de él.

—En realidad, no estoy segura —admitió, y se arrebujó con el abrigo—. Pero la cuestión no es si me engaña o no. La duda es el síntoma, no la enfermedad. Hay algo en nuestra relación que ya no funciona.

Dudé. ¿Estaba siendo desleal con Rob al hablar de esto con Lou? Probablemente. Por muy contento que estuviera porque Lou confiara en mí, también me decepcionaba que Rob no hubiese sido el primero en acudir a mí.

No obstante, pensándolo mejor, quizá sí lo había intentado, y yo había estado tan ocupado detectando las pequeñas quejas que tenía sobre Lou que no había analizado toda la situación. ¿Por qué? ¿Porque no quería oír nada negativo sobre ella? ¿O porque deseaba que su relación se fuera a pique?

Me decidí por una respuesta pobre que nos ofrecía tanto a Lou como a mí una vía de escape de esa conversación.

—No tienes que contármelo si no quieres.

—Pero es que sí que quiero. ¿Quién más me entiende? —Los ojos de Lou estaban iluminados por la luna cuando me miró (o quizá sea mi memoria, que exagera acerca de la luz de las bombillas incandescentes que había en la puerta trasera)—. Rob cree que deberíamos tener un hijo, como si eso fuera a arreglarlo todo.

Así que no estaba tan equivocado al imaginarme que iban a procrear. Mi aliento se evaporaba y formaba pequeñas volutas delante de mi rostro.

—¿Y tú? ¿Qué opinas?

—Yo creo que es un mal momento. Ha invertido años en su carrera profesional, y en vez de dedicarle el mismo tiempo a nuestra relación, quiere escurrir el bulto y tener un hijo. —Negó con la cabeza, lo que hizo que la melena se le agitara sobre los hombros—. Es que a ver, ¡estamos hablando de traer otro ser humano al mundo!

—Y todo el mundo sabe que los seres humanos son lo peor —añadí con gravedad—. Sin duda, estarías muchísimo mejor si adoptaras un perro.

Aquello le arrancó una sonrisa. Mientras nos mirábamos, volvió a resurgir: aquella sensación maravillosa y terrible que me hundía.

—Eres fantástico, Jim —contestó ella al cabo de un segundo—. Quizá debería haberme casado con alguien como tú.

Me quedé paralizado y traté de encontrar una respuesta, pero no importaba: la puerta se abrió y apareció otro fumador, que al instante comenzó a charlar con Lou. A esas alturas, la sangre no me circulaba por los dedos y estaba bastante seguro de que se me había congelado la nariz. Además, también estaba el problema de que mis esfuerzos por olvidarme de Lou se habían ido al garete con ese inesperado comentario.

—Voy a entrar —le dije.

—Yo enseguida voy. ¿Quieres que te devuelva la chaqueta?

—No, quédatela.

«Quizá debería haberme casado con alguien como tú», oía que me decía a las dos de la madrugada, y a las cuatro. Esas desastrosas palabras me volvieron a resonar en la cabeza a las seis, cuando los taxis de la Séptima Avenida comenzaban a quejarse bajo la ventana de mi habitación de hotel. Me di por vencido y salí de la cama.

Seguro que no lo decía en el sentido que yo había interpretado, decidí mientras me duchaba. Tampoco es que me quitara mérito a mí mismo como pareja en potencia. Era cierto que en ocasiones era introvertido y muchas veces, raro. Pero solía ser amable y competente, y la vida me iba viento en popa. Pronto me ascenderían por tercera vez en la empresa y había ahorrado lo bastante como para pagar la entrada de una casa.

No obstante, ¿qué vería una mujer tan impresionante como Lou en un hombre como yo? A pesar de mi deseo ferviente, mi atractivo real no era algo a lo que prestara mucha atención. (Cuando te planteas qué harías si te tocase la lotería, tratas de no arruinar la fantasía calculando las posibilidades que tienes de ganar). Esa mañana, sin embargo, contemplé la posibilidad de que quizá (solo quizá) había dicho aquello de casarse conmigo porque ella también sentía esa misma chispa cuando estábamos juntos.

Me eché una breve siesta y, entonces, tomé el tren hasta Brooklyn. Tenía una hora libre antes de ir al piso de Rob y Lou, de modo que paré en un café para comer algo.

En aquella época, Brooklyn no era ni por asomo el criadero de niños en el que se ha convertido desde entonces. Pero aquel día, había una niña pequeña con hoyuelos en la mesa de mi derecha y que se parecía mucho a ti (o al menos, así es como la recuerdo). Me ofreció una sonrisa desdentada, así que le devolví la sonrisa y me pregunté cómo sería tener un hijo y si había cometido un error al terminar mi relación con Kathryn. Esta vez no me había mirado con lástima, pero verla me había dolido igual. Cuando decidimos acabar nuestra relación, estaba seguro de que habíamos tomado la decisión acertada. Lo último que esperaba tras todos estos años era arrepentirme.

Saqué *Autoayuda*, de Lorrie Moore, de la mochila. Mi compañera de trabajo, Nessa (que también era una expatriada del mundo académico y mi mejor amiga en la oficina), me lo había puesto en las manos con fervor, como si fuera una misionera que iba de puerta en puerta regalando ejemplares de la Biblia. Cuando empecé a leerlo, entendí por qué: las historias de Moore eran agudas, retratos concisos de la vida cotidiana. Siempre había pensado que el antiguo dicho «escribe sobre lo que sepas» era más bien ridículo. Sin embargo, era evidente que contar cuentos sobre un destino apocalíptico y gente casada no se me daba demasiado bien. Quizá sería sensato seguir el ejemplo de Moore y empezar a escribir algo basado en mi propia existencia.

Hacia la mitad de la comida, el precioso bebé de la mesa de al lado comenzó a berrear. A mi izquierda, había una familia con dos niños, que empezaron a golpear la mesa con la cuchara y el tenedor, y a chillar por lo que deduje que había sucedido: la camarera les había colocado delante el tipo de pan equivocado en una cesta de mimbre. Su madre exhibía la sonrisa lacónica de alguien que sobrevive a base de buena voluntad y cafeína, y el padre tenía pinta de preferir estar, por decir algo, cara a cara con un gladiador en un coliseo de la antigua Roma. Engullí lo que me quedaba de comida, pagué la cuenta y me dirigí al piso de Rob y Lou.

—¿Quieres café, Jim? —me ofreció Lou cuando me hizo pasar. Los restos de la fiesta de la noche anterior estaban esparcidos por todo el apartamento (había vasos con marcas de pintalabios en el aparador y bandejas de aperitivos apiladas en el fregadero).

—Sí —contesté—, gracias.

Rob estaba sentado a la mesa del comedor.

—Buenas, soplapollas —dijo mientras estiraba las piernas y las colocaba sobre otra silla.

—Hola, tonto del culo. Menuda fiesta, ¿eh? ¿A qué hora se fueron todos?

—Los últimos rezagados se fueron sobre la una.

El silbido que solté resonó en el techo de metal.

—Lou —alcé la voz—, ¿te lo pasaste bien?

—¡Claro! —gritó ella, desde la cocina—. ¿Y tú?

—Bueno, yo no diría que encontrarte con tu ex sea pasárselo bien, pero el recital y la fiesta fueron fantásticos —contesté cuando volvió al comedor—. Y como ya te dije, me alegro mucho por ti.

Me dio una taza de café y yo se lo agradecí. Entonces, le ofreció otra a Rob, que le dijo:

—¿Tenemos algo para acompañarlo?

—No, porque no fuiste a comprar pastas como te pedí —le soltó Lou, con un tono que denotaba que aquello ya no tenía nada que ver con los *croissants*. Se dirigió hacia el aparador y comenzó a recoger las copas de vino mientras Rob seguía sentado, tomándose el café.

—¿Cómo va el trabajo, Rob? —le pregunté, con la esperanza de suavizar la tensión—. ¿La

marcha de Greenspan todavía afecta al mercado?

Él gruñó.

—¿Y cómo no va a hacerlo? No puedes pretender que en Oz sigan adelante como si nada después de que hombre que se esconde tras la cortina desaparece de escena.

—También tienes razón. —Recordé lo que Lou me había dicho que Rob trabajaba todo el día. Quizá lo que necesitaban era hacer una escapada—. Bueno, ¿habéis planeado ya las vacaciones?

—Sí, dentro de poco me voy a Londres.

—Eso es un viaje de negocios —dijo Lou, mientras recogía otra ronda de copas del aparador —. No son unas vacaciones.

—Perdone usted si mi empresa no se reúne con los accionistas en Bora Bora —saltó él, sin volverse hacia ella.

—Olvídalo.

—Pues vale.

A pesar de lo violento que resultaba estar en medio de la discusión, las pullas que se lanzaban solo sirvieron para alimentar la sospecha de que quizá no encajaban tan a la perfección al fin y al cabo. Sí, era cierto que se querían (o al menos eso decían), pero ¿acaso esa desagradable riña no evidenciaba que su amor no era tan profundo como afirmaban, o que incluso era un tipo de amor equivocado? Recordé a Kathryn de nuevo: nunca me había hablado de esa manera, ni yo a ella. No obstante, si hubiéramos seguido juntos, quizá también habríamos acabado así.

Lou se dio por vencida con un suspiro.

—Bueno, ¿por qué no salís a dar una vuelta? Podrías ir a comer algo y dar un paseo por Promenade o por ahí. —Se dio la vuelta para dirigirse a mí—. Se pasará el domingo en la oficina, y puede que incluso esta noche. Yo de ti aprovecharía para estar con él ahora que puedes.

—Me parece buena idea lo de ir a comer algo —contesté. Sí, acababa de comer, pero ¿qué importaba? Su discusión había hecho que el comentario de Lou sobre casarse con alguien como yo me pareciera mucho peor. Solo quería salir de allí.

—A mí también —coincidió Rob—. ¿Cuándo te vas, James?

—Mi vuelo sale mañana, a la una —respondí. «Ojalá fuera antes».

—¡Bu! Has estado muy poco —dijo Lou—. ¿Alguna vez te has planteado mudarte aquí? Te encantaría. Un tío soltero y con éxito como tú, aquí en la ciudad… Tendrías donde escoger.

Solté una carcajada.

—¿Con éxito? Creo que me has confundido con otro.

—Ah, ¿sí?

Lou estaba detrás de Rob, y me guiñó el ojo por encima de la cabeza de mi amigo.

Y yo pensé: «No, no puedo mudarme a Nueva York». De hecho, cuando Rob y yo salimos a la calle, ya había decidido que lo mejor sería que no los visitara durante una temporada.

Capítulo nueve

Noviembre de 2007

Wisnewski murió, como ya sabía que haría desde el momento en que Jen me llamó la primera vez. Lo que desconocía era lo doloroso que sería perderlo. Al fin y al cabo, mi madre había muerto. ¿Qué podía ser peor que eso?

No obstante, mientras contemplaba el interior del ataúd abierto, solo podía pensar que ahí yacía el cascarón vacío del chico con el que yo había ido en bici por todo el barrio, un verano tras otro. Ahí yacía el niño que había estallado en carcajadas cuando empecé a entrar en la pubertad y que luego me había ilustrado en métodos anticonceptivos de un modo en que mi padre y mi profesor de Salud habían fracasado. Ahí yacía el adolescente que, después de que yo bebiera vodka como si fuera agua (no lo hagas; nunca bebas alcohol más rápido o en cantidades superiores a las que te beberías de un expreso muy caliente), me había quitado el vaso de la mano y se había asegurado de que no me ahogara en mi propio vómito. Ahí yacía el hombre que había sido mi amigo durante toda la vida.

Y ahora estaba muerto.

Me eché a llorar tan pronto como lo vi ahí, amortajado, delante de la funeraria, y luego cambié a lo que esperaba que fuera un llanto más discreto mientras comenzaba el funeral.

Cuando la hija de Wisnewski, que tenía nueve años, se colocó delante del ataúd y entonó los primeros versos de *Amazing Grace*, recaí y empecé a llorar a moco tendido; ya no me importaba lo que pensara Rob, Lou o cualquier otra persona.

No, la única persona que me importaba era Wisnewski (¡madre mía, si era Wisnewski! ¿Cómo podía ser que ya no estuviera?). Todas las lágrimas que no había derramado por mi propia madre salieron a borbotones esa mañana. Pero en eso consiste un funeral: todas y cada una de las vidas que se han apagado a lo largo de tu corta existencia te inundan de nuevo, y te embiste una nueva oleada de pérdida que se añade a ese espantoso mar de dolor.

Tras el funeral, Lou, Rob y yo condujimos hasta casa de Wisnewski, que, por cierto, ya no era de él; me di cuenta cuando aparcamos. La casa estaba abarrotada de familiares, compañeros de trabajo y docenas de excompañeros de instituto con los que Wisnewski había mantenido el contacto a lo largo de los años. Había evitado a todo el mundo en la funeraria, pero ahora, por desgracia, me veía obligado a charlar mientras comíamos huevos rellenos rebozados y pequeños sándwiches con una cantidad infame de mayonesa. Justo acababa de ponerme al día con Helmer, que había vuelto a Estados Unidos por una temporada y estaba planteándose dejar la Armada

definitivamente, cuando Lou apareció sigilosamente a mi lado, delante del bufé.

Tenía la nariz roja y los ojos hinchados.

—¿Está bueno el ponche? —preguntó.

—Si te gusta con mucho sabor a jarabe para la tos, entonces, sí, está buenísimo —contesté, y con un cucharón le llené un vaso de plástico de aquel líquido dorado.

Ella aceptó el vaso.

—Es duro para ti, ¿verdad?

—El funeral ha sido duro. Esto… —dije, mientras señalaba a mi alrededor—… esto hace que mi agorafobia latente salga a la luz a un ritmo alarmante. No se me ocurre un peor momento para ponernos a charlar sobre tonterías.

—Te han dicho el típico «¿Y ahora qué haces?», ¿no? O peor, la temida pregunta: «¿Cómo estás?», ¿verdad?

—¿Cómo estás, por cierto? —salté.

Me pegó un puñetazo en el bíceps con una fuerza sorprendente.

—No tiene gracia, Jim. No me hace ni pizca de gracia. Este funeral me ha resultado demasiado familiar.

Mi expresión debía de reflejar mi confusión, porque Lou añadió:

—¿Mi madre? —Continué mirándola confundido, y ella negó con la cabeza con frustración —. A ver si lo adivino: Rob no te ha contado que mi madre ha muerto.

—¿Qué? ¡No! Lo siento mucho, Lou.

No veía a Lou desde que ella y Rob vinieron para celebrar el cumpleaños de Nancy, unos meses después de la fiesta de lanzamiento del libro. Últimamente, tampoco había recibido muchas noticias de Rob, y las pocas veces que lo había hecho, solo hablaba de su trabajo. Tampoco es que estuviera esforzándome mucho por mantener el contacto. No era intencionado, pero me había cansado de oír siempre la misma historia sobre lo mucho que trabajaba y cómo, según él, no podía hacer nada para cambiarlo. La última vez que habíamos hablado, Rob no me había preguntado ni una sola vez (¡ni una!) cómo me iba. Así que seguí su ejemplo y dejé nuestra amistad en un segundo plano.

—Gracias —dijo Lou—. Fue hace cuatro meses. Tampoco había mucho que contar: tuvo un derrame cerebral, y mi tío la hizo incinerar antes incluso de que me llamara para decirme que había muerto. Y eso es todo.

—Lo siento mucho —repetí—. Sé lo duro que es que perder a una madre.

—Sí, supongo. Pero en realidad podría decirse que no he tenido madre desde que tengo memoria.

—Aun así…

—Sí, aun así. —Se metió un dedo en la boca para morderse la uña, pero lo apartó cuando se dio cuenta—. Siempre tuve la esperanza de que se convertiría en otra persona, en alguien que me quisiera más, supongo. Y ahora que ya no está, esa esperanza también se ha ido. Sé que es una tontería, pero eso es lo que más me duele.

Asentí. Una parte de mí estaba afligida porque mi madre y yo nunca llegamos a arreglar nuestra relación. Pero al recordar el rostro hundido de Wisnewski, me sorprendí preguntándome si quizá no había sido lo mejor. Si mi madre y yo hubiésemos tenido una relación más estrecha, perderla habría sido mucho más doloroso.

Me gustó hablar con Lou y ponernos al día, ya que había pasado el tiempo suficiente como para que ya no me sintiera tan incómodo al pensar en el comentario que hizo en la fiesta de la publicación de su poemario. No obstante, la tarde avanzaba con mucha lentitud. Mientras observaba cómo Jen endosaba otra bandeja de comida a alguien, reflexioné sobre lo que le deparaba el futuro. Mi padre mantuvo una actitud estoica en el entierro de mi madre: estuvo en silencio, de vez en cuando parecía que fuera a llorar, pero, en general, no exteriorizó ninguna emoción. Sin embargo, durante los meses siguientes, se dedicó a beber mucho, a comer poco y a refugiarse en casa. Si no hubiera sabido la verdad, cualquiera habría dicho que mi madre era el amor de su vida.

Jen probablemente reaccionaría de otra manera. Al fin y al cabo, ella quería a Wisnewski con todo su corazón y, además, tenía dos hijos de los que ocuparse. Y a pesar de todo, puede que aquel día fuera uno de los mejores que tendría en mucho tiempo. Y la única persona que podía ayudarla a salir adelante ya no estaba, ni lo estaría nunca más.

Justo volvía del cuarto de baño cuando me tropecé con Rob en el pasillo. Estaba hablando por teléfono:

—Sí… —susurraba al auricular—. Te llamo luego… Tú también.

Las conversaciones que tienes con tu pareja tienen una cadencia que no usas con nadie más, da igual lo allegados que sean; solo hablas de ese modo con una persona a la que has conocido en el sentido bíblico de la palabra. Por eso, asumí al instante que Rob estaba hablando con Lou, aunque no la había visto salir de la casa.

Y entonces, ella se le acercó por la espalda.

—A ver si lo adivino… —espetó, con acritud.

Rob se metió el teléfono en el bolsillo de los pantalones con disimulo.

—Lou, no empieces. De verdad, no lo hagas.

Ella entrecerró los ojos.

—No iba a empezar nada, sea lo que sea a lo que te estés refiriendo, porque no pienso quedarme aquí ni un minuto más. Me voy a casa de tus padres.

Yo, por mi parte, había empezado a alejarme cuando Lou me llamó:

—¿Jim? ¿Te importaría llevar a Rob a casa, por favor? Yo me voy ya.

Los padres de Rob vivían a menos de un kilómetro de distancia: Rob era perfectamente capaz de ir caminando solo hasta su casa.

—Ningún problema —contesté.

—Gracias. Hasta pronto.

—Tío, ¿qué pasa? —pregunté a Rob mientras contemplaba cómo Lou se despedía de Jen.

Este dio una patada al suelo con el mocasín.

—Lo que pasa es que Wisnewski era demasiado joven.

—Yo diría que cualquiera que tenga menos de noventa y ocho años es demasiado joven, ¿no?

—Ya, claro, pero ¿treinta y cinco? —añadió él—. La gente que vivía en 1800 tenía una esperanza de vida más alta.

—Sé a lo que te refieres. Pero ¿qué os pasa a Lou y a ti?

Se encogió de hombros.

—Que no estamos bien.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, quiero emborracharme. ¿Te apetece que vayamos al bar?

Más que una pregunta, era una declaración de intenciones. Si Rob quería que lo acompañara al bar para lidiar con lo que le ocurría, mi obligación era llevarlo.

—Vamos —respondí.

Nos despedimos de Jen y del resto de la familia de Wisnewski y nos dirigimos al O'Grady's, un bar que a nuestro amigo le encantaba. El ambiente estaba cargado de humo (puede que te resulte imposible creerlo, pero hubo un tiempo en que era legal incrementar las probabilidades que tenía todo el mundo de sufrir cáncer de pulmón, así como las tuyas propias) y me senté, respirando con dificultad y pensando que ya era demasiado mayor para ir a bares infestados de humo. Como si la muerte de Wisnewski no hubiera bastado para recordarme que los humanos nos deterioramos a un ritmo trepidante, pocos días antes me había encontrado varias canas.

—¿Aún tienes mucho trabajo? —pregunté a Rob cuando un camarero nos hubo servido dos vasos de *whisky*.

—Como siempre. Hay cosas que van mal y están cayendo en picado, y se supone que yo tengo que evitar que vayan a peor.

—¿Y eso significa que vuelves a dormir en la oficina?

Parecía avergonzado.

—De vez en cuando. Y Lou… Es que parece que no lo pille.

—¿Por qué dices eso?

—Esta es la vida que escogí. Y ella también la escogió cuando nos casamos.

—Pero también erais muy jóvenes —rebatí—. Quizá entonces ella no lo entendía.

—Aun así, no debería pillarla por sorpresa. Y cuanto más me llama, más ganas tengo de quedarme en la oficina. Cuando vuelvo a casa, lo único que oigo es lo mal que la hago sentir. Hay una mujer en la oficina…

Lo mencionó como de pasada, pero supe (¡es que lo sabía!) que era su modo de allanarme el camino para lo que diría a continuación. O incluso una manera de ponerme a prueba.

—Anda ya, Rob.

—Solo es… —Se terminó el *whisky* y le hizo un gesto al camarero para que nos trajera dos más, aunque yo aún no había ni tocado el mío—. Nos llevamos muy bien, pero eso es todo. Ella entiende la presión bajo la que estoy, porque la sufre conmigo. A ella no se lo tengo que explicar todo.

Teniendo en cuenta que yo sabía lo que era sentirse excluido por Rob cuando dejaba que el trabajo lo absorbiera por completo, era muy difícil no simpatizar con Lou.

—Entonces es adivina.

—¿Tú también vas a darme la lata?

El respaldo de plástico de la silla chirrió cuando me recosté en él.

—A ver, esa mujer…

—Se llama Andrea Jones.

—Vale. Pues Andrea Jones. La única razón por la que no te da la lata es porque ella no es tu mujer. Por el amor de Dios, Rob, te sacaste la carrera con una beca completa, así que no tienes un pelo de tonto. Ya sabes lo que dicen: no es oro todo lo que reluce, ni todo el monte es orégano.

—James Hernández, un compendio de refranes andante. Y para que conste, el orégano de tu

monte ahora está casada con otro.

—Joder —dije, pero él se limitó a encogerse de hombros—. Vale, supongamos que Andrea y tú os casáis. Celebráis una gran boda y…

—No, nos fugaríamos.

Resoplé.

—No se por qué, pero parece que ya le has dado vueltas a la idea.

—Cuando estás casado, te imaginas todas las posibilidades. Te lo aseguro. —Levantó la vista del vaso, cuyo contenido no había dejado de observar como si fuera algún tipo de pozo de los deseos de alto octanaje—. Oye, no me mires así, ¿vale? No tienes ni idea de lo que es estar casado.

«Pero sé qué es ser fiel», pensé, aunque no pude exteriorizar la ironía.

—Vale, supongamos que os casáis en el ayuntamiento —proseguí—. Y luego, ¿qué? ¿No crees que Andrea Jones también se cansará de que estés todo el día trabajando?

—No lo creo, porque ella trabaja aún más que yo.

—¿Sabes cuál es su segundo nombre? —le pregunté.

Esto, para mí, era la prueba de fuego (sí, es cierto que era una prueba rara, pero yo creía que demostraba si realmente estabas loco por una mujer o solamente era una proyección de tu ego). Por ejemplo, no tenía ni pizca de curiosidad por saber el segundo nombre de Elyse. Llevaba seis meses saliendo con Kathryn cuando me enteré de que el nombre de soltera de su madre, Salter, era su segundo nombre; y aún me sentía culpable por no habérselo preguntado antes. Lou me había contado que su nombre, Louisa Astrid, significa «célebre guerrera con fuerza divina», la noche que la conocí, en el bar. Si no lo hubiera hecho entonces, se lo habría preguntado con toda probabilidad antes de que terminara aquel fin de semana.

El rostro de Rob no expresaba nada. Probablemente nunca sabría qué nombre había entre «Andrea» y «Jones». Sin embargo, sí que le había puesto un diminutivo cariñoso:

—Andie es una mujer fantástica. Es el tipo de mujer con el que querría casarme si estuviera soltero.

Por fin había sacado un tema sobre el que yo era un experto.

—Eso me suena a algo que diría un hombre que está enamorado de la persona equivocada —dije.

—¿Perdona? ¿Quién ha hablado de amor? Solo me encuentro en una encrucijada. Andie me hace sentir como un hombre inteligente y competente. En cambio, Lou… —Apuró el que ya era su segundo *whisky*—. Según ella, siempre la estoy cagando. Y ahora resulta que no cree que quiera tener hijos. Se piensa que acabará siendo el tipo de madre que era su madre. Que descanse en paz, pero era una persona horrible. Sin embargo, Lou, que coge las arañas para llevarlas fuera en lugar de pisarlas y que es incapaz de decirle a su amigo Jeremy, un narcisista que le absorbe toda la energía, que es el peor poeta que ha agarrado un bolígrafo, ha decidido que tener hijos hará que se convierta en otra persona por arte de magia.

Llegados a este punto, era difícil no sentir pena por él. Sí, trabajaba demasiado, y sí, también podía ser sorprendentemente duro de entendederas para ser alguien que gestionaba los millones de otros. Pero no me costaba nada imaginármelo enseñando a su hija a montar en bici. Tampoco me costaba imaginármelo soltando amarras en un puerto cualquiera con su hijo.

—Tener hijos o no: ¿ese es un motivo de ruptura para ti? —pregunté.

—¿Si solo fuera esa la cuestión? Puede que no. Pero tenemos más problemas. —Suspiró—. Sé que Lou y tú sois amigos, así que no quiero ahondar demasiado en el tema.

¿Acaso Lou y yo éramos tan amigos como para no decirme la verdad? Y en cualquier caso, ¿acaso él y yo no éramos mejores amigos, o es que me estaba dando calabazas como amigo oficialmente? No había manera de determinar si Rob estaba siendo un hipócrita.

—No sé que decirte, tío. Creo que deberíais tratar de arreglarlo. Si os importa, podéis arreglarlo, igual que habéis salido adelante hasta ahora —dije, aunque no estaba nada convencido de que el esfuerzo solucionaría sus problemas de pareja.

El móvil de Rob, que estaba encima de la mesa, vibró. Le dio la vuelta para ver quién lo llamaba y, rápidamente, volvió a ponerlo boca abajo. Aquellas prisas me hicieron preguntarme si no sería una llamada de Andrea Jones.

—Tú arréglalo —insistí.

***

Cuando llegué a casa, me llené un vaso con el *whisky* que mi padre me había regalado cuando me compré la casa. Sin soltarlo, deambulé frente a las estanterías que tenía en la sala de estar y agarré *El gran Gatsby*, situado en el estante de arriba del todo. Es un libro que encandila, eso seguro, pero siempre he pensado que, en el fondo, es un poco frío e impersonal. Sin embargo, lo había escogido porque quería que me transportara al momento preciso en que lo había leído por primera vez.

Nos acabábamos de graduar en el instituto, y Rob, Wisnewski, Barry Helmer y yo habíamos ido a la cabaña que la tía de Rob tenía en Grand Marais, en la Península Superior de Míchigan. Al abrir el libro de encuadernación rústica, casi oí a los chicos burlarse de mí porque era un lector empedernido y restregarme toda la diversión que estaba perdiéndome mientras yo leía y ellos iban a navegar, a pescar o a montar en *quad*.

Dejando de lado las burlas, pasamos una buena semana. Cada noche, los cuatro íbamos al puerto cargados con un paquete de cerveza, o tres, y nos dedicábamos a imaginar cómo sería nuestro futuro, llenos de felicidad. Rob cobraba tanto dinero como había augurado que haría, pero no había contado con la inflación, lo que explicaría por qué aún no había cumplido lo de llevarse a la cama a una modelo de bikinis ni lo de comprarse un Lamborghini. En cambio, yo, ¡pobre de mí!, no me había convertido en el siguiente Stephen King. Y aunque Helmer se las había apañado bien al entrar en la Armada, nos había confesado en el funeral que, en realidad, no le gustaba tanto. De los cuatro, de hecho, solo Wisnewski había sido el único que había llevado una vida bastante parecida a la que había imaginado, y todo porque lo único que deseaba era tener un poco más de dinero del que necesitaría, una buena mujer que lo quisiera y un par de hijos.

Tal vez se trataba de eso, pensé, mientras la vista se me emborronaba y las palabras de la página se desdibujaban. Quizá Wisnewski había descubierto el secreto de la felicidad.

Leí hasta que estuve demasiado adormilado y desconsolado como para seguir despierto ni un minuto más. Debía de llevar una hora en la cama más o menos cuando alguien llamó al timbre. Supuse que sería algún universitario borracho; vivía muy cerca del campus, y toda esa jarana de madrugada era habitual en mi barrio.

No obstante, cuando miré a través de los paneles de cristal emplomado de la puerta principal, advertí que era Lou quien me devolvía la mirada.

Parpadeé y eché un vistazo.

Sí. Era ella.

Iba tapada con un abrigo que hacía que pareciese que un animal enorme la había engullido, y llevaba parte del rostro cubierto por una bufanda de cachemira. Abrí la puerta de golpe. El invierno había llegado pronto aquel año, y un manto de nieve la rodeaba encima del suelo del porche.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Lou tiró de la bufanda hacia abajo.

—Tengo tu dirección, así que he buscado un mapa en esa cosa que llaman internet. ¿Me vas a invitar a entrar o qué?

Eché un vistazo hacia el interior de la casa. Las paredes de la sala de estar estaban revestidas de distintas capas de pintura que había aplicado hacía meses; aún no había decidido qué tono de gris quedaba mejor. Y la última vez que había pasado el aspirador había sido… Mmm… Digamos que… nunca.

—Por favor, pase usted, sea bienvenida —la exhorté, mientras fingía que me quitaba un sombrero de copa de la cabeza.

—Siempre tienes que hacerte el listillo, ¿eh?

—Siempre —afirmé, con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta de que me temblaban las manos.

Se quitó las botas. No llevaba calcetines, y las uñas de los pies parecían pequeñas conchas rosadas. Tenía la cara llena de manchas, y eso, de alguna manera, le confería un aire encantador.

—Sé que es raro que haya venido. Si lo prefieres, puedo irme —dijo.

—No —repliqué. En mandarín, la palabra *ma* puede significar hasta cinco cosas distintas según la entonación con la que se diga. Nuestro idioma no es mucho mejor; teniendo en cuenta la velocidad a la que ofrecí mi respuesta monosilábica, tanto Lou como yo sabíamos que no se iría a ningún lado, no si de mí dependía—. Dame el abrigo, que te lo guardo —me ofrecí—. ¿Quieres té o algo de beber?

—Sí, té, por favor.

Con un gesto, le indiqué que se dirigiera a la sala de estar, pero me siguió lentamente a la cocina.

—Por favor, disculpa el desastre —dije, medio en broma.

—Ya me había imaginado que vivías en una casa encantadora con una cocina sucia —contestó, y cogió un poco de papel de cocina.

Me eché a reír, aunque una parte de mí pensaba: «¿Se había imaginado cómo era mi casa?».

—Bueno, pues acertaste de lleno —respondí, y comencé a llenar el hervidor.

Se sentó en uno de los taburetes de la pequeña isla de la cocina y se limpió la nariz con el papel de cocina. Entonces, me miró y anunció:

—He dejado a Rob. No sabía adónde ir.

«Pues ¿a un hotel?», pensé, oscilando entre el horror y la euforia. No sabía qué decirle, así que tiré de tópicos:

—En realidad, no lo quieres dejar. Solo ha sido por el funeral. Este tipo de ceremonias suelen

reabrir viejas heridas. Consúltalo con la almohada. Mañana estarás menos triste, ya lo verás.

Lou me miró con esos ojos enormes suyos, llenos de melancolía.

—Estoy triste por naturaleza, Jim. Y me da la sensación de que tú lo sabes.

Al decirlo, me di cuenta de que, de hecho, era cierto: era consciente de ello. ¿Pero cómo?

—Si quieres, podemos hablarlo en otro momento —continuó Lou. Pensé: «Sí, pero ¿y si me lo cuentas ahora? Cuéntamelo todo y yo compartiré tus penas y las soportaré como si fueran mías».

Sin embargo, otra parte racional de mí (que, por cierto, se desintegraba a toda velocidad) pensó: «James, eres un mierdas. Es la mujer de tu mejor amigo, y no puedes estar con ella, igual que no puedes desprender una de las caras del monte Rushmore y declararla tuya».

—Rob es mi amigo —contesté, lánguidamente.

Ella se miró las manos.

—Ya lo sé. Por eso es incómodo.

—No —respondí, esa vez con una pizca de dignidad—. Lo que es incómodo es que tú y Rob no os esforcéis un poco más por intentar arreglar las cosas. ¿No crees que puedes luchar para salir de esta situación?

—Llevo más de dos años luchando para salir de este hoyo, pero hasta hoy, cuando he visto a Jason en la funeraria, no me he dado cuenta de que ya no puedo seguir intentándolo. —Empezó a sollozar—. ¿Sabes con quién ha estado hablando hoy Rob por teléfono durante media hora? Conmigo no, y contigo tampoco.

—Ostras, no. Lo siento mucho. —Y de verdad que lo sentía. Pero también estaba enfadado. ¿Qué demonios tenía Rob en la cabeza? ¿Se le había metido un parásito en el córtex cerebral o qué? Incluso si no tenía una aventura con su supervisora (y basándome en la conversación que habíamos mantenido en el bar, estaba bastante seguro de que, si aún no la tenía, la tendría pronto), ¿por qué la escogería a ella antes que a su mujer? No me hacía falta conocer a Andrea Jones para saber que no le llegaba a Lou ni a la suela de los zapatos.

El hervidor empezó a silbar. Serví una taza de té para Lou y la coloqué delante de ella, sobre la isla de la cocina.

Rodeó la taza con las manos y se estremeció.

—Sé que esto solo te complica las cosas, pero te juro que no sabía a quién más acudir. Tú y yo tenemos una conexión, ¿a que sí, Jim?

Obviamente: si no hubiera ningún tipo de conexión, esta historia terminaría aquí. Pero no quería exagerarlo ni tampoco revelarle lo profundamente enamorado que estaba de ella. Así que me limité a asentir y le pregunté si prefería ir a la sala de estar.

Nos sentamos cada uno en una punta del sofá. Lou se sentó cómodamente con los pies debajo del cuerpo; yo, en cambio, me coloqué erguido y rígido, quizá demasiado teniendo en cuenta que estaba en mi propia casa.

—Bueno… —empecé a decir.

—Bueno.

Suspiré; de pronto sentía todo el peso de mis limitaciones y, al mismo tiempo, era muy consciente de lo afortunado que era de tener esas limitaciones (véase: muerte de un amigo de la infancia).

—Si de verdad crees que no tiene arreglo posible, hazlo. Pero Rob es un buen tío. Y te

quiere.

Me morí de la vergüenza al darme cuenta de lo poco halagüeño que había sonado. Por el amor de Dios, estoy seguro de que alguien le dijo lo mismo a Ana Bolena en algún momento.

—Jim —empezó Lou, y se acercó poco a poco a mí, en el sofá.

No sé por qué hacemos las cosas que hacemos. A veces parece que ya sepamos que todo va a cambiar y no podemos esperar ni un minuto más a que ocurra. Así que opté por hacer lo que muchos calificarían como una estupidez.

Le acerqué la mano y se la ofrecí.

Ralph Waldo Emerson dijo que tienes que hacer aquello que más miedo te dé hacer, y yo estaba aterrorizado cuando Lou me dio la mano. Más que tener miedo de arruinarlo todo entre Lou y yo (o entre Rob y Lou, o entre Rob y yo), creo que lo que más me asustaba era perder mi oportunidad. Al fin y al cabo, ¿no era Wisnewski la prueba de que todo podía acabarse en un abrir y cerrar de ojos?

Antes de unirme a Wisnewski y a la inmensa mayoría, quería abrazar a Lou. Quería sentir el tacto de sus labios sobre los míos y entregarme a la ilusión de que era mía, tanto como cualquiera pueda hacer una afirmación tan escandalosa y abusiva sobre otra persona.

Sin embargo, no la besé. Su mano empezó a calentarse, enterrada en la mía, y nos miramos mientras un millón de cosas sin decir pasaban entre los dos. Para cuando nos soltamos, algo entre nosotros había cambiado, quizá para siempre, a pesar de que era posible que nuestra relación no fuese más allá esa noche (y de que tal vez no lo haría nunca).

—¿Y qué harás ahora? —pregunté mientras la acompañaba a la puerta.

Lou salió al porche cubierto de nieve y levantó la vista para mirarme. Esbozó una sonrisa triste.

—Bueno, ya veremos. Quizá vaya y lo eche todo a perder.

Capítulo diez

3 de enero de 2008
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Hola

Querido Jim:

Perdóname por no haberte escrito antes para agradecerte los ánimos que me diste tras el funeral de Jason el pasado noviembre. Como ya debes de saber, a principios del mes pasado me fui del apartamento que Rob y yo compartíamos. No he hablado con él desde entonces, pero por mucho que me duela admitirlo, creo que es lo mejor.

Nunca me había sentido tan sola, y eso es decir mucho (¿recuerdas la cita de Chéjov que te mencioné una vez?). Aun así, me consuela el hecho de que estos períodos de soledad me ayudan a escribir con esmero y sin interrupciones. A lo largo de mi vida, la escritura ha sido un salvavidas, un ancla, una brújula. Si sigo así, en poco tiempo podré entregar una nueva antología de poemas estupendos.

¿Y tus escritos, cómo van? ¿Todavía estás trabajando en la novela sobre la pareja que escondía secretos? ¡Qué ironía, ese tema le gusta a todo el mundo! (Te lo dice una mujer que todavía no sabe si va a divorciarse o no, ja, ja).

He alquilado un estudio en Clinton Hill, y Elyse me ha ayudado a conseguir un trabajo como editora externa en una revista de esas que se dedican a advertir a las mujeres sobre todo lo que hacen mal y luego les ofrecen un inmenso abanico de soluciones para remediar dicha incompetencia, cada una de las cuales es solo efectiva hasta que se publica el siguiente número. En total, trabajo unas dos semanas al mes, si llega. Cuando no estoy en la oficina, intento escribir más poemas, pero me paso la mayor parte de los días mirando por las ventanas emplomadas del piso, contemplando cómo llega el resto del invierno, frío y nada prometedor. Suerte que las vacaciones ya han terminado. Ni caso a lo que dice Eliot sobre el mes de abril: diciembre siempre será el mes más cruel, al menos para mí, y te

aseguro que este pasado ha sido especialmente sádico.

Bueno, solo te escribía para saber cómo estabas y para darte las gracias. Que tengas un feliz 2008, amigo mío. Espero que este año sea mejor.

Un abrazo,
Lou

4 de enero de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
BORRADOR: Re: Hola

Lou,
~~¡Qué agradable sorpresa recibir noticias tuyas! Me alegro de que la poesía vaya viento en popa. Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.~~

4 de enero de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
BORRADOR: Re: Hola

~~Lou,~~
~~Me alegro de tener noticias tuyas. Estaba preocupado.~~

4 de enero de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
ASUNTO: Re: Hola

Lou,

Feliz año nuevo a ti también. Me preguntaba cómo estarías. Me alegra saber que ya has encontrado un nuevo apartamento y has sobrevivido al mes de diciembre. (Yo no soporto las vacaciones. Como ya habrás imaginado, intento no anunciarlo demasiado, ya que eso solo reforzaría mi imagen de bicho raro misantrópico. Así que guárdame el secreto, por favor). Estoy todavía más contento de que escribas a vuelapluma y con eficiencia. Aprovéchalo al máximo.

En lo que a mí respecta, ya no trabajo tanto en la novela, en realidad. Hace poco me ascendieron: ahora soy el jefe de comunicaciones de la escuela de negocios, y no solo soy responsable de los artículos escritos, sino también de la correspondencia directa con multimillonarios que hacen cuantiosas donaciones a la universidad como quien da de comer a las palomas. Por eso, ahora trabajo más horas y suelo quedarme en la oficina hasta las seis o las siete. Si fuera alguien más aplicado o tuviera más inspiración, eso no afectaría a mi habilidad para escribir ficción. Pero como soy quien soy, sigo igual que siempre: incapaz de empezar una nueva obra y reacio a retomar la que tengo inacabada. (Y a pesar de eso, he conseguido convertir este correo electrónico casi en una novela).

Me gustó verte en noviembre. Espero que estés bien o, al menos, que estés mejor. Si necesitas cualquier cosa, por favor, dímelo.

Saludos,
James

31 de enero de 2008
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Las estrellas

Querido Jim,

¿Sabías que la palabra *desastre* significa «mala estrella»? Viene del griego; en la antigua Grecia (así como en la mayor parte de las civilizaciones que han precedido a la nuestra) creían que los planetas mal situados eran los responsables de provocar catástrofes. Yo siempre he sentido debilidad por Júpiter; se dice que trae buena suerte y, como yo, también tiene un núcleo sólido bajo una superficie inestable. No obstante, últimamente me siento como si fuera una estrella que ha estallado en mil pedazos que deambulan por ahí sin rumbo fijo.

Fui yo quien dejó a Rob; soy consciente del papel que he jugado en todo este desastre. Y, en el fondo (aunque tampoco quiero ahondar mucho en el tema), creo que es bueno para él. Para los dos. O tal vez necesito pensar eso para seguir adelante.

Sin embargo, no te escribo para informarte de los secretos del universo ni de mi situación, sino para saber cómo estás, sobre todo en lo que respecta a Jason. La última vez que te escribí se me olvidó decirte lo mucho que lamento tu pérdida. Estoy segura de que para ti ha sido muy duro. Para mí lo fue, y yo apenas lo conocía. He estado dando vueltas a lo que dijiste sobre mi madre, en lo desolador que es seguir adelante sin una madre. Me había convencido a mí misma de que su muerte no me afectaba, ya que, básicamente, no teníamos relación. Pero cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que tenías razón. Es

casi imposible hacerte a la idea de que es algo permanente, ¿verdad?

Bueno, espero que estés bien. Y si no lo estás, que sepas que, al menos, no estás solo en la miseria.

Un abrazo,
Lou

2 de febrero de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
ASUNTO: Re: Las estrellas

Lou:

Tienes razón en lo que a madres respecta, o, mejor dicho, a la falta de ellas. Me acuerdo muchísimo de Wisnewski y, como a ti, él me hace pensar en mi madre. Dos pedazos de mi infancia, desaparecidos en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo puede ser?

¿Todavía encuentras consuelo en la escritura? Espero que sí. Ojalá pudiera decirte que yo también, pero, por desgracia, sigo encallado «entre proyectos», un eufemismo empresarial de «perezoso».

Ánimos,
Jim

27 de febrero de 2008
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Re: Las estrellas

Jim,

Tengo ánimos, pero están por los suelos. ¿Sabes si algún día volverán a elevarse?

Rob se ha negado a ir a terapia de pareja. Dice que fui yo quien lo dejó y que él está (y cito textualmente) «mucho mejor de lo que he estado en mucho tiempo». Supongo que no debería contártelo, pero asumo que ya conoces su opinión al respecto. De modo que (y de nuevo, seguro que no te sorprende) vamos a comenzar el proceso de divorcio. No me lo creo.

Está saliendo con esa mujer del trabajo (tampoco debería estar contándote esto, pero el pozo de autocompasión en el que me encuentro es demasiado hondo y, además, no me llevo bien con la tecla de suprimir). Jennifer se los encontró el fin de semana pasado en una panadería de Long Island. Si alguna vez quieres saber qué hace tu futura ex mujer, paséate por todos los distritos.

Un beso,
Lou

28 de febrero de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
ASUNTO: Re: Las estrellas

Sí, Rob me comentó que ha contratado a un abogado matrimonialista. Lo siento mucho, Lou. No sé qué más decirte, excepto que espero que estés tan bien como cabría esperar.

Un beso,
James

3 de marzo de 2008
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Re: Las estrellas

Si por «tan bien como cabría esperar» te refieres a beber cantidades ingentes de vodka (y no del bueno), evitar la compañía de cualquier ser humano que no sea un desconocido, y quedarme despierta hasta las tres de la mañana en mi cuchitril para componer poemas que parece que haya escrito una loca; entonces, ¡sí! Soy la viva imagen del éxito de una mujer a punto de divorciarse.

En realidad, siento haberte dicho todo aquello sobre el hombre que pronto se convertirá en mi exmarido. Estoy segura de que eso te pone entre la espada y la pared, pero claro, eres demasiado amable para decirlo. Espero que puedas perdonarme.

Un beso,
Lou

10 de marzo de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
ASUNTO: Re: Las estrellas

No hace falta que me pidas disculpas, Lou. No pasa nada. Tan solo me gustaría que las cosas fueran distintas.

Un beso,
James

P.D.: Se dice que las locas son buenas escritoras, así que tú a lo tuyo.

10 de marzo de 2018
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Re: Las estrellas

¡Eres un encanto, Jim! Muchas gracias. Espero verte pronto en algún momento de este siglo.

Un beso,
Lou

7 de mayo de 2008
PARA: Louisa Bell
DE: James J. Hernández
ASUNTO: Estaré en Nueva York la semana que viene

Lou,

La semana que viene iré a Nueva York. He decidido que ha llegado el momento de pedirme las vacaciones que no he tenido en los cuatro años que hace que trabajo aquí*, y voy a asistir a una de esas conferencias en las que tienes citas rápidas con un puñado de agentes literarios con la esperanza de que tus habilidades de comunicación verbal sean capaces de transmitir, de algún modo (y en menos de tres minutos), la genialidad de la obra en la que estás trabajando. Sé que te estoy avisando con pocos días de antelación, pero se me ha ocurrido que podríamos ir un día a comer, aprovechando que estoy en la ciudad. ¿Qué te parece?

Un abrazo,
Jim

*Solo he exagerado un pelín.

7 de mayo de 2008
PARA: James J. Hernández
DE: Louisa Bell
ASUNTO: Re: Estaré en Nueva York la semana que viene

¡Claro que sí, Jim, me parece perfecto! La semana que viene no tengo que trabajar en la revista, así que dime cuándo te va bien y yo me encargaré del restaurante. Será fantástico ponernos al día en condiciones. ¡Me muero de ganas!

Un abrazo,
Lou

Capítulo once

Mayo de 2008

No era mi intención ganarme un puesto en la lista de amantes más irracionales de la historia. Pero tampoco puedo afirmar que «ocurrió, sin más». En realidad, lo que sucedió fue una serie de elecciones que fueron *in crescendo* hasta que desembocaron en una decisión mucho más trascendental, que, a su vez, acarreó unas consecuencias que ninguno de nosotros fue capaz de prever.

Primero, demos marcha atrás. Antes de que le propusiera a Lou que nos encontráramos en Nueva York, había sido capaz de racionalizar, más o menos, todo ese trajín de correos. Después de todo, no podía controlar lo que ella me contaba ¿no? Y tampoco iba a pedirle que no me escribiera. Pensé que hacer eso sería un gesto maleducado e insensible por mi parte, teniendo en cuenta las dificultades que Lou estaba atravesando.

Así pues, hice lo que pude para mantener un tono cordial, amable y escueto en mis mensajes. Incluso le comenté a Rob en algún momento que Lou y yo todavía estábamos en contacto.

—Tampoco esperaba que no hablaras con ella solo porque nos hemos separado —me dijo él con un tono un poco brusco, y acto seguido se puso a charlar sobre garantías hipotecarias; dos minutos después, colgó para atender una llamada del trabajo.

No obstante, yo sabía (¡si es que lo sabía!) que cada mensaje que Lou y yo nos enviábamos solo servía para intensificar lo que sentía por ella, unos sentimientos que casi había conseguido reprimir por completo. Pero estos habían aflorado con más fuerza la noche del funeral de Wisnewski. Si te soy sincero, no creo que le hubiera sugerido a Lou que nos viéramos en Nueva York de no ser por una conversación muy frustrante que tuve con Rob. No es que lo use como excusa; solo me limito a describir lo que sucedió.

Tan pronto como me hube inscrito en el congreso de escritura (Pascal insistió en que debía asistir), llamé a Rob para ver si le apetecía quedar mientras estaba en la ciudad. No nos habíamos visto desde el funeral, y como Lou y él se habían separado, pensé que necesitaría mi apoyo. Ahora bien, su separación había tenido el efecto contrario: cada vez me llamaba menos y solo me enviaba correos electrónicos para contestar a los que yo le había enviado, la mayoría de los cuales eran tan escuetos que bien podrían haber sido telegramas (o SMS, aunque en aquella época [y esto quizá te hará alucinar] todavía no nos mandábamos SMS).

De esta manera, me enteré de que Lou se había mudado y quería que fueran a terapia mientras que Rob se había quedado con el apartamento y había contratado a un abogado

matrimonialista. Cuando le sugerí esperar y no seguir adelante con el divorcio, Rob me mandó callar rápidamente. Me dijo que estaba seguro de que se lo decía con la mejor de las intenciones, pero que no quería hablar del tema.

De modo que tampoco me sorprendí cuando, antes de tener la oportunidad de comunicarle qué días estaría en Nueva York, Rob anunció:

—Estoy liadísimo.

—Bueno, estaré ahí durante tres días —contesté—. Podríamos ir a tomar algo, sin alargarnos demasiado. O como te vaya mejor.

—De verdad que tengo un montón de trabajo —objetó. Como no le respondí, añadió—: ¿Qué días estarás por aquí?

—Llego el 12.

—Uf, sí, imposible para entonces.

«¡Ay!», pensé, pero luego recordé que Rob debía de estar pasándolo mal. Además de los problemas que tenía con Lou, estaba seguro de que todavía sufría los efectos del golpe de la muerte de Wisnewski. Al fin y al cabo, habían sido amigos desde pequeños, mucho antes que el resto del grupo, e incluso habían ido juntos a la guardería.

—Pues qué mierda —dije, con la esperanza de no parecer irritado—. ¿Pero tú estás bien? Con todo eso de la separación… Ya me entiendes.

—Sí.

—¿De verdad?

—Mira, sinceramente, es en lo último en lo que pienso ahora mismo. Y el trabajo… Básicamente, podríamos decir que estoy intentando hacer virar el *Titanic* antes de que se choque con el iceberg.

Oí claramente una risa de fondo.

—¿Con quién estás? —pregunté.

—Con nadie —respondió.

Te juro que escuché cómo mandaba callar a alguien, pero no tenía sentido montar una escena por eso, por mucho que ese alguien probablemente no fuera una secretaria despreocupada, sino Andrea Jones.

—¿Y qué quieres decir con lo del *Titanic?* —me interesé.

—No puedo decirte mucho más aparte de que no pinta bien.

—Vale. Pues…

—Oye, machote, tengo que colgar. Tengo una reunión dentro de cinco minutos.

A lo largo de los años, Rob me había puesto innumerables apodos, muchos de los cuales son inapropiados para incluirlos aquí. Pero ¿machote? Así saludabas al tío con el que te encuentras en el gimnasio la mayoría de días pero al que nunca te habías llegado a presentar. Era un nombre que la gente empleaba para referirse a su perro.

—De acuerdo —contesté.

—Hablamos pronto —se despidió, y colgó.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono, con la palabra machote aún resonándome en el oído. Nuestra amistad no era tan sólida como lo había sido en otras épocas de nuestra vida, pero hasta este momento, siempre había asumido que solo estábamos en una fase de distanciamiento en el ciclo natural de idas y venidas que caracterizaba nuestra relación. Sin embargo, empezaba a

desarrollar una nueva teoría: Rob había comenzado a pensar de mí lo mismo que pensaba de Lou: que yo no estaba en su mundillo, que era alguien que no comprendía lo que se veía obligado a soportar y que, por tanto, tenía que distanciarse de mí.

Pensé en Andrea Jones, riéndose de fondo, y en el poco autocontrol que mostraba Rob últimamente. Aquello no contribuyó a afianzar mi fuerza de voluntad. Al contrario, me senté delante del ordenador y sucumbí ante mis propios impulsos: le pedí a Lou si quería ir a comer un día conmigo.

Al fin y al cabo, si Rob iba a dejarme de lado como hizo con su casi exmujer, no veía ninguna razón por la que yo no debiera verla. Y solo era una comida, me dije. ¿Había algo más inocente que eso?

En el instante en que cliqué el botón de «enviar», tuve la sensación de que acababa de meterme en la boca del lobo. ¿Inocente? ¿A quién pretendía engañar? Estábamos hablando de Lou, por el amor de Dios.

Y casi podía decirse que estaba soltera.

Aunque, a efectos prácticos, todavía estaba casada con mi mejor amigo.

«Madre mía», pensé, horrorizado. «Se va a reír de mí, aunque puede que eso sea lo mejor. O tal vez tendrá sentido común y fingirá que no está en la ciudad».

Pero cuando respondió que sí, que le encantaría verme, yo tampoco anulé la cita ni admití que, de hecho, no estaba seguro de que vernos fuera una buena idea. Al contrario: me lo tomé como una confirmación de que daba demasiada importancia a una comida inofensiva entre dos amigos.

***

Lou me llamó una hora antes de nuestra cena.

—¿Jim? —Parecía un tanto desesperada.

—Sí, soy yo. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente. Te llamaba porque estoy en el despacho de mi agente y resulta que me he comprometido sin querer a comer con ella y su equipo y… Lo siento mucho, tendría que haberme negado, pero la mesa ya estaba reservada y todo antes de que me diera cuenta.

Sentí alivio y decepción a partes iguales.

—No te preocupes, no pasa nada —le aseguré.

Observé mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación del hotel. Tenía la piel de un tono menos olivado y más amarillento, como si tuviera ictericia, y a juzgar por pelo, parecía que hubiera metido los dedos directamente en el enchufe. Ahora tendría tiempo de pasar por la peluquería y prepararme el discurso que debía pronunciar ante los agentes literarios en el congreso de la mañana siguiente.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó.

De hecho, sí: Nessa me había organizado una cita a ciegas con su compañera de habitación de la universidad, una mujer supuestamente encantadora que vivía en la ciudad pero que se estaba planteando mudarse al centro de Estados Unidos. Tenía la excusa perfecta para decirle que no a Lou, pero en lugar de usarla, me dejé guiar de nuevo por mis impulsos.

—No, nada en concreto —respondí.

—Fantástico, porque hay un asador coreano en el Lower East Side que es maravilloso. —Me recitó la dirección de un tirón—. ¿Te va bien a las siete?

Si íbamos a quedar a las siete, tenía que cancelar la otra cita sí o sí. A Nessa no le haría ninguna gracia.

—Sí, perfecto —confirmé.

«Solo vamos a cenar», me dije. Y te juro que cuando vi a Lou correteando con una sonrisa por la calle Rivington hasta llegar a mi altura, todo parecía completamente normal (aunque por un instante esperé que Rob la acompañara). «Bueno, si quisiera, Rob podría haberla acompañado. Él se lo pierde», pensé con tal aspereza que me sorprendí a mí mismo.

—Hombre, ¿qué tal? —la saludé, y me obligué a dejar de pensar en Rob mientras la abrazaba —. Estás fantástica.

Lou dio un paso atrás y me contempló.

—Tú también, Jim.

Me picaba la nuca por culpa de los pelillos sueltos que se me habían quedado pegados después de ir al barbero. Me toqueteé el cuello de la camisa; de pronto era muy consciente de que estaban allí.

—La verdad es que no demasiado, pero gracias de todos modos.

—Anda ya, sabes de sobra que sí. ¿Qué te parece si nos sentamos al lado de la ventana? —preguntó mientras entrábamos en el restaurante. Todavía no hacía mucho calor, pero pronto llegaría el buen tiempo. Asentí—. Siento mucho lo de la comida —continuó Lou, cuando la camarera nos guio hasta la mesa—. Muchas gracias por haberte adaptado.

—No te preocupes. En realidad, déjame que lo reformule: me alegro de haber podido cambiarlo.

—¿Cómo?

—Una de las cosas que he aprendido como escribano semicorporativo es que cuando usas una oración como «no hay prisa» o «sin problemas», lo único que la gente oye es «prisa» y «problemas».

Lou puso cara de indignación.

—Pobre de ti si usas esa norma cuando escribas la novela.

Me eché a reír; de pronto, estaba tranquilo: Lou tenía ese efecto en mí.

—Pues lo tengo fácil, porque para usarla, debería escribir algo primero.

—¿Ya no escribes?

Me encogí de hombros.

—¡Tal vez lo haces al más puro estilo Hemingway! —continuó, y me señaló el pecho con la carta del menú—. Estás acumulando vivencias enriquecedoras antes de escribir sobre ellas.

—Sí, vivencias enriquecedoras —dije con tono monótono—. Salvo vidas al asegurar donaciones para educar a futuros ejecutivos. Voy a Kroger a comprar comida para sustentarme. Me abro camino a golpe de machete a través de la descuidada jungla del patio trasero de mi casa.

—Anda ya, Jim. No me dirás ahora que no eres feliz, ¿no?

Y ese era el quid de la cuestión: no lo era. En general, estaba bastante satisfecho. Pero a los seres humanos no nos sienta nada bien estancarnos, ¿verdad? No. Nos encanta ponernos trabas en cuanto las cosas empiezan a irnos como la seda. Somos capaces de saltar al vacío solo para conseguir lo más grande, lo más brillante, cuando nos iría igual de bien con una versión más

pequeña y apagada.

—Pues la verdad es que no —reconocí—. Aunque a estas alturas de la vida, estoy bastante seguro de que encontrar sentido a la vida es más importante que encontrar la felicidad.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Tal vez. Pero lo que es más importante: ¿tú cómo estás? ¿Cómo lo llevas?

Hizo una mueca y, por un segundo, me pregunté si se pondría a llorar. Pero, entonces, le hizo un gesto al camarero.

—Pidamos las bebidas antes de hablar del tema.

Así que pedimos la cena, pero en vez de hablar de la separación, Lou me habló de una serie de poemas que estaba escribiendo («un nautilo en verso», así los definió). A mi vez, yo le recité el discurso que había preparado para los agentes que conocería en la conferencia. Lo criticó y, acto seguido, me ayudó a escribirlo de nuevo. Para cuando terminamos de cenar, ya no me sentía deprimido, sino lleno de esperanza, una sensación que puede que sea de las mejores que haya. Al final, mientras el camarero me entregaba la cuenta, decidí que había sido una buena idea ir a cenar.

Lou me dejó pagar la cena con la condición de que ella me invitara a una copa en el bar de la esquina. Acepté e ignoré la vocecilla que me remordía la conciencia y me decía que, sin duda, ir a tomar algo con Lou era una idea mucho peor que ir a cenar. «¿Qué diría Rob si te viera ahora mismo?», pensé. A pesar de todo, estaba siendo una velada encantadora y tranquila, y Lou parecía tan despreocupada ante esa situación que pronto me convencí de que no había ningún problema.

En el bar, Lou comenzó a acribillarme a preguntas: si había visto a Kathryn por Ann Arbor (sí); si la había visto con su bebé (no); si me molestaba (admití que un poco); si tenía planes para mi larga trayectoria profesional (a lo que contesté, entre risas, que no sabía lo que era tener una larga trayectoria profesional); y cuál era mi editorial de ensueño (a lo que respondí, muy serio, que ninguna).

Tomamos champán; no recuerdo por qué, quizá porque a Lou le encantaba y a mí me encantaba hacerla feliz.

—Lou —empecé a decir, mientras contemplaba cómo las burbujas ascendían desde el fondo de la copa alargada—, ¿vamos a hablar del tema?

Su expresión se tornó furibunda antes de espetarme:

—¿De qué tema, Jim? ¿De que he abandonado a Rob?

—¿Quién abandonó a quién? —pregunté, con la franqueza típica de alguien que ha tomado unas copas de más.

Lou alzó el puño.

—Estar con Rob implicaba amor —anunció, levantando el dedo índice—, estabilidad —añadió mientras sacaba otro dedo, y un par más—: afecto y adoración, dos cosas que, por cierto, no son lo mismo que el amor en sí. Como sabes, no se distinguía por estar presente, que digamos —concluyó mientras movía el meñique—. Nunca estaba en casa. ¿Pero ha valido la pena mandar a la porra la relación por eso? —preguntó, al tiempo que hacía un gesto que enfatizaba esas palabras con las manos.

—Bueno, ha sido él quien ha decidido empezar el proceso de divorcio —observé.

—Sí, pero fui yo quien lo dejó. Y cuando lo hice, era plenamente consciente de que podía ser

una separación permanente.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

De nuevo, estábamos sentados al lado de una ventana. Contemplé cómo un grupo de adolescentes con vaqueros holgados pasaban por delante, y a una mujer anciana que empujaba un carro de alambre lleno de ropa limpia. Un niño pequeño tiraba de un hombre de mediana edad y lo guiaba por la calle.

—Tengo la mala costumbre de precipitarme —contestó Lou—, de adelantarme a los acontecimientos, como si así me ahorrara parte del sufrimiento. Creo que por eso apenas llamaba a mi madre.

—Pero ¿de verdad sentías que tu relación con Rob había llegado a su fin?

Esbozó una sonrisa tensa.

—A mí me pareció inevitable. Yo no podía ayudarlo a desengancharse del trabajo, y él no quería convertirme en una prioridad. Así que no quise esperar a ver cuánto estaba dispuesto a hacerme sufrir antes de romper nuestro matrimonio.

La cabeza me flotaba entre burbujas de champán.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—Lo que me dijiste en la fiesta de la presentación de tu libro… ¿Solo me lo dijiste porque creías que Rob te engañaba con otra?

—Es que me estaba engañando con otra. —Se le encendieron las mejillas—. No sé si se habían acostado antes de que nos separáramos, pero a nivel emocional y afectivo, ya tenían una aventura, te lo digo yo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunté, como si no hubiera oído sin querer el modo en que Rob hablaba con Andrea Jones en casa de Wisnewski.

Lou apuró la copa y desvió la mirada.

—Me duele en el alma reconocerlo, pero entré en su correo electrónico. Tenía que saber qué ocurría. Y una noche se dejó el ordenador abierto, casi como si quisiese que yo lo descubriera. No sé si la quiere, pero ella a él sí; eso es evidente. —De pronto, me miró; los ojos le centelleaban—. ¡Si es que encima habíamos coincidido al menos una docena de veces antes de que empezara todo esto y siempre me había parecido una donnadie! ¿Por qué querría Rob estar con una estirada mujer de negocios? Tendría que haber sabido desde el principio que acabaría con alguien que fuera justo lo contrario a mí.

El corazón me aporreaba el pecho. ¿Por qué me contaba todo aquello? ¿Se trataba de una confesión o de una absolución preventiva?

—Yo diría que eso es casi imposible de prever —apunté, al final—. Pero ¿en qué se diferencia de que me dijeses que deseabas haberte casado con alguien como yo?

—Aquello fue distinto —contestó Lou—, porque te adoro por cómo eres, Jim, no por todo lo que no eres. Y me da la impresión de que tú nunca me harías daño.

—No —coincidí, en un tono bajito—. Dudo que pudiera, aunque quisiera.

Ninguno de los dos añadió nada; ni después de pagar la cuenta, ni cuando salimos a la calle, ni tampoco cuando llamé a un taxi y subimos los dos. La adrenalina me recorría las venas mientras cruzábamos el puente de Manhattan y nos adentrábamos en Brooklyn. Tenía que recordarme que debía respirar, pero me quedé sin aliento cuando, a medio trayecto, Lou se

deslizó sobre el asiento para que nuestros brazos y caderas se rozaran. «Nunca le harías daño a ella, pero ¿destrozarías a tu mejor amigo?», pensé, aunque otra parte de mí me rebatió: «Todavía no has hecho nada. Y no tienes por qué hacerlo. Acompáñala hasta su casa y luego, vuelve al hotel. Déjalo».

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —cuestioné finalmente, mientras ella abría la puerta de su piso. Pero en lugar de responderme, me besó; sabía a brillo de labios, a champán y a diez años de anhelo.

Una vez leí que lo único que diferencia a los seres humanos del resto de primates es una menor cantidad de vello corporal y la habilidad de escribir. Los chimpancés, al parecer, tienen una capacidad espeluznante para engañar a un compañero de la misma especie, y cualquier gorila ha luchado alguna vez por su familia. Incluso los monos sienten compasión, aunque no haya una recompensa evidente. Pero cuando se trata del apareamiento, todos somos animales, y los impulsos anulan por completo la región racional del cerebro. De modo que, esa noche, la lógica que debería haberme conducido por el camino de la ética fue reemplazada por el instinto animal (y sí, también por un puñado de excusas tontas y humanas).

Había esperado mucho tiempo, me dije, mientras la melena de Lou me envolvía la cara como un velo y nos ocultaba del resto del mundo. Solo era una noche, y nunca volvería a tener esa oportunidad.

Rob no debía enterarse jamás de los jamases.

Capítulo doce

Me desperté desorientado, sin saber dónde estaba o de quién era el cuerpo que había a mi lado; después de todo, la última persona con la que me había acostado, en el sentido literal de la oración, había sido Kathryn. (Ninguna de las mujeres con las que había salido desde entonces habían estado lo bastante interesadas en mí como para quedarse y descubrir si roncaba).

Entonces, dirigí la vista a mi lado, donde Lou todavía estaba sumida en un sueño profundo y tranquilo, y de pronto, rememoré la noche anterior. Una parte de mí quiso morirse allí mismo. La otra había detenido el pánico que empezaba a atenazarme y, al mismo tiempo, tomaba nota del hecho de que los párpados de Lou no eran ni lavandas ni rosa palo, como me había imaginado, sino de color marfil con un veteado azulado. Mientras la contemplaba, se despertó.

—El amor es una atrocidad —afirmó, con voz ronca.

—Buenos días a ti también.

Se cubrió la cara con las sábanas. Al cabo de un instante, la bajó, me miró y susurró:

—¿Qué hemos hecho, Jim?

—¿Quieres que te haga un resumen?

El terror, la culpa e incluso el horror me invadían, pero, en cierta manera, había albergado la esperanza de que Lou me aseguraría que todo saldría bien.

—Rob no puede enterarse, nunca. ¡Joder! —saltó, casi chillando—. ¡No me puedo creer que acabe de decir eso. A la mierda Rob.

—Estoy de acuerdo en que no debería enterarse, pero ¿te importaría si no hablamos de él durante un rato? —le pedí con un hilo de voz.

Pegó un tirón a las sábanas y volvió a taparse por completo.

—Necesito un poco de tiempo para procesarlo todo.

—¿Esa es tu manera de mandarme a tomar viento? —(Admito que, por muy mal que me sintiera, decir eso, aunque solo fuera hipotéticamente, me rompió el corazón).

Incluso en aquel momento, Lou no pudo evitar ser amable.

—No, no. No lo decía en ese sentido, para nada —me aseguró mientras se incorporaba—. Voy a prepararte un café.

—No tienes por qué hacerlo —dije, pero ella ya se había levantado y caminaba lentamente por el apartamento.

Se había puesto la camiseta blanca y lisa que yo llevaba la noche anterior debajo de la

camisa. Se me hizo un nudo en la garganta. Aunque empezaba a asumir lo que habíamos hecho, ya era mínimamente consciente de que Lou y yo nos habíamos pasado de la raya y que nuestra relación nunca volvería a tener la fluidez que tenía antes de que nos acostáramos.

«La camisa», pensé de sopetón. «La ropa. El congreso… Mierda».

—¿Qué hora es? —pregunté a Lou. Se me había acabado la batería del móvil y no me había traído el cargador.

—Mediodía.

—Dime que es una broma.

—Claro que sí… Son casi las nueve.

—Tengo que irme. Ya llego tarde para recoger la acreditación del congreso, y tendré suerte si llego a tiempo a la primera reunión con uno de los agentes. ¿Es muy difícil encontrar un taxi por esta zona?

—Es casi imposible. Llamaré a uno para que venga a recogerte.

El conductor tocó el claxon antes de que pudiera dar un segundo trago de café. Miré a Lou, que estaba sentada en la encimera con las piernas cruzadas, sosteniendo una taza de café entre las manos.

—Vete —me dijo—. No pasa nada.

Llevé la mano al pomo de la puerta, pero me volví y la observé.

—¿Lou? ¿Qué vamos a hacer?

Aún llevaba mi camiseta, y estaba tan y tan guapa ahí sentada que me entraron ganas de saltarme el congreso, dejar el trabajo y olvidarme del resto de aspectos de mi vida que no estuvieran relacionados con ella.

—¿Puedo contestarte luego? —preguntó, y me ofreció una triste sonrisa.

Solté el pomo y me acerqué a ella corriendo. Le di un beso, luego otro, y un tercero de regalo, y me fui antes de que cambiara de idea. Ya estaba bastante mal de por sí haberlo echado todo a perder, pero aún era peor que estuviera tentado de volver a repetirlo en ese mismo instante.

***

A día de hoy, no recuerdo nada del congreso de escritura, aunque basta decir que no salí de allí con un agente literario, ni con esperanzas renovadas con respeto a mi presunta trayectoria como escritor de ficción. Pero ¿qué más da? Escribir un libro era algo insignificante y ridículo comparado con lo que había sucedido.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Lou, esa misma tarde.

Habíamos quedado en la puerta del hotel donde me hospedaba y deambulamos por las calles hasta llegar a Central Park. Cuando dejamos atrás los aburridos rascacielos y nos adentramos en el parque, fui incapaz de dejar de mirar a mi alrededor, nervioso. Era poco probable que nos encontráramos con Rob, ya que siempre estaba anclado a la silla de su despacho hasta mucho después del atardecer. Sin embargo, ese hecho no contribuyó a sofocar mi paranoia.

Lou tampoco parecía muy tranquila.

—No sé, quizá deberíamos ir a otro sitio —sugirió mientras enfilábamos un camino pavimentado.

—¿Por ejemplo, a un museo? —sugerí.

—A Cayo Hueso. O incluso a Vermont. Podríamos alquilar un coche y fugarnos un par de días.

Te mentiría si te dijera que no me encantó que Lou acabara de admitir que aún no quería terminar las cosas conmigo.

—¿Pero eso no es tomarse al pie de la letra lo de huir de todo lo que ha pasado? —cuestioné.

De nuevo, volví a recordar la noche anterior, que había sido maravillosa; había sido todo lo que siempre había imaginado, de verdad. Excepto la culpabilidad. En realidad, no me había planteado seriamente lo culpable que me sentiría. Sin duda, no había previsto que sería como si cargara con quinientos kilos de tristeza en el corazón.

—Supongo que sí —admitió ella—. Pero fugarnos me parece una idea más aceptable que lidiar con la realidad ahora mismo.

Nos sentamos en un muro bajo de piedra que había en el extremo sur del parque y contemplamos cómo los niños se perseguían unos a otros bajo la luz del atardecer.

—Entonces… Tú también te sientes fatal, ¿no? —pregunté.

—Sí, soy la peor persona del mundo. Bueno… —añadió, y se las arregló para esbozar una sonrisita—… quizá la segunda peor persona del mundo.

—No me digas… Pero ahora en serio, ¿por qué lo hicimos?

Lou frunció los labios.

—Cometimos una estupidez. Una estupidez como una catedral. Pero se podría decir que he sentido algo por ti desde hace mucho tiempo.

La miré de hito en hito.

—¿Lo dices en serio?

—Venga ya, Jim. No pensarás que empecé a sentirme atraída por ti en cuestión de dos horas.

—Supongo que no.

—Y ya sabía que tú también sentías algo por mí.

Noté que las orejas se me encendían. Por supuesto que lo sabía. Sin embargo, la pregunta era: ¿lo sabía Rob? Imposible. O quizá sí, y simplemente confiaba en mí. Ahora el rubor me cubría todo el rostro.

—Hasta anoche, no habría creído que sería capaz de hacer algo con respecto a esos sentimientos ni en un millón de años —prosiguió—. No sé en qué estaba pensando.

—Entonces, ¿lo de ayer fue como cuando te pica algo y te rascas? ¿He sido un lapsus mental?

Lou me acarició el brazo.

—Si ambos estuviéramos solteros y nos acabáramos de conocer, sé que querría estar contigo. —Aquello no respondía exactamente a mi pregunta, pero hizo que me sintiera un poco menos derrotado—. Estuvo genial, ¿verdad? —añadió.

Aún podía evocar la suavidad de sus labios al besarme, el modo en que encajaba con exactitud entre mis brazos. Me sintiera culpable o no, había sido fantástico hacer aquello que llevaba tanto tiempo deseando.

No obstante, estar con ella también tenía cierto aire de familiaridad, y no porque hiciera una década que nos conocíamos. Si tenía que ser sincero, Lou me había recordado a Kathryn. Traté de alejar ese pensamiento. Admitir que había sido un poco como cualquier experiencia anterior

se me antojaba similar a admitir que había sido un error.

—Sí, fue fantástico —contesté a Lou—. Pero ahora que ya hemos abierto la caja de Pandora, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a volver a tu hotel, Jim—respondió.

***

Apenas había cerrado la puerta de la habitación cuando Lou se abalanzó sobre mí. Hicimos lo mismo que la noche anterior: fundimos nuestros labios, le acaricié el pelo y ella me tiró de la camisa para eliminar el espacio inexistente entre nosotros, pero esa vez, los besos sabían más amargos que dulces.

Bailamos una especie de tango atormentado por toda la habitación y terminamos en la cama. En lugar de seguir besándonos, sin embargo, nos tumbamos bocarriba en la cama, uno al lado del otro. Me agarró de la mano, y ese gesto me hizo recordar una noticia que había leído hacía poco en el periódico sobre un anciano que había muerto mientras dormía. Cuando su mujer se despertó y lo encontró, se quedó en el mismo sitio. De acuerdo con el informe, a ella se le paró el corazón al cabo de una hora; su hija los encontró más tarde ese mismo día, cogidos de la mano, con la cabeza vuelta el uno hacia el otro.

Se me hizo un nudo en la garganta y sentí un escozor familiar en los ojos. Pero reprimí las lágrimas, porque de lo contrario me echaría a llorar delante de Lou, y no quería que las cosas acabasen así.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en esa posición; sin duda, un buen rato.

—¿Crees que con esto es suficiente? —pregunté yo, al final.

—Tendrá que serlo —susurró Lou—. Lo que hemos hecho es horrible, pero no se lo podemos contar a Rob. Eso sería todavía más egoísta que habernos acostado. No lo sé. —Suspiró —. Quizá ahora ya nos lo hemos sacado de encima. Tal vez ahora puedas volver a Míchigan y encontrar una compañera de vida y yo pueda… descubrir cómo enfrentarme al mundo como la joven divorciada en la que estoy a punto de convertirme.

—Pero ¿tú crees en eso tener un compañero de vida? —interrogué.

Me parecía que lo que había sucedido la noche anterior había disminuido, si no suprimido por completo, las posibilidades de que encontrara una mujer con la que compartir el resto de mis días. E incluso si daba con ella, ¿sería capaz de reconocerla antes de que fuera demasiado tarde?

—Claro que sí —respondió Lou—. Los cisnes se emparejan de por vida. Y las águilas también.

—Se equivocó la paloma… —canté.

Lou se echó a reír. (¿Existía mejor sonido que ese? Lo dudo mucho).

Sin embargo, el alivio que me ofreció su risa duró poco, porque Rob volvió a ocupar mis pensamientos. Probablemente ya había superado dos tercios de su jornada laboral de doce horas, estresado por los cambios que se producían en el mercado de valores y que a la mayor parte de la población no le importaban, por mucho que luego tuvieran un efecto indirecto en sus cuentas bancarias. Recé para que la economía fuera la mayor de sus preocupaciones durante mucho, mucho tiempo.

—Debería irme —anunció Lou, y se incorporó—. Te voy a echar muchísimo de menos, Jim.

Yo también me incorporé y la miré.

—Ya te echo de menos. Sabes de sobra que estoy enamorado de ti.

En cuanto lo dije, quise tragarme las palabras. Era cierto, pero esa confesión solo añadía más leña al fuego. Al fin y al cabo, ya habíamos aprendido la lección: no hagas por la noche lo que no podrás soportar bajo la brillante luz del día.

Lou se inclinó hacia delante y me estrechó con fuerza.

—Por favor, haz todo lo que puedas para no estarlo, ¿vale? No lo digo solo por ti…

«Sino también por Rob». Ambos sabíamos a lo que se refería.

—Lo intentaré —le prometí. Lou tenía una pequeña cicatriz justo encima de la ceja. La acaricié con un dedo—. Hay tanto que aún no sé sobre ti…

—Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor. Pero antes de irme… ¿Cuál es tu segundo nombre?

Volvieron a escocerme los ojos.

—¿Qué ocurre? ¿Me he pasado? Si no quieres, no tienes por qué decírmelo —se apresuró a añadir.

Pestañeé con fuerza.

—Mi segundo nombre es Javier, como mi padre.

—James Javier Hernández —anunció ella, bajito—. Qué bonito. Pero ¿sabes qué? Creo que prefiero llamarte Jim.

—Yo también lo prefiero —respondí.

Lou me dio un suave beso. Luego, cogió el bolso y salió con sigilo de la habitación. Volví a tumbarme en la cama y me puse a pensar en cómo la raya que separaba el amor de la pérdida era tan fina que casi era imposible distinguirla.

Capítulo trece

Junio – agosto de 2008

—¿Pero es que has perdido la cabeza o qué?

Pascal me miró con los ojos abiertos como platos; casi se le salían de las órbitas. Acto seguido, apuñaló su falafel con el cuchillo, lo levantó y le pegó un mordisco, sin dejar de escrutarme como si me acabara de crecer un cuerno en medio de la frente.

Habían pasado unas cuantas semanas desde que había vuelto de Nueva York, y no tenía noticias de Lou. No sé qué esperaba; después de todo, habíamos decidido que lo nuestro había terminado, casi tan rápido como había empezado. Claro que tampoco esperaba un silencio de ultratumba.

Me moría de ganas de estar con ella de nuevo, y no solo físicamente. Incluso oír su voz, asegurándome que lo que habíamos hecho era tan necesario como inevitable, me habría bastado.

Sin embargo, los correos electrónicos que le había escrito no habían salido de la carpeta de borradores. Muchas veces, con su número en la pantalla del móvil, acaricié la tecla, pero nunca llegué a presionar el botón de «Llamar».

Los remordimientos eran lo que me mantenía a raya. La sombra de Rob me perseguía durante el día, y su fantasma me rondaba por las noches. Aunque pensaba en Lou muy a menudo, pensaba todavía más en Rob; en cómo él, como si fuera una mano invisible, me había guiado hacia uno de los momentos más cruciales de mi vida.

Como en nuestro primer año de instituto, cuando Rob se encaró con uno de los alumnos mayores y cachas que se había burlado de mí; le dijo cuatro cosas y nadie se volvió a mofar de mí, jamás. Del mismo modo, justo antes de empezar el segundo año de la universidad, Rob me birló la contraseña de la universidad, inició sesión en mi cuenta y me cambió la matrícula de Ingeniería por la de Literatura Inglesa. «Alguien tenía que hacerlo», me había dicho, ignorando mis protestas tras informarme, con petulancia, de lo que había hecho. «Tu padre no puede hacer los cálculos por ti. Así que empieza a hacer lo que te gusta antes de que tus notas se vayan a pique y acabes suspendido».

Era mi mejor amigo, y el primero al que consideraba como tal. Y yo lo había traicionado, al más puro estilo Bruto y César en la antigua Roma.

Y como consecuencia, ahora estaba perdiendo la cabeza, y no lentamente. Me olvidé de pagar la factura de la luz. Le di plantón a una famosa catedrática en la entrevista que se suponía

que tenía que hacerle para elaborar una reseña para la página web de la escuela; solo caí en que no me había presentado cuando me llamó para espetarme que volvería a estar disponible hacia mediados de nunca jamás. A veces, hacía ver que me olvidaba de que tenía reuniones porque no era capaz de presentarme y comportarme con normalidad. Siempre que el teléfono sonaba o que alguien llamaba a la puerta del cuchitril que era mi despacho, me sobresaltaba, como si creyera que era Rob. Gozar de un sueño reparador, tener apetito y disfrutar de los pequeños placeres de la vida como darse una ducha o que el sol te bañe la cara… todo aquello se había convertido en recuerdos lejanos.

Hablar de ello con alguien era el único modo de escapar de mi propia cárcel mental. Pero ya no podía hacerlo con Wisnewski; incluso cuando aún vivía, nunca solíamos hablar de temas emocionales como Rob y yo siempre habíamos sido capaces de hacer.

Por razones obvias, hablar con Rob quedaba descartado. Aunque tampoco es que me hubiera llamado o escrito. En los últimos años, había asumido que lo mucho que trabajaba era la causa del distanciamiento cada vez mayor que había entre nosotros; me había acostumbrado a saber de él de higos a brevas, y sobre todo, cuando a él le venía bien. Tras acostarme con Lou, sin embargo, la falta de noticias de Rob ya no me parecía que estuviera relacionada con su trabajo. No, me daba la sensación de que había intuido un cambio en el universo y se escondía del meteorito en llamas que iba directo hacia él.

Desesperado por hablar con alguien de aquello que me causaba tanta angustia, o al menos para deshacerme de parte de mi paranoia, le pedí a Pascal que me acompañara a comer.

—Ya sé que soy un idiota —respondí—. Si Rob llega a enterarse…

Pascal sacudió la cabeza.

—Rob, Rob… ¡A buenas horas te acuerdas de él! ¿Y qué dirá Kathryn?

Bajé la mirada hacia el plato.

—Es verdad, ella y Lou son amigas.

—Sí —contestó, con sequedad—. O al menos, lo eran. Es que a ver… ¡como si no hubiera más mujeres en el mundo!

—Oye, esto que no salga de aquí. Y, sobre todo, no se lo digas a Kathryn… Bueno, a nadie. Nunca.

—¿Y a quién quieres que se lo cuente? —Pascal se recostó en la silla, y me observó, perplejo —. Madre mía, si es que tú solito encarnas la condición humana. Seguro que te has leído un montón de novelas que ilustran lo mala idea que es tener amantes; pero tú tenías que marcarte un Anna Karénina.

—Amantes.

Hasta ese momento, no había usado ese término, y mucho menos para definirnos; me sonaba muy extraño, como si hablara en lengua persa. Y no solo habíamos sido amantes, sino que además ella era la esposa de mi mejor amigo. Era una historia típica de telenovela. Un argumento que no habría usado en mis novelas de ficción. No obstante, ahí estaba yo, viviéndolo de primera mano.

Pascal suspiró con fuerza.

—Tienes que centrarte. ¿O es que quieres acabar como yo?

—Pues por lo que sé, te va bastante bien.

—Bueno… —empezó a decir, con un su característica entonación melódica—. La

experiencia me ha enseñado que, por lo general, las mujeres infravaloran el estar solas, y los hombres lo sobrevaloramos. Ahora me siento solo y el futuro no pinta mejor. Las damas no están muy interesadas en un tipo barrigudo a un paso de la jubilación.

Tomé una cucharada de arroz, pero se me quedó pegado en el paladar, de modo que tuve que ayudarme de un trago de té amargo y tibio para hacerlo bajar.

—¿Y quién dice que yo acabaré solo?

—¿Acaso crees que no tendrás que pagar ningún precio por entregarle tu corazón a alguien que, en realidad, no puede aceptarlo? Pero ¿quién sabe…? —añadió—. Lo maravilloso de la vida es que puede pasar cualquier cosa.

Más tarde, sentado ante el escritorio, contemplaba la pantalla del ordenador mientras recibía una tontería tras otra y se acumulaban en la bandeja de entrada. Total, ¿cuál era el precio de haberle entregado mi corazón a Lou? ¿Acabaría solo, como Pascal me había advertido? Comprobé el contestador, pero la única llamada que había recibido que no era de Pascal, ni de mi hermana, ni de mi padre, era de una mujer llamada Jessica, con la que había salido hacía ya unos cuantos meses. Al parecer, se había quedado sin recursos.

Volví a concentrarme en el trabajo. Se suponía que debía redactar el borrador de un comunicado de prensa en el que se anunciara una colaboración educativa muy importante con una universidad de la India. «Del Taj Majal a la escuela empresarial», había escrito en la cabecera del documento. Sacudí la cabeza, asqueado, y borré el texto. Suerte que ninguno de mis compañeros había llegado a ser testigo de mi increíble estupidez cultural.

¿Qué demonios me ocurría? La luz del sol que entraba a raudales por la ventana me obligaba a entrecerrar los ojos, pero cuando los cerré por completo, ahí estaba Lou, con la cabeza recostada en la almohada, mirándome con ternura. Habría dado cualquier cosa por volver a ese preciso momento.

El rostro de Rob sustituyó al de Lou enseguida. La bilis me subió por la garganta y pensé en cómo mi aventura con Lou (mi amante) lo destrozaría. Aunque nunca llegara a enterarse, ¿cómo sería yo capaz de retomar nuestra amistad? Cada oración que pronunciara antes de confesárselo sería una mentira por omisión.

Tras años decepcionándome a mí mismo, el hecho de sentirme culpable me parecía una obviedad mayúscula. En cuanto me di cuenta de que sentía algo por Lou, debería haber puesto todo mi empeño en alejarme de ella. No deberíamos haber trabado amistad; no deberíamos haber compartido nuestras intimidades como habíamos hecho. Y, sobre todo, nunca, bajo ningún concepto, deberíamos haber ido a cenar los dos solos.

Con horror, me di cuenta de que, a mi manera (como el imbécil que soy), había orquestado todo yo solo. De la misma manera en que desistí de seguir escribiendo los borradores antes de llegar al final, no había sido capaz de prever qué ocurriría más allá del nudo de mi propia historia. ¿Por qué no había pronosticado la ruina a la que llevaría a los otros vértices de este triángulo amoroso?

Mientras me obligaba a abrir los ojos, se me ocurrió que lo que realmente debía desear no era volver a ese momento con Lou, sino que todo aquello nunca hubiera sucedido. Porque no estaba seguro de que mereciera la pena pasar una larga temporada en el purgatorio por un instante en el paraíso.

***

Cuanto más tiempo pasaba sin saber nada de Lou, más creía que, sin duda, se arrepentía de todo y no quería volver a hablar conmigo. Ya sabía que no íbamos a estar juntos, pero ¿no podíamos seguir siendo amigos, al menos? ¿O había perdido a dos de las personas más importantes de mi vida de golpe?

Como consecuencia, me recluí el doble.

—¿Por qué no te tomas unos días libres? —me propuso Craig, quien había advertido que estaba al borde de un ataque de nervios—. Ve a la montaña o a la playa, lo que necesites. Podemos prescindir de ti durante una semana.

Se lo agradecí y reanudé mi trabajo de inmediato. En otro momento de mi vida habría aprovechado esa oportunidad para ponerme a escribir. Pero por aquel entonces, apenas era capaz de redactar un correo electrónico, y las tardes y los fines de semana se me antojaban eternos. Pasé de tomarme una copa antes de acostarme a tomarme dos, y algunas noches, hasta tres. Me ayudaba a dormir, aunque solo fuera para despertarme al cabo de pocas horas. Y por las mañanas, la necesaria taza de café se convirtió en toda la cafetera. Siempre estaba nervioso y cansado. En aquella época, pasarme una semana sin que el supervisor me mandara hacer algo con fecha límite no eran unas vacaciones. Era una condena.

***

Una noche de julio, me senté en la terraza a contemplar el rutilante cielo y a meditar sobre la situación en que me encontraba: no en lo que respectaba a Lou y Rob, para variar, sino en un sentido más general.

La mayoría de la gente que conocía y que tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, tenía una buena vida: relaciones serias, hijos y/o profesiones que realmente les importaban. En cambio, yo, a punto de cumplir los treinta y seis, no tenía nada de eso. Si bien era cierto que me iba bien en el trabajo, no se parecía en nada a la carrera profesional de mis sueños. Y sí, hasta entonces no había querido tener hijos, pero ya no estaba tan seguro de eso. De nuevo, me acordé de Wisnewski. ¿Qué defecto fatídico tenía que me impedía adoptar su enfoque vital?

Estaba torturándome hasta ese punto cuando sonó el teléfono. Seguro que era Victoria: había intuido que algo no iba bien y me llamaba cada pocos días para preguntarme cómo estaba. Suspiré, me levanté y crucé el umbral de la puerta corredera. Sin embargo, cuando miré el identificador de llamadas, vi que no era mi hermana. Era Lou. Por fin se había puesto en contacto conmigo. ¿Era buena señal? ¿Era mala? ¿Acaso importaba?

—¡Hola, Lou! —la saludé; demasiado alegre, sin duda—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Pues… Mmm… Me alegro de tener noticias tuyas.

Casi esperaba que ella me respondiera: «¡Sí, yo también me alegro de saber de ti!». En lugar de eso, dijo:

—Siento no haberte dicho nada hasta ahora; necesitaba algo de tiempo para pensar. Me siento fatal, Jim.

—Por lo que hicimos.

—Sí.

—Ya, yo también —admití.

—Me gustaría verte —añadió ella, e inmediatamente interpreté sus palabras como: «Estar juntos todavía me parece una idea horrible, pero me gustaría pasar al menos una noche, o siete más, contigo». «Sí, podría arreglármelas para pasar una semana juntos», pensé, como si no hubiera pasado semanas ahogándome en un mar de remordimientos. «Con pasar un solo día me vale».

—Perfecto. Pero ¿cuándo?

—Había pensado que podría tomar un vuelo a Detroit mañana. ¿Te iría bien?

Estaba tan entusiasmado ante ese giro de los acontecimientos que no se me ocurrió sospechar a qué venían tantas prisas.

—Sí, claro, ningún problema. —Estábamos a unos treinta grados, incluso a las nueve de la noche, y me corrían gotas de sudor por la sien. Me las sequé con la manga de la camiseta—. ¿Quieres quedarte en mi casa?

Dudó.

—Si te va bien…

—Por supuesto.

—Estoy mirando un vuelo que llega a las once de la mañana. ¿Te parece bien si cojo este?

No le pregunté cuánto tiempo iba a quedarse. Dirigí la mirada hacia las puertas acristaladas, que estaban llenas de marcas de dedos, todas mías. A mis espaldas, los platos se amontonaban en el fregadero, como si fueran placas de Petri. Tenía que ponerme a limpiar enseguida. Respondí:

—Perfecto.

—Muchas gracias, Jim. Nos irá bien… hablar del tema.

«Sí», pensé, aliviado. Me iría bien desahogarme con la única persona que, de hecho, podía hacerse una idea del infierno que estaba viviendo, ya que ella se encontraba en la misma situación.

—Tengo ganas de verte.

—Sí, yo también —contestó, con un tono más alegre esa vez—. Hasta mañana.

***

Lou esbozó una sonrisa cuando me vio aparcar el coche delante de la terminal de llegadas del aeropuerto.

—¿Has tenido un buen vuelo? —le pregunté mientras me abrazaba. Olía a un nuevo perfume; o quizá había cambiado de champú.

—Sí —contestó. Arrastraba una pequeña maleta; se la cogí.

—¿Vas a quedarte muchos días? —interrogué.

—Quizá sí —contestó, y se colgó al hombro el enorme bolso que llevaba. Hice un gesto para indicarle que también podía llevar eso, pero negó con la cabeza y se subió al coche, en el asiento del copiloto.

Le eché un vistazo a Lou mientras me metía en el coche. Advertí que había empezado a encanecer. No es que eso le restara belleza; cuando alguien significa tanto para ti como me ocurría con Lou, que su apariencia cambie no te importa demasiado, porque tienes a esa persona grabada en la mente de tal manera que siempre te hará sentir afecto y atracción.

Aun así, estaba un poco nervioso, tanto por el aspecto de Lou como por lo callada que estaba. Por tanto, empecé a parlotear de las memorias de Neruda, *Confieso que he vivido,* el libro que acababa de leer. Me estaba incorporando a la autopista cuando ella me interrumpió:

—Jim.

—Dime —contesté, con la cabeza todavía en Chile.

—Estoy embarazada.

Reaccioné por instinto: pisé el freno, pegué un volantazo a la derecha y la miré, incrédulo. El conductor que iba detrás se ensañó con el claxon.

—Por favor, no nos mates —sugirió con calma, y me posó una mano en el hombro.

—Madre mía. Madre mía —repetí, porque, básicamente, era lo único que era capaz de decir —. ¿Es…?

—Sí, es tuyo.

—¿Estás segura?

—Por el amor de Dios, Jim. Claro que estoy segura.

—Madre mía. —Sentí cómo se me cerraba la garganta; las manos me temblaban tanto que apenas podía agarrar el volante—. Pero ¿cómo puede ser? Creía que estabas tomando…

—Sí, estaba tomando las anticonceptivas. Por desgracia, parece que la eficacia de las pastillas disminuye si tomas antibióticos, y justo estaba terminando un tratamiento cuando nos acostamos. —Me examinó—. ¿Estás seguro de que estás en condiciones de seguir conduciendo?

—Sí —grazné—. Pero quizá sería mejor que la próxima vez que tengas un bombazo, no me lo dijeras en el coche, ¿vale?

Lou me apretó el hombro con suavidad.

—Lo siento mucho, de verdad. Es que no podía posponerlo más.

—Entonces, ¿de cuánto estás? ¿Dos, tres meses?

—De nueve semanas.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace tres o cuatro semanas.

—¿Que qué? —grité—. ¡No me extraña que no pudieras posponerlo más! ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Bueno, primero tenía que ir al médico para asegurarme y saber de cuánto estaba. —Me retiró la mano del hombro y, bajito, añadió—: Lo siento muchísimo. Desde que estuviste en Nueva York, no he estado demasiado bien que digamos, y esto… No me lo esperaba. Era como si esperase a que desapareciera solo. Rob acabará destrozado.

Sin duda. Lou se había negado a tener hijos con él. Yo me había negado a tenerlos con Kathryn. Pero en una sola noche, nos habíamos atado de por vida y, al hacerlo, habíamos cortado todos los lazos con otras personas. Sentía náuseas. Había dañado mi amistad con Rob de un modo irreparable, aunque él todavía lo ignorara por completo.

—¿Le has contado lo que hicimos? —pregunté.

Sacudió la cabeza con energía.

—Hemos hablado un poco, pero solo sobre el divorcio. Por eso estoy aquí, en parte. Quería decírtelo en persona, y esperaba que pudiéramos tomar una decisión juntos. Tanto sobre el bebé como sobre qué hacer con respecto a Rob.

No tenía ni idea de si estaba preparado para ser padre. ¿Acaso alguien lo llega a estar, en realidad? Pero ¿sería capaz de negar una vida que ya existía, cuando una mitad de esa vida era de Lou?

—¿Te lo vas a quedar? —*Quedar,* como si fuera un objeto. Me corregí—: Digo, ¿vas a tener al bebé?

—No lo sé —respondió—. ¿Sabes? La mayor parte de mis amigas ya han pasado por un embarazo. Algunas querían, por supuesto, pero para la mayoría simplemente ocurrió. Rob y yo… Hemos tenido algún que otro susto, pero nunca me quedé embarazada. Nunca. Así que no sé, Jim. Me siento tan mal por Rob que me entran ganas de vomitar cada dos por tres, y te aseguro que no tiene nada que ver con las náuseas típicas del embarazo. Pero también me pregunto si esto no estaba predestinado. Si no lo estaba, ¿por qué me he quedado embarazada justo ahora? Tiene que haber alguna razón, ¿no?

Yo no había llegado tan lejos como para pensar en motivos ocultos; todavía le daba vueltas a la parte de «vamos a tener un bebé». Sin embargo, asentí, porque lo que había dicho tenía algo de sentido.

—¿Y sabes qué? —continuó Lou—. Mi madre me decía que estuvo a punto de deshacerse de mí cuando estaba embarazada. Me lo decía así, tal cual, ¿te lo puedes creer? Y no sé, aunque parezca una locura, yo no quiero abortar. Pero esto nos concierne a los dos. ¿Tú qué opinas?

Fuera, los coches pasaban zumbando por nuestro lado y nosotros por el suyo. Moteles de mala muerte y edificios de oficinas se difuminaban en los márgenes de la carretera.

—Creo que lo mejor sería seguir adelante. Que no le pongas fin al embarazo.

—De acuerdo —contestó ella—. Pues eso es lo que vamos a hacer.

***

A la hora de cenar, llamé a la puerta de la habitación de invitados, donde Lou se había ido a echar una siesta.

—¿Tienes hambre? —le pregunté—. He preparado pasta con espinacas y pollo.

Asomó la cabeza por la puerta y yo hice ver que no me daba cuenta de que tenía los ojos inyectados de sangre.

—No, la verdad es que todo me sabe a cartón. Pero te haré compañía.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro. Empezaba a rallarme un poco de parmesano sobre el plato de pasta cuando ella dijo:

—Esto no está bien.

Se me encogió el estómago, pero entonces se levantó, rodeó la mesa y se sentó a mi lado.

—Mucho mejor. ¿En qué piensas?

Dejé el trozo de queso en la mesa y clavé los ojos en Lou.

—Que estoy muerto de miedo.

Ella recostó la cabeza en mi hombro.

—Sí, yo también. Pero vamos a pensar en positivo: hemos creado un ser humano.

—Eso es verdad.

Sin embargo, yo no pensaba en el milagro de la vida. Más bien me había concentrado en la hecatombe a la que nos habíamos abocado y en cómo mi avaricia y mi deseo habían

desencadenado todo aquello. ¿Por qué demonios no había podido ir solo al hotel?

«Pero no fui el único que la cagó», pensé mientras observaba la barriga de Lou, que todavía no mostraba ningún indicio de albergar una diminuta vida. Rob también la había cagado: con su estúpida aventura y su tozudez por divorciarse sin pensárselo dos veces. Si hubiese aceptado acudir a terapia o hubiera querido reconciliarse, ¿habría querido Lou acostarse conmigo? Por mucho que detestara admitirlo, me parecía bastante improbable.

Sí, también le echaba la culpa a Rob. Lo necesitaba.

Capítulo catorce

Septiembre de 2008

—¿Jim? ¿Estás bien? —preguntó Lou.

Estaba sentada en el borde de la camilla, con las manos metidas debajo de los muslos mientras esperábamos a que llegara la técnica para realizar la ecografía. Al tiempo que se preparaba, yo comencé a divagar. En concreto, recordé una tarde con Rob, cuando éramos unos críos.

—¿Cómo es tener una hermana? —me preguntó Rob. Estábamos en el garaje de su casa, jugando a Donkey Kong, y nos estábamos comiendo una *pizza* entre los dos.

Me encogí de hombros.

—Pues te lo puedes imaginar: un fastidio.

—Pero al menos tienes a alguien con quien hablar —comentó él—. Y alguien que te haga compañía, a parte de tus padres, cuando os vais de vacaciones o salís a cenar, por ejemplo.

La única vez que había ido de vacaciones había sido con Rob, y si mi familia salía a cenar, como mucho íbamos a un Taco Bell (que no era el mejor lugar para entablar una conversación). No obstante, no iba a mencionarlo, por mucho que Rob ya lo supiera.

—No, tienes a alguien que siempre te mete en problemas —repliqué, mientras decidía si debía hacer que Mario subiera por la escalera. En cuanto me dispuse a mandarlo hacia arriba, un barril cayó y se acabó mi turno. Tiré el mando de la consola a un lado, en el sofá—. Vic me pega, pero si yo me atrevo aunque sea a mirarla, empieza a berrear como si le fuera la vida y, entonces, mi padre me grita a mí. Tienes suerte.

—Lo dudo mucho —respondió Rob, que había empezado el turno y miraba fijamente la pantalla iluminada mientras pulsaba los botones del mando—. Si tienes una hermana o un hermano, nunca te sientes solo; eso lo sabe todo el mundo. Yo no quiero tener hijos hasta que sea viejo, pero cuando lo haga, voy a tener un montón. Quiero tener mellizos como tres veces, tío. Tendré tantos que me podrás tomar uno prestado y ni me enteraría.

«Al final, Rob tendrá razón y todo», pensé mientras observaba a Lou. Tal vez él y Andrea se enamorarían profundamente y tendrían un montón de hijos, como él había predicho hacía tantos años. Puede que incluso esperaran el primero en ese preciso instante, y eso haría que el hecho de que Lou iba a tener un bebé conmigo fuera menos doloroso.

No obstante, nada de aquello me tranquilizaba; ni por asomo.

—Sí, creo que sí —contesté—. Bueno, más o menos. ¿Y tú?

—Pues… Estoy nerviosa, claro. Y… ahora mismo no sé qué debería esperar.

Antes de poder contestarle, la técnica llamó a la puerta y entró.

—¿Lista? —preguntó con alegría. Acto seguido, le pidió a Lou que se tumbara, le subió la bata y le bajó la falda. Cuando la barriga de Lou estuvo completamente expuesta, le echó gel por encima y comenzó a presionarle el transductor por debajo del ombligo.

Contuve la respiración, esperando ver a una personita o quizá oír los latidos de un corazón. Sin embargo, la pantalla estaba a oscuras y en silencio.

—Mmm… —murmuró la técnica.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Un momento —respondió ella, alegre.

El miedo que reflejaban los ojos de Lou me indicó que ya había descubierto qué debía esperar. Le ofrecí la mano y me la agarró con fuerza.

—Pruebe a ladearse un poco —indicó la técnica, mientras colocaba una pequeña toalla debajo de la cadera de Lou. Empezó a mover el transductor de nuevo.

Durante el minuto más largo de la historia, seguimos sin ver nada. Entonces, una imagen rápida apareció en la pantalla.

—¡Es el latido del corazón del bebé! —anunció la técnica—. Exactamente lo que queríamos ver. Esto de aquí es la cabecita, esto la columna vertebral…

Sin duda, ahí estabas: un pequeño esqueleto que se contoneaba y parecía que nos saludaba. «Vamos a tener un bebé», pensé, maravillado. Si bien era cierto que entendía aquello como quien entiende que la Tierra está en constante rotación sin notar el movimiento, por primera vez, todo tenía sentido.

—Ahora mismo, el bebé está bien —aseguró la técnica—. Papá y mamá, tendrán un bebé fuerte y sano.

Cuando dirigí la mirada hacia Lou, me la encontré llorando. Me estrechó la mano de nuevo.

—Es perfecta, Jim.

—¿Perfecta? —le pregunté a Lou más tarde, mientras observaba las ecografías que la técnica nos había dado. Aún era demasiado pronto para conocer el sexo del bebé, pero quizá me había perdido alguna pista esencial—. ¿Cómo sabes que es una niña?

Lou bajó la vista hacia su barriga.

—No lo sé, pero tengo la sensación de que lo es.

Me vino a la cabeza lo que me dijo Rob sobre Lou, quien tenía miedo de ser una mala madre, como la suya.

—¿Estás bien ante la perspectiva de ser madre?

Lou se bajó la blusa.

—Eso creo. Y tengo al menos cinco meses para terminar de hacerme a la idea. Pero sí, me hace mucha ilusión. Me muero de ganas por conocer a nuestra pequeña.

Sin embargo, mientras volvíamos a casa, Lou contemplaba el paisaje, aturdida.

—Es todo tan extraño… —observó, en un momento dado—. No me puedo creer que ahora mismo esté en Míchigan y que vayamos a tener un bebé.

Lo que no dijo (aunque yo lo oí de todos modos) fue que lo realmente extraño y desgarrador

era que no estaba iniciando esa aventura que le cambiaría la vida con el hombre al que amaba, sino conmigo.

Capítulo quince

Septiembre de 2008

Rob me llamó alrededor de una semana después de la ecografía de Lou. Era un lunes, creo, o tal vez martes; iba correteando de un lado a otro de la cocina, preparándome el bocadillo que me llevaría para almorzar.

Cuando vi su nombre parpadeando en la pantalla del teléfono, quise lamer el cuchillo que acababa de usar, lleno de mantequilla de cacahuete, y, en el mismo instante, desarrollar una alergia mortal a los frutos secos. Justo después, deseé ensartarme a mí mismo con dicho cuchillo, por si acaso alguien me inyectaba epinefrina demasiado pronto. «Preferiría una muerte lenta por ingesta de cianuro a hablar con él», pensé. Hacía cerca de dos meses que no hablábamos, algo que me había ido de perlas para los remordimientos que tenía. Me había dicho a mí mismo que lo llamaría, en cuanto supiera qué demonios decirle.

Lou estaba sentada en la mesa con una taza de té, y leía el periódico. Llevábamos viviendo juntos más de seis semanas y, aunque me había costado aceptar ese acuerdo platónico (la culpabilidad no había conseguido aplacar el deseo por completo), había aceptado que, de momento, éramos esencialmente compañeros de piso que colaboraban en un importante experimento científico.

—Es Rob —anuncié.

Lou alzó la vista del papel con una expresión aterrorizada.

—Mierda. ¿Qué vas a hacer?

Hice una mueca.

—Pues responder, supongo. No puedo evitarlo toda la vida, ¿no?

—No lo sé, Jim. Ve con cuidado.

El corazón me aporreaba el pecho mientras me dirigía hacia la sala de estar.

—Hombre, tío. Cuánto tiempo. ¿Cómo va todo? —Mi voz sonaba débil y aguda, pero Rob no se dio cuenta.

—Fatal, colega. Tenemos problemas —respondió—. Un montón.

Tragué saliva.

—¿Con quién? ¿Con Lou?

—¿Lou? —contestó él, como si no supiera de quién le hablaba—. Ojalá.

—Entonces, ¿qué problemas tienes? ¿Estás de vuelta en Nueva York? —La última vez que

me había escrito un correo electrónico, me contó que iba y venía de Londres a Nueva York, como si su vida fuera un partido de tenis.

—Sí, ahora estoy en casa, en mi apartamento. La empresa… —Suspiró con fuerza—. Se va a pique. Bueno, ya se ha ido a pique. Se acabó. Estoy jodido, James.

—¿Co… Cómo? —Me costaba entender lo que trataba de explicarme—. ¿Qué quieres decir con eso?

—La empresa se ha declarado en bancarrota. Saldrá en todas las noticias del mediodía. El funcionamiento de la empresa es un castillo de naipes y el FBI lo ha descubierto.

Había oído hablar a mis compañeros de trabajo de la empresa en la que trabajaba Rob: se ve que hacía poco que habían cerrado una división entera que se dedicaba a otorgar préstamos hipotecarios de alto riesgo y habían despedido a más de un millar de personas. Pero había estado tan preocupado por el embarazo de Lou que no me había enterado de las falsas inversiones que auguraban la bancarrota de la empresa y la caída del mercado financiero. Al desear que la economía fuera la mayor preocupación de Rob, el tiro me había salido por la culata. Cada cosa que me contaba Rob era peor que la anterior.

—Entonces, ¿te has quedado sin trabajo? —pregunté una vez hubo terminado.

—Mmm… ¿Tú qué crees? ¡Pues claro! Hay otro banco que está en negociaciones para comprar algunas divisiones de la empresa y se quedarán con parte de los trabajadores. —Hizo una pausa—. Pero no será mi caso.

Lo dijo de un modo que me hizo intuir que tendría que sonsacarle el resto.

—¿Y…? —añadí.

—Básicamente, soy el número cinco en la dirección de la división donde ha explotado la mayor parte de la mierda. Lo que significa que no voy a encontrar otro trabajo. Y eso si tengo suerte y no… Joder, es que no puedo ni decirlo.

—Un momento, un momento —dije—. La tal Andrea esa… Es tu supervisora.

—Era —me corrigió.

—Eso significa que ella era la número cuatro en la división, ¿no?

—En realidad, era la número tres.

Dejé escapar un silbido bajito.

—Sí, no pinta nada bien. Puede que presenten cargos y que Andie tenga que ir a juicio. O peor. Nadie sabe muy bien qué pasará, ahora mismo.

—¿Está contigo ahora?

—No, está de camino a casa.

Me pregunté si con «casa» se refería al apartamento de Rob. En cierto modo, tenía la esperanza de que así fuera.

—¿Sabías que todo esto iba a ocurrir? Lo del banco, digo. Uf, no debería preguntarte esto, ¿no?

—Creo que no —admitió—. Es que… No sé qué hacer, James.

Rob no me había pedido consejo desde hacía mucho tiempo. Me habría sentido halagado si no hubiese estado tan ocupado pensando en que yo no solo era la escoria de la sociedad, sino que era la mugre que se enganchaba al chicle pegado en la suela del asqueroso zapato de dicha sociedad.

—Tienes ahorros, ¿verdad? —dije.

—Ajá.

—Muchos, si no recuerdo mal.

—Bueno, sí.

—¿El gobierno te va a embargar la cuenta?

—No lo sé. Lo dudo, porque no la tengo en un paraíso fiscal ni nada, y pago todos los impuestos.

—Al menos puedes contar con eso. Bueno… Ay, no sé, tío. Lo siento muchísimo. —«Y siento todavía más que tu mujer (porque aún no es ex) esté sentada al otro lado de esta pared y, ah, claro, que esté embarazada de mí».

—Sí, yo también. Estoy en un pozo, con el agua hasta el cuello.

No me preguntó cómo estaba, y tampoco le ofrecí esa información. Si tengo que ser sincero, quería colgar tan pronto como pudiera, antes de darle alguna pista y de que se enterara de que había colocado una trampilla en el fondo del pozo que acababa de mencionar.

Oí un clic.

—Tengo a Andie en la otra línea —me comunicó—. Tengo que colgar.

—Mantenme informando, ¿vale?

—Sí —contestó—. Una cosa, James.

—Dime.

—Muchas gracias —dijo.

—No tienes que dármelas —respondí. «En serio, no me las des».

Me quedé ahí parado durante unos minutos, con el teléfono en la mano, reflexionando sobre lo mala persona que era. Acto seguido, me dirigí hacia el ordenador y abrí la portada del *New York Times*. Confirmaba todo lo que había dicho Rob y añadía información aún peor. El *Washington Post* y Reuters decían más de lo mismo.

Aunque Rob no hubiese estado implicado directamente (y eso me parecía poco probable), ¿por qué se había quedado en la empresa? Seguro que ya lo sabía cuando estuvo en Londres en mayo para «evitar que se hundiera el *Titanic*», como había dicho él. Podría haber dimitido entonces. A ver, ¡si hasta me había enseñado a resolver ecuaciones de segundo grado cuando nuestro profesor de Álgebra no fue capaz! Años más tarde, me aconsejó que dejara Estadística cuando vio que me costaba solucionar incluso el problema más sencillo.

«James, déjalo», me dijo. «De todos modos, no lo necesitarás, a no ser que vayas a ser ingeniero, cosa que no serás. Eres escritor, así que dedícate a escribir».

Había ido ascendiendo en la empresa mucho más rápido que cualquiera de sus compañeros. ¿Cómo podía ser que el tío más listo e inteligente que conocía se hubiera visto envuelto en una red tan intrincada?

«Claro que estamos hablando del mismo tío que confió en mí y mira…», pensé mientras apagaba el ordenador.

***

La semana se me hizo eterna. No podía dejar de pensar en lo que Rob me había dicho y en cómo se le iban a complicar las cosas todavía más en un futuro próximo. Como mínimo, pasaría algo de tiempo entre ahora y ese momento, me dije.

Por fin llegó el sábado, y Lou tenía antojo de rosquillas de sidra de manzana. Así pues, planeamos una visita a un manzanar que había justo a las afueras del pueblo. Estábamos a punto de arrancar el coche para salir del camino de entrada cuando otro aparcó delante de casa. Era un sedán, del mismo color y modelo que el coche de la madre de Rob.

No era casualidad: era el coche de la madre de Rob. Y era Rob quien lo conducía.

—Ay, madre —dije.

Cuando era pequeño, mi madre me pilló robando un paquete de chicles de los estantes que hay cerca de las cajas del supermercado. No me obligó a devolverlos ni tampoco a confesar lo que había hecho. Se limitó a echarme una mirada que hizo que me embargara el pánico de camino a casa, mientras me comía la cabeza pensando sobre lo que esperaba mi madre y qué me ocurriría. Cada segundo que pasaba era más devastador que el anterior y, cuando al fin llegamos a casa, vomité sobre el césped. Lo que sentía en este instante se parecía mucho a lo que sentí entonces. Pero esta vez, era mucho peor.

Lou se echó a reír.

—¿Por qué demonios te ríes? —espeté—. No tiene ninguna gracia.

—Eso es evidente —farfulló, todavía entre risas—. Pero es que no puedo evitarlo. Tengo miedo y, a veces, reacciono así cuando estoy nerviosa.

Nunca había estado tan enfadado con Lou como en ese momento, pero su risa era la menor de mis preocupaciones. ¿Qué íbamos a hacer? Me planteé seriamente huir, pero sería demasiado sospechoso.

Pensé que tal vez la visita de Rob era fortuita. Quizá era una señal del universo de que había llegado el momento de afrontar la verdad. Respiré hondo y salí del coche.

—¡Holitas! —lo saludé, y soné tremendamente infantil, teniendo en cuenta que era un hombre cerca de la cuarentena—. No me has avisado de que vendrías aquí.

Rob arrastraba los pies e iba encorvado: era la viva imagen de alguien que había sufrido una derrota que había acabado con su carrera, que era precisamente lo que le había ocurrido.

—Espero que no te importe que no te avisara. Es que, bueno, he apagado el teléfono, porque los periodistas no paraban de llamarme. —Dirigió la mirada hacia mi coche—. ¿Esa no es… Lou?

Lou acababa de salir del coche.

—Hola —dijo con frialdad; del modo en que saludarías a un conocido de cuya compañía no disfrutas especialmente. Sin embargo, sus ojos decían otra cosa: era evidente que le dolía verlo —. Estoy viviendo con Jim una temporada. Necesitaba irme de la ciudad.

—¿Que qué? —Rob no se había afeitado en días, y seguramente tampoco se había duchado últimamente. Para ser sincero, tenía lo ojos desorbitados y parecía un poco inestable—. Pero ¿qué cojo…? —Observó a Lou y, luego, a mí de nuevo—. Por favor, ¿puede contarme alguien qué pasa aquí?

Ni Lou ni yo respondimos. En realidad, no me atrevía a abrir la boca por miedo a que el desayuno que acababa de tomar terminara salpicando todo el césped, como ocurrió el día que mi madre me pilló robando el paquete de chicles.

—Es una broma, ¿no? —añadió, y soltó una ristra de palabrotas—. Como si las cosas no fueran ya lo bastante mal de por sí. Por favor —masculló, y clavó sus ojos de loco en mí—, por el amor de Dios, decidme que no es lo que parece.

Sin embargo, era incapaz de que mi cabeza y mi boca colaboraran.

—Es que como tú… Mmm… Bueno, nosotros… —farfullé.

Lou avanzó y forzó una sonrisa.

—No sé en qué estás pensando, pero sea lo que sea: no, no es eso —aseguró.

—Lou —pronuncié su nombre con demasiada dureza, y ella me fulminó con la mirada, furiosa y herida. Abrí los ojos de par en par, dándole a entender que ya no había modo de echarse atrás a estas alturas. Huir del fuego no evita que te quemes.

—Confía en mí, Jim —me pidió Lou, en voz baja.

Evidentemente, ella tenía razón, pero ya era demasiado tarde: el rostro de Rob estaba contraído de dolor. Había sido consciente durante todo ese tiempo de que Lou y yo le habíamos hecho algo espantoso, pero hasta ese preciso instante no fui capaz de darme cuenta de la atrocidad que habíamos cometido. Tuve el instinto (y es horrible, lo sé) de hacer alguna salvajada, como subirme a un árbol y tirarme, de manera que terminara con el fémur sobresaliendo del centro del muslo. Cualquier cosa que hiciera que su dolor pareciera menos terrible, o, como mínimo, ofrecerle a Rob otra cosa en la que pensar. A día de hoy, todavía no recuerdo ningún momento en el que me sintiera más desgraciado que el instante en que Rob se cubrió la cara con las manos.

—Esto se ha acabado ahora mismo —dijo.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero antes de poder preguntarle, Lou susurró:

—Pero tú con Andrea no has acabado, ¿a que no?

—¡He acabado con vosotros! —gritó Rob.

—Venga, Rob. ¿Por qué no lo hablamos? —le propuse.

Me miró con asco.

—¿Hablar? No tengo nada de qué hablar contigo. —Se volvió hacia el coche de su madre y musitó, sin dirigirse a nadie en concreto—: Tengo que irme de aquí.

—¿Adónde vas? —interrogué.

—¡A tirarme de un puente! —vociferó.

No lo decía en serio. ¿Verdad? Ay, madre. Eché a correr hacia él.

—¡Rob! —chillé, pero ya se había metido en el coche. Aceleró; salió a toda velocidad y dio un frenazo ante la señal de *stop* que había al final de la calle.

De pronto, Lou estaba a mi lado. Extendió su mano delante de mí.

—Las llaves.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, pero tengo que ir a buscarlo.

—No, tengo que hacerlo yo.

—Sí, sí tengo que hacerlo. Dame las llaves, por favor —repitió—. Todavía es mi marido, Jim. —Dudé y Lou me lanzó una mirada feroz—. Hazme caso por una vez. Conozco a Rob. No podrá pasar por esto solo.

Sus palabras me llevaron a pensar que, al contrario que yo, con mis ideas inintencionadas sobre autolesionarme, Rob podía estar tentado de hacerse daño de verdad. Tal vez por eso le tendí las llaves. Me las arrebató y se metió en el coche sin despedirse siquiera.

Mientras estaba allí de pie, en medio del camino de entrada, y observaba cómo Lou se

alejaba en el coche, me sentí muy solo, como nunca me he sentido en toda mi vida.

***

Lou me llamó justo antes de la hora de cenar. En ese momento estaba en la cocina, contemplando la pechuga de pollo que acababa de preparar, sin ánimos para comérmela.

—¿Está bien Rob? —le pregunté. Soné un poco histérico porque, bueno, lo estaba. Me había pasado el día caminando de un lado al otro por toda la casa, asfixiándome por la ansiedad que sentía—. ¿Y tú, estás bien?

—Sí —respondió ella, bajito.

—Gracias a Dios —solté. Alejé el plato que tenía delante—. He estado llamándote. ¿Por qué has esperado tanto en decirme cómo iba la cosa?

—Porque estaba ayudándolo.

—¿Le has contado… lo del bebé?

—Sí.

Tuve que obligarme a respirar.

—¿Y…?

—No parecía muy sorprendido. Ha sido como si ya lo supiera.

—Entonces, ¿se lo ha tomado bien?

Lou soltó una risotada amarga.

—Bueno, yo no diría tanto. Podría decirse que se lo ha tomado fatal. Pero creo que todo irá bien.

Si Rob solo tuviera que lidiar con la catástrofe que se cernía sobre él en el plano profesional, me habría sentido inclinado a creerme a Lou. Pero acababa de destruir también su vida personal.

—¿Cómo lo sabes?

—Irá bien —respondió.

Abrí el cubo de la basura y tiré la pechuga de pollo; no tenía sentido seguir mirando el plato si no iba a comer.

—Bueno, y ¿qué le has dicho? ¿Cómo has conseguido calmarlo?

—Cuando te has pasado una tercera parte de tu vida con otra persona, sueles saber cuál es la mejor manera de tratarla, sea la situación que sea.

Yo había pasado más de la mitad de mi vida con Rob y no había conseguido formular ni una sola palabra para tranquilizarlo.

—Claro —dije.

—Tengo que volver a Nueva York, Jim —susurró Lou.

Cerré el cubo de la basura de golpe.

—¿A qué te refieres con que «tienes que volver» a Nueva York? ¿Y qué pasa con el bebé?

—Tranquilo, seguirás formando parte de su vida. Pero ahora necesito algo de tiempo para pensar qué es lo mejor para nosotros. Y para mí.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, este pasado mes ha sido como estar de vacaciones. Ha sido incluso como si me hubiese fugado —explicó—. Los dos nos hemos negado a aceptar la realidad de lo que le hemos

hecho a Rob. No deberíamos estar juntos.

—Es que no estamos juntos —observé con brusquedad.

Lou ignoró el comentario.

—Voy a volver a Brooklyn durante una temporada. Aún tengo el piso, y mi ginecólogo está allí. Quizá vuelva aquí en algún momento, pero por ahora…

—¿Quizá? —repetí. La cocina empezaba a desdibujarse y lo único que oía eran los latidos ensordecedores de mi propio corazón—. ¿Cómo que *quizá?* No puedes hacerme esto, Lou.

—¿Hacerte qué, exactamente?

—¡Irte! —exploté—. ¡Puede que lo hayamos arruinado todo, pero al menos hasta ahora nos teníamos el uno al otro!

—No sé por qué te pones así; no pareces tú, Jim.

—Lo siento —musité—. Pero no esperarás que me parezca bien que vuelvas con Rob.

—No voy a volver con nadie, Jim. Solo voy a centrarme en nuestro bebé.

«Nuestro bebé»: aquellas palabras consiguieron calmarme.

—De acuerdo… Y ahora, ¿qué?

—Voy a coger un vuelo a Nueva York en cuanto esté segura de que Rob está bien. ¿Te importa si te dejo el coche en casa de los Logan? Quizá puede traerte tu padre, o podrías venir en taxi a buscarlo, ¿no?

—¿A qué te refieres con que Rob esté bien? —interrogué.

—Tú confía en mí —me respondió, con vaguedad.

—¿Y qué pasa con todas tus cosas? —objeté.

Llevaba el bolso cuando se marchó, pero en casa tenía la ropa, el portátil y todo un surtido de cremas y lociones esparcido por la encimera del cuarto de baño.

—Volveré a buscar el ordenador en algún momento, o podrías mandármelo por mensajero. —Hizo una pausa—. Tengo lo esencial.

«Claro, porque estás con Rob», pensé. Me notaba la boca seca.

—Mantenme informado —conseguí decir al final.

—Claro. —Parecía aliviada—. No te desesperes, Jim. Estoy haciendo todo lo que puedo, y sé que tú también. Te llamo pronto, ¿vale?

Me dio la sensación de que el suelo se desvanecía bajo mis pies.

—Vale —dije.

***

Esperé hasta la mañana siguiente para llamar a mi padre. Descolgó tras el primer tono de llamada.

—Sí, ¿diga? —contestó, con un tono demasiado alegre para esas horas de la mañana.

—¿Papá? —Cuando éramos pequeños, nos pidió a Victoria y a mí que lo llamáramos «papito», que era como él llamaba a su padre, un hombre al que respetaba y detestaba a partes iguales. Seguro que lo llamé así cuando yo era muy pequeño, pero al empezar primaria me di cuenta de que ningún otro niño (entre los que había libaneses, iraquíes o incluso vietnamitas, pero ni un solo latino) llamaba a su padre «papito». Así que empecé a llamarlo «papá»; Victoria

también lo hizo, y eso fue todo.

—¿Qué ha ocurrido, hijo? —me preguntó.

Fruncí el ceño.

—Nada. Solo quería saber si tienes tiempo hoy para venir a buscarme.

—¿Para ir a buscarte? ¿Qué pasa?

—Tengo el coche en casa de los Logan. Es una historia muy larga.

Gracias a Dios, no me pidió que le hiciera un resumen.

—De acuerdo —respondió—. En media hora estoy ahí.

En realidad, se tardaban unos cuarenta minutos en llegar a mi casa, más si había tráfico. No obstante, llegó al cabo de treinta minutos, tal y como había dicho que haría.

—¿Necesitas algo? —interrogó, mirándome de arriba a abajo. No me había duchado y llevaba pantalones de deporte, una camiseta y una sudadera con capucha que daba la sensación de que hubiera servido para alimentar a un ejército de polillas.

Agarré la cartera y las llaves que tenía sobre la mesa de la entrada.

—No, estoy bien —respondí.

No pronunció ni una palabra durante la mayor parte del trayecto, pero eso era habitual en mi padre. De todos modos, yo estaba en Babia.

—¿Es por culpa de esa mujer? —me preguntó finalmente cuando subimos la rampa de desvío hacia Oakwood.

—¿Qué mujer?

—La esposa de Rob.

—Pero ¿cómo…?

—Te llamé a casa hace unas semanas. Contestó ella. He vivido lo bastante para saber cómo van estas cosas.

Sacudió la cabeza, sin dejar de mirar la carretera.

—Están en pleno proceso de divorcio.

—¿Y…?

—Y Lou está embarazada de mí. Tendremos un bebé —añadí.

Mi padre soltó un silbido.

—Juraría que ahora es cuando tienes que decirme «felicidades» —continué.

—Pues felicidades. Madre mía, muchacho —musitó, y volvió a negar con la cabeza.

—Bueno, dijiste que querías más nietos.

—Y lo mantengo.

Me hundí en el asiento; de pronto, había vuelto a la adolescencia.

—Creía que te alegrarías por mí.

—Y lo haré, en cuanto tú también te alegres.

—Es que yo ya me alegro.

—Si tú lo dices… —contestó.

Hicimos el resto del trayecto en silencio; el dolor se entremezclaba con la rabia que sentía hacia mi padre en ese momento. Cuando llegamos al barrio de mi padre y los Logan, me observó.

—¿Por qué no entras primero en casa? Te haré un café.

—No, gracias, debería ir tirando.

—¿Y la mujer? ¿Dónde está?

—Se llama Lou —comenté, lacónico—. Y se ha ido a Nueva York. —O tal vez estaba en casa de los Logan, no estaba muy seguro.

—Muy bien. —Pasó de largo su calle y continuó hacia la casa de los padres de Rob—. Pues hemos llegado —dijo cuando se metió en el camino de entrada.

Menudo embrollo, tener y mantener una familia. Bajé de la furgoneta y cerré la puerta al salir.

Mientras me alejaba, mi padre bajó la ventanilla del lado del copiloto.

—James —me llamó.

—Dime, papá.

—La vida nos destroza a todos.

Hacía un sol de justicia y tuve que entrecerrar los ojos para mirarlo.

—¿Eso es de Hemingway?

—No, es de cosecha propia —respondió mientras se presionaba el pecho con el dedo índice —. Quizá ahora te sientas destrozado, pero saldrás de esta.

De pronto, sentí un escalofrío. Una parte de mí quería chillar: «¡Vete a la mierda, viejo! ¡No sabes nada de mi vida!». Pero la otra parte quería preguntarle a gritos: «¿Cómo?».

—Llámame si necesitas cualquier cosa —continuó. Después, subió la ventanilla de nuevo y se alejó.

Tenía la esperanza de que me recibiera Lou, pero en su lugar, me encontré a Nancy, que me esperaba en la puerta lateral.

—¡Adelante, adelante! —dijo. Llevaba el pelo de un tono rubio que no era nada natural y parecía que hubiera envejecido media década desde que la había visto el año anterior. En un susurro, añadió—: Lou se ha ido a Nueva York esta mañana, y Rob no está bien. Quizá puedes ayudarlo a que se sienta mejor.

«Uy, lo dudo mucho», pensé.

—¿Dónde está?

—En el sótano.

«Bueno, pues lo afrontaremos como adultos», me dije mientras me dirigía hacia las escaleras. Luego, me corregí: «No, lo afrontaremos como dos adultos que han sido amigos la mayor parte de sus vidas. La gente pasa por momentos difíciles cada dos por tres, y no puedo quedarme callado. Hablar con Rob del tema es lo correcto. Es lo único que puedo hacer».

Me pegó antes de que llegara a divisarlo y me empujó con toda la fuerza de su peso, de modo que me clavé el borde de los escalones en la columna. El dolor me recorrió la espina dorsal, y los ojos me hacían chiribitas. Gemí.

—Yo de ti me iría de esta casa antes de que te deje en silla de ruedas —gruñó.

Me dolía tanto la espalda que apenas podía pronunciar palabra.

—No, no p-puedo. T-tenemos q-que…

—¿Hablar? —Al fin vi su cara—. ¿Y qué queda por decir? ¿Que sientes mucho haberme arruinado la vida?

—¿No crees que eso es pasarse un poco? —dije con voz ronca.

Estaba prácticamente sobre mí, lanzándome una mirada fulminante. Tengo que admitir que sentí miedo; nunca había tenido tanto en toda mi vida.

—Verás lo que es pasarse un poco… —espetó.

Y mientras la punzante sensación de la espalda se tornaba una más cálida y palpitante, empecé a ponerme furioso. Sí, la había cagado. Y no un poquito. Pero ¿cómo se atrevía a comportarse como si toda la culpa fuera mía?

—¡Fuiste tú quien dejó que Lou se fuera! —grité.

—¡Serás imbécil! ¡Estaba atravesando una crisis! Y justo cuando empiezo a sobreponerme con la intención de recuperarla, ¡voy y descubro que no has perdido el tiempo!

—Ya claro, por eso le pedías que firmara los papeles del divorcio, ¿no?

—¡Todavía es mi mujer, joder! —rugió—. ¡Y tú…! Tú… —Se tambaleó hacia atrás como si le hubiera pegado. Cuando volvió a hablar, tenía la voz ahogada—: Tú eras mi amigo.

Capítulo dieciséis

Finales de 2008 – Principios de 2009

¿Qué esperaba exactamente? ¿Que Lou se quedara conmigo para siempre? ¿Que Rob me perdonara de inmediato? ¿Que los tres (y pronto cuatro), e incluso Andrea, riéramos mientras cenábamos y que todos permaneciéramos en nuestras vidas, a pesar de que nuestro número hubiera disminuido, y luego aumentado y multiplicado hasta el punto en que guardaba poco parecido a los que éramos cuando todo esto había comenzado?

No, Lou tenía razón. Habíamos vivido como si nos hubiéramos fugado: en un estado de ensoñación donde no existían las consecuencias de nuestros actos. Y ahora habíamos vuelto de golpe a la realidad, y no había marcha atrás

Lo único que Rob me dijo antes de irme de su casa fue que nunca volveríamos a hablar. Quería creer que era fruto del enfado, pero también era cierto que aquella era la afirmación de un hombre que todo lo que tenía de inteligente, lo tenía de tozudo. No lo había dicho solo con la intención de advertirme, sino para expresar la decisión que había tomado.

Y a pesar de todo, casi me sorprendió que Rob se negara a descolgar el teléfono cuando lo llamé, y me chocó todavía más que una voz robótica me informara de que ese número ya no existía. De modo que le escribí un correo electrónico.

> Rob,
>
> No hay palabras que puedan expresar con exactitud cuánto lo siento. Tal y como Lou te dijo, ella y yo no estamos juntos, y nunca lo estaremos. Fue algo que ocurrió una noche, un error terrible. Por favor, Rob. Sé que te llevará tiempo, pero te pido que al menos trates de perdonarme.
>
> James

La mañana siguiente, recibí su respuesta.

> NO.

Sin firma, sin matices. No había posibilidad de reconciliarnos.

Simplemente, no.

Levantarme en una casa vacía cada mañana me recordaba que mi estupidez me había dado un resultado final nulo. Ya no tenía a mi amigo de la infancia. Ya no tenía a Lou, a quien todavía quería, por mucho que fuera consciente de que no debía. Y tampoco tenía a mi futuro bebé. Y todo había sido por mi culpa.

No le conté a nadie que Lou estaba embarazada de mí, excepto a Pascal. Su reacción («¡Ahora sí que la has hecho gorda! ¡Pero bien!»), parecida a la de mi padre, me hundió todavía más en la vergüenza. Me pasaba la mayor parte de los días sintiendo un dolor profundo y agudo, que nacía en el estómago y se diseminaba por todo el cuerpo, como si mis acciones fueran un cáncer que se extendía por mi ser desde su centro.

Tal y como me había prometido, Lou me mandaba correos electrónicos contándome cualquier novedad sobre el embarazo y me enviaba ecografías. Además, hablábamos por teléfono unas cuantas veces por semana. Cuando le preguntaba cómo se encontraba, respondía con vaguedad; cuando le preguntaba si había visto a Rob o si estaba en la ciudad, cambiaba de tema. Lou solo quería hablar de ti.

Me contó que a menudo te despertabas por la noche y que le apretabas la piel tirante como si fueras una ballena que sale a la superficie en busca de aire. A veces, volvías a hundirte en las profundidades tras presionarle el pie o la mano contra las paredes de la tripa, cosa que hacía que le doliera toda la espalda. Otras, en cambio, tenías hipo, según me explicaba, y hacías que le rebotara el abdomen casi una hora entera.

Cuando Lou me contó que en la ecografía de las veinte semanas supo que eras una niña, tal y como ella había predicho, le chillé al teléfono de la alegría y estallé de felicidad al saber que tú serías tú. Después de colgar, me puse a llorar, embargado por la pena de que las dos estuvierais tan lejos de mí.

***

Lou y yo habíamos comentado la posibilidad de que fuera a visitaros. Quería darme la oportunidad de vivir a su lado parte del embarazo, y lo que yo quería (aunque no iba a admitirlo) era dejar de sentirme tan solo por una puñetera vez. Tomé un vuelo a Nueva York a principios de diciembre, dos meses antes de la fecha prevista de tu nacimiento.

Cuando Lou me abrió la puerta de su piso, me sentí aliviado al ver que su piel había cambiado aquel tono grisáceo por uno más rosado y recuperado los kilos que le faltaban. Me recibió como si hubiera sido idea mía separarme de ella y hubiera estado esperando a que volviera.

Sin embargo, la situación era incómoda. Podría decirse que incluso tensa, como si mi presencia le recordara todo el daño que le habíamos infligido a Rob.

—Solo he hablado con él dos veces desde que me fui de Míchigan, y solo ha sido para ultimar los detalles del divorcio —me explicó cuando saqué el tema la primera noche.

De modo que volvimos a centrarnos en el embarazo. Me sentía como si fuera un amigo fisgón que le pedía información que no le incumbía: ¿estaba cansada todo el día? (no, se levantaba con una energía renovada que le duraba hasta las nueve de la noche, momento en que

se dormía profundamente pasara lo que pasara, y se despertaba pocas horas después porque empezabas a dar brazadas dentro de su barriga); ¿qué antojos tenía? (comida tailandesa y pescado sueco); ¿estaba nerviosa por el parto? (no, había ido a clases de preparto con una de las Jennifers y se sentía preparada para lidiar con distintas situaciones y para patear a cualquier doctor que la presionara para someterse a una cesárea).

Y ¿qué (qué, demonios) ocurriría cuando el bebé naciera?

La respuesta que Lou me ofreció a esta pregunta fue muy poco precisa. Cuando le recordé lo que había dicho sobre volver a Ann Arbor, suspiró y afirmó que ya no era tan sencillo.

—Mi vida está aquí —observó, mientras con una mano se acariciaba la barriga.

«No», pensé, «es Rob quien está aquí». Al fin y al cabo, ella no trabajaba, y ni siquiera le gustaba el piso de alquiler donde vivía.

—¿Y no necesitarás ayuda con el bebé? —pregunté.

—Me las apañaré —insistió. De pronto, abrió mucho los ojos—. ¡Está dando patadas! ¿Quieres notarlo?

Asentí y posé la mano con sumo cuidado sobre el estómago de Lou; tenía miedo de hacerle daño. Pero ella colocó su mano encima de la mía y me la arrastró hasta un bulto que dijo que era tu pie. Me presionaste la palma de la mano y luego te batiste en retirada. Me dejaste pensando en lo interesante que había sido sin llegar a asimilar que lo que había notado era mi propia hija.

En mi último día en la ciudad, dimos un paseo por el barrio de Lou. La gente la saludaba y le sonreía. Un hombre le gritó.

—¡Ya estás a punto!

A lo que Lou contestó:

—¡Todavía no, a no ser que quiera que esté en la incubadora!

Una señora mayor nos felicitó, y yo se lo agradecí en nombre de los tres.

Acabábamos de entrar en una tienda de puericultura cuando volví a sacar el tema de que se mudara a Ann Arbor.

—No lo sé, Jim. Aquí tengo amigos y compañeros —respondió Lou mientras acariciaba un artilugio con ruedas enorme y forma de huevo que parecía una especie de híbrido entre una incubadora y un cochecito—. Allí no conozco a nadie.

—Me conoces a mí, y yo soy el padre —dije al tiempo que avanzábamos por los pasillos de la tienda.

—Sí, lo eres, y eso no va a cambiar. —Alzó un saco de dormir diminuto que tenía capucha, frunció el ceño y volvió a dejarlo en la mesa donde lo había encontrado—. Es que me cuesta imaginarme a mí y a la pequeña empezando una nueva vida en Míchigan, y tú no vas a mudarte aquí.

—Bueno, podría —sugerí cuando salimos de la tienda.

Justo habíamos empezado a cruzar la calle cuando un sedán se acercó a nosotros a toda velocidad. Levanté la mano para detener a Lou, como si fuera un policía que guía a los transeúntes; ella, en cambio, continuó avanzando como si nada. Ni siquiera el embarazo la frenaba.

—¿Y vas a dejar tu casa y el buen trabajo que tienes? —me preguntó, al llegar al otro lado—. Aunque encontraras un trabajo aquí, nunca llegarías a ganar lo suficiente. Vivir en Nueva York ya no es lo que era. Tendrías que vender un riñón para poder permitirte un tugurio infestado de

cucarachas.

«O ser un inversor bancario, como Rob», pensé.

—Se puede vivir con solo un riñón, y tú necesitarás a alguien que te ayude.

—Te juro que en cuanto eso ocurra serás el primero en saberlo —me prometió Lou.

Era igual de esquiva con el tema del parto y sobre si yo debía estar presente o no. Tal y como Lou recalcó, había un margen de unos treinta días en los que podía ponerse de parto.

—¿Y qué vas a hacer, cogerte una baja indefinida? —interrogó—. Creo que lo mejor sería que el tiempo que planees estar aquí sea para estar con el bebé cuando ya haya nacido.

A Lou y a mí no nos esperaba ningún futuro romántico, en eso estábamos de acuerdo. Pero ¿por qué no podíamos plantearnos algún tipo de vida con lo que teníamos? ¿Por qué no podíamos volver a empezar y salvar lo que aún teníamos? Se divorciaran o no, yo no podía evitar preguntarme si Lou se aferraba a la esperanza de reconciliarse con Rob. Y si volvían, ¿significaba eso que yo no podía formar parte de su vida, algo que comportaría que también me excluyera de la tuya? Me fui de Nueva York completamente abatido.

***

Como había vuelto a vivir solo, me había acostumbrado a ir a comprar al supermercado por la noche. Iba a menudo y solo compraba lo que tenía pensado comerme ese día o al siguiente. Sí, es cierto que podría haber aprovechado la noche para hacer otras cosas. Contemplé la posibilidad de empezar a escribir una nueva novela, o incluso retomar la última, que había dejado a medias. No obstante, la verdad era que se me empañaban los ojos cuando intentaba leer un libro; no digamos ya escribir. Al menos, ir a comprar contaba como una actividad que realizaba fuera del trabajo y que me hacía relacionarme con gente aunque no exigía una larga interacción.

Una de esas noches, creo que era a finales de diciembre, estaba examinando los contenedores de frutos secos y demás en Kroger (¿qué me apetecería más al día siguiente: *bretzels* recubiertos de chocolate o cacahuetes salados?), cuando alcé los ojos y vi a Kathryn.

Y dado que soy como soy, quise salir pitando en dirección contraria, pero entonces ella empujó el carrito para acercarse a mí.

—Bueno… —empezó a decir, y me echó una mirada como si ya supiera la respuesta de lo que iba a preguntarme—… ¿Cómo va todo?

Llevaba el carrito lleno de varios productos de colores brillantes y un paquete de pañales de talla grande, imagino que para el mismo hijo del que estaba embarazada cuando me la encontré en la fiesta de la publicación del libro de Lou. Sin embargo, se me ocurrió que había pasado el tiempo suficiente como para que hubiese tenido otro bebé.

—Digamos que… de perlas —contesté.

—¿Todavía escribes? —se interesó.

—No —confesé, porque ¿qué sentido tenía mentirle?—. ¿Tú cómo estás? ¿Qué tal la vida en familia?

—Pues es complicada. Fantástica, pero complicada.

—Vaya, lo siento —repliqué, aunque en realidad no lo sentía. No deseaba que Kathryn estuviera hundida en la miseria, pero tampoco quería que su vida con Christopher Bucknell, el físico, fuera un camino de rosas.

—He oído que vas a ser padre —añadió, y una mujer que empujaba su carro a nuestro lado se volvió para mirarnos, para luego proseguir su camino a toda prisa.

Decidí que me llevaría tanto los cacahuetes como los *bretzels* y arranqué un par de bolsas de plástico transparente de la barra giratoria.

—¿Quién ha dicho eso? —pregunté, mientras sacaba cacahuetes del contenedor de plástico con una pala.

—Mmm… ¿Lou?

Noté cómo se me encendían las orejas. Vaya, la mismísima Lou se lo había contado a Kathryn. Bueno, supuse que alguien tenía que hacerlo. Me pregunté si les habría resultado incómodo y si todavía eran amigas a pesar de todo.

—Ah…

Tiré la bolsa de cacahuetes en la cesta de la compra, que había dejado en el suelo. Coloqué la otra bolsa en la boca de otro dispensador y abrí la compuerta. Salieron cuatro veces más *bretzels* recubiertos de chocolate de los que pretendía comprar. Si no hubiera tenido a Kathryn como testigo, habría llenado hasta los topes esa bolsa y habría empezado de nuevo con otra; pero su presencia me previno de que dejar la bolsa de galletas allí tirada no era lo más ético. Dejé la bolsa al lado de la de los cacahuetes, dentro del cesto.

—Pues sí, estoy muy emocionado.

—James —dijo.

En realidad, no quería oír lo que iba a decirme. Y, desde luego, no bajo la luz brillante y artificial de mi supermercado favorito (bueno, en realidad, no quería oírlo nunca).

—Dime, Kathryn —contesté con hastío.

—Ya lo sabía.

—¿Que nos encontraríamos en el pasillo de productos a granel? —bromeé en un último intento por desviar la conversación a otro tema.

—Que estabas enamorado de ella —replicó, en un tono demasiado alto—. En el fondo, siempre he sabido que Lou es la mujer perfecta para ti.

Intuía que diría eso, pero, de todos modos, hice una mueca de dolor.

—Hiciste un esfuerzo por resistirte, eso no te lo discuto —continuó—. Y, en realidad, no me preocupaba cuando estábamos juntos porque asumí que había tantas probabilidades de que tú y Lou acabarais juntos como de que te fulminara un rayo. Aunque claro, nunca me imaginé que Rob le pondría los cuernos. Ese tipo de dolor hace que la gente cometa locuras.

«No fue eso lo que ocurrió». El hombre con el que Kathryn había salido antes de estar conmigo le había puesto los cuernos, y más de una vez. Su marco de referencia era distinto del mío, o al menos eso pensé.

—¿Estás enfadada? —le pregunté.

Me respondió con interrogaciones, de modo que hizo evidente que creía que le había hecho una pregunta estúpida:

—¿Con Lou? ¿Por querer ser madre? ¿Por continuar con el embarazo? ¿Aunque tú seas el padre?

—Bueno, sí, pero me refería a si estabas enfadada conmigo.

Bajó la barbilla.

—Qué va. A ver, es cierto que duele. Pero me sabe peor por Rob que por mí misma.

Me sobresalté. De nuevo, Kathryn tenía razón: era Rob quien había recibido el peor golpe en toda esta situación.

—Bueno, tampoco es que me muera de alegría, pero Lou y yo nos hemos distanciado desde que se separó de Rob. Pensaba que era porque necesitaba espacio, pero ahora me pregunto si no tendría algo que ver contigo. Tal vez nada de esto sea tan repentino ni tan sorprendente como parece. —Kathryn me observó con recelo—. Y en lo que a ti respecta, ya se sabe que no todas las relaciones duran para siempre. La vida me ha ido bien, y ahora es tal y como debía ser. —Echó un vistazo a los productos que yo llevaba en el cesto y volvió a mirarme—. Aunque supongo que nunca dejas de querer del todo a alguien, ¿no?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Voy a ser sincero: quería que Kathryn me dijera «claro que todavía te quiero, James». Porque mientras la contemplaba (con la cara sin una pizca de maquillaje, enfundada en una camiseta con una mancha naranja reseca y no identificada a la altura del pecho, en mitad de una de las tareas más tediosas de la vida), de pronto me di cuenta de que sí la había querido, mucho más de lo que había sido consciente o de lo que había estado dispuesto a admitir. Y tal y como ella acababa de decir, siempre lo haría.

Kathryn colocó las manos en el manillar del carrito, dispuesta a seguir comprando.

—Bueno, no lo sé. Pero por tu bien, y también por el de Lou y el de vuestro bebé, espero que seas capaz de disfrutar de lo que vendrá. —Bajó la vista hacia el precioso reloj de oro que llevaba en la muñeca, del que no me había percatado hasta entonces—. Tengo que ir tirando; Isla siempre se despierta cuando sale el sol. —Suspiró—. Escucha… Como Christopher dice, ser padre hace que la física cuántica parezca fácil. De verdad que os deseo lo mejor, a ti y a Lou.

—Gracias —farfullé.

Comenzó a empujar el carrito, pero, entonces, se detuvo y se volvió hacia mí.

—Por cierto, James…

—¿Sí?

Me ofreció una sonrisa tan pequeña que bien podría haber sido una mueca.

—Me ha gustado verte.

Ese encuentro me atormentó durante los días siguientes. Pensé en lo que había dicho sobre ser capaz de disfrutar de lo que vendría y traté de convencerme de que, sin duda (¡sin duda alguna!), sería capaz de hacerlo.

No obstante, sobre todo, le di vueltas a lo que me había dicho acerca de Lou. Era cierto: veía a Lou como la mujer perfecta para mí (como un amor ideal). Y ahora comenzaba a entender las consecuencias de eso.

Capítulo diecisiete

Enero de 2009

Naciste un día excepcionalmente cálido de finales de enero, poco después de las cinco de la mañana. Me gustaría poder contarte algo sobre tu nacimiento, pero en ese momento estaba en el coche, atravesando los campos de Pensilvania, no muy lejos del lugar en que Lou había vivido cuando era pequeña, ignorante de que acababas de llegar al mundo.

Ya me habían concedido la baja por paternidad, pero no tenía previsto ir a Nueva York hasta la semana en que Lou saldría de cuentas. Al fin y al cabo, según ella, la mayoría de partos primerizos se retrasaban.

Pero la mayoría no son todos, y Lou se puso de parto dos semanas antes de lo esperado. Y en lugar de tener el parto largo y sin medicación para el que ella se había preparado mentalmente, apenas habían empezado las contracciones cuando vieron signos de complicaciones en el monitor fetal. Se la llevaron de inmediato al quirófano, donde naciste; no de la mano de su comadrona, sino de la de un cirujano al que Lou no conocía.

Llegué al hospital cerca de las nueve, aturdido por culpa de la falta de sueño y la ansiedad. Lou estaba profundamente dormida, postrada en la cama del hospital llena de tubos intravenosos. Jennifer (con la que había bailado en la boda de Lou y Rob) estaba repantigada en un sillón, al lado de la cama. Cuando me vio, se puso de pie y me sacó a rastras al pasillo.

El ambiente olía a desinfectante y a metal. Al fondo, una mujer gimió.

—¿Cómo están? —le pregunté a Jennifer.

Esta se mordía el labio inferior con tal fuerza que me moría de ganas de decirle que parara.

—La cirugía ha sido horrible —contestó finalmente—. Lou se había puesto de parto y, de pronto, se la han llevado a urgencias. Pero es una campeona. Ha entrado allí con la cabeza bien alta, aunque estaba muerta de miedo. Ya sabes cómo se pone con las agujas.

De hecho, no lo sabía, y de nuevo, otra oleada de culpabilidad me embistió. ¿Por qué le había hecho caso a Lou? Debería haber venido a Nueva York a principios de enero y esperar aquí. Debería haber estado con ella durante el parto.

—¿Y el bebé? —le pregunté a Jennifer—. ¿Cómo está?

Se le iluminó el rostro.

—Bien, tiene una salud de hierro y es preciosa. Ahora está en la sala de neonatos. Pero puedes pedirles que te la traigan para verla.

Lou empezaba a despertarse cuando una enfermera te trajo a la habitación. Tu madre tenía la cara y sus delgadas extremidades hinchadas, por culpa de los fluidos que le bombeaban por vía intravenosa.

—Aquí tienes a nuestra pequeña —anunció cuando la enfermera te colocaba en mis brazos —. ¿A que es maravillosa?

Mientras te contemplaba, lo primero que pensé fue: «Sí, es lo más maravilloso que me ha ocurrido nunca».

Y lo segundo: «¡Que no se te caiga!».

Ay, ¡pero eras una cosita tan espléndida…! Tenías la piel del mismo tono caramelo que mi padre, y los ojos brillantes y almendrados, como los de Lou, pero en ese momento eran grisáceos, en vez del color avellana que adoptarían más adelante.

No había pasado mucho tiempo rodeado de bebés, y todavía menos de recién nacidos. Y aunque te había visto saltar y nadar en la barriga de Lou, todavía no podía creerme lo animada, lo viva que estabas, allí, en mis brazos. Te llevaste una mano extremadamente diminuta a la cara. Miope y curiosa, me examinaste, y recé para que una parte de ti me reconociera como tu padre.

—¿Has decidido el nombre? —pregunté a Lou. Habíamos debatido unos cuantos nombres durante mi última visita a Nueva York, pero ninguno nos había parecido el adecuado.

—No, te estaba esperando. —Lou me regaló una sonrisa divertida—. ¿Qué te parece Emerson Bell?

Se me detuvo el corazón al recordar la cita de Emerson, quien dijo que debes hacer aquello que te da más miedo.

—Emerson Bell Hernández —te dije en voz baja—. Es perfecto. Eres perfecta.

Si el amor que sentía por Lou iba de la mano de la indecisión y el arrepentimiento, lo que sentía por ti era puro e inevitable. Nunca había sido un devoto de ninguna religión organizada, pero esa mañana di las gracias a Dios, al universo y a todas las fuerzas ocultas que habían contribuido a que te tuviera en brazos. Mis acciones habían hecho muchísimo daño; a mí también me hicieron sufrir mucho. Pero mientras te sostuve, el dolor desapareció. Y, Emerson, tú fuiste lo que quedó.

Capítulo dieciocho

Principios de 2009

Me quedé en Nueva York durante las tres semanas siguientes al día de tu nacimiento. De esos días, recuerdo sobre todo sensaciones y fragmentos.

Infinita alegría, mientras te acunaba en brazos y te cantaba todas las nanas que me sabía, y alguna que otra que no. Desesperación, cuando era incapaz de calmarte en plena noche y me veía obligado a despertar a Lou, que necesitaba dormir urgentemente, para que te diera el pecho. Esperanza (un bálsamo temporal, un elixir efímero), cuando Lou me prometió que encontraríamos el modo de que yo formara parte de tu vida.

Pero el sentimiento dominante era el dolor. Muchas noches, me encontraba a Lou sollozando en la cama, y ella me pedía que la dejara sola, un recordatorio de que, con toda probabilidad, deseaba que fuera Rob quien la consolara.

Tampoco podía culparla, ya que yo también ansiaba coger el teléfono y llamarlo. Quería compartir la noticia con alguien y presumir de ti (¡Mirad! ¡He creado un auténtico ser humano!). Pero cada vez que deseaba hacerlo, recordaba que Rob ya no formaba parte de mi vida y que ya no volvería a hacerlo. Unos días antes, oí a Lou decirle a una amiga que divorciarse era peor que morir, porque acarreaba el mismo sufrimiento y no ofrecía ninguna solución. Al instante, entendí a qué se refería.

También echaba de menos a mi madre, algo que me pilló por sorpresa. Esta veía la ternura como algo inoportuno, si no directamente inapropiado. De hecho, no daba abrazos; y si besaba, lo hacía con los labios tan apretados que notabas los dientes bajo la piel. Reservaba las palabras de consuelo para amigos y vecinos, no para sus hijos.

A pesar de todo, era mi madre, y le habría encantado tener una nieta. Puede que incluso hubieras sido el puente que salvara la distancia entre nosotros.

Y, de pronto, la distancia a la que me enfrentaba era de casi mil kilómetros. El día que tuve que volver a Míchigan, me moría de ganas de ponerme a gritar, a pegar patadas y a negarme a irme. Pero no perdí la compostura delante de Lou. (¿Por qué? ¿Para que molestarme en aparentar una fachada de tío relajado? No había modo de engañarla, y los dos lo sabíamos). Lo que hice fue darte un beso en la frente, llena de arruguitas, y abrazar a Lou. Le hice jurar que me avisara si necesitaba algo. Conduje de vuelta a casa como un alma en pena y sin fuerzas.

De la mañana siguiente, recuerdo todavía menos. ¿Se me acumuló el trabajo en la oficina? Seguramente. Creo recordar a mis compañeros contemplándome con una mirada inquisitiva cada

vez que perdía el hilo a mitad de una oración. Nessa, que pronto ocuparía el cargo de Craig como jefa de administración y, por tanto, se convertiría en mi supervisora, me encubrió más de una y dos veces.

—Sé cómo te sientes, hace poco pasé por algo parecido —dijo ella, empatizando conmigo, cuando me encontró embobado ante el escritorio una tarde; se suponía que debía estar en una reunión.

Pascal me llamaba a menudo, eso sí que lo recuerdo, porque un día de febrero, cuando acabó mi jornada, se presentó en la oficina para quejarse de que nunca le cogía el teléfono. Después, me arrastró hasta un asador, donde me pidió un entrecot con patatas fritas. («Pareces una cabra famélica, y tampoco es que huelas mucho mejor», susurró cuando protesté). Mientras comía, me exigió que ideáramos un plan.

Lo mandé a freír espárragos y alegué que no tenía sentido planear nada porque era Lou quien manejaba el cotarro.

—No me refería a Emerson ni a Lou —canturreó (típico de Pascal)—. Me refería a ti. Como amigo tuyo que soy, es mi deber insistir en que no puedes ir así por la vida.

—Así, ¿cómo? —pregunté, como si no acabara de compararme con ganado desnutrido.

—No vas a conseguir nada de lo que quieres si no piensas con claridad. Y… —añadió, mientras me olisqueaba—… de verdad que necesitas una ducha.

Me eché a reír y me terminé el entrecot, aunque todavía no comprendía por qué esforzarme cambiaría algo.

Al día siguiente, recibí una caja llena de libros en la oficina. Algunos eran nuevos; otros estaban gastados, con las esquinas dobladas y con marcas hasta en los puntos de las íes. Me encontré una nota escrita a mano en un papel de la universidad al fondo de la caja.

> Kafka dijo que un libro debe ser el hacha que rompa el mar de hielo que llevamos dentro. Ya puedes empezar a picar.
> P.

Me había mandado al menos doce ejemplares. *La flor azul,* de Penelope Fitzgerald. *El festín del amor,* de Charles Baxter. Novelas que quizá había detestado mientras hacía el posgrado, como *Tantos días felices,* de Laurie Colwin, resultaron ser libros que me engancharon desde la primera página. Otros, como una selección de poemas de Rilke, no me aportaron tanta catarsis como había imaginado.

No importaba: los leí todos, uno tras otro, como si me fuera la vida en ello. Y supongo que, en parte, así era. Me enfrascaba en la lectura por la mañana y por la noche, durante el descanso para almorzar e incluso cuando iba al baño. Cuando Lou te colocaba el teléfono cerca de la cabeza (siempre a una distancia prudencial; en esa época, estábamos medio convencidos de que los móviles provocaban tumores cerebrales, y quizá para cuando leas esto se habrá demostrado que es cierto) para que oyeras mi voz, te leía fragmentos que iban desde Colette hasta Alice Munro, todo elección de Pascal.

Animado por los libros y con la incipiente sensación de que tal vez encontraría la manera de hacer que nuestra familia fracturada saliera adelante, tomé un vuelo a Nueva York para pasar un fin de semana largo allí.

***

Debería haberme dado cuenta de las señales, pero estaba tan ocupado analizando mi situación con Lou que no le presté la atención necesaria. Incluso cuando le goteaba la leche del pecho, exhausta y abrumada, la veía preciosa; quizá más que nunca. Pero ya no me daba un vuelco el corazón cada vez que la contemplaba. ¿Acaso era porque estaba distraído con el bebé?, me preguntaba. O quizá se debiera a la culpabilidad. Aunque Rob y yo nos fuéramos a la tumba sin llegar a reconciliarnos, le debía como mínimo no tratar de forjar una relación amorosa con Lou (por mucho que fuera la madre de mi hija). Tal vez eso, razoné, era lo que había conseguido aplacar el deseo por fin.

Así pues, hice caso omiso cuando veía que Lou se quedaba despierta por las noches, aunque tú durmieras toda la noche del tirón. Me convencí de que el hecho de que también se pasara la mayor parte del día en la cama era algo normal. No di importancia a que nadie se comía los *bagels*, el queso brie y las chocolatinas con forma de pingüino que le compraba (su comida favorita). Me dije que Lou solo necesitaba un descanso cuando no quiso salir a dar un paseo con nosotros, a pesar del cálido y soleado día que hacía.

Era tan fácil centrarme solo en lo inmediato, es decir, en ti. ¡Levantaste la cabecita! ¡Ganaste doscientos gramos! ¡Sonreíste! (¿O no? A veces dudaba). Todo lo que hacías era tan nuevo y fascinante que no podía creer que alguna vez hubiese pensado que ser padre era una mala idea.

«¿Cuándo podré llevarme a Emerson para que conozca a mi padre, a mi hermana y a toda la familia?», le preguntaba a Lou. Y cuando lo único que recibía eran murmullos y respuestas vagas, también lo justifiqué: a efectos prácticos, Lou era madre soltera. ¿Debía sorprenderme que su principal preocupación fuera superar la hora siguiente?

La mañana del lunes, justo antes de salir hacia el aeropuerto, le pregunté si podría volver al cabo de un mes o dos.

—Claro —dijo en un tono monótono, carente de emoción.

—¿Estás bien?

Vestía el mismo pijama que llevaba desde que había llegado y tenía el pelo enmarañado y sucio. Sin embargo, tal vez ese fuera el aspecto que tenían todas las madres primerizas. ¿Cómo iban a preocuparse por llevar una melena lustrosa cuando tenían a un adorable pero berreante bebé al otro lado de la habitación?

—Nunca he estado mejor —contestó, y esbozó una sonrisa tan vacía como poco duradera.

Y yo, como un imbécil, lo dejé pasar.

—Vuelve cuando quieras —añadió.

Estabas acurrucada en los brazos de Lou y no eras más grande que una pelota de fútbol americano (¡es increíble lo pequeñita que eras!); entonces, te sostuvo hacia adelante, como si fueras una ofrenda de paz.

Te agarré, te di un beso y te susurré que volveríamos a vernos pronto. Luego, le di un beso a Lou en la mejilla, le prometí que la llamaría y retomé mi vida en solitario.

***

Cuando Rob y yo éramos unos críos, nos preparábamos mucho el día de los Inocentes de abril. Un año coloqué parte de una tableta de chocolate Hershey en la silla de Rob y este se paseó por la escuela con un manchurrón parduzco en el culo durante el resto del día. Como venganza, al año siguiente, Rob se tumbó en el porche de mi casa, justo delante de la puerta de entrada, con la camiseta empapada de sangre falsa y la cabeza torcida en un ángulo extraño. Pero cuando salí a la calle, no lo vi y le di un pisotón directamente en el estómago, lo cual hizo que se levantara de golpe. Entre el grito que soltó, la camiseta teñida de carmesí y mis alaridos, la mitad del vecindario salió de sus casas y también se puso a chillar. No me extraña que mi padre nos amenazara con darnos un azote en el culo a los dos; sin embargo, eso no nos impidió ir corriendo a casa de Wisnewski y tratar de hacer la misma broma.

De ahí que, cuando oí el timbre la mañana del 1 de abril, no pensé «Quizá han venido a entregar un paquete». (Por aquel entonces, los repartidores no pasaban cada dos por tres para traerte pilas; vino de Borgoña y las mil y una cosas que hoy en día se compran por internet). Pensé: «Alguien va a gastarme una broma». Así que cuando abrí la puerta y Lou te colocó en mis brazos, esperaba que gritara: «¡Inocente!».

En cambio, se echó a llorar.

—No puedo hacerlo, Jim —anunció.

Eché un vistazo detrás de ella. Había un coche de alquiler aparcado en el camino de entrada y, desde la puerta, entreví el asiento infantil en los asientos de atrás. ¿Qué quería decir? ¿Que no podía cuidarte? Si no estaba preparado para ser padre, lo estaba todavía menos para convertirme en el señor Mamá. Contemplé a Lou de nuevo y me obligué a mantener la calma.

—Adelante —la invité. Os metí a ambas en casa—. Pasa, pasa.

Seguí acunándote en brazos mientras Lou se tiraba en el sofá. Parecía que no estaba en condiciones para sostenerte y, de todos modos, yo estaba tan emocionado de verte que no quería soltarte. Tenías más pelo que el mes anterior y te habían cambiado tanto las facciones que podrías haber sido una prima mayor o incluso una niña completamente distinta.

—¿Qué quieres decir con «no puedo hacerlo»? —pregunté a Lou al fin.

En ese momento, tanto el miedo como la determinación se esfumaron. Quería que Lou me dijera que no podía estar sin mí. Que por fin se había dado cuenta de que yo era el amor de su vida. Que de perdidos al río, podíamos crear una familia de verdad, completa, con dos padres que querían a su hija y que también estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

Verás, Emerson, sospecho que lo que en realidad quería era darte la vida que yo no había tenido. Debí de creer, al menos inconscientemente, que ofrecerte este tipo de familia estereotipado compensaría la infancia infeliz que yo había vivido y que, de paso, te ahorraría sufrir el mismo destino. Tan solo la expresión de Lou debería haberme hecho ver que mis deseos no iban a cumplirse, pero ahí estaba yo, el más inocente de todos; la esperanza brotaba para la eternidad en mi mente irracional.

—Que no puedo criar a una hija sola, Jim —respondió—. Necesito tu ayuda. (Y ahora mismo estoy llorando mientras escribo esto; disculpa lo ñoño que soy).

—No tienes que hacerlo —le aseguré—. Ahora mismo me pongo a buscar trabajo en Nueva York, y un piso… Todo lo que necesites.

Lou sacudió la cabeza.

—No, necesito quedarme aquí una temporada. Las dos lo necesitamos. Em y yo, contigo. ¿Te

parece bien?

«¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Sí, sí, sí!».

—Por supuesto —contesté.

Hice una cuna improvisada en el suelo con unas cuantas sábanas y te dejé allí acurrucada; ahora me doy cuenta de que probablemente aquello era un peligro para ti, pero es que sabía muy poco sobre cómo ser padre. Después, me dirigí a la cocina para preparar un té a Lou, conteniendo las ganas que tenía de ponerme a bailar de pura alegría.

Cuando volví al salón, Lou estaba adormilada. Dio un sorbo de té y, luego, dejó la taza en la mesita de centro.

—He conducido toda la noche para que Emerson durmiera. Estoy muerta de cansancio. Pero tú tienes que irte a trabajar, ¿no?

¡Ostras, el trabajo! Cierto. Iba de camino a la oficina; de hecho, tenía una reunión con Nessa a primera hora, pero ya no llegaba ni de broma.

—Llamaré y diré que no puedo ir —respondí, y me prometí que compensaría al equipo y trabajaría a destajo en algún momento de un futuro próximo—. Déjame que te prepare la habitación de invitados. ¿Has traído un…? ¿Cómo se llaman esa especie de jaulas para bebés?

Aquello le arrancó una sonrisa leve.

—Un parque. Está en el coche.

—Vale, voy a por él. ¿Te importa si te encargas de Emerson mientras voy a buscarlo rápidamente? Luego podrás dormir todo lo que quieras.

Parecía profundamente aliviada al oír que podría dormir.

—No, claro que no. Ah, una cosa, Jim.

—Dime.

Me ofreció una sonrisa tímida.

—Muchas gracias.

Capítulo diecinueve

Junio – agosto de 2009

¿Desde cuándo se tarda dos horas en ir a comprar un paquete de pañales?

—¿Estás bien? —le pregunté a Lou cuando la vi entrar por la puerta de atrás.

Acababa de acostarte para que te echaras la siesta (por fin, y te había puesto el último pañal que quedaba en toda la casa) y estaba a punto de dar el día por finalizado tras lavar los platos, sacar la basura y pagar las facturas del resto del mes.

—Estoy bien —murmuró—. ¿Por qué lo dices?

Me fijé en la pequeña bolsa de la compra que acababa de dejar sobre la mesa.

—¿Te has dejado los pañales en el coche?

De golpe, se llevó las manos a las mejillas.

—¡Ostras!

—¿Te has olvidado de comprar pañales?

Parecía muy avergonzada.

—Se me han olvidado por completo.

—Mmm… ¿Y dónde has estado tanto rato?

—Me he encontrado con una vecina mientras estaba escogiendo el champú… ¿Te acuerdas de Yvonne? Es la propietaria de la librería que hay en el centro, esa que me encanta. Total, que nos hemos puesto a hablar y, bueno, ya te puedes imaginar.

Había olvidado lo complicado que era vivir con alguien. No, corrijo: no tenía ni idea de lo difícil que era vivir con alguien, y menos cuando esa persona criaba a tu hija contigo. Por el amor de Dios, ¿por qué demonios no agradecí cómo aparecían por arte de magia el papel higiénico o los bastoncillos de algodón cuando vivía con Kathryn? ¿O que, cuando decía que haría algo, lo hiciese? ¿O que se metiera en la cama conmigo cada noche en vez de retirarse al dormitorio que había al otro lado del pasillo?

«Basta ya», me dije, «estamos hablando de la madre de tu hija».

—Lo siento mucho —se disculpó Lou. Daba tanta lástima, ahí de pie, que lo único que pude hacer fue abrazarla.

—No te preocupes —contesté—. Ahora mismo me acerco a la tienda y los compro.

—Muchas gracias, Jim. Lo siento —repitió—. De verdad que lo intento.

Sabía que lo hacía, y que le estaba costando mucho, aunque ninguno de los dos lo había

admitido de verdad. Ya llevábamos varios meses viviendo juntos, y todos y cada uno de ellos parecían haber pasado factura a Lou. Ya no encendía el ordenador, ni escribía a mano, ni siquiera leía. No llamaba a sus amigas y apenas salía de casa; y cuando lo hacía, volvía con productos elegidos al azar, como flan de chocolate, que no nos gustaba a ninguno de los dos, en lugar de volver con aquello para lo que había ido a comprar. No obstante, sí que dormía en abundancia, y a veces la oía sollozar antes de quedarse dormida.

Pero todo aquello era completamente normal para una mujer que acababa de ser madre: esa era la mentira a la que me aferraba, un buque que hacía aguas y en el que yo había metido con precariedad a toda nuestra familia.

Y, a veces, Lou hacía que fuera muy fácil creer que era cierto. Cuando llegaba de trabajar y me la encontraba dándote el pecho en el sofá, me ofrecía una sonrisa y me explicaba algo fantástico que habías hecho mientras yo no estaba.

Vivir con otra persona implicaba estar siempre improvisando y, dado que había perdido la práctica, mis reacciones eran algo torpes. Pero cuando le contaba una historia a Lou, como, por ejemplo, el último intento de Craig para ligarse a la nueva de la oficina (quien claramente prefería abrazar a un perro que tuviera la rabia), se echaba a reír con ganas, como solía hacer, lo que me llevaba a pensar de forma triunfante: «¿Lo ves? Todo va más o menos como debería ir».

Sí, la incomodidad que sentimos en Nueva York prácticamente se había esfumado. Por fin habíamos forjado una camaradería agradable, y no quería echarlo todo a perder al poner a Lou en duda; no cuando la comodidad era tan importante.

***

El problema era que, en realidad, Lou no se sentía cómoda, y lamento haber tardado tanto en darme cuenta; no fui consciente de ello hasta que me la encontré llorando delante de tu cuna.

Estaba echa un ovillo en el suelo, gimoteando lastimosamente. Había entrado en la habitación a toda prisa porque creía que eras tú quien lloraba; no parecía el llanto de un bebé, pero con lo alarmado que estaba, pensé que tal vez te había ocurrido algo espantoso.

—¿Estás bien? —le pregunté a Lou mientras examinaba el interior de la cuna. Tú intentabas agarrar el móvil musical que te habíamos instalado, segura y feliz. Era otra cosa lo que no iba bien.

Lou parecía un mar de lágrimas.

—No sabía que estabas en casa.

—Estoy aquí —dije, con timidez y alivio—. La reunión ha terminado antes, así que me he ido. ¿Estás bien? —repetí.

—No —respondió, y comenzó a sollozar de nuevo—. Ni siquiera estoy un poquito bien, Jim. No creo que deba ser madre. Tendrás que hacerte cargo de Emerson tú solo.

—¿Cómo? No, no —objeté—. No lo dices en serio.

—No lo entiendes —replicó, y rompió a llorar.

De hecho, no, no lo comprendía, y me vi obligado a admitirlo. Lou tardó un minuto en recuperar la calma suficiente para seguir hablando.

—No estoy hecha para esto —empezó a decir—. Desciendo de una estirpe de mujeres que no estaban hechas para ser madres, y yo no soy diferente a ellas. Ni siquiera pude dar a luz como

cualquier mujer normal. El cuerpo femenino está diseñado para tener hijos, y ni siquiera fui capaz de hacer eso.

—Lou —contesté, en voz baja—. ¿No me dijiste que una de cada tres mujeres tiene un parto por cesárea? Y sabes de sobra que Emerson tenía el cordón umbilical alrededor del cuello. Ya oíste lo que dijo la comadrona: entrar a quirófano le salvó la vida.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—No piensas con claridad.

Se secó la cara con las manos.

—Me temo que eso es exactamente lo que pienso. Voy a fracasar como madre y no sé qué demonios hacer. ¿Me busco un piso cerca de aquí y dejo que críes tú a Emerson? ¿Contrato a una niñera que la cuide todo el día y que haga de madre porque yo soy incapaz? Por el amor de Dios, Jim —saltó, y enterró la cara entre las manos—. ¡Si es que solo hay que verme! He acabado igual que mi madre: sin marido, sin estabilidad y sin un hogar que sea mío.

Le agarré las manos.

—Lou —la llamé—, Lou —repetí al ver que me rehuía la mirada—, por favor, mírame.

Hizo lo que le pedía a regañadientes.

—Esta casa siempre será tu hogar —afirmé—. Pase lo que pase, esta casa también es tuya y de Emerson. Si un día decides que no quieres vivir bajo el mismo techo que yo, entonces seré yo quien se vaya. Esta casa es tuya, siempre que la quieras o que la necesites.

—Jim, no tienes que…

—Claro que sí, pero no lo digo por eso —le aseguré—. Es que de verdad quiero hacerlo. Déjame darte algo para que tengas una preocupación menos.

Lou se sorbió los mocos y me observó.

—De acuerdo —susurró, y comenzó a llorar de nuevo.

La abracé.

—Lou, cariño, no eres como tu madre, para nada. Ni siquiera un poco.

—Soy una madre horrible y un ser humano todavía peor —manifestó, sin dejar de llorar.

La estreché contra mi cuerpo.

—Sí, la hemos cagado, pero eso no quita que seas una buena persona y una madre aún mejor. ¿O ya no recuerdas la semana pasada, cuando Em lloraba como una descosida y en menos que canta un gallo encontraste la astilla que se le había clavado en la mano y se la quitaste? Yo me habría tirado dos días para descubrir qué le pasaba y tres más para sacársela.

—Tú también habrías encontrado —murmuró. Incluso en el estado de angustia en que se encontraba, seguía siendo una obstinada, levantaba la barbilla y rebatía cualquier cosa amable que le dijera.

—Me gustaría que fueras a ver a alguien —le comuniqué.

—¿A algún «alguien» en concreto?

—A un psicólogo.

Hizo una mueca.

—Sabes que ya intenté ir a terapia, y solo sirvió para hacerme sentir todavía peor. Si quisiera volver a analizar en detalle la infancia traumática que tuve, me iría a dar un paseo cerca de una de las antiguas caravanas de mi madre.

—Que yo sepa, la terapia no funciona así.

—Ya, claro.

—Pues ve a hablar con tu comadrona, entonces —sugerí—. O con tu médico de cabecera. O incluso con un psiquiatra.

—No quiero tomarme ni una pastilla.

Tú estabas detrás de nosotros, dando patadas al colchón de la cuna, y por el olor que percibía, supe que ya tocaba cambiarte el pañal.

—Por favor, Lou —supliqué—. Quizá se te han desequilibrado las hormonas y ni siquiera lo sabes.

—Lo que se me han desequilibrado son las neuronas —espetó, y se zafó de mi abrazo. Se puso de pie—. Puede que siempre haya sido así y que me esté dando cuenta ahora. Quizá por eso…

Se detuvo, pero ya sabía cómo terminaba la frase: «Quizá por eso dejé a Rob. Quizá por eso me enrollé contigo». Me embargó tal pena que yo también quise echarme a llorar.

—No —insistí—. Acabas de pasar por un divorcio complicado, y encima estás criando a una hija cuyo padre no es tu pareja. Eso es mucho que digerir, lo bastante como para hacer que alguien se deprima, aunque no haya parido recientemente.

—No tengo depresión —me rebatió—. Sé lo que es eso, y esto no es lo mismo.

A esas alturas, tú ya te habías puesto a llorar, así que te tomé en brazos y te llevé al cambiador que habíamos colocado en la cómoda. Te estaba poniendo el pañal limpio cuando Lou apareció a mi lado.

—Tienes que apretárselo más —me indicó, en voz baja. Arregló la lengüeta de un costado y, luego, hizo lo propio con la otra—. Si no, se escapará el pis.

Vaya, eso explicaba por qué te cambiaba el pañal constantemente.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No es astrofísica. ¿Y acaso importa, si ni siquiera sé cómo hacerla sonreír?

—Sí que sabes —respondí. Te había visto sonreír a Lou esa misma mañana.

No obstante, se limitó a sacudir la cabeza.

—Hasta un niño de cuatro años puede cambiar el pañal a un bebé.

Sin embargo, no se trataba solo de saber cambiar pañales. Lou sabía que un eructo no era suficiente; tú necesitabas eructar dos o tres veces para no vomitarlo todo al cabo de diez minutos. Sabía qué tipo de llanto emitías cuando tenías hambre, y la forma en que llorabas cuando estabas cansada. Era una madre intuitiva y muy natural. Ojalá hubiese sido capaz de verlo por sí misma.

***

Como suele ocurrir, las cosas empeoraron al principio. Tuve que presionar a Lou para que fuera al médico, quien le recetó antidepresivos y le dijo que anduviera media hora al día. Lou empezó a sacarte con el cochecito más a menudo, pero el bote de pastillas, lleno hasta los topes, permaneció intacto.

—Dicen que tienes que tomártelas para que hagan efecto —bromeé una mañana, mientras le señalaba el envase, que estaba en la encimera.

Me lanzó una mirada que habría convertido una uva en una pasa al instante.

—No quiero tomármelas mientras le dé el pecho.

—El médico dijo que no pasaba nada.

—Ya, los médicos también dijeron eso de la talidomida y mira.

—Lou.

—Jim.

—Pero ¿te encuentras mejor?

—¡Claro!

Lo único que estaba claro era que todavía lloraba en la ducha, mientras el agua corría y Lou creía que yo no la oía. Que los regalos que le habían mandado sus amigos se amontonaban en el comedor hasta que los abría yo. Y que a veces, cuando tú reías, ella te sonreía, pero no te devolvía la risa, por mucho que la tuya fuera el sonido más contagioso del mundo.

Después de que Lou dejara de darte el pecho y pasáramos a alimentarte con leche de fórmula y alimentos sólidos hacia finales de verano, Lou pasó de beber agua a tomar vino. Se tomaba una copa mientras yo preparaba la cena («bueno, no pasa nada», pensaba), pero luego la seguían unas cuantas más, y para cuando nos dábamos las buenas noches, se alejaba tambaleándose.

¿Y qué podía decirle? ¿Qué podía hacer? Vivir y hacer de padre con alguien que, en realidad, no era mi pareja era muy extraño.

—Lou —le advertí un día cuando terminó de vaciar la botella de vino dentro de la copa.

Me miró y arqueó una ceja, y rápidamente murmuré algo que no tenía nada que ver con el alcohol o con la tristeza que se reflejaba en sus ojos. Quizá yo no tenía derecho a decirle nada, me dije. Puede que Lou solo necesitara algo de tiempo.

***

Una noche, cuando casi había amanecido, salí de la cama para picar algo y me encontré a Lou sentada a la mesa de la cocina. Sostenía en la mano una copa de vino blanco, llena hasta casi el borde, y estaba inclinada sobre una libreta con la tapa blanca y negra, que usaba para escribir poemas. Pero la página por la que estaba abierta estaba en blanco.

Parecía aturdida cuando levantó la mirada y me observó.

—Me he perdido a mí misma, Jim —susurró—. Ya no recuerdo quién soy, lo único en lo que pienso es que siento que voy a morirme, y ni siquiera estoy segura de que eso sea algo malo.

Le quité la copa de una mano y el bolígrafo de la otra. Luego, la levanté en brazos (no pesaba nada, poco más que un niño) y la abracé, casi como si fuera ella la niña. Los ojos se me anegaron en lágrimas y me alegré de que Lou no lo viese; no quería hacer que se sintiera todavía peor.

—Es muy duro, ¿verdad? —murmuré.

—Lo más duro que he tenido que hacer nunca.

—Pero también es lo mejor. Tenemos una hija maravillosa.

—No será gracias a mí.

—Lou. —Y repetí su nombre una vez tras otra, como un cántico, mientras le acariciaba la cabeza—. Emerson es maravillosa porque, precisamente, es como tú. Saldremos de esta. Lo conseguiremos. Confía en mí.

—Ya confío en ti —dijo, con la boca en la curva de mi cuello.

Me entraron unas ganas irrefrenables de besarla, cosa que me sorprendió. Pero el deseo se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. Sí, Lou se sentía frágil y vulnerable, y estaba hecha un ovillo en mis brazos. Sin embargo, era mucho más que eso. Cuando fui a veros a Nueva York después del parto y advertí que el deseo que siempre había sentido por ella se había aplacado, asumí que sería algo temporal. No obstante, ya no me lo parecía. Por mucho que quisiera a Lou, ahora solo formaba parte de mi vida; ya no era todo mi mundo.

Después de arroparla en la cama y cerrar la puerta con sigilo al salir de su habitación, me di cuenta de que eso no era una decepción, sino más bien un alivio increíble.

Capítulo veinte

Invierno de 2009 – 2010

—¿Cómo va ese libro? —me preguntó mi padre. Estaba sentado a la mesa de la cocina y te zarandeaba sobre las rodillas.

Yo cortaba pimiento en la encimera para preparar fajitas. Me detuve y levanté el cuchillo.

—¿Qué libro?

—Sí, hombre —dijo al tiempo que le dabas golpecitos en la mejilla con la mano. Él simuló que le habías dado una bofetada y te echaste a reír. Entonces, volvió a centrar su atención en mí —. Aquel que estabas escribiendo.

Me volví de nuevo hacia el pimiento.

—Ya no existe tal libro.

Si bien era cierto que escribía una especie de diario, hacía más de dos años que no escribía ni una palabra de ficción.

—¿A qué te refieres con que «no existe»? Si estabas escribiendo uno. ¿Qué le ha pasado?

Sacudí la cabeza, pensando que había sido un error invitarlo. Como Lou se sentía mejor, estábamos tratando de relacionarnos más; el doctor al que acudía le dijo que era importante que reconectara con la gente y con los ámbitos de la vida que no incluían biberones ni hablar sobre bebés. De modo que contratamos a una niñera y fuimos a cenar con Pascal. Otro día, invitamos a casa a comer a Nessa, su pareja y sus dos hijos. La Jennifer que estaba con Lou el día que naciste, y que no se molestó en disimular el desconcierto que le producían nuestros planes de vida, incluso vino a pasar un fin de semana con nosotros.

Sin embargo, a Lou se le había ocurrido que estaría bien invitar a mi padre con más regularidad.

—Es el único abuelo que tiene Emerson —me dijo cuando le conté que en realidad no me apetecía verlo salvo en días señalados.

En lo que a mí respecta, ya venía demasiado a casa. Estaba encantado de tener otra nieta, tal y como había afirmado, y lo demostraba malcriándote con regalos y mostrando mucho más entusiasmo en hacer de abuelo del que jamás mostró como padre. Objetivamente, yo era consciente de que era algo bueno. Sin embargo, todavía me irritaba recordar su reacción al enterarse de que Lou estaba embarazada y de que yo era el padre. Y aquí estaba ahora, interesándose por cómo me iba el libro.

Empezaste a retorcerte, de modo que mi padre te dejó en el suelo y empezaste a gatear. Él se acercó a la nevera.

—Solo lo decía porque creía que a estas alturas ya habrías escrito un libro, aunque no te lo hubieran publicado —comentó, y echó un vistazo a lo que había en el frigorífico—. Sé que para ti era algo importante.

—Pues ya no lo es —repliqué, y eché el pimiento en la sartén. Comenzó a crepitar y a chisporrotear mientras lo removía con una espátula—. Tengo una familia de la que ocuparme y facturas que pagar.

Cogió una cerveza y volvió a sentarse a la mesa sin responderme.

—Soy feliz con lo que tengo —insistí, aunque claro, esa insistencia solo ponía de manifiesto que me parecía de todo menos bien.

—De acuerdo —respondió.

Uno de mis primeros recuerdos era de mi padre inclinado sobre mí en la mesa del comedor mientras yo hacía los deberes de Matemáticas. En aquella época, la idea que muchos padres tenían de participar en la educación de sus hijos tan solo implicaba firmar notas e informes y asistir a las reuniones esporádicas; los deberes era algo de lo que se ocupaban los profesores. Pero ahí estaba mi padre, observando cómo llegaba al resultado incorrecto, una vez tras otra.

—Venga, hijo —me dijo, señalando los números que acababa de escribir y que volvían a ser erróneos—. Puedes hacerlo bien. Puedes resolverlo.

Usó un tono severo, pero recuerdo que pensé que debía de quererme; no solo me ayudaba, sino que estaba convencido de que era capaz de dar con la solución correcta a pesar de que había evidencias de sobra que indicaban lo contrario.

No obstante, no pensé en ese recuerdo mientras lanzaba furiosamente el filete que acababa de sazonar en la sartén y lo colocaba en la parrilla.

—De todos modos, ¿a ti qué más te da? —pregunté—. Tampoco es que vaya a escribir nada sobre coches.

Incluso alguien que no lo conociese podría haber mirado a mi padre y haberse dado cuenta de que lo había herido. Se puso de pie y agarró la cerveza.

—Solo te lo comentaba porque pensaba que te iría bien hacer aquello que tanto dices que te encanta —soltó, y se dirigió a la sala de estar.

***

—Soy un capullo—le dije a Lou, esa misma noche.

Mi padre se había pasado la cena hablando con todo el mundo menos conmigo, y ni siquiera me miró a los ojos cuando nos despedimos. Era cierto que mi padre era muy terco, y también que podía ser selectivo con las personas a las que prodigaba cariño. Sin embargo, sabía que me había equivocado.

Lou estaba sentada en la butaca que había enfrente del sofá, con las piernas dobladas contra el pecho. Hacía poco que se había cortado el pelo; ahora apenas le llegaba a los hombros. Me gustaba más como le quedaba antes, aunque así también le quedaba bien.

—No eres un capullo. —Al ver mi expresión escéptica, añadió—: Bueno, quizá lo que le has dicho no ha sido lo más acertado, pero te han criado para reaccionar así. ¿Por qué no te disculpas

la próxima vez que lo veas? También podrías llamarlo mañana. Eso podría ser de ayuda.

—Sí. Supongo que no es mala idea que me disculpe. —A mi lado había un cojín azul marino con estrellas amarillas bordadas, que conformaban una constelación que no era capaz de identificar—. ¿Es nuevo? —le pregunté, señalado el cojín.

Ella asintió.

—Lo detestas, ¿no?

—No, no, para nada. Es bonito.

Cuando Kathryn y yo vivíamos juntos, recuerdo que deseaba que nuestra rutina implicara más pasión y menos monotonía. Ahora, en cambio, la monotonía constituía una especie de felicidad en sí misma, sobre todo en lo que respectaba a Lou y a mí. No quería renunciar a nuestro cómodo plan de vida, y los detalles cotidianos que ella tenía (como comprar cojines o reorganizar los muebles de la sala de estar) alimentaban mi esperanza de que pretendía quedarse aquí, en nuestra casa, donde criaríamos a nuestra hija. Juntos.

—Bueno, pues… —Frunció la nariz—. Hoy he recibido el primer cheque de la pensión alimenticia.

—¿En serio?

Eso sí que no me lo esperaba. El divorcio ya era definitivo, pero el quiebre de la empresa de Rob había complicado las negociaciones tras el divorcio. Rob había tenido que declarar ante un comité gubernamental y Andrea se había visto obligada a testificar en el Congreso. Ambos habían salido impunes y, en poco tiempo, Rob había encontrado trabajo en una pequeña empresa financiera, dirigida por uno de sus antiguos compañeros de la escuela de empresariales. Me alegré: parecía una señal de que, poco a poco, Rob empezaba a salir adelante. No sabía si todavía estaba con Andrea. Y tampoco quería saberlo.

—Pues sí. El sábado habríamos cumplido once años de casados —comentó ella, bajito.

«Podrían haberlo superado», pensé. Podrían haber vuelto a estar juntos después de la separación si yo no me hubiera entrometido.

—Once, madre mía.

—Ya. Técnicamente, llegamos a los diez; el proceso de divorcio comenzó justo después de nuestro aniversario. Pero, bajo mi punto de vista, estuvimos casados nueve años. Para mí, se acabó en el mismo instante en que vi cómo le colocaba la mano en la parte baja de la espalda a esa mujer.

Observé a Lou con una expresión de sorpresa.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo sé, unas dos o tres semanas antes del funeral de Jason. Estaba en el centro y se me ocurrió darle una sorpresa e ir a verlo al despacho, ya que me había dicho que tenía que quedarse trabajando hasta muy tarde. Estaba justo delante del edificio cuando los vi salir por la puerta giratoria. —Lou se mordió el labio inferior—. Estaban saliendo juntos, no uno por uno, como hacían los demás. Una vez en la calle, él le puso la mano en la espalda. Y en ese momento, supe que lo nuestro había terminado.

Sacudí la cabeza; no sabía muy bien qué decirle.

—A día de hoy, él jura y perjura que por aquel entonces no estaban enrollados. Pero ya tenían ese tipo de intimidad, ¿sabes a lo que me refiero? Me dio la sensación de que era el primer clavo que remachaba en el ataúd donde había enterrado nuestra relación.

Un año antes, o incluso solo seis meses, lo que hice me habría parecido justificado al oír aquello. («¿Lo ves? ¡Se lo merecía!»). Sin embargo, ahora solo sentía pena por Lou, y también por Rob. Al fin y al cabo, si alguien conocía los efectos de una mala decisión, era yo.

—Lo siento mucho, Lou.

—Gracias. Y yo siento no habértelo contado antes. Debería habértelo explicado cuando vine para el funeral de Wisnewski.

—No pasa nada. Gracias por contármelo ahora.

¿Qué había empujado a Rob hacia Andrea? ¿Estaba deprimido? La muerte de Wisnewski debió de ser un golpe muy duro para él. Y en el trabajo le exigían demasiado a un nivel físico y mental, algo que yo no había llegado a comprender del todo hasta que la empresa quebró. Quizá lo que yo había identificado como estrés era una crisis real. ¿Por qué no había prestado atención a las señales? ¿Por qué no había tratado de intervenir?

Porque estaba demasiado ocupado obsesionándome con su mujer; me avergoncé cuando me di cuenta de eso.

Lou suspiró y estiró las piernas hacia delante.

—De todos modos, la pensión tampoco es que sea mucho, pero para mí está bien. Casi tengo bastante para vivir por mi cuenta.

—¿Para vivir aquí? ¿O en Nueva York?

Me miró, sorprendida.

—Bueno, supongo que deberíamos hablar del tema, ¿no?

—Tenía la esperanza de hacerlo en algún momento.

—Cuanto más tiempo me quede, más duro será si me voy.

—Pues no te vayas —contesté—. Aquí hay escuelas muy buenas. Y tanto a ti como a Emerson os iría bien tenerme cerca. Y últimamente… has estado tan bien…

—Te refieres de ánimos.

Asentí.

—No tenemos que vivir juntos. Podríamos buscarnos dos casas adosadas en el mismo barrio o algo por el estilo, así estaría cerca siempre que me necesitaras, pero tú y Emerson podríais tener vuestra propia casa.

—¿Con el mercado inmobiliario como está? Sería imposible conseguir una hipoteca decente.

—Podrías irte de alquiler. Yo te ayudaría. Hay muchísimas opciones. ¿En serio quieres volver?

—No lo sé. Me da la sensación de que Nueva York es la ciudad en la que vivía antes de ser madre. Y… —Se miró las uñas—. Era la ciudad donde vivía con Rob. Volver allí sería extremadamente doloroso. En parte, esa es una de las razones por las que me vine a vivir contigo. Era incapaz de quedarme allí ni un minuto más.

Lou todavía quería a Rob. Eso era lo que la mantenía cerca de mí. Pero un día, eso mismo podría alejarnos.

—Pero tampoco estoy segura de que esto sea definitivo —añadió—. ¿Nunca has querido vivir en cualquier otro sitio?

—Claro que sí. Siempre he querido vivir en una gran ciudad. Chicago, por ejemplo, o en otra que sea más cálida, como Austin o Nueva Orleans.

Esbozó una sonrisa melancólica.

—Sería divertido. De momento, veamos cómo nos va en los meses siguientes.

***

Unas semanas más tarde, Lou consiguió trabajo en la librería de nuestra vecina Yvonne, y no volvimos a hablar sobre mudarnos a otro sitio. En la librería también se vendían atrapasueños, cristales y minerales, y preparaban como cincuenta y dos tipos de té (pero no café expreso, porque, al parecer, era malo para el chakra raíz, que vete a saber tú dónde demonios está). Lou cogía el autobús siempre que yo necesitara el coche, e Yvonne le asignó un horario flexible.

—¿Estás segura? —le pregunté. Estaba sentada en la encimera y parecía contenta.

—Completamente. Quiero asegurarme de que puedo hacerme cargo de Emerson. Teniendo en cuenta el berenjenal en el que se metió Rob, no puedo dar por sentado que la pensión seguirá llegando, y digamos que la poesía no te da de comer.

—Pero me tienes a mí —repliqué. Tampoco es que yo ganara una millonada, pero bastaba para vivir los tres—. Y ahora que estás mejor, ¿no preferirías usar ese tiempo para volver a escribir? Al fin y al cabo, tu último libro…

—El editor me pagó dos mil dólares —confesó, en un tono casi de disculpa—. Y fue generoso, porque tampoco es que yo sea Maya Angelou.

—Vaya —contesté—. Bueno, que sepas que seguiré contribuyendo, y eso no va a cambiar.

—Ya lo sé, y te lo agradezco. Ya escribiré por las noches y los fines de semana. De todos modos, ya no tengo la misma inspiración que antes. Estoy segura de que volveré a tenerla, pero, por ahora, las musas me han abandonado. —Observó—. ¿Y tú qué, Jim? ¿Has vuelto a escribir?

—De vez en cuando escribo algún párrafo, pero quizá trate de escribir una novela pronto —dije, con tanta confianza que estuve a punto de creérmelo yo mismo.

***

Tu primer año de vida se me pasó volando. Cuando llegó tu cumpleaños, hicimos lo que hacen todos los padres y te organizamos una gran fiesta que nunca recordarías. Invitamos a los vecinos y a sus hijos, y Victoria y tus primos vinieron desde Oregón. Mi padre también asistió, acompañado de Miriam, a quien por fin había empezado a referirse como su «novia».

—¿Dónde está mi princesa? —preguntó mientras entraba por la puerta como una exhalación. Te levantó en brazos y luego te enseñó el balancín de madera con forma de caballo que te había hecho él mismo. Pasaste la hora siguiente subiéndote y cayéndote del caballo.

Lou había decorado la casa con banderines y racimos de globos, y había hecho *cupcakes* decorados con glaseado de crema de mantequilla y virutas de chocolate de colores brillantes. Se te iluminó el rostro mientras te cantábamos el «Cumpleaños feliz»: sabías que la canción era para ti y que te la cantaba la gente que más te quería en el mundo. Esperaba que intentaras meterte un *cupcake* entero en la boca o que trataras de aplastarlo con la mano, pero, en cambio, metiste un dedito en el *cupcake* con cuidado, te lo llevaste a la boca y esbozaste una sonrisa mientras el azúcar se te disolvía en la lengua.

—Hagamos una foto —propuso mi padre, y me dio una palmada en la espalda. Ya me había disculpado por lo que le había dicho hacía meses y, desde entonces, habíamos retomado nuestra

habitual relación: distante pero cordial.

—Buena idea —respondí, haciendo señas a todo el mundo para que se acercaran.

No obstante, mi padre sacudió la cabeza.

—No, me refería a vosotros tres.

Fruncí el ceño, pero él me empujó hacia adelante con la firmeza suficiente para que supiera que iba en serio.

—¿Podrías confiar un poco en mí por una vez en la vida? —refunfuñó.

—Vale —accedí, y suspiré. Le hice un gesto a Lou para que se acercara—. Mi padre quiere hacernos una foto a los tres.

Lou y yo nos colocamos detrás de tu trona, pero mi padre continuó haciendo gestos para que nos agacháramos y nos juntáramos todavía más.

—Venga, fingid que os caéis bien, al menos —se burló, exasperado.

Lou me posó el brazo en la espalda y me acercó a ella.

—¿Quién dice que tenemos que fingir? —replicó.

Una vez todo el mundo se fue y Lou y yo te acostamos, fregamos los platos que no habían cabido en el lavavajillas. Alcé una de las copas que acababa de enjuagar.

—Por Emerson y por haber llegado al año.

Lou levantó otra y la entrechocó con la mía.

—Por nuestra pequeña y por haber llegado hasta aquí. Nos ha salido mejor de lo que esperábamos, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Brindo por eso. —Dudé, pero luego decidí que sí, que tu cumpleaños era un buen momento como cualquier otro para demostrar que, de algún modo, estaba superándolo y esforzándome mucho, muchísimo, por olvidarme de ella—. Por cierto, Lou…

Acababa de dejar la copa y se disponía a agarrar un bol de patatas.

—Dime.

—Creo que estoy listo para empezar a salir.

Tiró las patatas que quedaban a la basura y me observó de manera inquisitiva.

—Con otras mujeres —especifiqué.

—Mmm… Vale…—dijo, y me pasó el bol para que lo fregara—. ¿Y eso qué implica para nosotros?

—No estoy seguro. No tiene que cambiar nada, a no ser que queramos. ¿Te parece bien? —pregunté.

No supe identificar su expresión.

—Por supuesto. Quiero que seas feliz.

—Tu también puedes, si quieres. Quedar con otros hombres, me refiero.

Agarró una fuente de la mesa y me la dio.

—Te lo agradezco, pero creo que todavía no estoy lista. Y puede que no lo esté durante un tiempo. Primero quiero estar segura de que estoy bien. Estos últimos dos años han sido demasiado moviditos.

—Claro, tienes razón. Y si cambias de opinión, también está bien.

Lou me pasó el botellín de leche que te habías bebido antes de irte a la cama. Era alucinante pensar que hacía menos de dos años, ella y yo nos habíamos bebido una botella de champán y

nos habíamos entregado sin reservas a la idea fantasiosa de que no importaba nada salvo vivir el momento.

Ahora pensaba siempre por adelantado. En media hora, iría a tu habitación a comprobar que no te hubieras hecho pis o estuvieras enrollada con la manta. Y al cabo de una hora, tendría que irme a la cama si quería llegar a tiempo a la oficina al día siguiente para empezar a preparar los veintisiete proyectos que me esperaban. A finales de mes, tenía que entregar el más importante de todos, y estaba bastante seguro de que era una montaña de basura que me quitaría la mayor parte del tiempo durante las dos semanas siguientes. Y así, sucesivamente.

Pero entonces contemplé a Lou, y esta me ofreció la misma sonrisa torcida y con hoyuelos que tienes tú, Emerson. Y solo por un instante, me olvidé de lo que tenía que hacer y fui capaz de disfrutar de la suerte que tenía de estar aquí, ahora.

Capítulo veintiuno

Invierno de 2010 – verano de 2010

Hacía tanto tiempo que no tenía una cita que tenía muchas reservas sobre cómo embarcarme en esa odisea. Pronto me di cuenta de que era más fácil ser yo mismo que fingir que era otro.

Con Lilah, una atractiva violoncelista que estaba a punto de irse de gira por Europa, me comporté como un hombre con una confianza innata para con las mujeres.

Para Amy, una productora de un programa de radio con un ingenio apabullante, yo era un autor que estaba a punto de escribir el próximo gran éxito de la literatura canadiense (ambos coincidíamos en lo de canadiense, porque eso parecía un poco menos imposible que intentar escribir otro gran éxito de la literatura estadounidense; no importaba que no tuviera ningún derecho sobre Canadá y que tuviera que competir contra Margaret Atwood).

Mallory, quien nunca me dijo cómo se ganaba la vida, se encontró con un conversador hábil. Pronto me arrepentí de mis habilidades conversacionales cuando se hizo evidente que Mallory solo quería hablar de la mofeta que tenía por mascota. «Son bastante agradables una vez les han extirpado las glándulas que producen su distintivo olor», me informó ella, mientras me enseñaba una fotografía de la bestia blanquinegra postrada en su cama. «Y como compañeros», me comentó, «son tan divertidas como cualquier hurón». No tuve las agallas de decirle a Mallory que tanto los hurones, como las mofetas, como ella misma me parecían una pesadilla.

Cualquiera pensaría que ser padre soltero constituiría una desventaja en el mundo de las citas, pero no. Al parecer, usar la expresión «custodia compartida» en tu perfil implica automáticamente cierto nivel de confianza y responsabilidad (o tal vez solo ponía de relieve mi virilidad). De modo que conocí a muchas mujeres inteligentes y cautivadoras. Era una pena que no me interesara iniciar una relación seria con ninguna de ellas.

—¿Cómo era? —me preguntaba Lou siempre que volvía de una cita.

—Pues estaba bien, pero no era nada del otro mundo —le decía, y nos reíamos.

Pero cuando me iba a la cama solo, noche tras noche, me planteaba por qué no era capaz de establecer una conexión más profunda con ninguna de esas mujeres. Lilah, por ejemplo, me había mandado un correo electrónico desde Praga para decirme que le gustaría volver a verme cuando volviera a Estados Unidos. ¿Por qué no podía enamorarme de ella, o darle una oportunidad al menos? ¿Y por qué no de Amy, o de Bridget, que era mona y culta y tenía muchas ganas de que me fuera a su casa con ella?

Claro que mi subconsciente me recordaba continuamente el fracaso de mi relación con Kathryn. Una noche, mientras clasificaba la bandeja de entrada, me encontré con un correo electrónico que me mandó poco después de que empezáramos a salir. En el mensaje solo me preguntaba si quería acompañarla a la exhibición de arte de un amigo, pero era tan ocurrente y cariñoso que me puse a pensar en que, si nos hubiésemos conocido ahora por primera vez y los dos estuviéramos solteros, estaría con ella (aunque lo que Kathryn deseara fuera casarse y tener hijos). «Qué pena más grande», pensé mientras archivaba el correo en una carpeta; no me atrevía a eliminarlo.

—Pero ¿qué haces, amigo mío? —me espetó Pascal cuando quedamos en el centro para ir a tomar algo—. Seguro que has conocido al menos a una mujer con la que valga la pena tener una tercera cita, ¿no?

—Ya he tenido terceras citas con algunas —contesté, cuando, de hecho, la única persona con la que había quedado tres veces era Lilah, y solo porque sabía que estaba a punto de tomar un vuelo transatlántico—. De todos modos, tú no eres el más indicado para hablar. Si no recuerdo mal, antes tenías una cita tras otra, y siempre con una mujer distinta.

—Bueno, ahora todo parece bonito y maravilloso —anunció con esa cadencia melódica tan característica—. Pero no le deseo la época que viví tras el divorcio ni a mi peor enemigo. Ahora que Winnie ha aceptado volver conmigo, soy más feliz que una perdiz y vivo en el cuento de hadas más precioso que te puedas imaginar.

Incliné el vaso hacia él.

—Pero ¿no se comían la perdiz al final de los cuentos? —Puso los ojos en blanco—. Pascal, lo importante es que he superado lo de Lou. Deberías estar orgulloso de mí.

—Y me alegro de que estés mejor, James. Te lo prometo. Pero mientras sigáis viviendo bajo el mismo techo, ¿podrás seguir adelantes de verdad?

«Quizá tiene razón», pensé esa misma noche, al oír a Lou trasteando en el baño. Pero ¿cómo te afectaría, Emerson, si nos separábamos? Era una pregunta que me despertaba a las dos de madrugada, y a las cuatro de nuevo, y a veces incluso me mantenía despierto toda la noche, con los ojos fijos en el techo, hasta que sonaba el despertador horas más tarde.

La noche que quedé con Pascal, Lou llamó a la puerta de mi habitación antes de irse a la cama.

—¿Jim? —dijo, sin abrir la puerta—. ¿Has pasado ya por la habitación de Emerson?

—Sí —contesté.

—Gracias. Ya me levantaré yo si se despierta.

—No si yo me levanto antes —repliqué, y se echó a reír.

—No tienes remedio.

—Ninguno —coincidí—. Por cierto, Lou.

—Dime.

—¿Crees que deberíamos seguir viviendo juntos?

Entonces, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Por qué me lo preguntas?

Había estado leyendo, así que dejé el libro sobre la almohada, a mi lado.

—Pensaba en Em.

—Pues no lo sé. Parece feliz, pero…

—Pero si se acostumbra mucho, a medida que vaya creciendo, será todavía más duro para ella que vivamos en dos casas separadas —terminé yo.

—Exacto. —Lou abrió la boca para continuar, pero sacudió la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—En realidad, no estoy segura. Pero démosle unas cuantas vueltas al tema, ¿te parece? Luego podemos comparar las conclusiones a las que llega cada uno y decidir qué es lo mejor.

—Buena idea —coincidí.

Sin embargo, no volvimos a hablarlo al día siguiente, ni siquiera al mes siguiente. Nos limitamos a seguir adelante y a mantenernos como estábamos, como si todo fuera a solucionarse sin que tuviéramos que intervenir.

***

Una tarde de junio, abrí la bandeja de correo y me encontré el siguiente mensaje:

> James:
>
> Han pasado muchos años; espero que te acuerdes de mí. Te he buscado por internet y he visto que aún vives en Ann Arbor. Estaré allí dentro de dos días para una entrevista de trabajo. ¿Te gustaría ir a tomar algo? Sea como sea, espero que todo vaya bien.
>
> Atentamente,
> Nora

Nora Roderick. Claro que me acordaba de ella. Incluso la había buscado por internet unos años antes, y su currículum digital me informó de que se había graduado en Derecho en la facultad de Loyola, que había sido la primera de su promoción, y que trabajaba para un bufete importante en Chicago.

Le respondí y le propuse que quedáramos en un restaurante mexicano que había en el centro, a lo que ella me respondió «Perfecto», y adjuntó su número de teléfono.

—¿Te importa que vaya? —le pregunté a Lou esa misma noche mientras cenábamos.

Habías empezado a poner en práctica un truco que consistía en balancearte y dar sacudidas para salir disparada de la trona y caer al suelo, sin ser consciente de que si tu te ibas al suelo, la trona se iba contigo. De modo que estabas sentada en el regazo de Lou para mayor seguridad. Tu madre paró de darte guisantes con la cuchara y me miró.

—¿Que vayas a una cita? ¡Claro que no! Ya sabes que esa noche no trabajo.

—No es una cita, y solo lo preguntaba porque quería estar seguro de que te parecía bien —repliqué.

—Ah, ¿no? —Lou sonrió.

—Es una exalumna.

—Eso fue hace mil años. Ahora debe de tener unos treinta, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—Entonces, ve y pásatelo bien —insistió Lou, haciéndote rebotar sobre su regazo—. Queremos que papá se lo pase bien, ¿a que sí? —te preguntó, haciendo gorgoritos.

Entonces, pegaste una palmada en la mesa con una mano recubierta de guisantes chafados y dijiste:

—¡Sí!

—Todo esto es muy raro a veces —tercié.

Lou te miró y luego hizo lo propio conmigo.

—Se trata de acumular vivencias enriquecedoras, Jim. Vivencias enriquecedoras.

***

Nora llegaba quince minutos tarde. Mi padre opinaba que la tardanza era un defecto de personalidad y, aunque yo no estaba de acuerdo, detestaba que alguien no se presentara a la hora acordada. Sin embargo, cuando la vi entrar con aire resuelto, enfundada en un vestido violeta y con unas botas que me recordaron a las que llevaba a clase, se me pasó el enfado.

—Vaya, vaya —dijo sin molestarse en disimular que me escudriñaba de arriba abajo—. James Hernández. ¿Cómo puede ser que yo haya tenido que empezar a inyectarme bótox y tú no hayas envejecido nada?

Estaba muy nervioso, pero de un modo extraño: estaba disfrutando.

—No, no lo has hecho.

Nora me regaló una sonrisa traviesa.

—No, en realidad no. Pero de verdad, James, estás fantástico. Me alegro de verte.

—Tu también, Nora.

La camarera nos guio hasta un reservado grande y tenebroso.

—Me da la sensación de que estamos cada uno en una punta del restaurante —observó Nora después de que nos sentáramos en nuestros respectivos asientos.

—Hola, hola… —bromeé, simulando el eco.

Ella hizo un altavoz con las manos.

—¿Quieres que nos sentemos en la barra? —preguntó.

—Creía que no lo dirías nunca.

Nos acomodamos en un par de taburetes y pedimos margaritas. Después, Nora se volvió para mirarme.

—Así está mucho mejor.

Asentí.

—Me alegro de verte. ¿Qué te hizo ponerte en contacto conmigo tras todos estos años?

—El bufete que quiere contratarme tiene la sede en Detroit, y si consigo el puesto, trabajaría en la oficina de Ann Arbor. Se me ocurrió que no estaría mal volver a ver a algunas de las personas que conozco que viven aquí, así que te busqué en Google y vi que todavía estabas en la universidad. Aunque no me puedo creer que ya no seas profesor. ¿Y eso?

Me encogí de hombros.

—Tampoco es que fuera muy buen profesor.

—No, la verdad es que no —contestó con otra sonrisa maliciosa—. Pero al menos te

preocupabas por nosotros. ¿Te acuerdas de aquella vez que me diste una segunda oportunidad?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Entonces, ¿no lo hacías con todos los alumnos? —preguntó.

—Cateé al resto.

—Sí, hombre.

Me reí con ganas.

—No, la verdad es que no los suspendí. —Me sentía alegre y relajado, del modo en que el tequila te hace sentir. Me incliné hacia ella—. Aún recuerdo la historia que escribiste. Era buena, tal y como pensaba. ¿Has escrito algo más desde entonces?

—Gracias por el cumplido, pero digamos que no soy muy fan de la ficción. Al final ha resultado que lo que de verdad me gusta escribir son informes legales. Soy esa abogada entre un millón a la que le encanta la ley.

—Qué afortunada. Pero si no te gusta la ficción, no creo que podamos ser amigos —la provoqué.

Le brillaron los ojos.

—¿Estás seguro de eso, James? —«La verdad es que no»—. Bueno, ya basta de hablar de mí, te toca a ti. Cuéntame, ¿qué ha sido de ti estos últimos diez años?

Te parecerá interesante (y quizá no solo era por culpa del tequila, sino porque Nora me hacía sentir achispado y, al mismo tiempo, cómodo), pero esa vez no sentí la necesidad de hacerme pasar por otra persona mientras estaba con ella.

De modo que la puse al día (desastres incluidos) y le conté todas las decepciones que me había llevado y el éxito inesperado que había tenido en el trabajo; le hablé de las relaciones amorosas fallidas y de nuestra complicada situación familiar. No pareció desconcertada al saber que había tenido una hija con una mujer que no era mi pareja. De hecho, apenas pestañeó cuando le expliqué que Lou y yo vivíamos juntos. Había empezado a explicarle que las cosas en casa iban bien cuando Nora se inclinó hacia delante, me posó la mano en la rodilla y me besó.

Sentí la electricidad en los labios mientas nos besábamos, y cuando se recostó en mi pierna, noté una especie de tirón (fruto de la pasión, claro, pero también de la posibilidad que se abría ante nosotros) que hacía tiempo que no sentía.

—¿Tienes que ir a algún lado? —me preguntó cuando nos fuimos.

—Sí —respondí, y me incliné para volver a besarla—. Donde tú me digas.

Capítulo veintidós

Verano – otoño de 2010

Nora consiguió el trabajo y se trasladó a una casa unifamiliar en la zona oeste de la ciudad ese mismo julio. Casi de inmediato, empezamos a vernos casi todos los días. Entre semana, iba a su casa después de acostarte. Como Nora se quedaba en la oficina hasta tarde, resultó ser una organización fantástica. Los fines de semana, la cosa se complicaba, tanto a nivel logístico como emocional. Lou trabajaba en la librería, donde recientemente la habían ascendido a encargada, y yo no quería dejarte con una niñera durante todo ese tiempo. Además, tú, Lou y yo ya teníamos la costumbre de pasar juntos la mayor parte de nuestro tiempo libre. Continuamos haciéndolo, pero cada vez deseaba más que Nora también estuviera con nosotros. Sin embargo, cuando estaba con ella, te echaba de menos a ti (y sí, también a Lou). Mi corazón se encontraba en una encrucijada eterna.

Una tarde de principios de agosto, Nora y yo estábamos desempaquetando las últimas cajas que le quedaban en la habitación cuando, de pronto, se volvió hacia mí y me dijo:

—No quiero pedirte que vayamos en serio porque quizá te asuste, pero, por favor, ¿podríamos no quedar con otras personas?

Me eché a reír, solté las perchas que tenía en la mano y la abracé.

—No sé cuándo voy a quedar con otras si ya paso todo el tiempo libre que tengo contigo. Pero sí, para mí, solo estás tú. Aunque mi yo pesimista me dice que es imposible que sea tan sencillo.

Nora se apartó e hizo una mueca.

—¿Y por qué no? ¿Es por Lou?

A esas alturas, ya se lo había contado todo: lo mucho que había querido a Lou durante todos estos años, incluso cuando no debería haberlo hecho; cómo había dejado que ese amor me arrebatara tantas cosas; cómo me había atormentado lo que le había hecho a Rob, cuya expresión furiosa aún se me aparecía en sueños, y cómo pensaba en él día sí, día también. Con otra mujer, habría sido demasiado pronto para tales confesiones. Pero con Nora, me pareció natural, e incluso necesario, para que llegáramos a este grado de intimidad.

—No, no lo creo —le respondí—. Creo que se trata más bien de que no confío en el destino ni en mi subconsciente.

—Vale, pues entonces confía en mí —replicó—. Es sencillo porque es algo bueno, y es

bueno porque es sencillo.

Tal vez tenía razón, pero albergaba la sospecha de que, de hecho, era algo bueno porque era complicado. Para mí, Nora era tanto la chispa como el calor del fuego; la pasión y la cotidianidad. Mientras le besaba la nuca y notaba cómo se estremecía, se me ocurrió que no tenía ni punto de comparación con las dos mujeres que había querido antes de que llegara Nora. Porque sin Lou o Kathryn y lo que ambas me habían enseñado sobre el amor (por lo había pagado un precio muy alto), no habría estado con Nora.

***

—Estoy muy contenta por ti, Jim —dijo Lou cuando le anuncié que Nora y yo íbamos en serio —. Es lo mejor que te podría haber pasado.

—Pero ¿es lo mejor que te podría haber pasado a ti? ¿Y qué pasa con Emerson? Hay que tener en cuenta que somos tres ahora —recalqué.

—No tienes que preocuparte por nosotras, ¿verdad, cariño? —te preguntó Lou, haciendo gorgoritos.

Diste una palmada y dijiste:

—¡Por nosotras!

Lou y yo nos miramos y nos echamos a reír. (Eras tan graciosa; ¿cuándo ha habido una niña tan vivaracha y maravillosa?, nos preguntábamos, como suelen hacer todos los padres primerizos).

Aun así, sí que me preocupaba. Lou había mejorado mucho, pero aún tenía días malos. Y cuando los tenía, yo siempre estaba allí para ayudarla a superarlos.

Cuando le dije a Lou que me inquietaba que se fuera, se lo tomó como si me hubiera vuelto loco.

—Mi psicólogo dice que mudarme ahora sería lo peor que podría hacer —me informó, y me ordenó callar con un gesto—. Ahora las cosas son estables, y eso es lo más importante.

Me alegré de que su psicólogo opinara que trasladarse era una mala idea, aunque sospechaba que el hecho de que pasara unas cuantas noches a la semana en casa de Nora no contribuía a la estabilidad de Lou.

***

Empática e inteligente como era, Nora notó que eso me provocaba cierta ansiedad.

—Sabes que no tienes que quedarte aquí tan a menudo si eso te hace sentir mal, ¿verdad? —me comentó un sábado por la noche, cuando llegué cargado con la bolsa de fin de semana—. Podemos tomárnoslo con calma.

—Es que no quiero que nos lo tomemos con calma. —Dejé la bolsa en el suelo y tiré de Nora hacia mí—. Ay, Nora, ¿de qué modo voy a amarte?

Estaba citando un soneto de Elizabeth Barrett Browning, pero antes de que pudiera seguir y decirle: «Pues te quiero hasta el abismo», Nora me miró a los ojos y respondió:

—Pues mira que es fácil, James. Quiéreme cuando esté en mi peor momento. quiéreme cuando no estés de acuerdo conmigo, y cuando nuestra relación ya no parezca nueva y

sorprendente. Quiéreme a pesar de todo.

Me quedé mudo. Tardé unos minutos en recuperarme y cuando al fin pude hablar, le aseguré con un hilo de voz:

—Te quiero, Nora. De verdad. Y me esforzaré al máximo para seguir queriéndote a pesar de todo.

Me besó, pero no me devolvió las palabras. Para eso tendría que esperar hasta el fin de semana siguiente, mientras desayunábamos tortitas en la cama. Tampoco importaba: ya lo sabía.

***

¿Te acuerdas de la fotografía que el abuelo nos sacó en tu primer cumpleaños? Es esa que está en la repisa de la chimenea. Me la mandó por correo electrónico al día siguiente de la fiesta, pero hasta septiembre de ese año no la imprimí y la enmarqué. Tenía pensado regalársela a Lou para su cumpleaños, pero me pilló cuando volvía a casa con ella.

—Ay, ¡déjame verla! —saltó, y extendió las manos hacia delante.

Se la di a regañadientes.

—Pero si ya la has visto. Además, quería regalártela enmarcada para tu cumpleaños.

—Aún puedes hacerlo —respondió. Se sentó en el sofá sin dejar de contemplarla.

—¿Qué ocurre? —le pedí—. ¿No te gusta?

Yo salía un poco ridículo, pero era una de las mejores fotos de Lou que había visto. Y tú, con una mancha de glaseado en la mejilla y ese pelo rebelde que tienes en todas direcciones, parecías sacada de un anuncio que promocionara la paternidad.

—Es que… Parecemos una familia feliz.

Estaba a punto de bromear y decir que todas las familias felices parecían iguales hasta que advertí su expresión.

—Nunca había formado parte de una familia feliz —continuó, entre susurros.

—Ya lo sé —le dije suavemente—. Yo tampoco estoy muy seguro de que haya tenido una antes de esta.

Mi infancia no había sido tan traumática como la de Lou; sin embargo, los recuerdos desagradables superaban con creces los agradables, al menos aquellos en los que aparecían mis padres.

En realidad, en los mejores recuerdos que tengo de mi infancia y adolescencia aparece Rob y, más a menudo de lo que pueda parecer, también sus padres. Hubo una vez que nuestro equipo de *softball* ganó el campeonato local y los cuatro fuimos a una heladería tradicional a celebrarlo.

—Pedid lo que queráis —nos dijo Bobby.

El lanzamiento de Rob había sido el que nos había concedido el título, pero sus padres me hicieron sentir como si la victoria también hubiera sido obra mía.

Cuando gané el concurso de jóvenes autores en sexto, Nancy vio el certificado sobre la pila de deberes que había dejado en la encimera de su casa y salió a comprarme un marco.

—Es importante, James. Cuélgalo en un sitio donde lo veas —me indicó ella con solemnidad. Y, al hacerlo, me dio permiso para estar orgulloso en vez de disgustado porque no era el premio adecuado, que era lo que me había dicho a mí mismo hasta entonces.

También tenía los recuerdos de las semanas de verano que pasábamos en la cabaña de la tía

de Rob, que me dio la oportunidad de comportarme de acuerdo con mi edad sin tener que estar pensando todo el rato en lo que hacía por miedo a estar haciéndolo mal. Por una vez, no me embargó la tristeza al pensar en todo lo que Rob y yo habíamos compartido. Solo detecté un sentimiento de pérdida.

Los ojos de Lou estaban anegados de lágrimas cuando alzó la cabeza para mirarme.

—Madre mía, Jim. Lo he echado todo a perder, ¿verdad?

Esbocé una sonrisa apesadumbrada.

—¿Eso no debería decirlo yo?

—No, loco, ha sido culpa mía. —Se secó los ojos con la manga de su jersey—. Podríamos haber formado un buen equipo, Jim.

—Ya somos un gran equipo, Lou.

—Me quisiste durante tantísimo tiempo… —insistió ella—. Quizá significaba algo.

—Quizá significaba que os causaría un daño irreparable a ti y a Rob —recalqué—. Quien fuera que dijera aquello de que «en la guerra y en el amor, todo vale», no estudiaba Historia.

Lou se quedó en silencio un instante. Después, comentó:

—Bueno, me alegro de que hayas encontrado el amor. Te lo mereces.

—Gracias.

No estaba seguro de que lo mereciera (creo que el karma aún tenía que devolverme alguna que otra cosa), pero era maravilloso querer tomar un avión y fugarse a algún lugar remoto con Nora en lugar de con Lou. ¿Qué demonios? Tan solo poder hablar con ella al final del día era maravilloso.

¿Lo nuestro duraría? Era imposible de predecir. Como cualquier pareja, teníamos nuestros problemas. Nora trabajaba muchas horas y, a menudo, seguía dando vueltas a los casos incluso en su tiempo libre. Si no daba su brazo a torcer cuando discutíamos sobre tonterías, como por ejemplo, que el papel higiénico de dos capas era mejor que el de una sola, ya no digamos cómo nos poníamos cuando debatíamos sobre política.

Sin embargo, yo la quería a pesar de todo; o más, si cabía, por todo eso. Por primera vez, Nora me había demostrado que una relación sólida no implicaba la ausencia de conflictos, sino que dos personas podían defender puntos de vista completamente opuestos (ya fuera sobre el papel higiénico o sobre política social) y seguir estando locamente enamorados y comprometidos con su relación.

—¿Puedo preguntarte algo? —interrogué a Lou.

—Adelante —me contestó.

—¿Todavía quieres a Rob?

Se quedó inmóvil y, por una milésima de segundo, pensé que la había ofendido. Pero entonces se acercó a la repisa de la chimenea, dejó allí la fotografía y se volvió hacia mí.

—¿Tú no, Jim? Una vez has querido a alguien sin reservas, lo quieres para siempre. Eso funciona así.

Capítulo veintitrés

Invierno de 2010

Esa Nochebuena, Lou y yo decidimos dar una cena. Nora nunca había pasado un largo período de tiempo contigo y con Lou, y yo me sentía, digamos, un poco inquieto por lo que pudiera pasar. Como consecuencia, puede (o no) que me tomara demasiados vasos de ponche de huevo, con más *bourbon* que huevo, y puede que ya estuviera un poco achispado para cuando Nora llegó.

Llevaba un vestido de punto, un fino colgante de oro y otro par de botas altas.

—Por Dios, estás preciosa —dije, y la saludé con un beso.

Ella me devolvió el beso y me observó con diversión.

—Uy… Creo que hueles un poquito a alcohol… ¿Qué pasa, que te ha entrado miedo?

Sonreí como un tonto.

—¿A mí? Para nada.

—Venga, preséntame a todo el mundo —propuso, y me agarró del brazo para guiarme hasta el interior de mi propia casa—, y luego, ¿por qué no vas y comes tantos panecillos como puedas? Así no te encontraré durmiendo la mona debajo del árbol de Navidad dentro de una hora.

Cuando le conté a mi padre lo de Nora, afirmó que la única persona con la que debía tener una relación era Lou, a quien él tenía mucho cariño.

—Por el amor de Dios, si tenéis una hija juntos —farfulló. Alzó las manos, exasperado—. ¿Así es como hacéis las cosas hoy en día? ¿Qué será lo siguiente? ¿Os iréis a vivir todos a una comuna e irás añadiendo mujeres? Si ese es el plan que tienes, tendrás que buscarte otro trabajo. Ni siquiera un ingeniero podría permitirse tener más de una mujer.

Nora asaltó a mi padre, que estaba sentado al lado de la chimenea.

—¿Javier? Qué alegría conocerte al fin. James me ha hablado muy bien de ti…

Y, de pronto, mi padre cambió de parecer. Intuía claramente lo que pensaba, algo del estilo: «¡Pero si es maravillosa! ¿Qué demonios hace una mujer como ella con mi hijo?».

Cuando viste a Nora, alzaste las manitas para que te tomara en brazos. Te aupó, te colocó sobre su cadera y me seguisteis hasta la cocina, donde Lou estaba profanando una sartén inocente llena de ñames con pequeños malvaviscos.

—¡Hola, hola! —le dijo a Nora, saludándola con una mano cubierta de pelusa—. ¡Bienvenida!

—Muchas gracias por invitarme —respondió Nora—. ¿Te ayudo?

—No, ¡ya está todo listo! —exclamó Lou con alegría, como si el temporizador del horno no acabara de pitar y las judías verdes que había en los fogones no estuvieran quemándose. Ella estaba más nerviosa que yo, e incluso después de que detuviera el temporizador y sacara las judías del fuego, siguió mirando a Nora como si en cualquier momento fuera a dejarte caer.

—Por favor, siéntate, ponte cómoda —le ofreció Lou. La voz se le había agudizado una octava—. Hemos puesto una barra en el porche cerrado, y los aperitivos están en el comedor.

—Muchas gracias. ¿Quieres ir a por algo de comer, Emerson? —te preguntó Nora, y tú asentiste.

—¡No le des galletas! —gritó Lou cuando os ibais—. Llevan demasiado azúcar, y se convierte en un monstruito.

Nora dio media vuelta.

—Vale, nada de galletas.

Entonces, te pellizcó la punta de la nariz y las dos os echasteis a reír como si te hubiera hecho una broma que solo entendíais vosotras.

A Lou no le convenció Nora. No fue maleducada con ella, pero tampoco se comportó con la efusividad que la caracterizaba. Nora lo sabía, y dejó claro que, aunque podía ser cordial con Lou, no malgastaría ni un ápice de energía mental en darle vueltas a la opinión que Lou tenía sobre ella. Me preocupaba que esto trajera futuros problemas a nuestra casa. Al mismo tiempo, envidiaba a Nora: nunca había sido capaz de quitarle importancia a lo que los demás pensaran de mí. Mientras contemplaba cómo las dos intercambiaban los típicos cumplidos mientras tomaban algo, me pregunté si en algún momento llegarían a disfrutar de verdad de la presencia de la otra. Acto seguido, me planteé por qué me importaba tanto. Si a ellas les daba igual, ¿no debería darme lo mismo a mí también?

La cena fue tan bien como cabía esperar. Tu tío Dan bebió tanto que, en comparación, yo parecía sobrio. Y mi tío José y mi tía Marie se fueron en cuanto terminamos de comer, que fue más de lo que esperábamos que se quedaran. Cuando le enseñé a mi padre nuestro árbol de Navidad (era el primero que montaba en mi casa, y el primero que no estaba fabricado con derivados de petróleo), me espetó que teníamos demasiados regalos colocados debajo. Me explicó que no solo constituían un riesgo de incendio, sino que además era una señal inequívoca de que serías una malcriada y que sería nuestra culpa (como si no fuera él quien más regalos te hacía). Nora se las apañó para distender la situación al decir que sus padres la habían malcriado a más no poder y, sin embargo, ahora era una minimalista (era cierto: no tenía nada que no usara con regularidad).

Tras la cena, todos menos Lou nos trasladamos a la sala de estar. Me la encontré en la cocina, limpiando una fuente.

—Creía que fregaríamos los platos más tarde —comenté.

—Es que necesitaba un minuto de tranquilidad.

Fuera, caían unos copos de nieve grandes y húmedos, que habían empezado a formar montañitas en el alféizar de la ventana. Le posé una mano en el hombro.

—¿Estás bien? ¿Es por Nora?

—Qué va, para nada.

—Entonces, ¿es por mi padre? —insistí—. Sé que a veces puede ser muy difícil.

—Si para ti eso es ser difícil, quiero tener tu vida —replicó mientras colocaba la fuente sobre un paño.

«Claro, su familia», pensé. Las festividades siempre eran fechas complicadas para ella. Estaba a punto de preguntarle si había hablado con su tío, que hacía poco que había dejado la bebida y se esforzaba por recuperar el contacto con ella, cuando Lou cerró el grifo y anunció:

—Esta mañana he recibido un correo de Rob.

—¿En serio? ¿Cuándo ibas a contármelo?

—Ahora —afirmó, sin rodeos.

—¿Y qué te ha dicho? —pregunté, con un tono que denotaba el miedo que sentía—. ¿Qué le has dicho tú?

Lou se encogió de hombros.

—Feliz Navidad.

—¿Y ya está?

—Y ya está.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—¿Tenemos que hablar de esto ahora?

—Has sido tú la que ha sacado el tema.

—Y has sido tú el que me ha preguntado si estaba bien. He pensado que te gustaría saber que no tiene nada que ver con tu novia. Que, por cierto, es un encanto.

No tenía nada que ver con mi novia pero tenía que ver solo con Rob. Debería haberme alegrado por ella: si Rob le había mandado un correo, significaba que no la despreciaba. Pero no había razón alguna para que el pulso se me hubiera acelerado y la adrenalina me inundara las venas. Ahora era un correo electrónico, pero ¿qué sería lo siguiente? Ella todavía lo quería. Y con toda probabilidad, Rob a ella también. Eso lo entendía, y lo envidiaba, en realidad. Pero si volvían a estar juntos, ¿se mudaría Lou a Nueva York contigo? ¿Y qué pasaría conmigo: me dejaría aquí o me pediría que me mudara y dejara a Nora?

—Gracias —dije con un hilo de voz.

Lou se secó las manos con el paño de cocina.

—No le des más vueltas, Jim. Venga, vamos con los demás y tratemos de pasarlo bien, ¿te parece?

Sin embargo, le di vueltas, muchísimas, incluso después de que Lou me dijera que, aparte del correo que le había mandado en Navidad, la correspondencia con Rob se había limitado a cortos mensajes sobre la pensión alimenticia y los honorarios de los abogados.

Justo después de que empezara a salir con Nora, la tensión había crecido entre Lou y yo. Antes, Lou me chinchaba cuando me olvidaba de algo; ahora, si no volvía del trabajo con la leche, cualquiera pensaría que acababa de sentenciarlas a una semana sin comida. Eso me sacaba de quicio, sobre todo porque ella era la primera que se olvidaba de comprar todo lo que aparecía en la lista de la compra. Y no entendía por qué Lou se empecinaba en levantarse a las seis de la mañana aunque se hubiera acostado tarde; al fin y al cabo, era la más cascarrabias del mundo cuando le faltaban horas de sueño.

Tuvimos problemas más gordos. Por ejemplo, no nos poníamos de acuerdo en si debías empezar preescolar el siguiente verano o no. Según Lou, ya estabas bien con Lauren, la niñera que te cuidaba unas horas al día, mientras que yo creía que ir a una guardería a tiempo parcial era

la mejor manera de explotar todo tu talento.

Y el tema de Rob no hizo más que aumentar la tensión. ¿Qué implicaba para Lou que hubiera contactado con ella? ¿Y para el resto de la familia?

Capítulo veinticuatro

Primavera – verano de 2011

Los meses pasaron y todo siguió igual, pero, a la vez, todo cambió. Cumpliste dos años y te organizamos otra fiesta, en esta ocasión con algunos niños del barrio y con toda la familia. Empezaste a usar el pequeño orinal de plástico que te compramos y hablabas usando oraciones cada vez más complejas («¡Papá, tu boli!», «¡Mamá, esto no gusta!»).

Lou no volvió a mencionar a Rob, y yo tampoco pregunté. En febrero, conocí a los padres de Nora, y en abril, ella y yo nos fuimos cinco días a París, donde pasamos unas maravillosas vacaciones. Comimos *coq au vin*, acompañado de una botella de burdeos en la *rue* Balzac, en el octavo *arrondissement*. Visitamos la galería de arte moderno del Centre Pompidou, y contemplamos la colección de máscaras africanas de Picasso que tenían allí. Colgamos un candado en el Pont des Arts, aunque el puente estaba a punto de derrumbarse bajo el peso de tanto amor.

Cuando volvimos, Nora me hizo sentar y me dijo que, aunque te quería con locura, nunca querría tener hijos. Y tampoco estaba muy segura de querer casarse, al menos no en un futuro próximo.

—Ninguna de las dos cosas tienen nada que ver contigo, James —afirmó mientras me apretaba la mano.

—Claro que sí —rebatí. Lo confieso: me pasé buena parte de las vacaciones en París pensando en lo fantástico que sería tener un hijo con Nora y que tuvieras un hermano.

—No —insistió—. Siempre lo he pensado.

—Y yo no valgo lo suficiente como para hacerte cambiar de opinión —repliqué, abatido.

—No es justo que me digas eso, James, y lo sabes.

—¿Ah, no?

La discusión prosiguió durante casi una hora. Nora, como buena abogada que era, estaba preparada para continuar hasta que llegáramos a un acuerdo. Pero yo quería acostarme, y eso hice.

Mientras daba vueltas en el sofá de Nora, recordé cómo le dije que no a Kathryn cuando me pidió que tuviéramos un hijo. En aquel momento, creía que le faltaba algo a nuestra relación. Y mira por dónde, años más tarde, me había dado cuenta de que lo que faltaba en realidad era mi habilidad para entregarme sin reservas a esa relación.

Sin embargo, esta vez las cosas eran distintas: Nora era mucho más madura de lo que yo era cuando me negué a tener hijos con Kathryn. No obstante, ahora yo también lo era, lo bastante como para ver que debía aceptar la decisión de Nora y seguir con ella antes que poner en peligro lo que teníamos. A medianoche, me metí en la cama con ella.

—Lo siento mucho, cariño —le susurré.

Nora, que se había quedado dormida boca abajo, se volvió y me colocó un brazo sobre el pecho.

—Gracias —murmuró—. No me gustaría que rompiéramos por eso, pero tampoco quiero mentirte.

—Es que no deberías —contesté, y la abracé—. Quiero estar contigo, y eso es lo único que importa.

***

Un caluroso día de julio, cuando regresé a casa del supermercado, Lou anunció que tenía buenas noticias.

Atrás quedaban los días en que volvíamos de comprar con una sola bolsa; necesité cuatro viajes para descargar todas las bolsas y acabé empapado de sudor.

—Bueno, cuéntame —le pedí mientras me secaba la frente con papel de cocina.

—¡Yvonne nos deja quedarnos en su casa de Grand Marais durante una semana, el mes que viene! —exclamó a tiempo que sacaba un saco de patatas de una de las bolsas que yo había dejado sobre la encimera.

La observé, receloso.

—Eres consciente de que allí era donde iba de vacaciones con Rob y su familia, ¿verdad?

—Yo también he ido a la cabaña de su tía. Pero no coincidiremos con Nancy y Bob.

Los Logan siempre iban la semana del 4 de Julio, y ese día ya había pasado. Y yo lo sabía porque, desde que tenía doce años, los había acompañado cada verano hasta que me gradué. La cabaña de la tía de Rob era digna de una postal, situada en una colina arenosa con vistas al lago Superior y hectáreas de bosque en la parte de atrás. Me había pasado cientos de horas paseando por la orilla del lago y yendo de excursión por aquella zona con el hombre que había sido mi mejor amigo.

—No estoy seguro, Lou —dije—. ¿No podríamos ir a otro sitio?

—Otro sitio nos costaría un riñón. Ir ahí es gratis y será genial para Em. Tomará el sol, respirará aire puro y será una oportunidad para vivir un pedacito de la infancia de su padre. —Lou había abierto la nevera para guardar algo, pero se volvió para añadir—: Podrías decirle a Nora que viniera.

Me faltaba el aire, de modo que aparté una silla de la mesa y me senté.

—No sé si aún me quedan días libres después de lo de París. ¿Por qué no va Jennifer contigo? ¿O Cassie y Ben? —propuse. Los últimos eran nuestra vecina y su hijo, de quien Lou se había hecho muy amiga—. Así tú tendrías compañía y Em tendría a alguien con quien jugar.

—No conozco a Cassie tanto como para hacer un viaje con ella. De todos modos, tenía la esperanza de que fueran unas vacaciones familiares.

Me sequé el rostro de nuevo, esta vez con el reverso del brazo, y me puse de pie.

—¿Me dejas que me lo piense un poco antes de aceptar?

—Por supuesto.

Sin embargo, ya sabía que podría pedirme esos días en el trabajo. El problema real era que estaba bastante convencido de que volver al lugar de vacaciones que había compartido con Rob sería traumático, sin duda.

«O quizá me iría bien», pensé. Nuestra amistad había terminado, pero eso no significaba que los recuerdos que teníamos hubieran perdido su valor. Y tal y como Lou había dicho, sería una oportunidad de compartir parte de mi infancia contigo, lo que era una parte positiva.

—No te obsesiones con el tema —me aconsejó Nora, que no podría acompañarnos por culpa del juicio que estaba preparando, cuando me dio un beso de despedida—. Tú ve y trata de disfrutar.

Le devolví el beso y le prometí que, como mínimo, lo intentaría.

***

A veces, recordamos algo de una manera en concreto, pero cuando volvemos a verlo, nos decepcionamos al descubrir que lo que creíamos que era azul resulta que es verde, y que lo que estaba a la izquierda en realidad siempre ha estado a la derecha Mientras avanzábamos con el coche por el escarpado camino que llevaba a Grand Marais, sentí una curiosa mezcla de expectación e inquietud.

Casi todos los aspectos de mi vida habían cambiado desde la última vez que había estado allí con Rob. Y aun así, el pueblo estaba exactamente igual. Bueno, le habían cambiado el nombre y le habían dado una mano de pintura a la taberna donde Rob y yo engullíamos cestas de pescado blanco rebozado con patatas fritas. Pero la oficina de correos seguía exactamente igual, así como la tienda de artículos de pesca y la antigua estación de servicio. Pestañeé y recordé aquella vez que nos quedamos sin gasolina a menos de un kilómetro de la gasolinera. En lugar de caminar hasta allí para comprar un bidón, se nos ocurrió la genial idea de poner el coche en punto muerto y dejar que bajara solo por la colina. Por poco no terminamos dentro del lago, después de evitar que chocáramos con una furgoneta por los pelos.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando divisamos la línea de la enorme bahía en la que se encontraba el pueblo. Al otro lado de la bahía se extendía el lago Superior, tan vasto que podías confundirlo con el mar. De hecho, cuando Bobby me dijo que eso era el Atlántico el primer verano que vine con ellos, me lo creí hasta que Rob se echó a reír y me confesó que su padre me estaba tomando el pelo.

Me daba la sensación de que el pueblo era la tumba de un viejo amigo que todavía estaba vivo. Casi habían pasado tres años desde la última vez que Rob y yo hablamos, pero bien podrían haber sido tres décadas: habían ocurrido muchísimas cosas que quería contarle.

—Ahora, a la derecha —me ordenó Lou, siguiendo las indicaciones que había impreso (cuesta creer que, en pocos años, tendríamos nuestro propio móvil, que nos serviría como mapa y navegador a la vez)—. Luego a la izquierda, y… sigue recto y… ¡Ya hemos llegado!

Me metí por un camino de arena que conducía a una casita de una sola planta de listones de cedro blancos. Tenía un porche enorme que la rodeaba y un jardín adornado con todo tipo de arbustos y flores. Un puñado de casitas de hadas decoraban el jardín, clavadas al suelo; las viste

de inmediato y fuiste corriendo a inspeccionarlas.

La casita desprendía el encanto habitual de este tipo de construcciones: las paredes eran blancas, había vigas de madera vista que se extendían por todo el techo, un sofá cubierto por una funda, sillas de mimbre y cuadros de acuarela en los que aparecía el lago y conchas marinas. Aquí y allá había artículos que evidenciaban que Yvonne era la dueña de esa casa: un atrapasueños gigante colgaba de una viga, el centro de mesa del comedor era un trozo enorme de cuarzo rosa, y había libros por doquier; al lado del sofá, apilados en el extremo de la isla de la cocina y amontonados debajo de las camas.

La cocina estaba conectada al salón, y la parte de atrás de la casita estaba cubierta casi en su totalidad de ventanas, salvo por un par de puertas acristaladas que daban al exterior. Lou descorrió el pestillo y las abrió; luego, salimos a la terraza. En el pequeño patio trasero había una hamaca que colgaba entre dos pinos. Y a unos tres metros del patio, se encontraba la playa de la bahía. Era imposible que viéramos otras casas a no ser que camináramos hasta el borde del agua.

Mientras Lou y yo estábamos en la orilla, remojándonos los pies, esta se volvió con expresión de triunfo.

—¿Lo ves? Te dije que sería fantástico.

A mi izquierda, tú estabas girando en círculos al ritmo de un coro de gaviotas y del oleaje del atardecer. Y a mi derecha, se alzaba el espectro de Rob; tendría que esforzarme para evitar que ensombreciera estas vacaciones. Le devolví la sonrisa a Lou.

—Y tenías toda la razón.

***

Los sitios que frecuentabas en el pasado suelen despertar viejos fantasmas, de modo que pasé los primeros días mirando hacia atrás cada dos por tres, como si Rob o cualquiera de los Logan fueran a aparecer en cualquier momento. Al fin y al cabo, era el mismo lago en el que Rob había pescado una lubina de medio metro. Ahí se encontraba la cafetería a la que Bobby iba todas las mañanas a tomar un batido de chocolate. Y justo encima se encontraba el sendero por el que Rob y Wisnewski iban en *quad*, por mucho que Nancy les dijera que se iban a matar si no lo hacía un oso antes. Cada recodo albergaba un recuerdo, pero en cuanto me acordaba de lo bueno, también me asaltaba lo malo.

Era consciente de que esos días soleados de vacaciones terminarían en un santiamén, de modo que me esforcé al máximo para centrar toda mi atención en ti y en Lou. No obstante, en cuanto me quedaba a solas, volvía a pensar en Rob. No había tratado de contactar de nuevo con él desde aquel rotundo «no» de mi último correo. Tenía la sospecha de que, por mucho que me esforzara, no conseguiría que me perdonara. Sin embargo, no solo quería pedirle una simple disculpa.

***

—Me gusta verte así —comentó Lou.

Estábamos tumbados en la larga playa del lado sur del lago Superior. Había rocas de todas las formas y tamaños: algunas brillaban, otras eran planas y grises; todas eran antiguas y estaban

esparcidas por la arena. Habíamos apartado unas cuantas para colocar las toallas y clavar la sombrilla, bajo la cual dormías.

—Así, ¿cómo? —pregunté.

—Así, bueno… —empezó a decir. Apenas distinguía su expresión, escondida debajo de un sombrero de paja de ala ancha y caída—. Pareces tú mismo.

—Y ¿qué parezco, exactamente? ¿Un poco erudito? ¿Un soso? ¿Un incompetente?

—Para ya.

Esbocé una sonrisa maliciosa.

—Si acabo de empezar…

—Pues pareces relajado, Jim. ¿Le has dado vueltas a tu próximo libro? Este sitio parece un buen lugar para comenzar a escribir una novela, ¿no te parece?

Me había incorporado y estaba apoyado sobre los codos. Sentía que empezaba a quemarme la piel del pecho. En esa zona, tan al norte del país, podía empezar a hacer frío en cualquier momento, incluso en pleno agosto. Pero hacía días que sudábamos, embadurnados en crema solar, y aún no habíamos visto ni una sola nube. Suspiré, me puse boca abajo y, luego, volví la cabeza hacia Lou.

—La cosa es… que ya no escribo.

Incluso con el rostro medio cubierto por el sombrero y las gafas de sol, su desaprobación era evidente.

—¿Desde cuándo?

¿Debería tratar de suavizar la cruda realidad? ¿Para qué? Hacía tiempo que había dejado de tratar de impresionar a Lou. De hecho, había dejado de tratar de impresionar a cualquiera, si no teníamos en cuenta mis intentos de asombrarte con mi imitación de Elmo.

—No lo sé. Ya hace unos cuantos años —admití.

—¿Hace años que no escribes? —preguntó, e hizo que sonara mucho peor de lo que era en realidad.

—Sí, pero no me importa, de verdad —contesté—. La escritura ahora me parece un juego de la juventud. A estas alturas de la vida, con Emerson, mi relación con Nora y el trabajo… Bueno, no veo cómo podría arreglármelas para escribir. Además, ya no tengo motivación. A ver, todavía escribo en mi diario, y con eso disfruto.

Lou frunció los labios, me observó durante un momento y luego protestó:

—Pero si era el sueño de tu vida, Jim. La motivación para lograrlo no se pierde así como así.

—Te digo yo que sí —me burlé—. Soy la prueba viviente de que puede ocurrir.

Me miró, escéptica.

—¿Estás seguro de que no es que te has creído tu propia mentira? Podrías haber terminado cualquier novela que tengas empezada. O haber escrito otra en todo este tiempo. Solo me pregunto si no es el miedo lo que te impide hacerlo.

—Lou, no me psicoanalices —la previne.

—No lo hago. Solo quiero que seas feliz y que estés bien. ¿Has estado bien estos días?

—Nunca había estado mejor.

—¿En serio? Porque apenas tocaste la hamburguesa ayer por la noche y has perdido peso.

¿Tendría razón Lou? Supongo que sí la tenía sobre lo de la hamburguesa, pero es que estaba

cansado. Y sí, había adelgazado un par de kilos, pero siempre lo hacía en verano. Mi apetito era el habitual.

—Además, últimamente vas un poco encorvado —observó.

—¿Encorvado? Bueno, tampoco es que sea conocido por ir derecho ni por tener siempre una actitud positiva y radiante. —Me protegí los ojos del sol con la mano—. Mira, Lou, agradezco tu preocupación, de verdad. Pero créeme, soy feliz, más que nunca.

—Bueno, vale… —contestó, e inclinó la cabeza con expresión inquisitiva—. Pero ahora se me ocurre que quizá soy yo la que te hace un poco infeliz. Al fin y al cabo, te he arrastrado hasta aquí cuando tú querías quedarte en casa con Nora.

—Ella me animó a venir, y ha sido una muy buena idea —subrayé.

—Me alegro. Sin embargo, lo que quería decirte es que quizá sería mejor que tú y Nora vivierais juntos.

—¿Cómo? —farfullé.

—No tendría que ser algo definitivo si no quieres, podríamos pensar en algo para que puedas pasar tanto tiempo con Em como haces ahora. Pero vivir conmigo las veinticuatro horas del día no te sienta bien, Jim. —Se alisó una arruga inexistente del bañador de rayas marineras que llevaba—. A ver, supongo que no tienes que irte a vivir con Nora. Pero podría buscar un piso para Emerson y para mí, así Nora se sentiría más cómoda al ir a casa. Tengo la sensación de que las cosas irían mejor si cada uno tuviéramos nuestro espacio.

—Pero la casa también es tuya —objeté.

Por un lado, su propuesta me había entristecido. Si bien era cierto que últimamente discutíamos más de normal, también lo era que me gustaba vivir con Lou; casi todas las cosas que me habían hecho enamorarme de ella eran lo que hacía que todavía me gustase.

Por otro lado, me sentía como si me acabaran de ofrecer las llaves de la jaula en la que estaba encerrado. La perspectiva de vivir con Nora (oficialmente, en vez de las idas y venidas durante el último año) me resultaba atractiva. Y me imaginaba que Nora estaría de acuerdo.

Contemplé el lago, con el agua clara y en calma. Un buque de carga se alejaba y se empequeñeció hasta que desapareció por completo en el horizonte.

—¿Y cómo lo haremos? —pregunté al cabo de un rato.

—Pues como siempre: la flexibilidad nos caracteriza, Jim. Además del amor, esa debe de ser la razón principal por la que Em está tan bien.

Fruncí el ceño.

—Pero ahora estaría en dos casas… No creo que eso fuese bueno para ella.

—Es pequeña, y tener dos casas buenas es mejor que tener una mala.

—Nuestra casa no es mala —protesté.

Lou me ofreció una leve sonrisa.

—No, ahora no lo es. Pero lo será si seguimos así; tenemos que hacer algo para remediarlo. —Se puso de pie y se sacudió la arena del cuerpo—. ¿Te importa si voy a dar un paseo?

—Adelante.

—Gracias, vuelvo enseguida.

Contemplé cómo Lou caminaba por la playa. Sobrepasó una pila de madera a la deriva y se alejó, hasta que, como el buque, desapareció en el horizonte. «Le debo tanto…», pensé cuando volvió a aparecer. Me había dado su amor (durante un periodo muy corto de tiempo, sí, pero

había pagado un precio muy alto por ello). Me había dado una hija. En muchos sentidos, me había regalado los mejores años de su vida.

Mientras Lou caminaba hacia mí y su figura se alargaba con cada paso que daba, pensé: «Quizá hay algo que pueda regalarle en agradecimiento». No estaba seguro de cómo hacerlo exactamente. Pero tenía una idea aproximada de cómo lo intentaría.

El último día de vacaciones, mientras tú y Lou dormíais la siesta en la hamaca, saqué un bloc de notas amarillo y escribí una breve carta. Mi letra era ininteligible («¿Quién escribe a mano?», te preguntarás, seguramente, cuando leas esto), pero Rob había descifrado durante toda su vida (al menos hasta que me echó de ella) mis garabatos de gallina. Antes de que pudiera pensármelo dos veces, fui a la oficina de correos, compré una tira de sellos y la mandé.

Cuando llegamos a casa al día siguiente, escribí otra carta, un poco más larga esta vez, y también se la envié.

A la semana siguiente, escribí una muy larga y, luego, otra corta de nuevo; y así sucesivamente, hasta que hube mandado ocho cartas en dos meses.

***

Cada carta estaba compuesta por palabras y expresiones diferentes, pero, esencialmente, contenían el mismo mensaje:

Ya sé que no puedes perdonarme, y no espero que lo hagas. Pero puedes perdonar a Lou. Por favor, incluso aunque no quieras. Incluso aunque sea lo más difícil que hayas tenido que hacer nunca. Fui yo, y solo yo, quien nos llevó por el mal camino, no ella. Estaba demasiado cegado y atontado como para comprender que lo que ella necesitaba era tiempo para recuperarse, no que la hiriera todavía más. Ahora entiendo que lo que pensé que era un hecho aislado ha desencadenado una serie de sucesos que ha tenido un impacto directo en la vida de todas y cada una de las personas que más quiero en este mundo.

Especialmente en la tuya y la de Lou.

Lou y yo tenemos una hija, y soy consciente de que eso probablemente te destroza tanto como me alegra a mí. Pero creo que si la conocieras, no sufrirías tanto. Se parece mucho a Lou, te encantaría conocerla.

Lou y tú fuisteis felices. Antes os envidiaba por eso. Ahora me doy cuenta de que os costó mucho esfuerzo alcanzar esa dicha, aunque vuestro amor a veces lo eclipsaba.

Lou aún te quiere, Rob. Siempre lo hará, según me dijo ella misma. Y creo que tú también la quieres todavía. Si eso es cierto, por favor (aunque te cueste un siglo), dale otra oportunidad. No cometas el error más grande de tu vida por mi culpa.

Capítulo veinticinco

2012

—¡Quiero! ¡A! ¡Mamáááááá!

Yo también quería a mamá. Llevabas días con faringitis e infección en los dos oídos. Por desgracia, Lou se había ido cuatro días a Nueva York, donde se reuniría con su agente literario y quedaría con amigos. Y con Rob, esperaba yo, aunque no se lo pregunté por miedo a que sospechara algo. No había recibido ninguna respuesta suya, pero tampoco me habían devuelto las cartas. Conociendo a Rob como lo hacía, imaginaba que eso significaba que estaba reflexionando sobre todo lo que le había dicho.

—Puedo volver —me dijo Lou cuando la llamé para contarle cómo estabas; pero yo insistí en que lo tenía todo bajo control.

Ahora, mientras intentaba que te tomaras el jarabe rosa, pegajoso y espeso que mataría las bacterias que te provocaban esa angustia, me veía obligado a admitir que era un mentiroso y que, con toda probabilidad, también un inepto como padre.

—Emmy, cariño, ¿abres la boquita, por favor? —dijo Nora, en cuclillas, delante de ti.

Nora y yo nos habíamos trasladado en otoño a un adosado con dos habitaciones que había en el mismo complejo donde antes vivía ella. Pasabas los fines de semanas con nosotros, y también alguna noche entre semana si Lou tenía planes. Pero tu casa era la que yo había comprado, que ahora, a efectos prácticos, os pertenecía a ti y a Lou.

Se me hacía raro tener que llamar a mi propia puerta. Sin embargo, vivir separados había funcionado, tal y como Lou había predicho (y tengo que admitir que había salido mucho mejor de lo me esperaba). Te lo habías tomado como si fuera algo completamente normal, y cualquier tensión que quedara entre Lou y yo se esfumó poco después de la mudanza.

Aunque no hubiera salido bien, no estoy seguro de que hubiese querido volver a la situación anterior. Porque tal y como decía Lou para tomarme el pelo, estaba «enamoradoooo». Vivir con Nora no siempre era pan comido. Mi estándar de limpieza no siempre coincidía con el de ella, por poner un ejemplo, y digamos que no se quedaba callada cuando eso ocurría. Leía informes legales mientras desayunaba, cuando iba al baño e incluso cuando se suponía que estábamos viendo una película juntos (y, en esas ocasiones, quien no se quedaba callado era yo). No obstante, ahora entendía que todo esto eran conflictos normales, no una señal inequívoca de que había escogido mal a mi pareja.

—¡No! —gritaste, y de un manotazo, tiraste el botecito de plástico que Nora tenía en la mano, rociando el cuarto de baño del líquido de color rosa chicle.

—Qué desastre —comentó Nora, sin inmutarse. Se inclinó hacia ti con aire conspiratorio—. ¿Y si te doy una piruleta después de tomarte la medicina? Seguro que así te encontrarás mejor.

El demonio que poseía tu cuerpo se esfumó al instante ante la perspectiva de comerte un caramelo rico en fructosa.

—Vale —aceptaste.

—Lou no quiere que coma chucherías —remarqué—. Sobre todo, si está enferma.

—Pero Lou no está aquí —observó Nora con tono agradable—. Y cuando tienes faringitis, es una de las pocas cosas que eres capaz de comer. He comprado un paquete de piruletas cuando volvía del trabajo.

—Madre mía, si es que eres la mejor.

Nora sonrió.

—Ya lo sé.

Después de acostarte, Nora y yo nos sentamos en nuestra cama. Ella examinaba un informe mientras yo leía una novela. De pronto, oímos que gimoteabas. En menos de treinta segundos, ya estabas llorando.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció Nora.

—No, ya voy yo.

Llorabas a grito pelado cuando entré corriendo a tu habitación.

—Qué te pasa, ¿cariño? ¿Qué pasa? —te pregunté mientras te acariciaba la frente, surcada de lágrimas y sudor.

Sacudiste la cabeza en respuesta.

—¿Te duele el oído?

Negaste con la cabeza con más rotundidad y seguiste llorando.

—¿Quieres un poquito de agua?

Me respondiste con más llanto.

Comenzaba a desesperarme.

—¿Qué es, entonces? ¿La garganta? ¿La nariz? Dímelo, Em.

Me miraste con ojos de cordero degollado.

—Un abrazo, papá —gimoteaste.

Como suele ocurrir tantas veces en la vida, la respuesta adecuada suele ser la más obvia. Mientras te tenía en brazos para que volvieras a conciliar el sueño, empecé a pensar en lo mucho que habías cambiado en tan solo tres años. Te prometí el mundo cuando naciste, pero, igual que muchos hombres antes que yo, desde entonces había descubierto que era mucho más fácil convertirse en padre que ser uno.

Y sin embargo, qué afortunado era de que te hubieras convertido en mi hija cuando lo hiciste. Igual que mi madre, mi padre no era muy dado a mostrar afecto. Quizá, si hubiera nacido más tarde, cuando las expectativas para los padres eran distintas, cuando era aceptable e incluso de esperar que un hombre fuera cariñoso con su propio hijo, podría haberme querido como yo te quería a ti.

***

En septiembre, Lou cumplió treinta y siete años y yo, cuarenta. «Pero ¿cómo demonios acabo de cumplir los cuarenta si hace dos días que tenía veinticinco?», pensé la mañana de mi cumpleaños.

Me contemplé en el espejo con detenimiento, mientras trataba de localizar con exactitud los efectos del paso del tiempo. Apenas tenía canas, solo unas pocas que me nacían en las sienes, pero las finas arrugas alrededor de las comisuras de los ojos garantizaban que nunca más me pedirían el carné de identidad cuando pidiera alcohol. Y aunque estaba contento de no haber desarrollado el tambor que mi padre tenía por barriga, ya no tenía las piernas musculadas de antaño. Pero podía proponerme que, durante la próxima década de mi vida, me apuntaría a un gimnasio y haría pesas, como Rob siempre me había dicho que debía hacer. Negué con la cabeza y le di la espalda al espejo mientras juraba que en los próximos años sería más proactivo.

Nora me organizó una fiesta de cumpleaños en nuestra casa. Tal y como le había pedido, fue algo pequeño (aunque, seamos sinceros, no podría haber sido de otro modo). Aunque mi familia se agrandaba, mi círculo de amistades se reducía, de modo que los invitados eran los de siempre: tú y Lou, mi padre y Miriam, Pascal y Winnie, Nessa, Craig y un par más de compañeros del trabajo, Yvonne, Cassie y un puñado de amigos de Nora.

Mientras saludaba a uno y le ofrecía una bebida a otro, no podía dejar de pensar en aquellos que no estaban presentes. Mi madre, por ejemplo. Durante los años posteriores a su muerte, el recuerdo había suavizado los roces que habían caracterizado nuestra relación, y ahora tan solo la echaba de menos. También faltaba Wisnewski, cuyo cumpleaños habría sido en junio. Habría sido fantástico oírlo entonar a pleno pulmón la canción de «Cumpleaños feliz».

Y, por supuesto, faltaba Rob.

Él había cumplido los cuarenta en mayo. Me preguntaba cómo lo habría celebrado. Había tantas cosas que quería saber; tantas que quería decirle. Todavía espera recibir alguna respuesta por su parte, o al menos, si no iba a responderme a mí, ver alguna señal de que estaba reflexionando sobre lo que le había escrito acerca de Lou.

«Le encantarías», pensé cuando me detuve a observarte en el salón. Mientras la fiesta se desarrollaba a tu alrededor, tú construías un edificio escalonado y abovedado con piezas magnéticas. Colocaste la última pieza, contemplaste tu creación y luego la derrumbaste para ponerte a construir una nueva estructura, aún más compleja. Poseías la mezcla perfecta entre inteligencia y creatividad que a Rob le encantaba. Además, eras una Lou en miniatura, hasta tal punto que a veces te miraba y pensaba: «Podría haber sido la hija de Rob».

Después de comer, Nora sacó el pastel que le habías ayudado a preparar la noche anterior. Chorreaba ganache de chocolate y estaba cubierto de virutas multicolor: tu toque final. Te sentaste en mi regazo, y Nora se colocó detrás de mí y me posó la mano en el hombro. Lou estaba justo enfrente, al lado de mi padre, y ambos sonreían de oreja a oreja. Las velas centelleaban y la gente que más me importaba en el mundo me cantó el «Cumpleaños feliz». Sonreí como un tonto y traté de no llorar porque todo aquello era maravilloso y mágico (me sentí casi como si me transportara a un momento de mi infancia que, en realidad, no había vivido).

Soplé las velas y todo el mundo aplaudió.

—Muchas gracias a todos por venir —dije, con un nudo en la garganta que me impidió añadir nada más.

Es muy fácil pasarte días cabreado porque alguien te ha robado la plaza de aparcamiento y no prestarle la misma atención al momento en que tu hija te rodea el cuello con los brazos; o refunfuñar sobre el precio de la comida, que siempre está en alza, sin darte cuenta de lo afortunado que eres por tomar una tostada caliente y una taza de café sentado frente a la persona que a la quieres.

Sin embargo, ese día (o al menos, en ese momento) sentí lo afortunado que era con todas mis fuerzas. La vida no había sido lo que yo esperaba o quería que fuera. Ni siquiera sé si tenía una visión clara en la cabeza a los veinte años, pero a los cuarenta, al menos sabía que había abandonado el sueño de escribir un libro, lo cual sentía como un fracaso cada vez que me veía obligado a admitirlo en voz alta.

También había abandonado otros objetivos más modestos: nunca llegué a intentar hacer una carrera en bicicleta de ciento sesenta kilómetros, por ejemplo; ni tampoco había vivido en una gran ciudad, aunque había tenido la oportunidad.

«Todavía no es demasiado tarde», pensé mientras comía un bocado del pastel que habías preparado para mí.

Iba a apreciar más la vida que tenía. Haría más cosas y amaría más en los años venideros. Terminaría las cosas que había empezado.

***

La fiesta se fue apagando hasta que solo quedaron Nora, Lou, Pascal, Winnie y mi padre. Estábamos charlando en la cocina cuando entraste, frotándote los ojos. Recuerdo que pensé que yo también estaba agotado.

Abrí los brazos.

—Ven aquí, chiquita —te dije, usando el nombre que mi padre utilizaba para llamarte. Realmente eras pequeña: no pesabas más de quince kilos. Pero justo cuando te alcé en brazos, te escurriste y te caíste al suelo.

Soltaste un grito y me miraste desde el suelo, enfadada.

—¡Papá! ¡Me has tirado!

¿Qué podía decirte? Era cierto: te había dejado caer, que era precisamente lo que me dije que no debía hacer el día que naciste. No había sido por error de cálculo ni porque te hubieses puesto a moverte, como hacías cuando estabas disgustada. Simplemente, no había sido capaz de mantenerte agarrada, ni con las manos ni con los brazos.

—Bueno, parece que nos hemos tomado unas copas de más —comentó Pascal. Soltó una risa que parecía enlatada—. Nos pasa a todos.

—Ya —respondí, tratando de forzar una carcajada mientras me agachaba para ocuparme de ti. En realidad, había estado tan ocupado asegurándome de que todo el mundo estuviera servido que solo me tomé una copa horas antes—. Lo siento mucho, Em —te dije mientras te alzaba la barbilla con un dedo—. Papá necesita hacer un poco más de ejercicio.

—Jum… —contestaste, y te cruzaste de brazos.

—¿Te leo dos cuentos hoy antes de dormir? —propuse, aunque la lectura haría que te durmieras mucho más tarde de lo normal, lo que seguramente implicaría que tendrías una rabieta antes de quedarte dormida.

—¡Mamá me lleva a la cama! —gritaste.

—Emerson, eso no ha estado bien. Ha sido un accidente, y hoy es el cumpleaños de papá —te regañó Lou.

Me miró y articuló un «lo siento» con los labios, como si lo único a lo que nos enfrentáramos entonces fuera un pequeño berrinche. (Más adelante, me enteraría de que ella no me vio dejarte caer y no se imaginó nada raro en ese momento).

No obstante, mi padre lo había visto todo.

—Hijo mío —me susurró, y me puso la mano en el hombro—, ¿estás bien?

La ansiedad se expandía en mi interior como la tinta derramada. De alguna forma, sabía que, en realidad, no estaba bien.

—No lo sé, papá —admití.

Capítulo veintiséis

2013

No me importa si los enamorados se lo prometen mutuamente y los devotos lo enarbolan como recompensa futura de su fidelidad. Por lo que a mi respecta, para siempre es demasiado tiempo. Al menos, cuando se vive en la adversidad o la enfermedad, uno sabe a qué atenerse. En realidad, no tenemos ni puñetera idea del terror desconocido que se esconde en la eternidad.

No obstante, un día estaba paseando por el vecindario contigo; te llevaba de la manita y el radiante sol nos daba en la espalda. Te paraste a examinar una cochinilla y la volviste a dejar en el suelo con cariño. Te inclinaste para arrancar un diente de león y, luego, oliste un tulipán que era de un tono violeta extraordinario.

Entonces, pensé: «Por favor, Señor, si la eternidad existe, haz que sea como esta».

Estoy divagando. No estaba bien, como ya sabes. Y sin embargo, me llevó casi un año confirmarlo. Me pasé los primeros meses en fase de negación.

—Está tan sano como cabe esperar de un hombre de su edad —me dijo el médico residente prepubescente que se había encargado de mi revisión médica anual.

«Bueno, tiene sentido», pensé. Si no me hubiera comportado como si aún tuviera veinticinco años, en vez de como el cuarentón en que me había convertido, no te habría dejado caer. Al fin y al cabo, tenía una compañera de trabajo que también rondaba los cuarenta que había sufrido convulsiones en medio de unos grandes almacenes hacía poco. Tras una docena de revisiones, le confirmaron que no tenía epilepsia ni un tumor cerebral. De hecho, los médicos no habían encontrado absolutamente nada malo. Según ellos, se trataba de uno de esos hechos aislados que le suceden a personas que ya no son jóvenes.

Así pues, busqué maneras de mantener a raya el declive de la mediana edad. Comencé a hacer ejercicio con el entrenador personal de Nora, un bruto que me mandó a casa con las piernas temblando y la sensación de que yo era un incompetente. Cambié el alcohol por batidos de proteínas y empecé a tomar cantidades obscenas de claras de huevo y verduras de hoja verde. Incluso comencé a tomar complejos multivitamínicos, que, durante mucho tiempo, para mí no habían sido más que un engañabobos en cápsulas.

¿Y acaso la pequeña bola de mis bíceps no ponía en manifiesto que mis esfuerzo eran en vano? ¿Acaso el hecho de que me levantara a las cinco de la madrugada sin despertador no demostraba que estaba lleno de vitalidad? Tenía color en las mejillas, caminaba con brío y albergaba nuevas esperanzas de futuro.

Era la encarnación de la salud, con la única excepción de que me daba cuenta de que no era capaz de teclear durante más de diez o quince minutos antes de que las palabras dejaran de aparecer en la página como debían. Tenía rampas en las piernas, sobre todo por la noche, y por eso terminaba levantándome a horas tan intempestivas a las que ni siquiera Lou se había despertado todavía. ¿Y ese brío que he nombrado antes? Digamos que levantaba las rodillas más de lo normal para compensar la pesadez que sentía en las piernas. Y tal y como Lou había observado mucho antes de que yo me diera cuenta, ya no tenía mucho apetito. De hecho, comer me parecía más una obligación.

Todas las señales estaban ahí, pero yo mantenía la cabeza gacha y seguía adelante.

***

Al cumplir cuatro años, tu mente se expandió. Era asombroso contemplar cómo te convertías en un ser lleno de conocimiento. Hacías preguntas (muchísimas). «¿Cómo hacen la seda las arañas para tejer las telarañas? ¿Las plantas duermen? ¿Todos los animales tienen sangre? ¿Qué les pasó a los mamuts peludos?».

La hora de acostarte era tu momento favorito para recordarme lo poco que sabía.

—¿De qué están hechas las personas? —me preguntaste una noche.

—Pues… —contesté mientras trataba de encontrar la mejor manera de explicarle la anatomía humana a una niña de cuatro años—. De huesos, sangre y tejidos. Y de mucha, muchísima agua.

Abrazabas tu conejo de peluche, que ya era más gris que blanco y estaba lleno de parches. Te lo había comprado en una tienda de juguetes en Nueva York el día después de que nacieras. Por aquel entonces, era tan grande como tú. Ahora, en cambio, tu torso era más grande que el conejo.

—Ya, pero todo eso ¿de qué está hecho? —continuaste, insistente—. ¿De dónde sale?

Reflexioné un segundo mientras trataba de recordar lo que había leído en un libro hacía unos años.

—Pues mira, Em, los expertos creen que parte de lo que forma a las personas procede de lo que había dentro de una estrella enorme que explotó hace miles de millones de años. Las partes de la estrella tenían elementos que ahora conforman las partes de tu cuerpo. El calcio que tienes en los dientes y en los huesos, el hierro de la sangre, el carbono de los genes…

—¿Qué son los genes?

—Mmm… Son como piececitas de Lego que forman tu cuerpo. Los papás se los pasan a sus hijos, de modo que tú tienes los genes de mamá y los míos.

—¡Hala!

Sonreí.

—Qué chulo, ¿verdad? Bueno, pues todo eso viene del interior de una estrella. Así que, básicamente, estamos hechos de estrellas.

—Pero no somos como estas estrellas —afirmaste mientras señalabas las constelaciones que brillaban en la oscuridad que te había pegado al techo de la habitación meses antes.

—No, qué va —respondí. Tiré del cordel para levantar la persiana de madera que cubría la ventana que había junto a tu cama.

«¿Por qué me cuesta tanto subir esta persiana? Y… ¡Uf¡ ¿Desde cuándo Emerson pesa tanto?», pensé cuando te subiste a mi espalda para contemplar el cielo estrellado desde mis

hombros.

—Más bien como aquellas —dije, y te las señalé. Empezaba a oscurecer y habría luna llena en un día o dos, de modo que solo se veían unas pocas estrellas.

—Ah, ¡entonces estamos hechos de eso! —observaste con complicidad, y te aferraste con más fuerza.

—Sí, más o menos.

—Qué guay.

—¿A que sí? Volveremos a mirarlas cuando haya una noche más oscura.

Te di un beso en la frente y te arropé. Mientras te cubría con la sábana hasta la barbilla, como te gustaba, volví a advertirlo: una sensación instintiva y profunda de que algo no iba bien. Notaba las manos y los antebrazos demasiado flojos para alguien que acababa de pasarse los últimos meses haciendo flexiones y pesas. El temblor muscular que sentía no tenía nada que ver con el consumo de cafeína. Me ocurría algo peor que no tenía nada que ver con los problemas típicos de la edad, algo que no presagiaba nada bueno. Te deseé buenas noches desde el umbral de la puerta y comprendí que aquel mal augurio no desaparecería. Fuera lo que fuera, había llegado la hora de afrontarlo.

***

Volví a la misma clínica.

—Podría ser un problema habitual, como falta de hierro —me informó mi médico de cabecera, al que había llamado la recepcionista después de que me negara a ser atendido por cualquier otro médico residente.

—¿Y no se comprobó eso en la revisión anual? —pregunté, sin disimular mi irritación.

—Ah, claro —observó, y frunció el ceño mientras contemplaba la pantalla a la que había prestado más atención que a mí—. Bueno, podría ser cualquier cosa. Un problema de tiroides, la enfermedad de Lyme, un pequeño tumor…

—Qué bien —contesté.

Se volvió para mirarme, sentado en el taburete.

—Es mejor que la alternativa.

—¿Que sería…?

—Una enfermedad mucho más grave —dijo, sin entrar en detalles—. Pero abordaremos esa posibilidad cuando y si se da el caso.

No obstante, sí que lo abordé, pero no con él: me derivó a una neuróloga. No recordaba haber pasado más de veinte minutos en la consulta de un médico. En cambio, la cita con la neuróloga duró al menos dos horas. Comprobó los reflejos y la fuerza que tenía, y me pidió información exhaustiva acerca del historial médico de mi familia (que, hasta hacía un año, había sido completamente normal, con la excepción de la muerte prematura de mi madre).

Cuando todo aquello acabó, la neuróloga (una mujer que debía de rondar la cincuentena y cuyo nombre he olvidado) me comunicó que quería realizar más pruebas, incluidos otro análisis de sangre, una resonancia magnética y una electromiografía, que consistía en clavarme pequeñas agujas en los músculos para ver si se habían vuelto demasiado vagos como para responder a estímulos.

—¿Por qué necesita tantas pruebas? —pregunté.

—Me gustaría descartar ciertas enfermedades.

—¿Como por ejemplo…?

Igual que me había ocurrido con el anterior médico, se me acababa rápidamente la paciencia.

—Como la atrofia muscular espinal, o ELA —contestó.

—¿ELA? ¿Eso no es…?

—Esclerosis lateral amiotrófica. Aquí también se la conoce con el nombre de la enfermedad de Lou Gehrig, el jugador de béisbol que…

—Sí, sí, ya lo sé —la interrumpí. Soné patético, incluso yo me di cuenta. Me esperaba… ¿qué demonios me esperaba? No lo sé. Quizá un tumor en la médula o esclerosis múltiple.

—Bueno, como le he dicho, señor Hernández, podrían ser muchas cosas. Pero las contracciones y una debilidad muscular progresiva y persistente en ambos lados del cuerpo suelen ser síntomas de esta enfermedad.

Y esa fue la primera y última vez que la vi. Dos días después de haberme hecho la resonancia magnética, me llamó para comunicarme que todo parecía en orden.

—Eso es bueno, ¿no? —comenté.

—Normalmente lo sería. Pero en este caso, creí que quizá se apreciarían lesiones o algo que explicara la debilidad muscular y las contracciones, es decir, los temblores que nota.

—¿Y qué hay de la electromiografía?

—Siento comunicarle que los resultados muestran que tiene atrofia muscular y daños neurológicos. Son síntomas de una posible degeneración neuronal motora. Me gustaría que visitara a una de mis compañeras.

Y aunque la recepcionista me llamó para decirme que fuera a la próxima visita acompañado por un familiar o alguien que me apoyara (según ella, «Tener a alguien que tome notas mientras usted escucha, ayuda»), todavía tenía esperanzas de que no fuera muy grave, porque eso es precisamente lo que haces cuando tienes familia y un millón de razones para querer con vida.

La especialista se llamaba Sarah Stevens. Parecía tener la misma edad que el médico residente.

—Venga, veamos qué tengo —dije en cuanto me senté.

—Hola, James, me gusta tu actitud. —Al contrario que los otros médicos que me habían visto, ella no se molestó en encender el ordenador. Y tampoco tenía una carpeta ni un informe encima de la mesa. A juzgar por su voz, decidí que probablemente era de mi quinta y que solo tenía uno de esos rostros que nunca envejecen—. Por lo que he visto, existe una alta probabilidad de que tengas ELA.

—¿Alta probabilidad?

—Por desgracia, no existe ningún análisis de sangre u otra prueba definitiva para el diagnóstico del ELA. Es una enfermedad que se manifiesta a través de los síntomas. Si los síntomas que tienes empeoran, entonces, esa será nuestra confirmación. Puedo afirmar con bastante seguridad que lo que sufres y lo que muestran los resultados de las pruebas encajan con el diagnóstico.

Tras la última visita con la neuróloga, este diagnóstico no me pillaba por sorpresa. Y sin embargo, me sentí como si me acabaran de pegar un puñetazo y solté un sonido espantoso.

Nora me pasó un brazo por los hombros y me estrechó contra ella.

—No pasa nada —susurró—. No pasa nada —añadió, como si tratara de convencernos a todos, y aunque le agradecí el esfuerzo, sabía que nunca más volvería a no pasar nada, nunca volvería a estar bien y tendría que pasarme el resto de lo que fuera que me quedaba de vida conviviendo con eso.

—James —dijo de nuevo la doctora Stevens—, sé que es una muy mala noticia y lo siento muchísimo. Pero quiero que sepas que hay muchas cosas que podemos hacer para mejorar tu calidad de vida durante los próximos años. Hay una medicación aprobada por la Administración de Medicamentos y Alimentos que se llama Rilutek. Podríamos plantearnos un tratamiento con ella. Además, existe la posibilidad de participar en ensayos clínicos.

—Pero es mortal —afirmé sin rodeos.

Ella me sostuvo la mirada.

—Así es. El ELA es una enfermedad mortal.

***

Qué curioso… Cuando alguien cercano a ti se muere, es imposible que no reflexiones sobre tu propia muerte. La muerte no es sino un recordatorio de que no importa cuán larga sea la vida; siempre es demasiado corta.

No obstante, una vez te deshaces de la conmoción, te embarga una sensación de invencibilidad. «¿Cuántas probabilidades hay (pocas, muy pocas) de que te mueras poco después de alguien que conociste y a quien querías?», podrías pensar. Sin duda, eso fue lo que me ocurrió a mí tras la muerte de Wisnewski. Si te soy sincero, estoy seguro de que me pasé varios días pensando: «Pobre Wisnewski; quizá algún día podré agradecerle que fuera él quien cumpliera con el porcentaje de muerte prematura para evitárnosla al resto».

Es una pena que la muerte no siga un calendario exacto ni se adhiera estrictamente a la probabilidad estadística. A no ser que vivas al lado de una planta nuclear o en una zona de guerra, hay poca correlación entre el período de tiempo que dura tu vida y la de aquellos con quienes la compartes. Pasará cuando pase, y como a Wisnewski le ocurrió antes que a mí, me había llegado la hora. Tendría que hacer cola durante un tiempo, pero no cabía duda de lo que sucedería cuando fuera mi turno.

Buena parte de los recuerdos que tengo de ese día y de los siguientes se difuminan en una mezcla de confusión y dolor. Sí que me acuerdo de que, al salir de la consulta de la doctora, mi primer instinto fue coger el teléfono y llamar a Rob, igual que había hecho él cuando su empresa se había ido a pique. El desastre que se avecinaba era de otro tipo, pero seguro que él debió de tener una sensación parecida: un revoltijo de conmoción y pérdida. Pero aún no había recibido respuesta a las cartas que le había enviado, y sabía que tampoco respondería a mis llamadas.

También recuerdo que empecé a sollozar en el coche, y que Nora estacionó en el aparcamiento de un restaurante, se sentó en mi regazo y se puso a sollozar conmigo. Recuerdo conducir hasta vuestra casa y esforzarme por no desmoronarme cuando bajaste corriendo las escaleras para abrazarme, encantada porque había venido a verte un día que no tocaba.

Y también recuerdo la expresión de Lou (estoica, sabedora de que traía malas noticias) cuando entré en la cocina, le agarré las manos y le conté que la larga historia que ahora compartíamos contigo pronto sería solo vuestra.

Capítulo veintisiete

Octubre – noviembre de 2013

—Pues claro que vendrá a vivir aquí —saltó Lou con brusquedad—. Esta es su casa. Tiene que estar con su hija.

Era una noche de domingo, y Nora y yo habíamos ido a dejarte a casa por aquello de la custodia compartida, si se le podía llamar así al acuerdo informal que tenía con Lou. Debería haber intuido que ocurría algo cuando Lou te propuso que fueras a ver los dibujos animados, sobre todo teniendo en cuenta que ella misma creía que la televisión minaba la materia gris. (Yo estaba convencido de que tenías materia gris de sobra, por eso puede que te dejara vegetar delante de la tele durante demasiado tiempo cuando te quedabas con Nora y conmigo).

En cuanto saliste de la habitación, Lou nos preguntó cuál era nuestro plan a largo plazo y si me había planteado volver a vivir en esa casa. Nora se echó a reír, Lou se rebotó porque se había reído y, en un momento, se levantó un muro coronado por un alambre de púas en la distancia respetuosa que ambas habían guardado a lo largo de esos años.

—Ya estará con Emerson —contestó Nora—. Em puede pasar más tiempo con nosotros y James puede pasar más tiempo aquí. Pero ¿mudarse? Ni hablar. Le resultará más fácil… moverse en nuestra casa. —Se refería a moverse con una silla de ruedas—. Las habitaciones principales están en la planta baja y podemos trasladar el dormitorio a la primera planta.

Lou se había subido a la encimera de la cocina, y las piernas le colgaban por el borde.

—¿Y durante cuánto tiempo crees que funcionará?

—Indefinidamente —replicó Nora, levantando la barbilla. Sentía la rabia que se arremolinaba en su interior, y ya temía la discusión que tendríamos de camino a casa.

—¿Hola? —tercié—. Estoy aquí, ¿eh? ¿A alguien le interesa escuchar lo que sería lo mejor en mi opinión?

Habían pasado cuatro meses desde el diagnóstico. Le había contado a Nessa lo que ocurría (siempre es divertido hacer que una compañera de trabajo se ponga a sollozar de repente a mitad del día) y ambos estudiamos la posibilidad de reducir mi jornada laboral. Supongo que podría haber dimitido directamente y pedir una ayuda por discapacidad indefinida, pero no tardaría mucho en verme obligado a escoger esa opción.

De todos modos, una parte de mí quería mantener cierta apariencia de normalidad mientras pudiera. Nora también parecía querer eso. Tal vez demasiado.

—Vale, ¿qué crees tú, James? —dijo esta, tras volverse para observarme.

Esperaba que me pusiera de su lado, tal y como debería hacer una pareja. Al fin y al cabo, ese era el papel que yo desempeñaba, y me encantaba. Pero a la izquierda tenía a Lou. Cuando la miraba, te veía a ti. Y Lou tenía razón: quería (y necesitaba) pasar contigo tanto tiempo como pudiera.

—Creo que no puedo tomar una decisión así, en frío —contesté, y las expresiones de ambas se suavizaron.

—Claro —coincidió Lou, deprisa.

—Quizá podríamos quedar otro día para hablar de este tema —propuso Nora, y le dirigió una mirada enfática a Lou, quien conocía a Nora lo bastante como para saber que saltarse una reunión para tratar un tema tan importante tendría consecuencias. Claro que, en aquel momento, Nora era la última persona en la que Lou pensaba.

Y así se lo hice saber en el coche, de camino a casa.

—Puede que tengas razón, pero eso no quita que se esté portando fatal —espetó Nora.

—¿No podemos abordarlo con sensatez? Piensa que para ella también es duro. Acaba de enterarse de que será madre soltera dentro de poco.

Inspiré profundamente; no para tranquilizarme, sino porque me daba la sensación de que tenía a un mamífero de tamaño medio (pongamos… un marsupial obeso) sentado en el pecho. Creía que pasaría un tiempo hasta que me costara respirar, pero la doctora Stevens dijo que debíamos empezar a hablar de usar una BiPAP, una máquina no invasiva que me ayudaría a suministrar aire a los pulmones a través de mi debilitada tráquea. «Al parecer, la enfermedad avanza», había dicho.

«Al parecer; quizá; tal vez; podría…». Muchas expresiones en condicional, todas para ocultar la inevitable verdad.

—Claro que sí. Mírate, la misma doctora Stevens dijo que ibas muy bien —contestó Nora, y me acarició con suavidad antes de volver a colocar la mano en el volante.

—Si quitamos lo del pie caído —comenté—. Y lo de «pronto vas a necesitar un andador», y también lo de la respiración…

—Podría ser ansiedad.

«Podría»: otra mentira piadosa.

—Sí, claro —respondí, y volví a inspirar hondo.

***

A la semana siguiente, quedé con Lou para comer en un restaurante japonés que había en el centro.

—Me alegro de verte, sobre todo sin el caos que acompaña el «he venido a dejar a Em».

—Yo a ti también.

Se le iluminó el rostro.

—¿Sabes en lo que pensaba mientras venía hacia aquí?

—A ver.

—¿Te acuerdas de aquella vez que tú, Rob y yo fuimos al concierto de Iggy Pop en Irving Plaza, un año o así después de que nos casáramos? ¿Te acuerdas de que Rob quería seguir toda la

noche de fiesta y nos dijo que nos fuéramos a casa sin él? Acabamos yendo a un bar, y al final él llegó a casa antes que nosotros. Nunca me olvidaré de la cara que puso.

Me eché a reír.

—Hacía años que no pensaba en esa noche. Quería matarnos.

—¡Y ni siquiera le gustaba la música de Iggy Pop!

—Ah, qué tiempos aquellos —dije con nostalgia. Cuanto más tiempo pasaba sin saber nada de él, más me temía que nuestra separación había sido definitiva. Y saber que yo no iba a estar mucho más tiempo sobre la faz de la Tierra hacía que fuera aún más doloroso, pero estaba decidido a no usar la enfermedad como baza. Si se ponía en contacto conmigo, se lo diría, pero no antes—. ¿Lo echas de menos?

Lou frunció los labios y sus ojos vagaron por el restaurante; luego me miró.

—Sí, la verdad es que sí. Es que… Bueno, no te lo digo, que no quiero que te sientas mal.

—Venga ya, Lou. Creía que a estas alturas ya habíamos superado todo eso, ¿no?

Sonrió.

—Sí. Es que a veces es duro estar sola. Sobre todo cuando Em está contigo y Nora.

En ese momento, apareció el camarero. Lou pidió *sushi;* yo escogí un plato de *noodles* que no requería que usara los palillos, cosa que estaba seguro que no podría hacer. Agarrar el cepillo de dientes se había convertido en una tarea para la que necesitaba mucha concentración y una dosis considerable de voluntad.

—No tienes por qué estar sola —observé—. Podrías volver a salir con otros hombres.

—Es que soy como el águila calva.

La miré fijamente; no la entendía.

—Se aparean de por vida —explicó—. ¿Sabías que nunca tuve un novio serio antes de estar con Rob?

—Es broma, ¿no?

—Te juro que no.

El camarero dejó unos pequeño cuencos negros delante de cada uno, llenos de un caldo humeante.

—Entonces, ¿volverías con Rob? —le pregunté de un modo que esperaba que no fuera demasiado obvio.

—Hace poco recibí noticias suyas.

Levanté la cabeza de golpe y me dio la sensación de que me pesaba el doble de lo que lo hacía normalmente.

—¿En serio? ¿Y qué te dijo?

Esbozó una sonrisa resignada y me apresuré a asegurarle que no tenía por qué contestarme, que no debería habérselo preguntado y que no necesitaba entrar en detalles. Pero Lou levantó la mano para hacerme callar.

—No, Jim, no pasa nada. Ahora nos lo contamos casi todo, ¿no? Sobre todo esto.

—Bueno, sí, supongo —respondí.

—Pues la verdad es que tampoco me dijo demasiado. Me preguntó cómo estaba y qué hacía ahora. Y también me pidió si le podía mandar una foto de Em, si me parecía bien. Claro que todavía no le he mandado nada —añadió a toda prisa—. Primero quería comentártelo.

Me esforcé por no sonreír: si Rob le había pedido una foto, significaba que las cartas que le había mandado habían surtido algún efecto.

—Por mí, adelante —contesté.

—Gracias.

—¿Crees que podrías reconciliarte con él? —interrogué, como quien no quiere la cosa.

Ella me regaló una leve sonrisa.

—Antes preferiría que tú lo hicieras. Deberíais hacer las paces.

—Antes de que sea demasiado tarde —observé con amargura. Justo cuando lo dije, se me escurrió la cuchara entre el dedo índice y el corazón, cayó al suelo y lo salpicó todo de miso.

—Joder —murmuré.

—No te preocupes, yo me encargo. —Limpió el desastre que había delante de mí con la servilleta y le hizo una señal al camarero. Acto seguido, retomó la conversación como si nada hubiera sucedido—: Sí, me gustaría reconciliarme con él, pero no sé con qué intención. Durante los últimos años, he empezado a darme cuenta de que, en gran parte, rompimos por mi culpa.

Culpa mía, vale. Y de Rob, también. ¿Pero de Lou? Ella no tenía culpa de nada, y así se lo hice saber.

—No, Jim, de verdad que también fue mi culpa —insistió—. Podría haberle pedido que se implicara más en nuestra relación. Cuando creí que me estaba engañando, debería haberme enfrentado a él y hablar del tema hasta llegar al motivo por el que se comportaba así. Tenía tantas ganas de estar con alguien que no me abandonara que, cuando me pareció que iba a hacerlo, fui yo quien lo dejó para intentar ahorrarme el sufrimiento. Y al final, fue todavía peor.

—Buscar la perfección cueste lo que cueste —observé—. Sé lo que es eso.

Lou me estrechó el antebrazo.

—Y eso me recuerda que no te he pedido que viniéramos a comer para ponernos a hablar de mi vida. ¿Qué te espera a partir de ahora, Jim?

—Pues a ver… —contesté, despacio—. Lo próximo será un andador, luego ya vendrá la silla de ruedas. Me espera que se me caiga todo y que alguien tenga que darme de comer. Lo siguiente serán los dispositivos para respirar y, después, la respiración asistida. Básicamente, me espera la degeneración y, luego, la muerte.

Lou parecía herida.

—Perdona —me apresuré a decir—. No quería ser un capullo. Es solo que ahora mismo no me siento especialmente optimista.

—No te disculpes por eso. No puedo ni imaginarme cómo debes de sentirte. Sin embargo… Todavía no has llegado a ese punto. Cuando yo estaba tan deprimida tras el nacimiento de Em, hasta el punto en que fantaseaba con sufrir una sobredosis accidental de somníferos…

—¿Se te pasó el suicidio por la cabeza? No sabía que había sido tan grave.

—Claro que no lo sabías, Jim. —Me agarró la mano—. Necesitaba que me vieras como alguien mejor de lo que era. No creo que hubiese conseguido superarlo sin ti. El médico me dijo que si me concentraba en lo más importante, en lo que me hacía más feliz, entonces los días irían pasando, uno tras otro, y acabaría viéndole un sentido, viendo algo mejor. Aún tienes tiempo, Jim. No voy a decirte qué debes hacer con él, pero voy a ser directa: me da la sensación de que tú y Nora os comportáis como si nada fuera a cambiar. Quizá no sea cosa mía, pero como madre de tu hija que soy, quiero pensar que sí lo es. Y sí, todo lo que has dicho puede que acabe

sucediendo. Pero mientras tanto, me gustaría ver que te esfuerzas en ser más feliz. ¿En serio quieres seguir redactando artículos para la escuela de negocios? ¿Por qué no le das una oportunidad a un libro? ¿Por qué no te embarcas en un par de aventuras? ¿Por qué no te casas con Nora? Me imagino que eso os haría muy felices a los dos, y a Em también.

No dije nada. Me quedé pensando: «¿Por qué Lou ha vuelto a nombrar los profundos deseos que no me atrevo a admitir?».

Me apretó la mano de nuevo.

—Pasas mucho tiempo con Emerson, y eso es lo que más importa. Sin embargo, y como persona que hace mucho tiempo que te conoce, creo que deberías ser más ambicioso. Haz que valga la pena.

***

El viaje de vuelta a casa sería uno de los últimos que haría yo solo, porque mis reflejos eran cada vez más lentos y no podía seguir conduciendo si no estaba seguro de que sería capaz de mantener el control. De modo que tomé el camino más largo (pasé por el centro de la ciudad y continué por la ribera del Huron hasta que llegué a las colinas que delimitaban la ciudad). Las hojas, de unos colores magníficos, hacían de dosel para todas aquellas carreteras, y volví a pensar en lo mucho que me había gustado vivir en este resquicio en concreto de la región central de Estados Unidos. Quedarme aquí, al menos, no era algo de lo que me arrepentía.

Mientras regresaba a casa, le di vueltas a lo que Lou me había dicho. Era cierto que había querido y me habían querido, y eso importaba más que cualquier objetivo que no hubiera cumplido. Ahora ya me daba igual no haber vivido en una gran ciudad o no haber intentado participar en una carrera en bicicleta de ciento sesenta kilómetros.

Sin embargo, me quedaba la espinita de no haber llegado a escribir un libro entero. Y sí, Lou tenía razón con respecto a Nora: esta me había dicho que no estaba segura de querer casarse, y yo había preferido dejarlo correr antes que arriesgarme a que me dijera que no. Pero eso aún podía remediarlo.

***

—Oye, Nor.

Habían pasado unos días desde la comida con Lou y, en ese momento, Nora y yo estábamos sentados en nuestra pequeña terraza, disfrutando de la calidez de una tarde de verano típica de la región. Tenía sus esbeltas piernas estiradas hacia delante y una cerveza apoyada en la barriga.

—Dime.

—¿Te gustaría que nos casáramos?

—Sí —contestó, sin dudar—. ¿Cuándo?

—Ya mismo.

—Vale, hagámoslo.

—¿Estás segura? Una vez me dijiste que no sabías si querrías casarte.

Me fulminó con una mirada que decía «No te atrevas a burlarte de mí».

—Pues ahora sí lo sé.

—Bueno, habría que tratar un par de temas antes de que aceptes sin más.

Entonces, le conté que te lo dejaría todo a ti y que le encomendaría la casa a Lou hasta que tuvieras la edad suficiente para heredarla, de modo que esta pudiera criarte allí hasta que le pareciera oportuno.

Nora se levantó y se sentó en mi regazo, con los ojos anegados en lágrimas.

—James, lo único que necesito es estar contigo —afirmó.

Abrí la boca y luego dudé; lo que tenía que decirle era lo único que podía cambiarlo todo, algo que podía hacer que Nora me respondiera: «No, será mejor que no nos casemos».

—Me gustaría ir a vivir de nuevo con Lou y con Em —le comuniqué—. No ahora mismo, pero… sí hacia el final.

Nora asintió.

—Me lo imaginaba.

Ninguno de los dos añadió nada más durante un rato.

—Para ti será más fácil —dije finalmente.

—A la mierda lo fácil.

—Antes decías que era una de las mejores cosas de nuestra relación.

—Bueno, ahora nuestra relación ha cambiado.

—Sí, porque mi cuerpo ha decidido joderme.

Nora me posó una mano en la cara.

—No, James. Ha cambiado porque te quiero muchísimo, porque eres lo mejor que me ha pasado nunca.

La besé con ternura.

—Espero que eso no sea así siempre. Cuando yo ya no esté, quiero que vuelvas a enamorarte. Sé que podrás hacerlo, solo tienes que intentarlo.

—Por favor, no me digas eso.

Recordé lo que Lou había comentado.

—Tenemos que empezar a afrontar todo lo que esto comportará. Actuar como si no pasara nada no nos ayuda.

Se mordió las mejillas por dentro, en un intento de no llorar todavía más.

—Nora —dije con suavidad—. No tienes que tomar una decisión ahora mismo, pero cuando llegue el momento, me gustaría que también te mudaras conmigo. Con todos. No vendas esta propiedad, pero ven conmigo a la otra casa.

—¿Y para Lou no será horrible tenerme todo el día allí?

—No —contesté, y sabía que, sin tener que preguntárselo a Lou, ella respondería lo mismo —. Creo que para ella será mejor, en cierta manera. De todos modos, nunca hemos sido una familia demasiado convencional, ¿no? Así mantendremos la tónica.

***

Quizá te acordarás de esto, o puede que no; la verdad es que no estoy muy seguro de lo que retiene la memoria de una niña de cinco años. Pero el 30 de noviembre, Nora y yo intercambiamos nuestros votos y anillos acompañados de nuestras familias y amigos en la casa

de sus padres, en Bloomfield Hills.

Hacía casi quince años, había dado un discurso sobre la importancia y la felicidad ante unos extasiados Rob y Lou. Esta vez, Lou también fue el centro de esta boda. La única diferencia era que ella fue quien nos declaró marido y mujer a Nora y a mí. Dios sabe qué iglesia que ordenaba por internet le otorgó ese poder.

Agarré a Nora del brazo y te cogí de la mano con la otra mientras los tres avanzamos hasta el centro del salón, donde los invitados se habían reunido para celebrar las nupcias. Me permití llorar sin reservas. Aparte del día que naciste, aquel fue el día más feliz de mi vida. No obstante, igual que ocurrió el día de tu cumpleaños, también estuvo marcado por la ausencia del mejor padrino que podría haber tenido.

Y mientras empezábamos un nuevo capítulo, cerrábamos otro. El 1 de diciembre, justo el día antes de que tomáramos un vuelo a los Cayos de Florida para pasar la luna de miel, Nora y yo entramos en una tienda de ortopedia y compramos mi primer andador.

Capítulo veintiocho

Primavera de 2014

—¿Papá? —me llamaste.

Estabas sentada en el suelo de la cocina, con una libreta y lápices de colores esparcidos enfrente.

Levanté la mirada del bol de masa para tortitas que estaba removiendo. Cualquier acto mundanal ahora se me antojaba titánico: ¿sería esta una de las últimas veces que sería capaz de mezclar eficazmente la masa con la cuchara de madera, para asegurarme de que las tortitas con forma de corazón que iba a preparar no estuvieran llenas de grumos?

—Dime, mi amor.

—¿Aún estarás vivo cuando yo sea mayor?

Inspiré con profundidad. ¿Cómo se responde una pregunta así?

—No lo sé, Emerson. —«Probablemente no»—. ¿A qué viene esa pregunta?

Levantaste un lápiz para examinarlo y luego lo cambiaste por otro.

—Porque Ivy me ha dicho que los padres se pueden morir —respondiste. Ivy era una de tus compañeras de clase.

—Sí, es verdad. —Me costó al menos un minuto, pero me agaché poco a poco, desde la silla hasta el suelo, para quedar a tu altura—. Emerson, cariño, siento tener que decirte eso, pero estoy bastante seguro de que yo ya no estaré cuando tú tengas mi edad.

—¿De verdad?

—Sí. Es una pena, cariño, porque donde quiera que esté entonces, te voy a echar muchísimo de menos.

Hiciste un puchero y luego bajaste los ojos para observar el dibujo del unicornio que estabas haciendo. Al cabo de un instante, alzaste la cabeza y me lanzaste una mirada llena de tristeza.

—Papá… Espero acordarme de ti cuando no estés.

Te abracé. Olías a jabón y a fresas.

—Yo también lo espero, mi amor. De verdad que sí.

***

Poco después de que me diagnosticaran la enfermedad, me planteé si hubiera sido mejor si

hubiera esperado para ir al médico, o si, simplemente, nunca hubiera descubierto qué me ocurría. Al fin y al cabo, había tenido la desgracia de desarrollar una enfermedad tan horrible que, cuando dices que la padeces, nadie se atreve a sugerir que reces o que busques la ayuda de un chamán que viva en el desierto. Con el ELA, nadie te cuenta historias sobre la mujer del primo de alguien que se curó con una dieta paleolítica o con zumos verdes infusionados con carbón activado, sea lo que sea eso.

Mientras escribo estas líneas, solo hay una medicación que pueda tomar. Quizá me haga vivir un mes más, tres si tengo suerte, y está claro que no la tengo. Sencillamente, no hay nada que pueda hacer, excepto aceptarlo y aguantar. Y no necesariamente en ese orden.

A pesar de todo, he llegado a encontrar algo de consuelo en saber qué es lo que me está matando. El ELA no tiene una causa conocida. De modo que, aunque quizá hayas heredado mis rodillas huesudas o mis dedos largos, hay muy pocas probabilidades de que te transmita esta horrible enfermedad. Me lo recuerdo varias veces al día y antes de irme a dormir por las noches; eso me ayuda a mantener a raya las pesadillas.

Luego, está el tema de este libro. El mismo día que Lou me retó a que empezara a aceptar lo que me esperaba, abrí el diario que había estado escribiendo y me propuse convertirlo en algo coherente.

Difiere de mis intentos previos, porque esta vez he escrito sobre un matrimonio fracturado y el apocalipsis inminente de todo cuanto conozco. Es decir, he escrito sobre mi vida.

Sin embargo, es una historia incompleta. Le he dedicado unas palabras a lo que ha sido mi vida tras el diagnóstico. Pero no es eso en lo que quiero que pienses; no es lo que quiero que recuerdes.

Además, a medida que pasan los días, cada vez me cuesta más escribir largo y tendido. He tenido la suerte de haber podido escribir el grueso de estas páginas cuando todavía era capaz. Últimamente ya he tenido que dictárselo al ordenador y, luego, intentar mover el ratón, suprimir las palabras, las oraciones y los párrafos que se han escrito mal y repetir lo que quería escribir en un principio mientras rezo para que esta vez se escriba bien.

Y no estoy seguro de que se esté escribiendo bien.

Seguro que esta colección de recuerdos es un tanto inexacta, pero supongo que no existe la verdad absoluta. Cualquier situación es distinta para aquellos que la vivieron, aquellos que la presenciaron y aquellos que, más tarde, la leyeron.

Aun así, ha valido la pena intentarlo. Madeleine L’Engle (quizá te suene, es la autora de *Una arruga en el tiempo*, un libro que te leía cuando tenías cinco años, aunque tal vez era demasiado pronto y daba mucho miedo; pero yo te lo leía porque quién sabía si al año siguiente sería capaz de hacerlo) dijo: «Un libro también puede ser una estrella… un fuego ardiente que ilumine la oscuridad y nos guíe hasta el universo en expansión».

Empecé a escribir esta historia por ti, Emerson. Sin embargo, en esta época de tinieblas, también lo hago por mí.

***

—¿Jim? —La voz de Lou me despertó de un sueño ligero una mañana. Ya eran las diez; me di cuenta al mirar el reloj que había al otro lado de la habitación.

Hacía poco que había dejado el trabajo por discapacidad y tenía la baja permanente. No echaba de menos escribir notas de prensa o reseñas, pero sí que echaba de menos a los compañeros y la sensación de ser necesario.

Ahora era yo quien necesitaba a alguien. Ayúdame a ponerme esta camiseta; ayúdame a quitármela. Tengo hambre, ¿puedes ayudarme a no tirarme las gachas de avena por encima? ¿Puedes ayudarme a levantarme, a sentarme; me coges eso, me rascas aquí? La bendición del ELA también constituye la tortura de la enfermedad: lo notas todo. Las extremidades y los dedos no funcionan como deberían, y la garganta y las cuerdas vocales te fallan. Pero la fiebre, el dolor, el hormigueo, el picor… todas las sensaciones se perciben igual, aunque puedas hacer cada vez menos por solucionarlo.

Sea como fuere, todavía usaba el andador, y aún no había empezado mi período de aislamiento (así es como más adelante se me antojaba ir en silla de ruedas). No obstante, con cada semana que pasaba, me costaba cada vez más desplazarme. De modo que Nora, Lou y yo decidimos que había llegado el momento de que Nora y yo nos mudáramos a vuestra casa.

Esperaba que la mudanza fuera un cataclismo, pero había olvidado con qué facilidad nos adaptamos los humanos cuando el cambio es impuesto. Justo cuando los cuatro nos habíamos aclimatado a la enfermedad, esta nueva vida compartida se tornó casi al instante en nuestra nueva normalidad.

Lou convirtió la sala de estar que había en la parte trasera de la casa en un dormitorio para Nora y para mí, y pronto era tan acogedor como el que teníamos en nuestra propia casa. Desayunábamos y cenábamos juntos. También planeábamos actividades y nos dividíamos las tareas: Nora se quedaba contigo para que Lou me sacara a dar una vuelta, Nora se quedaba conmigo para que Lou fuera a dar un paseo contigo, etcétera. Los días se alargaron. Los días se acortaron.

—Jim —me volvió a llamar Lou.

Había cerrado los ojos, tal vez me había vuelto a quedar dormido. Últimamente dormía mucho, quizá demasiado, y a menudo me preguntaba si era fatiga real o solo era un intento de mi mente por bloquear la realidad. Me volví hacia Lou, adormilado.

—¿Qué ocurre?

—Tienes visita.

Rodé hasta quedar de lado y me empujé para incorporarme como pude. A veces me veía en el espejo o reflejado en una ventana y era como ver un potro recién nacido que trata de ponerse de pie. Esta enfermedad es complicada, te lo digo yo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Yo —respondió una voz que no había oído desde hacía mucho tiempo.

Me desperté de golpe. Traté de erguirme por completo con demasiada rapidez, y por poco me caigo de la cama. Me recoloqué los pantalones de chándal y, luego, estiré de la camiseta hasta que me cubrió la barriga, que ahora tenía una forma cóncava, como si hubiera vuelto a ser un adolescente flacucho que había pegado el estirón antes de engordar.

Lou desapareció en la cocina y Rob se asomó por la puerta de la habitación.

—Hola.

—¿Ibas a avisarme de que venías? —dije, medio en broma—. Podrías haberme pillado con todo al aire.

—Me alegro de verte, chochón —dijo él.

—¿Qué pasa, que sufrir una enfermedad degenerativa me ha hecho congraciarme contigo?

Hice una mueca al oírme, porque mi voz ya empezaba a sonar monótona y nasal. Pero, al menos, Rob me había llamado con uno de los apodos que me había puesto. No haces eso con alguien a quien guardes rencor.

Rob soltó una risita incómoda.

—Sí, supongo.

—Bueno, en tal caso: hola, soplapollas —lo saludé, y me puse de pie.

Mientras me estiraba para agarrar el andador que tenía al lado de la cama, vi que Lou estaba detrás de Rob; sin duda, quería ver cómo acababa todo aquello. Se me hacía extraño verlos juntos, era como si acabáramos de retroceder una década.

Me apoyé en los manguitos de plástico del andador, que me ayudaban a mantener el equilibrio cuando me fallaba el agarre. No tenía más remedio que avanzar a paso de caracol. Pillarme el pie o el andador con la punta de una alfombra podía hacerme tropezar e ir directo al suelo, y ya no era lo bastante rápido o fuerte como para prevenir la caída. Lo había aprendido por las malas hacía un mes, en medio del supermercado. Decir que fue humillante sería un eufemismo. Algo en mi cabeza se resistía a aceptar que nunca volvería a ser la persona que una vez fui.

—Madre mía, James —exclamó Rob.

Cuando llegué al umbral de la puerta, me rodeó con los brazos y me estrechó con fuerza, y ¿qué podía hacer yo sino estar agradecido por aquel dolor?

—Ha pasado demasiado tiempo —observé yo, con aspereza.

—Lo sé —respondió—. Lo sé.

—Ven, vamos a sentarnos.

Me siguió hasta la cocina. Lou había desaparecido del mapa, pero había dejado dos tazas recién hechas de café sobre la mesa; al lado había un azucarero para Rob y una jarrita de cerámica con leche para mí.

—Veo que recibiste las cartas.

Rob se reclinó en el asiento; sus largas piernas sobresalían por el otro extremo de la mesa.

—Sí. Aunque no me dijiste que estabas enfermo.

—Por aquel entonces, no lo sabía. Y de todos modos, prefiero plantearlo menos como una enfermedad y más como una muerte acelerada. —Carraspeé—. Me… Me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Tenía tanto pelo blanco como negro, y también tenía canas en la barba. Pero había algo en su expresión que se había suavizado, como si hubiera hecho las paces consigo mismo por primera vez en mucho tiempo.

—Qué pena que haya tenido que llegar al punto de autodestruirme para que me perdones.

—¿Quién ha dicho que te perdone?

Solté una carcajada que pareció un gruñido.

—¿Y si te dijera que lo siento?

—Puede que ya haya oído eso antes. Pero ahora que estamos cara a cara… ¿De verdad lo sientes?

—Claro que sí. Pero…

Justo detrás de Rob, a la altura de su cabeza, veía la nevera llena de los dibujos que habías hecho en preescolar. En uno habías dibujado a Lou con alas de mariposa. En otro, salíamos tú, Lou, Nora, yo y el gatito que hacía tiempo que nos pedías y que aún no te habíamos concedido, delante de casa. También había un mural enorme y enjoyado en el que ponía «PAPÁ».

—Lo siento mucho —continué—, pero creo que deberías saber que no me arrepiento. Tenías razón al decir que Lou y yo no debíamos estar juntos. Pero la hija que tenemos, Emerson, es mi mundo. Si me dieran a elegir, lo volvería a hacer.

Una profunda tristeza tiñó la expresión de Rob. Pero pronto endureció el gesto.

—Lo entiendo. Tengo muchas ganas de conocerla.

—Y yo de que la conozcas. Te va a robar el corazón.

—Te diría que nunca entenderé por qué lo hiciste, pero… —Echó la vista atrás, tal vez para asegurarse de que Lou no nos oía—. Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que forma parte de tu personalidad. Quiero decir… A ver, es lo típico que harías.

—¿Me lo explicas? —pregunté.

Si acaso, ir detrás de Lou había sido la cosa menos propia de mí que había hecho en toda mi vida.

—Anda ya, James. Siempre te obsesionas con la perfección. Y no porque sea perfecto, sino porque si no puedes tenerlo, no tienes que intentarlo de verdad.

Yo mismo había llegado a una conclusión parecida. Sin embargo, se me encendió el rostro al darme cuenta de que no era el único que conocía ese defecto.

—Puede que, por lo que respecta a Lou, tengas razón —coincidí—. Pero ahora es parte del pasado.

—Yo creo que puede aplicarse a todo —replicó, sin malas maneras—. ¿O ya no te acuerdas de cuando te fuiste del equipo de fútbol *amateur* porque te cabreaste porque no te habían cogido para jugar en la universidad? ¿O cuando no te aceptaron en ese programa de escritura que estabas empeñado en hacer y por poco no te matriculas en Míchigan? Si quieres, sigo.

—No, no hace falta —contesté en tono bromista—. Bueno, ¿y tú qué me dices? ¿Qué excusa tienes?

Me miró de hito en hito.

—No tengo ninguna. Estaba pasando por un mal momento y dejé que eso me arrastrara. Cuando al final salí del pozo, Lou ya me había dejado. Y pagaré por ese error el resto de mi vida.

—Pues tienes pinta de estar pagando solo por artículos de lujo —observé mientras lanzaba una mirada elocuente hacia los mocasines adornados con borlas que llevaba, que, al parecer, estaban hechos a mano en Milán.

Sin embargo, tal y como afirmó Longfellow, cada corazón guarda penas que el mundo desconoce.

—Sí, claro, tengo una vida de cuento de hadas, no te digo… —respondió Rob—. No soporto mi trabajo, y eso hace que cada vez lo haga peor. No tengo ni un solo amigo que no sea también un compañero de trabajo. La mayoría ya van por la segunda mujer, y me emparejan con mujeres que saben cuánto dinero tengo y solo han aceptado salir conmigo porque ya han pasado la etapa más fértil y tienen que bajar el nivel de exigencias si quieren ser madres con alguien que pueda pagar la matrícula de la universidad de sus hijos.

—Al menos, no te estás muriendo —observé.

—Me preguntaba cuánto tardarías en mencionarlo.

Ambos esbozamos una sonrisa.

—Eres una persona horrible —le dije.

—Y tú eres una persona horribilisísima. Y no te atrevas a corregirme, diccionario con patas —contestó.

Me eché a reír y esta vez sí que soné como antes.

—¡Diccionario con patas! Hacía mucho tiempo que no oía eso.

—Pues acostúmbrate.

La tensión que quedaba se había esfumado al fin, y nos quedamos allí sentados, hablando durante un buen rato. Él y Lou se mandaban correos desde hacía meses. Ella le había contado lo de mi enfermedad y Rob había estado un tiempo tratando de decidir qué reacción tener, si es que debía tenerla. Había ido a Míchigan a ver a sus padres, porque a Bobby le habían hecho un trasplante de cadera y Nancy empezaba a mostrar los primeros síntomas de demencia, aunque ella aseguraba que tenía la cabeza tan bien como siempre. Su visita había sido fruto de un capricho. Esa misma mañana, había llamado a Lou para asegurarse de que yo estaba allí.

¿De qué más hablamos? No lo recuerdo todo. Me dijo que se estaba planteando dejar el mundo de las finanzas y encontrar una profesión que le reportara un poco de satisfacción, aunque no tenía ni idea de cuál podría ser. Mencionó la idea de irse de Nueva York y quizá mudarse a Rhode Island o Tennessee («O a Míchigan», pensé).

Yo le conté mi historia con Nora y que nos habíamos casado, y claro, también le hablé del diagnóstico y de todo lo que había cambiado.

En algún momento, Lou volvió a entrar en la cocina. Seguía tan ágil como el día en que la conocí, y parecía tranquila y satisfecha. A esas alturas, ya hacía años que había sufrido esa grave depresión. Sin embargo, ella también empezaba a tener canas en las sienes y tenía los ojos más hundidos. Era imposible que no me preguntara hasta qué punto ese envejecimiento era resultado del estrés provocado por mi enfermedad y hasta qué otro era fruto del día a día.

—¿Estáis bien? —nos preguntó—. Nora debe de estar a punto de recoger a Em de ballet. Rob, ¿qué te parece? ¿Te apetece conocerla?

—Sí —contestó él, y se pasó la mano por el pelo—. Me encantaría.

Te oímos antes de verte; ibas cantando «Un elefante se balanceaba…», una canción que yo mismo había aprendido cuando tenía más o menos tu edad. En cuanto divisaste a Rob, dejaste de cantar y te escondiste tras las piernas de Nora.

—No pasa nada, cariño —te aseguró ella—. Supongo que es Rob, ¿verdad? Hola, soy Nora.

—Así es —confirmó Rob mientras se ponía de pie. Le ofreció la mano a Nora y esta se la estrechó con firmeza—. Un placer conocerte. James me lo ha contado todo. Felicidades por la boda.

—Muchas gracias —respondió ella—. Encantada de conocerte a ti también. Y James también me ha contado muchas cosas sobre ti.

A regañadientes, te asomaste por detrás de Nora.

—Vaya —le dijiste a Rob, al final—. Eres muy grande.

Él se rio con ganas.

—Me lo dicen mucho. Y tú debes de ser la famosa Emerson.

Te volviste para mirarme con una expresión llena de curiosidad.

—¿Papá, qué significa *famosa?*

—Pues lo contrario a papá. Significa que todo el mundo te conoce.

Frunciste la nariz, como lo hacía Lou.

—Pero a mí no. ¿Cómo te llamas?

—Rob.

—¿Quieres ver el fuerte de sábanas que tengo? —le preguntaste; él asintió, tímido de repente.

Le diste la mano y te lo llevaste hasta la sala de estar mientras le ibas contando:

—Mira, esto es el pasillo; eso, el sofá: no puedes saltar encima. Aquella lámpara es la que rompí, pero mamá luego la pegó…

Rob era tan alto que casi tuvo que agacharse para entrar en el fuerte, pero lo hizo tranquilamente, detrás de ti.

—Parece que confía en él —observó Lou, a mi espalda.

—Así debería ser —tercié.

Y lo decía en serio. Mientras hablábamos en la cocina, no podía sacarme de la cabeza lo que Rob hizo tras la muerte de mi madre.

El día de su muerte, mi padre me llamó y simplemente me dijo:

—Tu madre nos ha dejado.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. ¿Y adónde se ha ido?

—Está muerta —contestó, simple y llanamente.

—Pero qué… ¿Qué ha ocurrido?

—Se le ha parado el corazón. Celebraremos una misa dentro de dos días, en Chester, Southfield. El entierro será al día siguiente. Te llamaré más tarde.

Me quedé mirando fijamente el teléfono, casi convencido de que las noticias que me acababa de dar eran para otra persona. ¿Cómo podía estar muerta mi madre? ¿Mi madre? Imposible, si tenía que llamarla. Hacía dos meses que no la veía, pero iba a hacerlo, en cuanto terminara otro capítulo de la tesis. ¿Cuándo había sido la última vez que le había dicho que la quería? No me acordaba.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentado tras la llamada. Al final, sin darme cuenta, estaba marcando el número de Rob.

—Mi madre —dije como atontado—. Es… Está muerta.

—Ostras, James. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—Sí —contesté, porque todavía no comprendía que ese dolor no iba a desaparecer; que nunca volvería a tener una madre.

Pero Rob sí.

—Sé fuerte. Mañana estoy allí —me aseguró, y aunque yo sabía que estaba en su primer año de trabajo (justo lo acababan de contratar y tenía los primeros seis meses para demostrar que era competente y los siguientes seis para demostrar que era capaz de hacerle ganar millones a la empresa), se presentó allí a la mañana siguiente; no se fue hasta que el cuerpo de mi madre estuvo bajo tierra.

Aquella ocasión en particular destaca entre mis recuerdos, pero es solo un ejemplo de

muchos. Rob cometió muchos errores, igual que yo. Pero eso no significaba que no fuera un buen hombre.

Cuando volvisteis a la cocina (de la mano, ya que era obvio que estabais encantados de haberos conocido), una parte de mí se murió en aquel instante. Porque delante de mí tenía a mi mejor amigo, de nuevo con una persona a la que yo quería tanto que no se puede expresar con palabras, y estaba desempeñando un papel que yo no podía llevar a cabo.

Tan pronto como me di cuenta de que sentía unos celos detestables (y de cuán profundos eran y de lo corrosivos que eran para todos), comenzaron a esfumarse.

—Deja que te acompañe a la puerta —me ofrecí cuando llegó el momento de que Rob se marchara.

—¿Estás seguro? —dijo él.

—Aún no estoy inválido —objeté.

Me miró, divertido.

—Me alegra saber que no has perdido el sentido del humor, si es que puede llamarse así.

—Mi cuerpo se marchitará, pero el cerebro sigue siendo el mismo —afirmé.

—Y tu gusto por ser melodramático también, por lo que veo.

—Ja, ja. ¿Nos veremos otro día? —pregunté.

—Me encantaría. Volveré el mes que viene; tal vez podríamos organizar una visita más larga, o incluso podría pasarme por aquí unas cuantas veces. Podríamos hacer una cena o algo.

La emoción me inundó el pecho y me subió hasta la garganta y, durante un segundo, creí que empezaría a llorar. Tragué saliva a pesar del nudo que tenía y carraspeé.

—Me parece fantástico.

Rob agarró el pomo de la puerta.

—Me alegro de haber venido.

«Y yo también», pensé mientras empezaba a bajar las escaleras.

Ya estaba en el camino de entrada cuando lo llamé. Rob dio media vuelta.

—Dime.

Alguien mejor que yo lo habría dejado pasar, pero tenía que preguntárselo.

—¿Por qué no te esforzaste en recuperar a Lou?

Sacudió la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Tal vez fue porque ella ya te había elegido a ti.

—¿A mí? Te equivocas —respondí. Más bien había sido yo quien la puso en una situación en la que escogerme había sido su única opción; Lou no había elegido nada—. A no ser que cuentes aquella maldita noche de 2008 —añadí.

Rob paseó la mirada por el patio y la casa, y luego volvió a observarme.

—Tenéis una vida en común, James. Una hija. Quizá no es todo lo que querías, pero es muchísimo.

Me quedé de pie en el porche y contemplé cómo se alejaba con el coche. No me fui de allí hasta al cabo de un rato, aunque tenía las piernas débiles, porque estaba pensando en lo que me había dicho. Cuando al final entré de nuevo, tú, Nora y Lou me abrazasteis, como si acabara de volver tras mucho tiempo.

Capítulo veintinueve

Principios de 2015

La nieve caía con fuerza y horizontalmente debido al viento, y cubría el mundo como un mantel blanco. Los meteorólogos habían calificado aquello como una ventisca, y Nora, que había tenido la mala suerte de tener que ir a una reunión en la sede de Detroit esa mañana, había decidido que sería más seguro pasar la noche en un hotel allí antes que tratar de volver en coche con el peligro que comportaba.

—No nos pasará nada —le aseguré cuando se replanteó la decisión de quedarse allí—. Intenta disfrutar. Date un buen baño, pide el servicio de habitaciones. Te irá bien tomarte un descanso. —«De mí», añadí mentalmente.

Suspiró, como si supiera con exactitud lo que pensaba. Detestaba que le señalara que la enfermedad se le hacía difícil, por mucho que no hubiera nada que pudiéramos hacer.

—De acuerdo —accedió al final—. Con un poco de suerte, estaré en casa mañana por la tarde, o antes.

—No tengas prisa, ve con cuidado. Te quiero.

—Yo también te quiero. Saluda a Lou y dale un abrazo a Emmy de mi parte.

Le prometí que lo haría y colgué.

Había sido un invierno largo y frío, y mi salud nos estaba afectando a todos. Lou trabajaba en la librería mientras tú estabas en la escuela; luego te cuidaba y me ayudaba a mí hasta que Nora llegaba a casa, sobre las cinco. Ella no había dicho nada, pero estaba claro que Nora había llegado a algún tipo de acuerdo para mantener su puesto de trabajo, que iba encaminado a que la hicieran socia del bufete, y salir a una hora razonable. A menudo seguía trabajando una vez yo me acostaba y, a veces, también a primera hora de la mañana.

Entre semana, me quedaba solo de nueve a cuatro. Cuando hacía buen tiempo, no me importaba tanto; en ese caso, al menos podía salir y tratar de dar una vuelta a la manzana. De vez en cuando, Pascal me llevaba a comer o a la biblioteca.

Sin embargo, desde noviembre, la nieve y el hielo no nos daban tregua. Me podría haber resbalado en la acera, así que me encerré en casa y traté de escribir tanto como pude. Además, hacía videollamadas con Pascal y me leí todos los libros que nunca había tenido tiempo de empezar. No obstante, a mediados de invierno, incluso leer se me hacía pesado, como suele ocurrir con cualquier actividad que se realiza demasiado a menudo. Así que esa gélida mañana

de febrero, estaba contento de que nevara, solo porque eso significaba que estaría acompañado.

—Papá, ¿por qué no hacemos una historia? —dijiste, y aplaudiste con alegría.

—De acuerdo —contesté—. ¿Te refieres a escribir un libro?

—Bueno, podemos contarla en voz alta y luego tú la escribes.

—¿Tomas nota? —le pedí a Lou.

En aquel momento, esta estaba escribiendo en el ordenador a un ritmo frenético. No era poesía; lo sabía porque no tenía la libreta al lado; además, cuando transcribía los poemas no movía los dedos tan deprisa. Me pregunté si no estaría hablando con Rob. Este me mandaba un correo cada pocas semanas, y Lou hablaba con él con más frecuencia. Rob había venido a casa a cenar varias veces desde aquella primera visita, e incluso se había presentado aquí en Navidad. No era nada romántico, según Lou, solo se estaban volviendo a conocer. Pero Rob posaba la mano en el brazo de Lou un poco más tiempo de lo que la habría dejado si ella fuera otra mujer; mientras estábamos sentados a la mesa, ella lo observaba y, luego, bajaba la mirada, solo para volverla a alzar y contemplarlo de nuevo. Era evidente que sus sentimientos volvían a aflorar, algo que… bueno, si no me eximía de lo que había hecho, al menos, me hacía sentir esperanzado.

—Por supuesto —contestó, de un modo que sugería que no tenía ni idea de a lo que acababa de acceder.

—Venga pues, ¿cuál será nuestra historia? —te pregunté, removiéndome un poco en el sillón reclinable. Como siempre, llevaba demasiado tiempo sentado en la misma posición.

Tú me ofreciste una sonrisa maliciosa, y me pregunté qué descarada sugerencia proponías. Pero entonces, dijiste:

—La historia de una niña y su familia. ¡Mamá!

—Dime, cariño —contestó Lou con alegría.

—Tienes que ayudarnos a hacer esta historia. ¡Vale! —Diste una palmada con aire de autoridad—. Había una vez, una familia que era muy especial.

—Vale… —respondí, con miedo por el cariz que estaba tomando la situación.

—Y eso es porque ¡no eran gente de verdad! Eran estrellas que habían caído del cielo —explicaste—. Papá, te toca.

Me quedé en silencio, inspiré hondo y recé porque esta no fuera una de esas ocasiones en las que era incapaz de hablar.

—Todos los miembros de esa familia conocían el secreto del universo. Y este era el siguiente: que todo el mundo estaba hecho de estrellas. Y… ¡Lou, te toca!

—Todo esto es cosa tuya, ¿verdad? —me susurró, divertida—. Em me contó que le habías explicado de qué están hechos los humanos.

—No me suena —respondí.

En otra época de mi vida, habría levantado las manos en señal de inocencia, pero ahora solo podía ofrecerle una sonrisa torcida.

Lou se volvió hacia ti.

—Bueno, pues… Para ellos, era muy difícil guardar ese secreto, pero aun así, lo hicieron… Porque los miembros de esa familia eran buenas personas.

—Mamáááá… —te quejaste—. ¡El secreto tiene que darles poderes!

—Oh, vaya, entonces, como eran estrellas, eran inmortales —rectificó Lou. Sonrió ante su

propia ocurrencia y, luego, añadió—: En cuanto su vida acaba, vuelven a subir al cielo y dejan una estela de luz brillante allí. Y ahora, cualquiera que mira el cielo por la noche ve cómo centellean.

—¡Perfecto! —afirmaste—. Mamá, papá, ¿lo habéis apuntado todo?

—Sí, todo —te aseguró Lou, y yo asentí con docilidad.

Mientras corrías hacia otra habitación, Lou me miró con ternura.

—Jim —dijo.

—Dime.

—Lo hemos hecho bien.

—Sí, Lou. Así es.

Me empujé para levantarme, me aferré al andador y, con la ayuda de este, me acerqué al sofá, donde estaba sentada Lou. Al mirar por la ventana, vi que por fin había dejado de nevar.

—Lou —dije, y le ofrecí la mano. Me miró a los ojos y me agarró los dedos—. ¿Estarás bien cuando yo no esté?

Me estrechó la mano. Me pregunté si iba a decirme que todo iría bien, que no tenía que preocuparme por ella.

—Será duro, Jim —admitió en voz baja—. Será tan duro y complicado que ahora mismo no me lo puedo ni imaginar.

En la planta de arriba, tú corrías por el pasillo, tal y como siempre te decíamos que no hicieras. Pero esa vez, ni Lou ni yo te reñimos para que parases.

—Lo sé. Me preocupa.

Iba a desestabilizar su vida de nuevo.

—¿Qué? —preguntó.

—Todo. Me preocupa que vuelvas a tener depresión, porque yo no estaré para ayudarte. Me preocupa que tengas que criar a una hija completamente sola.

—No estaré sola. Está tu padre, Nora, Victoria y Dan, y… —Alzó los ojos para mirarme—. No soy la misma persona que era cuando Em nació. O antes de que naciera. Soy mucho más fuerte ahora, Jim.

—Pero la estabilidad…

Negó con la cabeza enérgicamente.

—Eso no tiene la misma importancia que tenía en otra época. Ahora, la estabilidad es tener una familia que me quiera. Ya la tengo, y todo gracias a ti.

Apreté la mandíbula.

—¿Te arrepientes, aunque sea un poquito? —le pregunté—. Podrías haber tenido una vida mejor sin mí. O al menos, mucho más fácil.

Se movió para acercarse a mí. Creía que iba a abrazarme, pero se inclinó y me dio un beso, leve y cariñoso.

—No me arrepiento de nada, Jim —me aseguró—. Solo me gustaría que durara un poco más.

«Y yo», pensé, «y yo».

***

Mientras el invierno cedía el paso a la primavera, las cosas empeoraron con celeridad. «Avanza con rapidez», observó la doctora Stevens, aunque se apresuró a añadir que el progreso de la enfermedad podía ir a trompicones. Necesitaba respiración asistida y, a pesar de que todavía era capaz de hablar y tragar, tenía que usar la máquina durante la mayor parte del día.

En marzo, pasé del andador a la silla de ruedas. No tenía que usarla todo el tiempo, según el terapeuta profesional que me ayudó a elegir el aparato motorizado.

«Todavía», eso era lo que había querido decir. La primera vez que me senté en ella, me eché a llorar y me sentí aliviado de que el terapeuta fuera el único que presenciara mi desmoronamiento.

Nora vino a recogerme en la furgoneta adaptada para sillas de ruedas que acabábamos de comprar. Cuando se metió en el camino de entrada a casa, los ojos se me anegaron en lágrimas. Pero en cuanto subí con la silla por la rampa que acabábamos de instalar en la parte delantera de casa y entré por la puerta, te subiste a mi regazo.

—¡Vamos, papá, adelante! —chillaste, encantada. Y cuando empezamos a movernos, añadiste—: ¡Sigue, sigue!

«Sí», pensé. «Tengo que seguir adelante hasta que ya no sea capaz».

***

Y eso nos lleva al día de hoy. Nora me ha comprado un armazón para el ordenador que se coloca en la silla de ruedas, y trabajo en este libro unas cuantas horas al día. Entre página y página, contemplo el exterior a través de los ventanales del salón, en el cual paso la mayor parte del tiempo. Veo el arriate de flores, el huerto que sembró Lou y el sauce llorón que planté cuando naciste, que ya es más alto que tú (o, al menos, lo era cuando tenías seis años). Tras el sauce, se alza el puñetero nogal negro que deja caer unas nueces del tamaño de pelotas de golf, que destrozan el césped y todo aquello contra lo que caen.

Duermo cada vez más. Demasiado. La mayor parte de las veces, detesto los sueños que tengo, que, de hecho, son más fragmentos de escenas que historias completas. Agujeros negros, trampas, asfixia. Pero corro, voy en bici, camino: eso es todavía peor que la reclusión o la pérdida de control. Porque cada vez que abro los ojos y recuerdo que el cuerpo ya no me responde, me embarga de nuevo ese terror.

Pero la otra noche, soñé que estaba en un campo de béisbol, uno que se parecía mucho al que teníamos en la escuela de primaria a la que había ido. Estaba Wisnewski, y también Rob. Pero no estábamos jugando. En vez de eso, Rob y yo estábamos buscando a Wisnewski, que se había escondido. No lo encontramos tras los banquillos, ni tampoco en los árboles que rodeaban el perímetro del campo. Justo cuando nos íbamos a dar por vencidos, salió de la caseta dando brincos; habría jurado que acababa de mirar allí.

—¡He estado aquí todo el rato, idiotas! —dijo. Nos dio un abrazo y nos frotó la cabeza con los nudillos, algo típico de él.

Entre risas, nos fuimos corriendo, pero nunca sabré adónde nos dirigíamos. Solo sé que éramos jóvenes, estábamos llenos de vida y estábamos juntos.

Deseé que ese sueño no acabara nunca.

***

La doctora Stevens dice que un diez por ciento de las personas que sufren ELA viven diez años o más tras el diagnóstico. Cuando leas esto, quizá ese porcentaje haya aumentado mucho; al menos, es la esperanza que tengo. Puede que incluso los investigadores hayan encontrado la cura.

No se lo digo a la doctora, pero yo no formaré parte de ese diez por ciento. Y estoy seguro de que todos lo sabemos. Y no lo digo porque soy un pesimista empedernido ni porque tenga una superstición secreta según la cual esperar lo peor hará que acabe llevándome una grata sorpresa. No tiene nada que ver con si creo en los milagros o no. (Para que conste, creo que un milagro no es hacer un *touchdown* cuando solo quedan siete segundos de partido, o perder un vuelo que termina con el avión estrellándose contra una montaña. Un milagro es tocar la piel aterciopelada de tu hija por primera vez, es oírla reír. Es sentir los labios de la persona que quieres al besarte, es la vida que forjas con otra persona).

Y en lo que respecta a esta enfermedad, es lo que hay. Siempre he detestado esta expresión y, sin embargo, la uso una y otra vez para hacer entender a los demás cómo he llegado a aceptar lo que me ocurre. Este horror que me está devorando, neurona a neurona, solo es una variación del mismo tema. Cada historia es diferente. Pero toda historia termina en muerte.

Capítulo treinta

Septiembre de 2015

Al comenzar este capítulo, volvemos a estar en Grand Marais. Los cuatro estamos pasando unos días en la cabaña de Yvonne. Mi padre y Miriam han alquilado una casa a una manzana de distancia, y Rob se queda en la de su tía, a menos de un kilómetro. Terry, el enfermero joven y simpático que me atiende muchos días, también ha venido, aunque él se hospeda en un hostal que hay en la cumbre de la colina.

Sí, todos han venido para celebrar que he visto a la Tierra dar otra vuelta alrededor del Sol. No estoy seguro de si me siento honrado o avergonzado por esta reunión tan comunitaria. Lo que sí que sé es que estoy contento de poder celebrarlo con Lou, que cumplirá los cuarenta la semana que viene.

Al parecer, he sobrevivido lo suficiente para cumplir los cuarenta y tres. Dentro de unos meses, tú cumplirás los siete. Estoy bastante seguro de que viviré lo suficiente como para presenciarlo, pero para entonces, ya no escribiré. Cada página me requiere un gasto de energía que ahora necesito para hacer otras cosas.

Te acabas de ir al salón; llevas un vestido de tirantes y unas chanclas de goma. La luz se cuela por las ventanas y hace que tus rizos parezcan una especie de halo dorado.

—Hola, papá —dices, y me rodeas el cuello con ternura. Me das un beso en la mejilla—. ¿Tienes aire suficiente?

Detesto que tengas que preocuparte por eso, por mucho que me encante que lo hagas. Asiento y aparto la boca de la máquina de respiración asistida que ahora se encarga de insuflarme aire en los pulmones a través de mi débil tráquea, que ya no puede hacerlo.

—Sí. Gracias —te contesto—. ¿Cómo estás, Em?

—¡Muy bien! Mamá dice que podemos volver a tomar helado luego.

—Mmm…

Ahora prácticamente me alimento solo de eso; es alto en calorías, algo que me cuesta conseguir, y apenas hay que esforzarse para comérselo.

—¿De menta y chocolate? —me preguntas.

Emito un sonido que pretendía ser una carcajada.

—Te has acordado. —Siempre ha sido mi sabor favorito—. ¿Pitufo? ¿O chocolate y nueces?

—te pregunto, a mi vez, haciendo referencia a tus preferencias del día anterior.

—Quizá —respondes mientras te llevas un dedo a la barbilla (es otra manía que has sacado de tu madre)—. O de crema de limón, o de fresa.

Me das otro abrazo. Cómo me gustaría que se detuviera el tiempo.

Pero ese deseo no tiene comparación con los que me inundan el pensamiento esta semana. Dicen que los buenos padres solo desean que sus hijos sean felices. Yo deseo que seas feliz, pero también quiero mucho más. Deseo que no sepas todo el dolor que te espera. Deseo que le plantes cara a las cosas que te dan miedo. Deseo que tengas una vida que no solo esté llena de felicidad, sino que también valga la pena.

Pero sobre todo, quiero que te entregues al amor que encuentres en la vida, sea cual sea. Espero que este libro te enseñe que, si eres capaz de superar el miedo a querer a otra persona, si eres capaz de aprender a vivir con la pérdida inevitable que eso conlleva, vivirás una buena vida, una que habrá valido la pena.

***

La semana transcurre y se desdibuja entre rayos de sol, risas y, también, lágrimas. Tomamos helado todos los días y contemplamos cómo el agua del lago sube, retrocede y vuelve a empezar. Mientras recoges piedras y conchas en la playa, yo me quedo en el trozo de césped que queda junto a la arena. Me he quemado, pero el escozor de la piel es agradable; puede que esta sea la última vez que se me pele, y ahora ya no me preocupo por si me salen arrugas o desarrollo un melanoma. «Qué pena», pienso, mientras Lou y Nora se ventilan una botella de vino entre las dos en lo que yo tardo en beberme media cerveza, «que no puedo disfrutar de más placeres dañinos para la salud en mi estado actual, cuando ya no podrían hacerme más daño del que ya está hecho».

Dos días antes de la vuelta a casa y a nuestras respectivas vidas, todos nos reunimos en la playa que hay delante de la cabaña en la que nos hospedamos nosotros.

No se puede empujar una silla de ruedas por la arena, de modo que Rob, con lo fuerte que está, me tome en brazos y me lleva hasta un grupo de sillas de madera diseñadas especialmente para disfrutar del paisaje, colocadas en semicírculo cerca del rompeolas.

Mi padre lo sigue, cargando con la máquina de respiración asistida. Una vez me han acomodado y colocado el aparato, este se sienta a mi derecha.

Nora se ha sentado a mi izquierda y me habla de un caso en el que empezará a trabajar cuando vuelva al despacho la semana que viene. Una de las muchas cosas que adoro de ella es lo práctica que es, la capacidad que tiene de seguir adelante con lo que tiene. Qué entereza ha demostrado mientras era testigo de cómo mi cuerpo se daba por vencido. Cuánto amor, al darme de comer como una madre le da a su hijo, para luego acurrucarse junto a mí por la noche, en la cama, como hace una mujer. No dejes que Nora desaparezca de tu vida, Em; es una de las mejores partes de mí.

Lou está contigo en la orilla, y te está ayudando a construir… Bueno, yo no me atrevería a llamarlo «castillo de arena», porque es algo mucho más complejo. Has erigido una estructura de varios niveles con cornisas adornadas con conchas de almeja. A un palmo, has construido otro edificio casi idéntico pero más pequeño. Ambos están rodeados por un foso profundo que has

tardado quince minutos en escarbar. A tu lado, Lou echa atrás la cabeza mientras ríe por algo que le acabas de decir. Nunca es más feliz o más guapa de lo que es cuando está contigo.

Cuánto la voy a echar de menos. A veces todavía me cuestiono el amor que sentí por ella: de dónde salió, por qué me llevó tanto tiempo superarlo y si he llegado a hacerlo de verdad. Lo único que puedo hacer es aceptar que ahora forma parte de la persona que soy. Podría equivocarme, pero creo que las personas hacia las que nos sentimos atraídos son aquellas que más necesitamos, aunque nunca seamos capaces de comprender por qué. Tal vez vi en Lou el potencial de que tú existieras. Tal vez ella vio lo mismo en mí, y eso selló nuestro destino y nuestro futuro.

Rob se mantiene a una distancia prudencial, en un lado, mientras contempla el agua. De vez en cuando, se vuelve en silencio para observaros a ti y a Lou. Justo ayer me contó que se mudará a Míchigan antes de que termine el año. Él y Lou vuelven a salir juntos; aunque esta mantiene con firmeza que solo salen de vez en cuando. Aun así, yo ya me los imagino: dos ancianos cogidos de la mano, hablando de aquella vez que se separaron como si solo fuera una piedrecita en el camino de su vida en común. Hasta llegar a ese punto, puede que tengan un hijo y te den un hermano o hermana. Tal y como le señalé a Rob, aún no es demasiado tarde.

Claro que yo no llegaré a verlo, si es que pasa. ¿Recuerdas que Pascal dijo que una de las maravillas de la vida es que puede pasar cualquier cosa? Ese sinfín de posibilidades es exactamente lo que hace que vivir sea una experiencia tan desgarradora, joder. Pero creo que Rob es aún mejor persona ahora y que todavía quiere a Lou, igual que ella lo quiere a él. Y sé que él será bueno contigo.

E incluso si no acaban siendo pareja, estoy contento de que Rob haya aparecido en tu vida. Él es la persona más indicada para contarte las partes de mi pasado que no he podido incluir aquí. Sin duda, este libro es incompleto en ciertos aspectos, pero a veces es lo que pasa. Por mucho que queramos que la narrativa sea lineal y concisa, la vida va como va, a menudo tan aleatoriamente que parece cualquier cosa menos finalizada. Debemos escribir los hitos más importantes y decir que esa colección es nuestra historia.

—¡Mira, papá! —gritaste mientras me hacías señas con la mano. Señalaste una de las estructuras de arenas que acababas de terminar, llena de entusiasmo.

Me cuesta un esfuerzo descomunal poder decirte:

—¡Muy bien, Em! —Alzo la voz tanto como soy capaz para que me oigas por encima del sonido de las olas al romper en la orilla.

—¿Estás bien, hijo mío? —me pregunta mi padre. Me agarra la mano y me da un apretón.

No se lo devuelvo, pero aparto la boca de la máquina y respondo:

—Sí. —Vuelvo a respirar y, luego, añado—: Te quiero, papá.

—Te quiero, hijo mío —me contesta—. Espero… Espero que sepas que lo he hecho tan bien como he podido.

Asiento. No es una disculpa, pero es suficiente.

Después de la puesta de sol (siempre se esconde tras el horizonte con mucha rapidez, ¿no te parece?), pido que me lleven adentro. Normalmente, ya estaría a punto de irme a la cama, pero esta noche le he pedido a Rob y a Lou que me coloquen delante del ordenador. Ha llegado el momento de concluir esto.

Se cierne la oscuridad de una forma extraña e inquietante en esta región poco poblada de la

frontera más septentrional de Míchigan. Pero esta oscuridad es la que hace que las estrellas brillen con tanta fuerza que, cuando cierro los ojos, todavía las veo, centelleantes, atravesando la noche. Mientras miro por la ventana y trato de absorber el momento antes de volverme hacia el monitor del ordenador, me sorprendo al descubrir que mi padre ocupa mis pensamientos.

«Os lo voy a decir por última vez», nos gritaba a tu tía Victoria y a mí si no le hacíamos caso. Cuando éramos pequeños, ese aviso solía darnos miedo, y por eso nos lo decía. Pero cuando nos hicimos mayores, nos dimos cuenta de que no lo decía en serio. Usar amenazas era su modo de lidiar con nosotros sin llegar a darnos una paliza o algo peor, como había hecho su padre con él. Y nosotros volveríamos a pifiarla, y él nos volvería a gritar; si no por lo mismo, por cualquier otra cosa. En realidad, nunca era la última vez que nos lo decía.

Sin embargo, Emerson, esta sí es la última vez que te lo voy a decir (aunque espero que, como está escrito, no sea realmente la última): te quiero.

Haber convivido en este planeta contigo y con tu madre en la misma época, en un universo que tiene miles de millones de años de antigüedad y que es tan inmenso que nunca llegaremos a abarcarlo… Ese es el regalo de que me ha dado la vida.

Sé que no será fácil crecer sin un padre, ya que yo también perdí a mi madre antes de tiempo. Pero trata de recordar que la pérdida tan solo es un golpe de suerte increíble.

Sí, un golpe de suerte. Porque sentir una pérdida conlleva dos verdades: que has querido a alguien y que tienes la suerte de vivir un poco más que esa persona.

Así que, por favor, intenta no llorar mi muerte durante demasiado tiempo. Y, cuando lo hagas, que te acompañe este libro, que sepas que el amor que siento por ti perdura y que estoy contigo.

Siempre.

James Javier Hernández
Nacido el 2 de setiembre de 1972
Fallecido el 23 de setiembre de 2016

***

James Bell Logan
Nacido el 30 de agosto de 2016

Nota de la autora

Aunque he consultado textos médicos y a especialistas para escribir sobre la esclerosis lateral amiotrófica (ELA), la experiencia narrada en esta novela es un relato ficticio que no debe tomarse en cuenta como referencia. Para más información, visite la Fundación Española para el Fomento de la Investigación de la Esclerosis Lateral Amiotrófica en: http://www.fundela.es/ela/informacion-general/.

Agradecimientos

Danielle Marshall, gracias por confiar en esta novela cuando solo era una idea que germinaba en mi cabeza. Tengo la increíble suerte de poder decir que eres mi editora.

Elisabeth Weed, de verdad que eres la mejor. Muchas gracias por apoyarme a lo largo de todos estos años.

Tiffany Yates Martin, darte las gracias no bastaría; esta historia te debe muchísimo gracias a toda la orientación que me has brindado.

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a todo el grupo de Lake Union y Amazon, sobre todo a Gabriella Dumpit y Dennelle Catlett.

A Michelle Weiner y a la agencia Creative Artists Agency, un millón de gracias por defender mi obra.

Shannon Callahan, no podría haberlo conseguido sin ti. Julie Lawson Timmer y Dan Timmer, muchas gracias por vuestra amabilidad y por darme un lugar donde terminar esta novela. Kristy Barrett, Cynthia D'Amour, Stefanie y Craig Galban, Dee Lamphear y David Gubbini, Jennifer y Jeff Lamb, Laurel y Joe Lambert, Anna y Vince Massey, Stevany y Tim Peters, Alex Ralph, Sara Reistad-Long, Nicole y Matt Sampson, Michelle y Mike Stone, Pam Sullivan, y Darci y Mike Swisher: todo vuestro apoyo significa muchísimo para mí.

A mi familia; a los Noe, los Lambert, los Lizarribar, los Monterosso, los Pagán, los Nelson-Pietrzak, los Pietrzak y los Sunadhar: muchas gracias.

Y a JP, Indira y Xavi, con todo mi amor. Siempre.

Sobre la autora



Camille Pagán es escritora, periodista y editora especializada en temas de salud. Su obra se ha publicado en docenas de revistas y páginas web, entre ellas *Forbes, Glamour, Men's Health, Parada, O: The Oprah Magazine, Real Simple, WebMD, Time* y *Women's Health.*

Se graduó en la Universidad de Michigan, donde estudió Inglés y Literatura Nativa Americana y colaboró como asistente en el Departamento de Cardiología del sistema de salud de la institución.

Cuando no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con su familia y su mascota o viajar.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

